

*Andrea
C. Pereira*

INOCENCIA



Juliana tiene ocho años cuando fallece su madre. Desde ese momento vivirá dominada por la férrea tiranía de su padre, un acaudalado y despótico terrateniente. Su único consuelo serán los largos veranos que pasa en su casa en el campo, donde, con su amiga del alma, Eve, vivirá imaginarias aventuras en mundos más felices.

Eve es hija ilegítima del propietario de la estancia vecina, una niña valiente y libre de la que Juliana aprenderá valiosas lecciones. Recién cumplidos los dieciocho y todavía sumida en los miedos de una vida carente de afecto, la joven aceptará ilusionada el matrimonio impuesto con un joven adinerado de Buenos Aires, *Alexander Polenski*, quien se convertirá en su nuevo protector y la integrará en la alta sociedad bonaerense, un ambiente de lujo y libertad. Allí se encontrará de nuevo con Eve, convertida en actriz de radioteatro, y se topará con *Lucas Montalbán*, un hombre que hará tambalear los cimientos anodinos, pero seguros, de su nueva vida, abriéndole los ojos a la concupiscencia de los sentidos para descubrir la verdad implacable de la pasión amorosa. Todo dará un giro trágico tras la muerte de Alexander en extrañas circunstancias. La familia de su esposo no dudará en acusarla de haberlo asesinado y Juliana tendrá que hacer frente a numerosas dificultades, al tiempo que descubre que nada era lo que parecía ser. Decide entonces tomar las riendas de su propia vida y emprender la búsqueda de su verdadero yo, pero su familia política no se lo pondrá tan fácil.

Magníficamente ambientada en el Buenos Aires de mediados del siglo XX, *Inocencia* narra, a través de una trama absorbente en la que los acontecimientos se precipitan, el dramático destino de una mujer atrapada en un entorno cruel marcado por las injusticias sociales. Juliana cuenta en primera persona su historia de superación, su conquista de la felicidad a través del amor, de la vida, de la maternidad. El personaje de Eve, como el lector no tardará en comprender, es un guiño tierno y respetuoso a la carismática Eva Perón, personaje histórico del que la autora muestra la faceta más desconocida e intimista.

CAPÍTULO 1

Verano de 1925

Acabía pasado todo el mes de enero, y febrero se iba acercando a su inevitable final, se agotaban aquellas emocionantes vacaciones escolares que, a pesar de haberse iniciado a mediados de diciembre, para mí comenzaron cuando llegué a la estancia pampa grande, situada en el pueblo de los toldos, y durarían hasta la primera semana de marzo. Los dos meses más libres de mi vida. La ciudad de Junín, donde yo vivía, y el pueblo de los toldos no eran paisajes diferentes, ambos al norte de la provincia de buenos aires comparten, como en toda la gran región pampeana, su interminable llanura y sus fértiles tierras. El pueblo era el más importante de la región y debía su nombre a los asentamientos de los nativos mapuches del lugar, que vivían en construcciones de ramas y cueros de animales llamadas toldos. Tampoco se encontraban tan alejados pueblo y ciudad, pero a mi juicio eran dos mundos opuestos. La ciudad con sus casas pegadas unas a otras, la luz eléctrica, las calles empedradas, el encierro y la soledad. La estancia con su interminable llano, sin calles delimitadas, la luz en lámparas de aceite, la libertad y Eve.

La estancia me había enseñado lo que era respirar hasta llenarme los pulmones sin preocuparme de recibir una reprimenda por ello. podía quedarme tumbada en el verde pasto mirando las interminables hectáreas de campo sembrado o correr por sus pequeños bosques verdes protegidos por gigantes y añosos árboles, que cooperaban entre sí para aplacar el ardiente sol que golpeaba despiadadamente en los tres meses de verano. Al amparo de sus sombras, Eve y yo nutríamos nuestra naciente amistad.

Allí estábamos esperando aquella tarde. Eve con impaciencia y yo despreocupada, más pendiente de evitar los intrépidos rayos de sol que se filtraban en el denso follaje, que de aquel bello ejemplar que se acercaba a nosotras. Nunca había hecho algo así en la vida. Ocultas tras un tronco caído lo veíamos acercarse lentamente, Eve lo quería para ella.

—¡Lo atraparé! ¡Ya verás!

—Puedes salir lastimada si lo intentas.

—Es grande y fuerte pero puedo dominarlo sin problemas, lo he hecho muchas veces antes.

—Es muy esquivo.

—Una vez que los tienes en tus manos, son mansos como unos gatitos, puedes sentir su piel suave y caliente contra tu pecho. Me arrojaré encima de él y le murmuraré al oído, verás que en un par de horas estará durmiendo pacíficamente a mi lado.

—Yo creo que tomará lo que tú le des, luego saldrá corriendo y quedarás toda magullada. Pero será solo culpa tuya.

—Juliana, no sabes nada de machos grandes, si tienen un nido caliente y comida a disposición se quedan donde los colocas.

—Tu madre lo matará y lo pondrá en una olla, antes de que tú le armes un nido.

—¡Silencio! Lo espantarás. ¡Quédate quieta! ¡Agáchate, se está acercando!

Unos minutos después la sonriente chiquilla, envuelta en una capa de polvo, levantaba de las orejas una liebre mediana, exhibiéndola orgullosamente ante mis ojos asombrados al comprobar lo rápido que podía moverse.

—¡Te dije que podría hacerlo! Míralo. ¿No es precioso?

Miré sorprendida y entusiasmada a la suave criatura gris, de largas orejas, que después de dar varias patadas al aire con sus poderosos cuartos traseros, se resignó al cautiverio y me miraba suplicando por su libertad.

—¡Le duelen las orejas! Préstamelo, Eve.

—Tú no querías que lo atrapara y... ¿Ahora lo quieres cargar?

—No dije que no quería que lo atraparás, dije que no podrías hacerlo, que te lastimarías en el intento, y mírate las rodillas. — Esperé paciente que la niña bajara la mirada hasta sus rodillas y continué haciéndole notar mi acertado predicamento—. Tienes ambas rodillas ensangrentadas y untadas con tierra.

—No importa. Me las lavaré después de encerrar a mi liebre, y quedarán como nuevas —dijo de forma engreída, y pasó frente a mí para poner manos a la obra.

—¡Yo te ayudaré! —declaré, sin darle importancia a los aires arrogantes de mi pequeña amiga.

En aquella época yo era una niña que no tenía muchas oportunidades de compartir momentos de total libertad en el campo. Mis padres o, mejor dicho, mi padre me mantenía encerrada dentro de la casa de la ciudad. Asistía a la escuela por las mañanas, a la escuela dominical y a misa los domingos. En mis primeros ocho años de vida, solo dos veces me habían llevado a la estancia Pampa Grande, propiedad de la familia Solari Crespo que había heredado mi padre, y la primera vez no cuenta en mi memoria porque solo tenía dos años. La gran estancia, que debía su nombre a la extensa porción de campo que ocupaba en la región pampeana, en la que en aquel maravilloso verano de 1925 me encontraba descubriendo una vida sin restricciones y en la que había conocido a Eve, la pequeña Eve.

El verano estaba llegando a su fin, pronto tendría que volver a mi lúgubre y solitaria vida en la casa de la ciudad, pero al menos me consolaba pensando que volvería a ver a mi madre enferma. El autoritario de mi padre me había enviado al campo para no tener que cargar conmigo todos los días en la casa, a todas horas husmeando cual mosca molesta que vaga por la casa, fastidiando a los demás ocupantes. Pero a diferencia de la mosca, yo no era ignorante de ese sentimiento. Mi padre aborrecía la idea de tenerme allí, además de aborrecer el hacerse cargo de su esposa convaleciente, que no podía manejarse sin ayuda tras sufrir un ataque durante las últimas celebraciones de fin de año. Según había oído al médico decirle a mi padre, la tarde que mi madre enfermó, la sangre había desbordado una parte de su cerebro y los daños eran irreversibles. Desde ese momento, ella se quedó con la cara y la mitad derecha del cuerpo paralizados. Mis dos hermanos adolescentes, Guillermo, de catorce años, y Martín, de trece, habían sido despachados a Francia el mismo día que yo fui enviada a la estancia. Ellos iban a disfrutar unos meses en casa de mi tío Eduardo, hermano de mi madre, que residía en aquel lejano país desde que tengo uso de razón, antes de internarse en un prestigioso colegio francés que los hospedaría a ambos los próximos seis años.

Sin importar el motivo por el que me encontraba en ese lugar, estaba viviendo el mejor verano de mi corta vida, sin tener que esconderme en cuanto mi padre ponía un pie en la casa y sin escuchar los gritos constantes hacia mi madre. Lamentaba la enfermedad, pero agradecía esos meses de calma. Tenía estrictamente prohibido salir de la casa de campo, pero los criados allí no seguían al pie de la letra las rigurosas órdenes de su patrón, como lo hacía la servidumbre de la ciudad. Él había aparecido por allí dos veces en esos tres meses y la última vez me había ordenado tener todo listo para el 6 de marzo, fecha en la que iría a buscarme para que iniciara las clases en la escuela de la ciudad de Junín. Faltaba, a mi juicio de niña, mucho tiempo para la fecha señalada como el fin de un verano maravilloso, siete días era mucho tiempo para dejar que un momentáneo desacuerdo me privara de una semana de juegos y compañía. Disfrutaría de los últimos días de libertad y no me dejaría amedrentar por una niña altanera y mandona, que para colmo era dos años más pequeña que yo.

—¡Mejor me quedaré y atraparé a mi propio conejo! —anuncié con determinación.

Eve se detuvo al oírme, se volvió hacia mí y comenzó a reír. Su enmarañado pelo oscuro se sacudía, despidiendo una nube de polvo con el movimiento.

—¿Tú? Niña de ciudad, no puedes siquiera atrapar una mariposa. ¿Alguna vez has atrapado alguna?

—Vivas no, pero podría hacerlo si quisiera. Y verás que podré atrapar a un conejo más grande que el tuyo.

—No es conejo es liebre, y no sabes dónde buscarlas.

—Me quedaré aquí esperando a que aparezca otra. Esa ha venido aquí, ¿no?

—Te ensuciarás tu lindo vestidito rosa y tu criada te dará una tunda. Toma, cárgala hasta mi casa. —La pequeña niña delgaducha me ofreció su trofeo como signo de renovada amistad y yo acepté sin esperar que volviera a insistir.

—Solo te acompañaré hasta el cerco, después volveré a casa.

—Nadie te verá si lo cruzas, además tu padre no está en tu casa —decía la pequeña, intentado convencerme para que atravesara el

cerco que marcaba el límite de mi propiedad y el comienzo de la estancia La Unión, propiedad del padre de Eve.

Las casas principales de ambas familias se encontraban a poco más de un kilómetro de distancia sobre la ruta principal que atravesaba el lugar. A pesar de las vastas extensiones de tierras que abarcaban ambos dominios, la cercanía de nuestras casas permitió que nos conociéramos aquel verano y cultiváramos en poco tiempo una amistad sólida. Discutíamos y peleábamos decenas de veces durante el día, pero no pasaba uno solo que no estuviéramos juntas. Solo las esporádicas visitas de mi padre a la estancia o alguna penitencia temporal que sufriera Eve nos distanciaban. A pesar de ello, en mí estaban muy arraigadas las severas restricciones impuestas por mi padre, debo reconocer que las desobedecía, pero no me atrevía a ir más allá y nunca me animé a salir de sus dominios. Me revelé ante la absurda orden de permanecer encerrada y sola durante tres meses, pero nunca hasta ese momento abandoné la estancia.

—¿Tu padre está en tu casa? —pregunté.

—Cuando salí no estaba, había ido al pueblo.

—¿Y tus hermanos?

—Deja ya de preocuparte. ¿Alguna vez te han dicho algo?

—No, pero nunca voy a tu casa, siempre vas tú a la mía.

—Y mi madre me regaña cuando lo hago, pero igual voy. ¿O no?

—Tu madre no es mala, ni tu padre. El mío sin embargo me dejaría una semana sin comer si descubriera que lo he desobedecido, pero antes me desollaría viva.

—Exageras July, no puede ser tan malo.

—No me deja juntarme contigo, dice que no tienes apellido. Pero tú lo tienes, ¿no?

—Por supuesto, es Iburguren, como mi madre. ¿Cómo no voy a tener apellido?

—¿Por qué no tienes el apellido de tu padre?

—¡No lo sé! —negó cortante, y volvió a arrebatarme el animal de las manos.

—Agáchate, si no quieres que el alambre te raspe la frente —ordenó, y cruzó el cerco de alambre para internarse en su propio territorio. El campo se hallaba yermo, después de la cosecha del

trigo, y desde el cerco se veía la alta casa de ladrillos oscuros de Eve.

—Vamos a la granja, allí encontraremos jaulas —indicó.

—¡Mira Eve! Tu amigo el indio está hablando con tu hermano.

—Salen a cazar siempre juntos, es común verlos en la casa.

—Creo que mi padre les teme —dije—, es por eso que no quiere que yo salga de la casa. Sus toldos están muy cerca.

—¿Tu padre? Creí que era malo y no le temía a nada.

—No creo que tema que le hicieran algo a él, creo que teme que durante su ausencia puedan hacerme daño.

—No son malos. Muchos de ellos trabajan en el campo con mi padre y algunas mujeres lo hacen en la casa. Yo tengo varios amigos indios.

—¿Tu padre permite que juegues con ellos? —pregunté sorprendida.

—Ya te dije que no son malos. Y tú no vives por aquí. Mi madre dice que cuando empiece la escuela tendré muchos amigos allí que no serán indios.

—Si mi padre me viera jugando con indios creo que se moriría, después de matarme.

—Si los teme, ¿por qué compró estas tierras tan cerca de las de ellos?

—No lo sé.

—Deja a los mapuches en paz, July. Vamos, tenemos que armar la casa de la liebre.

Después de cazar la primera liebre y animarme a traspasar todos los límites, los días se repitieron casi rutinariamente. Me levantaba temprano, dejaba que Teresa me trenzara el largo cabello negro, que lo enroscara en la cabeza y me arropara con viejos vestidos de algodón para encontrarme con Eve y las liebres. Dos días después de atrapar la primera, pude demostrarle a mi pequeña amiga que sí podía atrapar una liebre, ¡y además hembra! Las magulladuras que me había dejado la hazaña habrían desaparecido de la cara para la fecha en que vería a mi padre, pero el mordisco profundo que me había proferido en la pierna mi desesperada presa todavía necesitaría unos días más de recuperación y, gracias a la intervención de mis nuevos amigos aborígenes, la herida estaba

cicatrizando sin complicaciones con el ungüento que me habían dado.

La última mañana, con la pareja de liebres grises en su jaula comiendo al lado de nosotras, en un tranquilo lugar rodeadas de frondosos y viejos árboles de eucalipto, lejos de casa, me encontraba aspirando la fragancia del ambiente, escuchando el cantar descontrolado de las aves e intentando retener con todos los sentidos los últimos momentos de libertad. Habíamos llevado una canasta llena de frutas, un poco de comida, hojas de papel en blanco y varios lápices de colores hasta nuestro refugio.

—Es una pena que el verano haya terminado —dijo Eve.

—Tienes que cuidar bien de las liebres. Dentro de poco seguro que tendrán crías.

—Puedes llevarte una cuando las tengan, tu padre no la descubrirá si es pequeña.

—Tal vez, aunque es difícil saber cuándo volveré.

—¡Quizá te la pueda llevar yo!

—¿Cómo harías eso? Tú eres muy pequeña para viajar sola.

—Cumpliré seis en pocos días.

—Igual eres muy pequeña. Intentaré convencer a mi madre para que venga aquí en los quince días de vacaciones de invierno que tenemos en julio. Si ella sana para las vacaciones no se negará a traerme.

—¡Seguro que se curará! —afirmó con seguridad—. ¿Tu madre te dejará quedarte con la libre?

—Oh, sí, ella estará encantada con una liebre bebé.

—Te haré un dibujo para que puedas llevarte a la ciudad y recuerdes el campo.

—Y yo te haré uno de la ciudad, así podrás conocerla.

Pusimos todo nuestro empeño y esmero para hacer dibujos que ilustraran de la manera más fiel posible aquello que queríamos dejar como regalo una a la otra. Yo dibujé una bella ciudad de noche, iluminada por luces eléctricas, que hizo soñar a Eve. Y ella dibujó el campo, con las toscas imágenes de dos niñas sujetando por las orejas lo que parecían ser dos liebres. Hasta había dibujado a las futuras crías de la pareja de liebres a nuestro alrededor y a mí con el vestido rosa. El dibujo de Eve me hacía sentir libre. Con una

emotiva ceremonia privada nos entregamos los dibujos, después de varias horas de elaboración esperando y deseando que el tiempo de separación fuera el menor posible.

Intuía que Eve se sentía importante conmigo, con una amiga de la ciudad, y yo pude expresar por primera vez a otra persona lo aburrida y triste que era mi vida, lo severo y estricto que veía a mi padre, y conocí por primera vez la libertad de hacer lo que me viniera en gana.

—Te extrañaré, Eve.

—Espero que tu madre sane para el invierno.

—Yo también. ¡Corramos hasta el abrevadero!

Dejando los dibujos y papeles al cuidado de las liebres en sus jaulas, corrimos y jugamos por la pradera durante horas, a nosotras se sumaron dos pequeños mapuches que había conocido esa última semana en la casa de Eve.

Nos despedimos horas después, mojadas, sonrientes y exhaustas. Enrollamos con mucho cuidado las obras y nos abrazamos por última vez.

Al otro día temprano partía hacia la ciudad de Junín para iniciar un nuevo año escolar. El trayecto era corto, menos de cien kilómetros, pero para mí había un universo de por medio. Mi padre había enviado un mensajero con la orden de salir, él no había ido hasta el campo porque la salud de mi madre era delicada.

CAPÍTULO 2

Años después, descubrimos que aquel año de 1925 fue desastroso para ambas. Eve había comenzado la escuela dominical en la iglesia del pueblo y allí fue realmente consciente de lo complicado e ingrato que era no llevar el apellido del padre. Varias niñas le decían abiertamente que no podían ser sus amigas porque ella era ilegítima. Eve no tenía idea de lo que aquello quería decir, hasta llegó a pensar que se trataba de una enfermedad que podía ser contagiosa y que por eso las niñas no se acercaban a ella después de aclararle aquella situación. Su madre no ayudaba mucho con las explicaciones, se limitaba a decirle que ser ilegítima significaba que ella no tenía el apellido de su padre, pero Eve eso ya lo sabía. Su padre le explicaba que no podía darle su apellido porque su madre ya la había anotado en el registro con el suyo.

Finalmente, cuatro días antes de acabar el mes de junio, mi madre falleció. Cuando regresé de la estancia la encontré mucho peor que cuando partiera. Mis ilusiones de volver a contar con mi madre se derrumbaron, arrastrando con ellas mi alegría. No hablaba, solo movía la mano izquierda, y ya no se levantaba para nada. Una enfermera se encargaba de ella las veinticuatro horas y yo le hacía compañía cuando regresaba de la escuela, le leía largos cuentos cuando mi padre no se hallaba en casa y una leve inclinación de su labio superior era mi recompensa. Había comprendido que eso era una sonrisa y aquella pequeña mueca me iluminaba el alma. Cuando años más tarde acudían a mi mente los recuerdos de mi madre, era aquella imagen la que revivía, la de las noches divertidas que pasábamos cuando mi padre viajaba y yo dormía en su cuarto. Su dulce voz, leyendo o contando historias de heroínas que en muchas ocasiones ella misma inventaba y me animaba a colaborar con mi imaginación para socorrer a la damisela en apuros. Y su repetido consejo, que en esas noches frías sin ella era la única manera de sobrellevar la tristeza: «puedes inventar el mundo donde quieres vivir, Juliana, solo tienes que desearlo».

En mayo mi padre viajó para traer a mis dos hermanos, ante la inevitable cercanía de la muerte, y gracias a Dios no regresó en un

mes y medio. Milagrosamente, mi madre durante esos días había recuperado algo el habla y podía contestar sí o no, y con ello me llenaba de esperanza. Era mucho mejor que el «¡hum!» que pronunciaba cuando volví a verla después del exilio de verano. Hasta me entregó una carta que había escrito lentamente durante varios días, unas horas antes de la llegada de mi padre y hermanos. A la semana siguiente murió.

Jamás olvidaré que, encerrada en mi cuarto, escuchaba que mi padre le decía cosas horribles la última noche de su vida. Ella había volcado un vaso de agua de una bandeja apoyada en la cama que estaba preparado para que la enfermera le diera la medicación. Al terminar, mi padre salió furioso de la habitación dando un violento portazo y maldiciendo la puta suerte que le había dado una esposa enferma e inservible. Todos desaparecieron de su camino al escucharlo gritar y se encerraron en sus cuartos. Unas horas después, la enfermera anunciaba el descanso eterno de la señora Amelinda Escobar de Solari Crespo. Mi madre se había marchado de este mundo sufriendo hasta el último momento, padeciendo hasta el final el maltrato y la violencia que habían acompañado a su matrimonio desde el inicio. Un matrimonio arreglado por su padre a cambio de unas pocas parcelas de tierra, con un hombre de treinta y cinco años, cuando ella solamente tenía trece. Murió joven, su belleza había sido su peor aliada, a sus veintinueve años nada quedaba de ella. En su pálida cara podía verse reflejado el sufrimiento de una vida de abusos que se llevaba a la tumba.

El año, después, transcurrió con monótona sintonía. Mi padre había vuelto a viajar a Francia para llevar a mis hermanos y no volvió hasta diciembre.

La única alegría que recibí aquel fatídico año fue que volvería a pasar el verano en la estancia Pampa Grande. Me trasladaría con algunos criados y mi institutriz para pasar allí las fiestas, y mi padre me había anunciado que iría a visitarme en algunas ocasiones... si tenía tiempo. «Tengo mucho trabajo atrasado por culpa de tu madre y ahora que estoy solo y tranquilo podré ponerme al día», fueron las palabras con las que me comunicó que estaría sola todo el verano. Aunque me pareció cruel y malicioso el comentario hacia mi madre, no me alteró y no pudo opacar la alegría que bullía por dentro y

amenazaba por desbordarse a través de mis labios en forma de amplia sonrisa. Pero me contuve, si le demostraba a mi padre que la idea me agradaba, hasta corría el riesgo de que cambiara sus planes y me dejara encerrada en la casa de la ciudad, aunque aquello también lo afectara a él.

Cuando abandonaba el estudio de mi padre después de que este me comunicara los planes para el verano, una ráfaga de viento salió del lugar, escapando por la estrecha abertura antes de cerrar completamente la puerta, y me meció los cabellos. Instantáneamente pensé en mi madre. Sonreí al reconocer que en ese momento ella sentía la misma libertad que me embargaba cuando pensaba en el campo, lejos de la rigurosidad de mi padre, la escuela y la ciudad. Mi madre era libre eternamente y podría acompañarme adonde yo fuera, ese pensamiento borró todo residuo de tristeza que cargaba desde que regresara el verano pasado y viera a mi madre en tan mal estado, la posterior negación de una pérdida inevitable y luego su muerte. En el preciso momento en que el aire fresco bañó mi rostro descubrí que mi madre se había liberado de todo sufrimiento que padeciera en la tierra, mi angustia desapareció y pude comprender las palabras que me había escrito unos días antes de su deceso: «Siempre estaré en ti, seré tu ángel. No estés triste, porque yo no lo estoy. Quiero volar.» Cuando las leí creí haberlas entendido, pero en ese momento las sentía. Un descubrimiento importante para una niña de ocho años.

—He aprendido a hacer malabares, puedo hacerlos con naranjas, piedras y pequeñas pelotas, con tres me salen bárbaros, con cuatro me cuesta, con un poco más de práctica podré hacerlo —declaraba orgullosa Eve mientras revoleaba tres piedras con rápida y enérgica precisión, podía caminar y hablar mientras lo hacía, y yo quedaba encantada sin poder apartar los ojos de los objetos que volaban y volvían a caer en sus manos.

—¿Cómo te ha ido en las clases? ¿Hiciste muchos amigos?

—Por supuesto, tengo muchos compañeros y todos son amigos míos —contestó a la defensiva y dejó de arrojar las piedras por los aires para sentarse a un lado.

Su cambio de humor me había parecido extraño, pero debo admitir que Eve me resultaba una niña extraña en general. Era

mandona y arrogante pero, increíblemente, esas cualidades la hacían atrayente y los niños de las cercanías, muchos de ellos aborígenes mapuches, se veían encandilados por ella y la seguían a sol y sombra.

—¿Y tú? Seguro que tienes muchos amigos en tu escuela de ciudad.

—No muchos, solo hablo con dos o tres niñas, pero nunca fuera de la escuela. No suelo salir de mi casa. Mucho menos desde que mi madre no está.

—¿Hasta cuándo vas a quedarte?

—Todo el verano, mi padre se fue ayer y creo que volverá a mediados de enero a controlar todo y luego me quedaré nuevamente sola, como en el verano pasado.

—¡Eso es genial! —dijo con renovado entusiasmo—. Podremos hacer lo mismo que el año pasado. Mañana iremos a mi casa y podrás ver a las liebres. ¡Hay como doce! Mi hermano Juan y yo les hemos construido un corral y ellas lo llenaron de túneles. —Se volvió a levantar y arrojó nuevamente las piedras—. Te enseñaré malabares, pero con las pelotas de goma, porque las piedras son peligrosas. Mañana las buscaremos en el patio de mi casa y podrás comenzar.

—Eso sería fantástico. ¿Tu padre se encuentra en tu casa?

—No. Se ha ido a Chivilcoy a pasar las fiestas y no volverá hasta enero.

—¿Y tus hermanos?

—No te preocupes por ellos, no se meterán con nosotras, mis hermanas mayores ayudan todo el día a mi madre en la costura y Juan rara vez se encuentra en casa.

—Podemos invitar a Erminda para que juegue con nosotras. —Propuse por primera vez a la hermana, que era un año mayor que ella, para sumarse a nuestros juegos.

—Sí, tal vez Emi quiera jugar con nosotras. Ven, vamos a tu casa, así me muestras esas cosas que trajiste de la ciudad.

Entramos corriendo a la casona de grandes ladrillos rojos muy oscuros sin revestir y puertas abovedadas. Caminamos por el largo pasillo desde la parte de atrás de la casa y ascendimos a la planta superior por una escalera encorvada hasta las habitaciones. Ese

año había provisionado las maletas con todas mis muñecas y juegos de mesa, objetos que el verano pasado no había incluido en el equipaje. Para ese verano no había olvidado nada. Eve no paraba de sorprenderse por las bellas muñecas, tocaba embelesada sus pequeños trajes hechos de seda y encajes, acariciaba la fría pero lozana y bella cara, y les acomodaba el abundante cabello con sus moños de raso.

—Huele extraño —dijo Eve.

—Debe de ser la pintura. Hace una semana pintaron el cuarto.

—Ha quedado muy bello, yo le pediré a mi padre que pinte nuestro cuarto como este, las flores rosas son muy lindas. —Con su mano delgada, Eve pasaba los dedos sobre la pared rosa estampada con flores rosadas más oscuras y pequeños tallos verdes, que hacían del cuarto un lugar alegre y fresco.

—¿Por qué no le pides a tu padre que también te traiga muñecas? El viaja mucho, ¿no?

—Sí, viaja mucho, pero dice que mi madre hace bellas muñecas y no necesito otras.

—Es cierto —reconocí—. Las muñecas con las que jugamos la otra vez eran muy lindas y mucho más grandes que estas.

—Pero estas son tan bellas —dijo ella, soñadora.

—También son muy delicadas. Si caen al suelo se rompen, no se puede jugar mucho con ellas.

—Me gustaría un vestido como este —dijo acariciando nuevamente un bello vestido principesco de la muñeca de porcelana.

—Llévaselo a tu madre, ella podrá hacerte uno.

—Mi madre tiene mucho trabajo ahora, no creo que pueda perder tiempo haciendo un vestido así.

—Puedo llevar mañana la muñeca y tú le mostrarás el vestido, así cuando ella tenga un momento libre te lo podría hacer.

—¡Sí! —gritó alegre—. ¡Es una buena idea, no vayas a olvidarlo mañana!

—Claro que no lo haré.

La tarde se nos pasó mientras sacábamos y revolvíamos las maletas llenas de chucherías que me había encargado de llevar hasta la estancia. Mi padre, con el apuro de desprenderse de mí, no

había reparado en las cuatro maletas grandes que cargaban los sirvientes en el automóvil.

Las celebraciones de Navidad y Año Nuevo fueron una revelación para mí, la casa desbordaba de personas que iban y venían con un ánimo festivo bastante contagioso. La institutriz y todos los criados de la casa de la estancia, los de la casa y los cuidadores de los corrales y el campo, los cuales, con sus respectivas familias, llegaban a cincuenta personas en total, hicieron que, tras un breve interludio melancólico, fueran las más numerosas, bulliciosas y alegres que hubiese pasado en mi vida. Si mi madre hubiese estado con vida compartiendo aquello conmigo, sin lugar a dudas serían las más felices de su vida. El recuerdo de mi madre logró empañar parte de la fiesta y en algún momento me encerré en mi cuarto para llorar su pérdida. Una vez superado el arrebató de angustia, recordaba la sensación de paz y libertad que había sentido aquel día en la puerta del estudio de mi padre y me sentía libre por mí y por mi madre, y la nostalgia desapareció. Nunca hubiera podido imaginar que pasarían tantos años sin volver a vivir esa sensación.

Una semana después de las celebraciones, los días se parecían, y mucho, a los del verano anterior. Después de las obligadas dos horas matutinas de repaso escolar con la institutriz y la hora de francés, almorzaba y salía a encontrarme con Eve, en algunas ocasiones nos encontrábamos en su casa y nos acompañaba su hermana Erminda, y en otras ella recorría el camino hasta mi casa bordeando el alambrado que daba a la ruta principal, ya que los campos sembrados de maíz y trigo no eran cosechados hasta mediados de febrero.

Una tarde muy calurosa de enero jugábamos Eve, Erminda y yo con muñecas y pequeñas piezas de un juego de té de porcelana, bajo la sombra de un gran ombú^{1} alejado de la casa principal de Eve, pero cerca de las caballerizas donde varios gauchos empleados de su padre realizaban sus quehaceres diarios. Un jinete entró veloz, saltó de la silla del caballo antes de que este se detuviera por completo y arrojó las riendas al caballerizo, que salió alertado por el repiquetear alocado de los cascos del caballo al acercarse.

—Prepara varios caballos urgentemente, el patrón ha tenido un accidente con el vehículo, creo que está muerto —dijo, sin advertir la mirada asustada de tres pares de ojos que lo seguían enmudecidos—. Iré a avisar a la doña —volvió a decir, y desapareció hacia la entrada trasera de la casa.

Erminda corrió desesperada hacia la casa y Eve la siguió. Esperé, mirando a los hombres gritarse unos a otros, sacar y preparar caballos con sus monturas, correr buscando cosas y a otras personas y volver a gritar. Rememoré, mientras veía las escenas desarrollarse frente a mí, el silencio que reinó en mi casa cuando anunciaron que mi madre había muerto. Nadie gritaba, ni se desesperaba, ni lloraba. Yo lo había hecho varias semanas después de haberla enterrado y estaba segura de que mis hermanos también se habían desahogado en silencio y soledad, pero la casa de ninguna manera se había alborotado como ocurrió en la casa de mi amiga. Cuando los hombres llevaron a los caballos hacia la entrada y todos se dispusieron a hacer lo que se les había ordenado, el silencio volvió a llenar el patio, pero Eve seguía sin aparecer. Ordené las cosas con las que estábamos jugando y emprendí el lento y silencioso retorno. Hasta que perdí de vista la casa de Eve, seguí mirando hacia atrás para ver si la veía aparecer, pero no ocurrió. Comencé a rezar como me había enseñado mi madre, pidiendo por la salud del padre de Eve, pidiendo por que el jinete que había traído la noticia se hubiese equivocado y pidiendo por mi pequeña amiga. Una vez en casa, me encerré en mi cuarto sin comentarle a nadie lo que había ocurrido. Dos horas después la institutriz subió a buscarme, mi padre había llegado y me esperaba dentro de una hora en la sala. Volví a pensar en el padre de Eve que, muerto o no, me había salvado de vaya a saber qué penitencia de mi padre. Durante las jornadas de juegos no solía volver hasta bien entrada la tarde y apenas eran las seis. Si no hubiese llegado aquel jinete, yo hubiese seguido en casa de Eve, a mi vieja institutriz, Dolores, le habría dado un infarto y otra dolencia igual hubiera sufrido Teresa, la criada que me atendía en la estancia, porque no esperábamos a mi padre hasta dentro de una semana.

La muerte del señor Juan Duarte, padre de Eve, había quedado confirmada para mí esa misma tarde que viera al jinete. Mi padre,

que justamente viajaba por la misma ruta, se cruzó con el vehículo accidentado y pudo ver el cuerpo sin vida de su vecino estanciero. Mi padre, obviamente, nada me dijo sobre ello, ni sobre nada, se limitó a darme un frío saludo y a informarme de que a partir del día siguiente mis obligaciones se verían ampliadas: a las clases matutinas se sumarían dos horas durante la tarde, hecho que ya había arreglado con la institutriz, y se deshizo de mí con su gesto habitual de mover una mano como barriendo con ella migas invisibles en el aire. Lo seguí cuando iba hasta las barracas de los trabajadores del campo y escuché que comentaba el accidente con el capataz de la estancia.

No vi a Eve ni a sus hermanos durante una semana. Mi padre se quedó en la estancia más de lo habitual, organizando con sus hombres las cosechas del año. No podía alejarme de la puerta trasera de la casa, cuando me permitían salir del cuarto para otra cosa que no fuera asistir a clases con la institutriz que, efectivamente, había aumentado el horario de las lecciones, agregando en las horas vespertinas lecciones de corte, confección y bordado, por órdenes de mi padre, que había decidido que ya estaba en edad de aprender esas labores de mujeres.

Los últimos días de enero mi padre retornó a la ciudad de Junín, y en mí afloró la sensación de ser el sol que hurga entre las nubes para liberar sus rayos como pinceles y colorear el día, librándolo de un gris frío y triste. Tres días después, Eve aparecía por mi casa.

La vieja Dolores me dejó salir, sin retomar las tareas de bordado que habían quedado pendientes de la tarde anterior, cuando se enteró de que la «chiquilla», como ella la llamaba con su acento español imborrable, a pesar de haber vivido en Argentina desde los diez años de vida, llegó preguntando a las criadas por mí. Nos miramos sin decir una palabra y nos perdimos detrás de las barracas de los peones de campo, rumbo hacia el bosquecillo donde solíamos jugar por las tardes.

—¿Cómo te sientes? —pregunté, apreciando el largo vestido oscuro como su ánimo, sorprendida de no ver a la niña lucir sus acostumbradas prendas coloridas.

—Bien —contestó sin emoción, ausente, y un largo momento después continuó—: Mi padre tiene otra familia en el lugar donde lo

enterraron, por eso no tengo su apellido —confesó en referencia a las preguntas que yo le hiciera en su día, para las cuales ella no tenía otra respuesta más que a ella le habían puesto el apellido de su madre—. Ellos no querían dejarnos entrar al velatorio, ni que asistiésemos al entierro. Nos echaron con gritos e insultos después de que viajamos dos días en carruaje para llegar al lugar. Creo que mis hermanos mayores sabían qué nos esperaba, no estaban tan asustados como Erminda y mi madre —me contó, sin mencionar su propio miedo.

—¿Pudieron hacerlo al fin? —pregunté con cautela a la niña, que parecía haber madurado varios años en pocos días y se encontraba al borde de las lágrimas.

—Sí, un pariente de mi padre que vive en esa ciudad habló con los Grisolia y pudimos acercarnos el día del entierro y acompañarlo hasta el cementerio.

—¿Cuándo llegaste? Yo no podía salir de casa, mi padre se ha marchado hace tres días y no he podido salir al campo desde el día que volví de tu casa.

—Ayer por la mañana, es un viaje largo, cuando llegamos dormí hasta hoy.

—Cuando mi madre murió yo dormía muchas horas al día y no asistí a clases en una semana —acoté como consuelo.

—Mi padre tiene varios hijos en Chivilcoy y su esposa murió hace unos años, es por eso que vivía tanto tiempo con nosotros y viajaba seguido a la ciudad y nunca quiso llevarme con él —continuó relatando en voz baja y serena. El descubrimiento acerca de su padre la inundaba de tristeza y no prestaba atención a lo que yo le contaba.

La niña estaba muy triste, desconsolada, decepcionada. No sabía cómo consolarla o hacer que se sintiera mejor, al verla tan deprimida renacía el padecimiento por mi propia pérdida y el dolor que lo acompañaba me punzaba el pecho y atoraba las palabras que pujaban por salir pero que la angustia abatía.

Observé las doradas espigas de trigo mecerse al compás del viento.

—¡Tengo una idea! —grité de repente, en defensa de mis palabras, y salí corriendo hacia la casa. Un cuarto de hora después

regresé con un portafolios lleno de hojas en blanco, lápices de colores, tijeras, cola para pegar papel y varias revistas. Las acomodé en los troncos que utilizábamos como bancos y me senté en el suelo—. ¡Dibujemos momentos felices que nos hayan ocurrido o deseemos que nos ocurran! —propuse, con un ánimo desbordado de expectación, esperando la respuesta de mi amiga, y repartí los útiles para ambas.

Aunque renuente al principio, Eve me observaba recortar figuras de revistas y pegarlas en las hojas, y después agregarles dibujos hechos a mano y nombres, e inventar un pequeño comentario para cada uno. Después se lo mostré. Se quedó un momento mirando la hoja como si no la viera, pero sonrió. Eve no sabía leer, pero el dibujo de las dos tiradas en el pasto aplastando a los pobres conejos le hizo gracia y sonrió. Yo estaba segura de que era la primera vez que sonreía desde la terrible noticia del accidente y reí con ella. Tomó un lápiz, una hoja en blanco y me imitó. La tarde mágicamente se tornó alegre, una hora después nos reíamos a todo pulmón alejando con nuestras carcajadas los fantasmas de la tristeza, que sabíamos que volverían pero en ese momento éramos invencibles para ella. Recortábamos imágenes de personas que transformábamos con los lápices, yo colocaba los nombres de los conocidos que imaginábamos que eran y las agregábamos a una escena pintada que nos resultaba graciosa. Todos los integrantes de las familias de ambas estuvieron presentes en los numerosos *collage* que realizamos aquella tarde inolvidable.

Al día siguiente se repitió la actividad y sumamos a Erminda. En esa ocasión nuestras caricaturas se integraron a los demás personajes de papel y nosotras adoptamos otras personalidades pintándonos dibujos en la cara, como bigotes, gruesas cejas, barbas o labios rojos, carnosos y anchos. En los días siguientes de verano la angustia se mantuvo a distancia, no se diluyó, pero aprendimos a defendernos de ella. Nuestros juegos eran cada vez más elaborados, creábamos situaciones, escenarios, y representábamos pequeñas obras que yo escribía. Que Eve no supiera leer no era obstáculo alguno, tenía una memoria envidiable, solo hacía falta que le leyera una vez lo que había preparado para ella y la pequeña lo recordaba, además le agregaba situaciones graciosas producto de

su inventiva. Incluimos a todos los muñecos en el mundo imaginario, adoptaban diferentes nombres que les escribíamos en un cartel sobre el pecho para cada actuación. Cada tanto, si algún mapuche aparecía en el escenario, con suma rapidez creábamos un personaje para él y lo incluíamos en la obra. Las lecciones de corte y confección de la vieja Dolores fueron una bendición para los juegos y una práctica constante para mí, cada vez estaba más hábil en esas labores. Inmersas en un universo imaginario, nos olvidábamos y apartábamos de nuestras cabezas todas las nostalgias y situaciones dolorosas que habíamos vivido.

Gracias a la divina providencia, los niños tienen la capacidad de adaptación más desarrollada que los adultos, y nosotras no desperdiciamos la más mínima cuota de nuestra capacidad, y nos empeñamos en disfrutar sin que el dolor irrumpiera en nuestras vidas, creando vidas paralelas donde nos sentíamos seguras, con padres amorosos y protectores, hermanos unidos, familias queridas y reconocidas en la sociedad, muchos amigos y algún príncipe azul que llegaba a la vida de la bella muchacha heroína de la obra para vivir felices por siempre.

El verano llegaba a su fin una vez más y sabíamos que el tiempo que quedaba para disfrutar de los juegos se estaba agotando. Uno de los últimos días de febrero, al finalizar las clases vespertinas, salí a esperar a las niñas Ibarguren en nuestro bosquecillo decorado. Habíamos montado toda una sala extendiendo mantas entre los árboles que hacían de paredes y cubrimos el suelo con hojas secas de palmeras, para que la tierra no ensuciara los muebles hechos de troncos y ramas forradas con más mantas. Por dentro, las paredes estaban decoradas de dibujos hechos de papel y cosidos a las telas. Como precaución ante alguna tormenta que llegara de noche y no dejara levantar el escenario, con ayuda de los nativos mapuches y aprovechando sus experiencias con los toldos, fabricamos un techo de juncos y hojas de palmeras. Ese día llegué sola, me dediqué a preparar el lugar y los nombres que llevarían los muñecos y esperé buena parte de la tarde a que llegaran Eve y su hermana, pero Eve no apareció y Erminda no lo haría sin la hermana pequeña. Cuando el ardiente sol de febrero dibujó sombras largas con los árboles, me preparé para caminar el kilómetro y medio de distancia que me

separaba de la casa de Eve para averiguar por qué no habían aparecido la Chola, como le decían en su casa, y Erminda. Su madre, que dormía la siesta, como todos los adultos conocidos, ya estaría despierta a esas horas y podría preguntarle a ella si es que mis amigas tuvieron que ir hasta el pueblo. Caminé hasta llegar a la cerca que bordeaba la ruta principal, allí me encontré con dos niños mapuches que en algunas ocasiones se habían sumado a los juegos, y decidieron acompañarme hasta la casa de la Chola, como también ellos la llamaban. No habíamos caminado más de unos cuantos metros cuando apareció en el horizonte un punto negro que se acercaba hacia nosotros con rapidez. Unos instantes después reconocí el sonido del automóvil negro de mi padre, aunque todavía se hallara lejos para reconocerlo con los ojos. El pánico tomó posesión de mi cuerpo, pero pude recuperar el movimiento y la lucidez en pocos segundos. Desesperada, me interné entre la maleza que había vuelto a crecer después de cosechar el trigo, pero el pasto todavía estaba muy bajo para que me perdiera en él, al oír el ruido más cerca me arrojé al pastizal gritando a mis amigos que desaparecieran de la vista de la ruta. No sabía si el rápido movimiento que adquirí para reptar me lo dieron los músculos de las piernas y brazos o los temblores que a causa del pánico sacudían mi cuerpo. Las filosas hojas secas de las plantas cosechadas que quedaron en el suelo me raspaban la cara y los brazos, dejando un rastro caliente y ardoroso allí por donde se refregaban con la fina piel. Lo único que podía pensar era que no solo tendría que llegar antes que mi padre, sino también con el tiempo suficiente para subir a la habitación y cambiarme de ropa. Si mi padre me viera en pantalones cortos y con el pelo a medio recoger me azotaría. Increíblemente, logré hacer todo lo que me proponía en un tiempo admirable. Cuando mi padre entró a la habitación, había dejado de sacudirme como atacada de epilepsia para pasar solamente a temblar, pero ya podía, con mucho esfuerzo, controlar la motricidad fina. Leía tranquilamente de espaldas a la puerta de entrada en un escritorio de caoba oscuro ubicado bajo el borde de la ventana, lo que me permitía cada día leer disfrutando de los últimos rayos de sol acariciándome el rostro. Mi padre abrió la puerta intempestivamente, arrojando una bocanada fresca de aire que

sosegó por un momento el ardiente calor que me perlabla la espalda de sudor. Cuando me giré, mi padre observó mis mejillas enrojecidas y sudadas, y no precisamente a causa del sol que se colaba por mi ventana, pero me pareció que no supo diferenciarlo. Estaba dispuesta a darle una respetuosa bienvenida cuando habló cortante, sin dejar espacio para réplicas.

—Te espero abajo en diez minutos. —Fue todo lo que dijo, no hubo saludo de bienvenida, ni esperó para saber si su hija lo recibiría con un beso.

Suspiré, liberando el aire que tenía contenido en los pulmones y bajé el libro que tenía entre las manos sudadas, había estado aguantando la respiración a causa del miedo y ni siquiera me había dado cuenta, pero había esquivado el castigo por muy poco. Me extrañó que mi padre subiera personalmente a anunciar su llegada, pero también sabía que nada de lo que hiciera mi padre podría sorprenderme. Rápidamente corrí hasta el espejo que tenía del otro lado de la cama, me arreglé mejor el peinado, me calcé unos mocasines y terminé de acomodarme el vestido. Me lo había colocado tan apresuradamente que quedó todo torcido y apenas me podía mover con él. Dos marcas rojas surcaban mi cara, una en la frente y otra en la mejilla izquierda que se extendía hasta la oreja. Acomodé el largo pelo lo mejor que pude, intentando disimular con él los raspones para evitar que mi padre hiciera preguntas sobre el origen de las lesiones. Quedé conforme con el resultado, pero nada podía hacer con los innumerables raspones largos que me cubrían ambos brazos, algunos rasguños más profundos no dejaban de emanar pequeñas gotitas de sangre y eran muy llamativos sobre la blanca piel. No podría ponerme ropa de manga larga, el calor era agobiante y no dudaba de que mi padre sospecharía mucho más si bajaba abrigada. Si naturalmente me presentaba con los brazos lacerados y simplemente explicaba que me había caído, podría ser más convincente. Me alisé las faldas del vestido de algodón rosa, me pasé ambas manos sobre el cabello trenzado y recogido en la cabeza y volví a acomodar los rizos sueltos sobre la mejilla y la oreja, respiré profundamente dos veces y salí de la habitación. Como nunca antes había ocurrido, mi padre me esperaba en la sala privada que se encontraba dentro de una habitación más grande, en

la parte baja de la casa, donde habitualmente recibía a los clientes que querían recorrer la estancia antes de hacer negocios con él. El lugar tenía varios sillones de un cuerpo y uno muy grande de tres cuerpos diseñado en madera de roble, tallado, relleno de plumas de ganso y tapizado con cuero negro, varios candelabros de bronce iluminaban la habitación y estaban estratégicamente ubicados sobre cada una de las grandes piezas que, como trofeos, mi padre exhibía en el lugar para demostrar su habilidad en la caza: dos gigantes cabezas de jabalí, dos venados, un puma, dos jaguares y una impresionante cabeza de anaconda eran sus reliquias en la estancia. Dividiendo la sala privada estaba la puerta, de gruesa madera blanca, que debía atravesar para enfrentar a mi padre. Generalmente él me recibía en la sala al pie de la escalera combada que subía a las habitaciones, un lugar abierto y siempre con gente que circulaba por allí. El lugar de la casa donde ahora estaba entrando me parecía tenebroso y desconocido, una sola vez había llegado hasta la sala mayor y al ver las cabezas de los animales vigilantes cerré de un portazo la pesada puerta y seguí mi rumbo hacia el patio trasero.

Apenas crucé el umbral de la puerta, un ruido me aturdió los sentidos, y el dolor que comencé a sentir segundos después me hizo cerrar los ojos.

—¡Siéntate! —ordenó mi padre mirándome con desprecio, mientras la sorpresa me iba abandonando y comenzaba a entender que, después de todo, no me había salvado. Me acaricié la mejilla donde me había golpeado—. ¡No tienes vergüenza! —aseveró gritándome—. ¡Cómo se te ocurre mezclarte con indios y bastardos! ¿Acaso no tienes educación, no conoces los buenos modales, las reglas de la gente de nuestra clase? ¿Quieres parecerte a ellos? — Mi padre, exaltado, se había alejado hacia el otro lado del escritorio pero volvió hacia mí al preguntar—: ¡Contéstame! ¿Quieres ser indigna y hambrienta como ellos? ¿Acaso quieres que la gente te señale como la amiga de los bastardos?

Sin hablar, negué con la cabeza a las preguntas y acusaciones de mi padre, no entendía qué tenía de malo jugar con las niñas o con los niños aborígenes. Era cierto que ellos no tenían plata como la que tenía mi padre y, a pesar de estar en edad, no asistían a la

escuela. Yo les había enseñado algunos números, algunas letras y a escribir sus nombres completos, pero lo que ellos me habían enseñado durante esos veranos me parecía más importante. Los niños mapuches sabían utilizar los elementos que tenían a su alcance para mejorar su modo vivir, no necesitaban riqueza para ser felices, conocían la tierra, los frutos, los animales y trataban a cada uno de esos elementos naturales con el mayor de los respetos para que les otorgaran lo mejor. Mis amigas eran niñas divertidas, ingeniosas, inteligentes más allá de su falta de instrucción escolar, sabían diferenciar lo bueno de lo malo y eran bondadosas y trabajadoras. ¿Por qué mi padre los llamaba de aquella manera? ¿Por qué le enfurecía tanto que jugase con aquellos niños?

—Te irás esta misma noche a la ciudad y nunca más volverás a este lugar mientras vivas conmigo. —Se aproximó y con el dedo índice me señaló la cara—. Nunca le digas a nadie que te involucraste con la gente del campo, que compartías tardes de juegos con esos niños, o me verás enfadado de verdad. ¿Entendiste? —me advirtió con una furia subyacente bajo palabras serenas.

—Sí —contesté temerosa y con la voz estrangulada de angustia y miedo.

—¡No te he escuchado! ¿Has entendido? —me volvió a preguntar gritando, liberando su furia nuevamente.

—Sí padre, le he entendido —aseveré con voz más firme mirando el suelo.

—Vete a hacer tus maletas, nos iremos enseguida —indicó sin gritar, se acomodó el sombrero de ala angosta y agregó—: Despídete de la vieja Dolores, será la última vez que la veas —ordenó, y murmuró por lo bajo—: Gurisa^{2} del demonio.

—¡No padre, ella no tiene la culpa! ¡Yo me escapaba cuando ella descansaba! —imploré a mi padre, en un raptó de desesperación, con la única convicción de que no podría soportar una nueva separación. Otra persona que apreciaba y entendía me abandonaría para dejarme sola en una casa oscura, silenciosa, más parecida a una gran caverna que se dirige al infierno que a un hogar. Olvidándome de mi situación y admitiendo que jugaba con esos niños, miré a mi padre. Mi inocencia de niña no pudo reconocer que

mi padre solo lo había dicho para oír de mi propia boca lo que el capataz de la estancia fue a contarle en la ciudad.

—Vete de aquí Juliana, y despídete de la vieja —gruñó tan severamente que por un instante creí que volvería a golpearme y me cubrí la cara con el brazo.

Una hora después volví a bajar de la habitación, vestida para el viaje hasta la ciudad de Junín. Tímidamente pregunté a un criado si mi padre estaba esperándome en la entrada, pero me respondió que hacía unos quince minutos tomó uno de los caballos y salió a la ruta principal sin decir hacia dónde iba. Recordé las muñecas y juguetes que quedaron en el patio y aunque recomendé a las criadas que fueran a recogerlas en cuanto me marchara con mi padre, no quería marcharme sin la última muñeca que me regaló mi madre antes de sufrir el primero de los ataques. Corrí hacia las caballerizas con toda la fuerza que podía extraer de mi delgado cuerpo, para hacerlo en el menor tiempo posible. La oscuridad ya lo cubría todo y en los cobertizos solo se veía una pequeña lámpara de queroseno prendida que pretendía inocentemente alejar las penumbras, y lo conseguía en un radio muy pequeño, la parte trasera estaba completamente a oscuras. Corrí hasta el otro lado y a esa distancia pude contemplar los destrozos a pesar de la oscuridad. Las sábanas habían sido arrancadas y los dibujos que antes habían sido parte del escenario estaban esparcidos por el lugar, podía encontrar trozos de papeles por el suelo, las hojas de palmas formaban un gran montón que en ese preciso momento comenzaba a arder gracias a un fósforo apoyado por uno de los peones. Las llamas devoraron rápidamente las secas hojas, levantando gigantescas lenguas de fuego que iluminaban todo el lugar. El peón me vio y caminó hacia mí. Muchas veces el joven gaucho nos había visto jugando en aquel lugar y, curioso, se había acercado para ver lo que hacíamos. Se quedaba sorprendido de la imaginación de la que podíamos ser protagonistas y se divertía con lo que escuchaba o podía ver.

—Toma July, siento lo de la casita pero son órdenes del patrón —se lamentó sinceramente.

Con una gran sonrisa acepté las tres muñecas que me ofrecía el joven peón como símbolo de agradecimiento por los minutos de diversión que aportamos a su laboriosa existencia.

—Que tu padre no las vea, me ha ordenado quemarlo todo pero... —Levantó los hombros y se alejó. —¿Y las de las niñas Iburguren?

—Se las daré cuando las vea —contestó sonriendo cuando se alejaba y desapareció tras las llamas de la fogata, que comenzaba a apacarse.

Volví a la casa con una mezcla de angustia, tristeza, opresión y una muy leve sensación de alivio por haber recuperado las muñecas tan queridas y valoradas, recuerdos inestimables de mi madre. Eran el recuerdo de mi madre sana, alegre, sonriente y a mi lado en cuerpo y alma, presente para ahuyentar a los fantasmas o al frío que pudiera sentir a pesar de una temperatura elevada, brazos Libios y envoltentes que emanaban un perfume dulce, que alejaban de mí todo aquello que pudiera temer. No. No hubiese podido partir sin esas muñecas, me habría arriesgado a la paliza, pero me hubiese lanzado en su búsqueda. Serían mi farol y estufa en aquella caverna en la que estaba condenada a vivir.

Sabía que los alegres días habían terminado, mi madre ya no estaba, aunque mi consuelo era que tampoco sufría y su ángel me acompañaba. Mi padre ya no me permitiría volver al campo con mis amigos, la vieja Dolores ya había partido. Me esperaba una vida de encierro en la casa de la ciudad.

CAPÍTULO 3

El primer día de clases en el Colegio Nacional de Junín me trajo una sorpresa. Parada en una de las numerosas filas que miraban atentamente el izamiento de la bandera celeste y blanca, mientras entonábamos *Aurora*, divisé, cuatro filas más adelante, una silueta conocida que hacía cuatro años que no veía. Esperé impaciente el primer recreo para buscar la silueta en el patio que compartíamos todos los cursos durante los diez primeros minutos de descanso. La había visto en la fila que comandaba la señorita Carmen Ibáñez, maestra de quinto curso, de modo que la búsqueda era más fácil. No estaba segura de que fuese quien yo pensaba, pero tenía mucha esperanza en que lo fuera. Al fin, en el segundo recreo la encontré sentada sola en un rincón del patio, intentando mimetizarse con el arbusto que se encontraba detrás de ella para pasar inadvertida. Más baja que yo, el pelo bastante más largo desde la última vez que la vi, pero igual de delgada.

—¡Erminda! ¡Qué bueno verte! —la saludé con entusiasmo—. ¿Tu hermana Eve también ha ingresado en la escuela? —pregunté antes de que ella pudiera reaccionar a mi caluroso abrazo.

—Juliana —me nombró asombrada, presentí que hasta estaba temerosa de mí.

Me miraba con los ojos muy abiertos y cabeceaba hacia ambos lados para ver quién era testigo del reencuentro.

—¿Estás nerviosa en tu primer día? —pregunté, tratando de conocer la causa de su sobresalto.

—Debe de ser —me volvió a responder con el mismo tono temeroso y sin mirarme directamente a los ojos.

—No tienes por qué temer, yo podré compartir contigo los recreos, así no te sentirás tan sola. —Me ofrecí alegremente para afianzar su adaptación en la nueva escuela.

—¡No! —exclamó más asustada que antes, enfocando su mirada en mí—. No quiero que te acerques a mí, has hecho suficiente hace cuatro años.

—¿De qué hablas Erminda? —pregunté alarmada al notar la transformación de su cara en una máscara de pánico.

—Vete Juliana, antes de que alguien le cuente a tu padre que estás hablando conmigo y me haga expulsar de la escuela. —La niña se levantó sacudiendo el blanco uniforme escolar y volvió a increparme, cuidándose de elevar la voz para que solo yo la oyese—. ¡No vuelvas a intentar hablarme! —me advirtió, con un inequívoco rencor que hizo que se me erizara el bello del cuerpo. La niña desapareció atravesando el arbusto de detrás del banco y dejándome anonadada. No entendía la hostilidad de Erminda. Sin salir de mi sorpresa, merodeé por el patio buscando la figura delgada y pequeña de Eve. Era consciente de que en esos años habría cambiado, al igual que yo, que con trece años era una muchacha alta y un tanto desgarrada, sumamente delgada, de piel blanca y fina que dejaba ver las venas azules en las manos y el rostro. Mis facciones poco a poco dejaban la redondez de la niñez para pronunciarse en un rostro ovalado de grandes ojos negros. Pero estaba segura de que podría reconocer a Eve en cualquier lugar y de que ella no me trataría como lo había hecho su hermana. No sin antes explicar el porqué. Con perspicaces ojos negros recorrí con ansia el patio de la escuela una y otra vez, entré dos veces al baño de las niñas para ver si la encontraba allí, pero no tuve suerte. No sabía a qué curso iría, la última vez que la vi todavía no había ingresado en la escuela, lo que ya le habría retrasado un año, y no sabía si al siguiente habría comenzado.

Una semana después del comienzo de las clases, loca de impaciencia y tras descubrir que la pequeña Eve no había ingresado al colegio en ninguno de los turnos, me animé a acercarme a Erminda nuevamente con la resolución de averiguar por qué me rehuía y esquivaba mi mirada en todo momento. Generalmente estaba sola. Yo la miraba cuando ella no se daba cuenta y la veía siempre sola en algún rincón y fue allí donde la encerré con mi largo cuerpo, que la sobrepasaba en una cabeza, y la obligué a hablarme dejando mis ojos a la misma altura que los de ella.

—¿Por qué no quieres hablarme, Erminda? ¿Qué te he hecho yo? —la increpé severamente, aunque aquello no me agradara en absoluto.

—Te dije que no me molestaras —replicó fastidiada con la presencia impuesta—. ¿Acaso quieres que me echen de la escuela

como lo hicieron de mi casa por tu culpa? —agregó, para mi desconcierto, agrandando llamativamente sus ojos pardos.

—¿Qué dices Erminda? ¿Dé que hablas? —la interrogué como en una súplica para que explicara por qué me estaba acusando.

—No te hagas la inocente niña rica, tu padre gritó a los cuatro vientos que nunca debimos acercarnos a una niña como tú en la estancia —me informó con resentimiento—. Dijo que pagaríamos caro el descaro de haber pisado su tierra y unas semanas después fuimos arrojados a la calle como perros, a pesar de que esa era nuestra casa, la casa donde nacimos y la que mi padre nos construyó para vivir.

—Pero no puedes saber que ha sido mi padre el que lo hizo, tal vez se trate de una cruel coincidencia.

—¿Tú eres tonta o te lo haces? —gritó enojada—. ¿Sabes quién compró parte de los campos que pertenecían a mi padre y que casualmente incluyen el lugar donde se encuentra la casa?

Yo negaba con la cabeza, pero un rubor me cubría el cuerpo y un temblor de impotencia me aflojaba las piernas.

—Pregúntaselo a tu papito, él te explicará las coincidencias de las que tú hablas. Y ahora déjame en paz, no vuelvas a acercarte a mí o a mi hermana menor, ella tampoco quiere verte a ti. —La niña, en su enfado, había levantado la voz y varias caras se volvieron hacia nosotras intentando escuchar lo que hablábamos. Erminda pasó velozmente por un costado y me dejó sola en el rincón.

—¿Te ha hecho algo? —indagó una niña que se acercaba con un grupo de chicos compañeros de curso.

—No, no —contesté, volviéndome hacia el grupo y notando la cara de preocupación de todos ellos, pero no sabía si esa preocupación se debía a la conversación que mantuve con Erminda o al simple hecho de ser una de las niñas nuevas de la escuela. Por lo que había escuchado en esos días, todos mis compañeros sabían que Erminda era hija de una mujer que vivía sola, que no tenía padre, y hasta me había llegado el rumor de que algunos padres pedirían explicaciones a las autoridades de la escuela por permitir esa clase de niños en la institución en la que estudiaban sus muy legítimos hijos—. No ocurre nada, solo conversamos —aclaré

sonriente a un grupo que, por lo general, no reparaba en mí más de lo que lo hacían en sus propias sombras.

—No debes hablar con esa gentuza, Juliana —advirtió Natalia, la líder del grupo—. No saben comportarse, no sé cómo aguantas su manera brusca de hablar.

—Vivían en el campo lindero al de mi padre, la conozco desde niña —aclaré.

—Pero ellos son peones, no son como tú o como yo —volvió a menospreciar la niña.

Sabiendo que era una batalla perdida y que Erminda podía perder mucho más si yo tomaba su defensa, asentí sin dejar de sonreír y caminé hacia las clases para alejarme de la situación. En otro momento y en otro lugar hablaría a solas con la arrogante, simplona e inaguantable Natalia, hija del intendente, y también lo haría con algunos de mis compañeros. Pero ese no era el momento ni el lugar apropiados.

Un mes después sabía que Eve y su familia se habían mudado a Junín, que la pequeña cursaba en la Escuela Nº 1 Catalina Larralt de Estrugamou y que toda la familia vivía en la calle Roque Vázquez 86, en una humilde vivienda alejada de las casas residenciales de los hacendados adinerados del pueblo. Mi casa, o la casa de mi padre, era una gran mansión que ocupaba una manzana entera, con un inmenso parque, árboles frondosos y añejos y una casa moderna de tres plantas con galerías de arcos y columnas blancas e impolutas que rodeaban la parte frontal. Por dentro, a pesar del encierro eterno, podía caminar durante horas y seguir sin recorrer toda la casa, tenía más de diez habitaciones en las plantas superiores y una gran biblioteca repleta de libros que yo devoraba. La planta baja contaba con las cocinas, un comedor pequeño y otro inmenso que ocupaba mi padre cuando recibía visitas, y una galería de arte en la que se podían apreciar numerosos cuadros con pinturas de paisajes o retratos de los antepasados de mi familia, también se exhibían allí esculturas pequeñas y exóticas y antigüedades que mi padre traía de sus viajes. Esos objetos representaban la razón de la existencia de mi padre, eran sus tesoros y los valoraba, cuidaba y quería más que a ninguna otra cosa en la vida, incluyendo sus hijos. La planta inferior contaba con

un sector exclusivo que solo ocupaba mi padre. Había estado allí muy pocas veces y siempre había recibido una buena reprimenda de los criados cuando me encontraban merodeando el lugar si mi padre estaba ausente. La mayoría de las habitaciones tenían un salón pequeño de estar, baño privado y también un floreado balcón con macetas de plantas colgantes y perfumadas flores que daban la bienvenida al día abriendo sus pétalos con el primer rayo de sol.

Sabía que mi padre no se marcharía hasta mediados de junio a Buenos Aires, y que no podría ir a ver a Eve en todo ese tiempo. Aunque nunca mi padre me había encontrado en ninguna situación embarazosa después de aquella tarde que fuera a buscarme a la estancia, no me animaba a desobedecer la orden que me prohibía salir de la casa, a menos que me dirigiese a la escuela o a la iglesia. Todas las demás clases que tenía, como la de idioma, piano, canto y manualidades, las daba en casa con maestros particulares. Durante las misas los domingos anteriores, y especialmente en Semana Santa, que había más actividad eclesiástica, busqué a la familia de Eve sin éxito. Sabía que la gran iglesia a la que yo asistía era frecuentada por la élite del pueblo y que había otra capilla más pequeña y humilde en la periferia de la ciudad a la que asistían los más humildes, y con seguridad Eve y su familia asistirían allí a misa.

La oportunidad se presentó sin que lo planeara. Un grupo de alumnos de mi colegio iría a participar en un concurso de ortografía en la escuela de Eve. Sabía que yo no era la mejor alumna, pero nadie era mejor que yo en lengua a la hora de redactar cuentos, crear obras y escribir correctamente. La maestra de lengua me había informado de que sería una de las representantes del último año de la escuela primaria y asistiría a una jornada completa de concurso en la Escuela Nº 1 de Junín, si mi padre autorizaba la participación y, conociéndolo, nada le haría perder la oportunidad de alardear ante la gente del pueblo.

El día se presentaba frío y con mucha niebla la mañana que veinticinco alumnos, dos maestros y el director del Colegio Nacional nos trasladamos en un vehículo largo con asientos de madera revestidos de cuero y grandes ventanales. Las participaciones de los niños de varios colegios de pueblos vecinos que también eran concursantes se hacían por grupos, una vez que terminaba con el

largo dictado que prepararon los maestros para los distintos grupos separados por categorías y sexo, el alumno podía recorrer el lugar sin salir de la institución a esperar las correcciones y el resultado. El niño que obtuviese la menor cantidad de faltas ortográficas y de puntuación gramatical, pasaba a una nueva etapa más exigente. Entre una participación y otra por fin encontré a Eve sentada en un banco. Sola, mirando desde lejos la nube de cabezas que se movían de un lado a otro sin detenerse en ningún momento. Ella solo era espectadora, y al verla se me estrujó el corazón, estaba alicaída, silenciosa y estática.

—¡Eve, qué linda estás! ¡Has crecido mucho desde la última vez que te vi!

—Juliana —saludó sonriendo, pero sin demasiada alegría por el reencuentro—. Tú también estás muy alta y guapa. —Me complació.

—¿Qué haces aquí sola? ¿Por qué no vas a las salas a ver a los niños concursar?

—No me interesa, prefiero estar aquí en el patio hasta que mi turno termine —dijo sin mirarme.

—¿No te quedarás hasta la tarde?

—No, mi hermana Erminda me vendrá a buscar al salir del colegio para ir a casa —comentó—. Te dejan ir si has cumplido el turno.

—Podrías quedarte y verme participar. ¡Hace tanto que no hablamos! Podemos aprovechar el día entero.

—¿Tu padre te dejará hablar conmigo? —preguntó, levantándose del banco y enfrentándome.

—Él no está aquí. Eve, yo no sé si es cierto lo que me dijo Erminda, pero te juro que no sabía nada.

—Sí, lo que mi hermana te contó es cierto, y también te creo a ti. Pero mi madre nos ha dicho que mantengamos distancia de todos los niños ricos del pueblo, ellos pueden hacernos mucho daño... Otra vez —agregó después de una pausa—. La familia de mi padre nos arrojó a la calle sin ayudarnos siquiera a conseguir otra casa y sin darnos un solo peso de las cosas que vendieron de mi padre. Tu padre fue uno de los compradores de la parte de la estancia que incluía la casa y cuando mi madre le pidió un tiempo para que ella pudiera conseguir un empleo y con ello poder pagar un alquiler, se

negó a dárselo. —Caminó varios pasos dándome la espalda—. Yo aquí no tengo problemas, pero mi hermana Erminda cree que si te ven con ella la echarán de la escuela también, allí van todos los niños ricos —me contó con resentimiento.

—Eve, yo no le haría mal a nadie de tu familia, tú eres mi amiga y creía que tu hermana también lo era, pero ella me trató mal cuando intenté acercarme, no la culpo, aunque ella ya me ha culpado a mí por lo que os hicieron.

—Desde que murió mi padre mucha gente nos ha maltratado, mi hermana solo se defiende.

—Eve, sabes que no tengo muchos amigos, mi padre también me ha castigado a mí por ser amiga vuestra y de los niños nativos. Solo puedo salir de casa para ir a la escuela o a misa y no tengo amigos en la escuela, hace años que no tengo la posibilidad de salir a un lugar distinto. ¡Quédate conmigo y me verás concursar! —imploré a mi amiga, que parecía mucho más adulta que yo a pesar de sus once años.

—Está bien, me quedaré, pero que Erminda no te vea cuando venga a buscarme.

—¡No habrá problemas! ¡Vamos a ver a los niños de tercer curso que están concursando ahora!

—Allí hay varios compañeros míos.

—¿Estás en tercer curso?

—Sí —respondió cortante, esperando la burla por cursar un grado inferior al que le correspondía por edad.

—¡Es fantástico! —exclamé para sorpresa de Eve, que me miraba atónita—. Pensaba que habías comenzado este año —aclaré cuando vi que me miraba confundida con sus ojos marrones bien abiertos.

—A pesar de todo, mi madre me envió a un colegio en el pueblo de Los Toldos después de marcharnos de la estancia.

—Caminemos hacia las aulas y me cuentas todo, luego lo haré yo.

A pesar del tibio reencuentro, en pocas horas de estar juntas los lazos debilitados por el tiempo y la desconfianza se reforzaron y multiplicaron. Ambas, en nuestros mundos, vivíamos penas y pesares, injusticias y malos tratos, y sobre todo nos sentíamos muy

solas. Eve me contó que sus tres hermanos mayores trabajaban todo el día y que su madre hacía otro tanto para poder salir a flote después de tantos años de pobreza, y que lo estaban logrando poco a poco, a pesar de tener que sacrificar tiempo compartido. Y yo, a pesar de que mi familia era muy adinerada, estaba la mayor parte del tiempo sola, con mis hermanos ausentes y un padre indiferente, en el mejor de los casos, o extremadamente severo y estricto la mayor parte del tiempo, que no intentaba ningún acercamiento o demostración de afecto.

CAPÍTULO 4

—¿Los trajiste? —me preguntó ansiosa.

—¡Por supuesto! ¿Cuándo te he fallado? —pregunté con falso enojo.

—¡Te adoro July! —dijo, lanzándose a mi cuello—. La verdad, esta vez creí que no podrías zafarte.

—Mi padre volvió a encerrarme, pero tuvo que marcharse a Buenos Aires, cada vez soy más rápida en eso de abrir cerraduras —confesé sonriendo—. Toma —dije y extendí un manojito de papeles—. Lo que me apena es que no podré escucharte, me han prohibido acercarme a la radio, y los criados son nuevos, no se atreverán a desobedecer a su patrón.

—Juliana, no sé cómo puedes vivir de esa manera. Yo me hubiese marchado hace mucho tiempo de un lugar como tu casa.

—¿Y qué haría? Mi padre me encontraría y sería peor que la última paliza. ¿Recuerdas cuando nos pescó en la plaza el día que cumplí dieciséis años?

—Era tu cumpleaños. —Recordó con angustia el modo en el que mi padre se acercó enfurecido al grupo de chicos que se juntaron para saludarme y me tomó del brazo sacándome a rastras de allí, gritando y acusándome de ser una hija callejera, disoluta y desvergonzada—. Fue mi culpa, yo les había contado a esos chicos que era tu cumpleaños —agregó—. ¡Perdóname Juliana! —rogó, como lo hizo innumerables veces a lo largo de todo un año.

—¡Olvídalo ya, Eve! Ocurrió hace mucho tiempo.

—No puedo olvidar las marcas del cinturón en tus piernas.

—Ya no las tengo. —Después de una pausa y sin proponérmelo agregué—: Al menos esas no.

—No tienes que seguir soportando eso, Juliana. Ya ni siquiera espera a tener un motivo verdadero para castigarte. ¿Qué has hecho para que no te deje escuchar la radio?

—No lo sé, creo que ha escuchado por casualidad la radio durante una de tus audiciones y no le gustó lo que oyó. Era el cuento de la barrendera. —Reí al recordar la obra que yo misma

había escrito sobre una barrendera que se enamoraba del palo de escoba.

—Es ridículo que te castigue por eso.

—Léelo y ponles nombre a los personajes —dije cambiando de tema y obligando a Eve a concentrarse en el texto—. La obra está completa, pero no quise perder tiempo pensando nombres, tú haces eso mejor que yo. Mientras lo lees, ensayando para el radioteatro de mañana, colócales los nombres, son solo tres personajes.

—A don Arini le gustará. Le agradan más las historias que los poemas —me dijo sonriente, sin dejar de leer el comienzo de la pequeña historia.

Eve se había convertido en la artista del pueblo, como solía decirle. Participaba, actuaba e integraba cada obra o representación que se organizara en la ciudad, y muchas de ellas era la propia Eve quien las organizaba. Se la veía actuar en la escuela a la que asistía, en el Colegio Nacional, en el teatro, en salas de cine, en iglesias y en audiciones de radio.

Todos la llamaban Evita, pero para mí era Eve, la niña inquieta y traviesa con la que había aprendido a jugar en la estancia muchos años atrás y la única con la que era yo misma. Ella decía que yo era el motor oculto de la gran carrocería que llevaba Eve adelante. Yo escribía las obras que ella representaba o los poemas que recitaba en la casa de música del pueblo, que pertenecía a don Arini y que ofrecía una oportunidad a los talentos de la ciudad durante una hora diaria para demostrar sus capacidades. El hombre aportaba un micrófono y un equipo de audio que ubicaba en la acera de su negocio. Yo estaba detrás del escenario y era el aliento perpetuo que impulsaba a mi amiga a ir más allá, pero me mantenía en la sombra, pues si algún día mi padre se hubiese enterado de que era partícipe de aquella exposición, me habría asesinado. Él consideraba todo aquello vulgar y caldo de cultivo para propiciar la promiscuidad de los jóvenes. Ni hablar de lo que pensaba de las adolescentes o de las mujeres que participaban en aquellas actividades y, en particular, del bajo concepto que tenía de Eve y su familia. Para el universo que me rodeaba yo era la callada, la tímida y atontada hija de José María Solari Crespo, padre de dos hijos brillantes que estudiaban en Europa y de la niña tonta.

—Tengo que irme Eve. ¿Irás a casa cuando termines y me contarás cómo te ha ido?

—¡Por supuesto! ¿Cuándo te he fallado? —respondió con las mismas palabras que había empleado yo al presentarme en la vieja iglesia, lugar de reunión secreta entre nosotras desde hacía años.

—¿Te he dicho que tienes un talento especial para recordar diálogos?

—Miles de veces —dijo, dándose aires de importante.

—Dejaré la ventana abierta, si ves el coche de mi padre será mejor que no entres, no quiero que te arriesgues a que te encuentre.

—Tu padre nunca pudo atraparme.

—¡Prométemelo Eve!

—De acuerdo, lo prometo, si veo el automóvil volveré en otro momento —dijo bufando para que me quedara tranquila, pero ni por asomo lo cumpliría.

—Eve, mi padre últimamente está más irritado y huraño por todo, si te llegara a pescar entrando furtivamente a la casa podría causarle problemas a tu madre. ¿Me has oído bien?

—¡Está bien, te oí! —refunfuñó, entendiendo la gravedad de lo que le advertía.

—Te daré la siguiente obra dentro de tres días, así tendrás tiempo de sobra para ensayarla antes del acto escolar. Cuídate Eve y estudia para los exámenes, que ya falta poco para que termines la escuela.

—¿Qué harás tú?

—Pensaré en lo que me has dicho.

—De acuerdo. —Me abrazó y abandonó el lugar primero, dejándome pensativa.

¿Qué haría yo? No tenía la más remota idea de lo que sería de mi vida. Al terminar la escuela, tres años atrás, quise continuar con los estudios superiores, pero mi padre se negó, alegando que para una mujer la educación primaria era suficiente. En unos años me casaría con un hombre de buena posición y eso sería todo. Cada vez se hacía más fuerte e insistente la posibilidad de cometer la locura que proponía Eve. Ella estaba decidida a convertirse en actriz en la gran ciudad de Buenos Aires. Iba a ser famosa y no tenía ninguna duda de que lo lograría. La determinación y seguridad de

Eve me contagiaban y lo que antes vislumbraba como una locura, un sueño de niñas fantasiosas, se iba transformando lentamente, como nubes que convierten el vapor en gotas de vida, en la única esperanza de ser feliz. Abandonarlo todo y comenzar con nombre nuevo, vida nueva y condición social nueva. Creía en las palabras de Eve. En unos meses cumpliría dieciocho años, si no hacía algo por mí misma, mi padre lo haría y hasta el momento las decisiones que él había tomado por mí no me habían proporcionado ninguna alegría o satisfacción. Nunca. Mi vida, si Eve no hubiese formado parte de ella, sería solitaria, vacía y triste como la de un condenado que espera a que se ejecute su sentencia de muerte. Me levanté y volví a casa meditando mi situación.

El automóvil de mi padre estaba estacionado frente a la casa. Comencé a temblar en cuanto lo vislumbré a través de la muralla de arbustos que demarcaba los límites de la propiedad. Mi padre había salido esa mañana en un viaje que lo mantendría fuera de la casa varios días, pero indudablemente algo había ocurrido, porque allí estaba su coche. Dubitativa y asustada entré, como siempre lo hacía, por el portón pequeño por donde la servidumbre entraba y salía de la propiedad, y también accedí a la casa por la puerta de servicio. No se oían ruidos, ni siquiera había gente en la cocina. Cuando miré hacia el salón principal, que dividía las dependencias privadas de mi padre del resto de la casa mediante dos escaleras curvas que subían hacia los pisos superiores, pude distinguir la espalda de un criado que asomaba a la puerta de la primera sala del sector privado, y deduje que había reunido al personal doméstico.

Subí lo más rápido que pude, intentando esconderme detrás de las barras de la baranda de madera pulida y tratando de no hacer ningún ruido para no llamar la atención de mi padre. Bendije la espesa alfombra que recubría los escalones cuando llegué al rellano, corrí silenciosamente por el pasillo aprovechando la complicidad de la alfombra y me encerré en la habitación. Si mi padre me hubiese ido a buscar le diría que había salido de la casa para rezar en la pequeña capilla blanca del jardín, con la imagen gigante de la Virgen María en el interior y cuatro bancos de madera para poder sentarse y expiar los pecados. No había estado mucho tiempo hiera, calculé que habían sido menos de dos horas, y mi

padre rara vez subía a mi cuarto. El jardinero me había visto salir al jardín y le había dicho que iba a la capilla, después me cercioré varias veces de que nadie me viera atravesar la salida a la calle.

Más serena, sin haber sido interceptada por ningún alma, me tiré en la cama a esperar que alguien fuera en mi búsqueda. La espera era acompañada por un persistente silbido en el oído izquierdo, zumbido que me acosaba desde el día que mi padre volvió a la estancia enfurecido y me golpeó el rostro por mi inadmisibile costumbre de jugar con otras criaturas. Los momentos de tensión o miedo eran los responsables de despertar aquel mal recuerdo y este se hacía presente a través de aquella aguda sintonía interna. Pasó una hora y nadie se acercó a la habitación. La angustia y la ansiedad vencieron a la precaución, y vistiéndome con una falda azul hasta los tobillos y una camisa blanca de largos volados abotonada hasta el cuello, me recogí el cabello en una tirante trenza que envolví en un grueso rodete en la mitad de la cabeza y salí con intención de llegar a la cocina.

—¡Hija querida, qué maravillosa coincidencia! —proclamaba mi padre, elevando la vista hacia la escalera mientras yo descendía lentamente—. En este mismo instante iba en tu búsqueda para que saludes a las visitas.

El tono jovial, ameno, hasta sospechosamente cariñoso que empleaba mi padre me causaba un terrible temor, mucho más intenso que el que me causaban los arranques de cólera que tan a menudo dejaba fluir cuando estaba conmigo. A pesar de todo sonreí y seguí bajando con cautela los últimos peldaños. Al llegar al pie, mi padre tendió una mano para guiarme hasta los amplios sillones que se encontraban en la impoluta sala principal. No me atrevía a levantar la mirada de la alfombra persa que cubría gran parte de la sala. Había divisado por el rabillo del ojo a un hombre que había visto muchas veces y sabía que era un asiduo cliente y además que era extranjero, alemán o belga, no recordaba bien en ese momento.

—Mi querida Juliana, te presento al señor Polenski y este es su hijo Alexander Polenski, que ha venido directamente de Buenos Aires para conocerte.

Desconcertada con aquella declaración de mi padre, tímidamente les tendí la mano a ambos hombres, elegantemente

vestidos de traje, y me obligué a sonreír. El hombre mayor se sacó el sombrero y apretó mi mano enérgicamente, lo que hizo que todo mi cuerpo se sacudiera. Su joven hijo tomó mi mano suavemente y la alzó hasta su cara para acercarla lentamente a su boca y plantar un estudiado beso en el dorso. En ese momento, lentamente, se desprendió del distinguido sombrero negro.

—Juliana, es un placer conocerla, mi padre ha dicho que era usted una muchacha bonita, veo que no le ha hecho honor ese comentario tan desproporcionado con su belleza.

—Gracias. —Fue todo lo que pude decir, me parecía que todo aquello era irreal, que estaba inmersa en un sueño que temía que pronto se convirtiera en pesadilla. Estaba allí parada en medio de la sala con un padre amoroso a un lado y frente a mí un hombre joven y buen mozo que me estaba diciendo piropos en presencia de su propio padre. No, eso no parecía real.

—Sentémonos —propuso mi padre, y todos tomaron posición en los mullidos sillones. Alexander me llevó hasta ellos y se sentó a mi lado en el sofá grande, mientras que los hombres mayores tomaron asiento en los sillones individuales. Recuperándome poco a poco de la primera impresión, comencé a estudiar la escena: un hombre que había visto en unas pocas ocasiones en la casa, pero que sin embargo viajó con su hijo desde Buenos Aires para conocerme a mí, mi padre que actuaba de forma paternal y cariñosa y que me empujaba a acercarme al joven. No hubo reprimendas por la escapada, a pesar de que estaba segura de que mi padre sabía que no me encontraba en casa cuando él había llegado, podía ver en su mirada ese conocimiento que, por el momento, no había sido motivo de castigo, pero que estaba segura de que no tardaría en llegar. Alexander Polenski era un hombre joven, alto y extremadamente flaco, el pelo rubio cortado al ras dejaba bien visible un rostro rubicundo y huesudo, pero que no restaba atractivo a unos ojos verdes muy bonitos que me habían impactado, no por su color o forma sino por la mirada escrutadora que me dirigía mientras tomaba mi mano para besarla. Era como si quisiera descubrir algo que ocultaba detrás de mis ojos. La nariz era un poco larga para esa cara, pero no en una desproporción exagerada. En conjunto no estaba mal. Su voz era grave y complaciente, y cuando me sonrió

pude notar unos dientes blancos y parejos que iluminaban una sonrisa sincera.

—¡Juliana! —repitió mi padre, elevando un poco la voz al ver que no contestaba a su pregunta—. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —contesté mecánicamente a la pregunta de mi padre, pero sin tener la menor idea de lo que había aceptado. Tan absorta estaba en mis propios pensamientos que no prestaba atención al diálogo que mantenían los hombres.

Una de las criadas pulcramente uniformada entró a la sala para anunciar que la cena se serviría en media hora, lo que me salvó de que mi padre me hiciera más preguntas que no lograría contestar sobre la conversación.

—Señores, tienen la libertad de pasar a sus habitaciones si quieren refrescarse antes de la cena —concedió mi padre a los hombres—. Juliana, tú también puedes subir, media hora es tiempo suficiente para que te vistas para la cena. —Sonrió, dando a entender a los invitados que solía tardar mucho más o que las mujeres tardan mucho para hacerlo, en verdad no lo sabía, era la primera vez que mi padre empleaba ese tono distendido al dirigirse a mí. Por otro lado, jamás me cambiaba exclusivamente para una cena en la casa o en ninguna otra parte. Nunca salía.

Un brazo apareció de repente a mi lado y levanté la vista confundida hacia mi padre, pidiendo autorización para aceptarlo. Este dio su autorización, asintiendo de forma discreta con la cabeza. Pasé lentamente la mano por el brazo flexionado y comenzamos el trayecto hacia las escaleras que nos llevarían hasta las habitaciones.

—¿Siempre pides permiso para todo? —preguntó en un susurró, bajando la cabeza hasta mi oreja.

—Sí —fue la única respuesta que se me ocurrió.

—Una chica obediente, tu padre me había dicho que lo eras. También que eras sumamente tímida y reservada.

—Creo que sí —aseveré, más concentrada en advertir todos los datos que mi padre le había dado de mí que en las palabras de mi acompañante. ¿Acaso mi padre estaba alardeando de lo que él creía que eran virtudes ante un posible comprador para su hija, como hacía con los cultivos de las plantaciones?—. ¿Se quedarán

esta noche? —indagué, para sondear las intenciones de esos hombres y además para demostrarle que sabía hablar.

—Esta y algunas otras, no me iría a Buenos Aires para volver dentro de tres días para el baile.

—¿El baile? ¿El del club? —pregunté tontamente.

—Claro —dijo sorprendido y agregó lentamente—: Al que iremos este sábado, juntos. ¿Lo recuerdas? —me preguntó frunciendo el ceño, intentando averiguar si ocurría algo malo conmigo.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Claro que sí! —exclamé, entendiendo que era el pedazo de conversación anterior que no escuché.

—Tu padre no ha hecho otra cosa más que alabar los alegres bailes del pueblo y lo cálida que resulta la gente que asiste al lugar.

—No sabía que mi padre asistiera a tales eventos —dije en voz alta, pero para mí misma, sin poder imaginarme a mi padre divirtiéndose o bailando con la gente del pueblo.

—Había pensado que era un asiduo por sus comentarios —comentó con sorpresa cuando me escuchó.

—La verdad es que podría serlo, soy yo la que no tiene mucha idea de los lugares que frecuenta mi padre —musité desinteresada cuando comprendí que Alexander había escuchado el pensamiento que imprudentemente dejé escapar.

—Lo que entiendo es que eres una joven que no asiste a ellos.

—Nunca lo he hecho —dije distante y me preparé para dirigirme hacia mi cuarto, pues habíamos llegado a la planta en la que se encontraban las habitaciones.

—Será un honor iniciarla en esos menesteres —añadió meloso, impidiendo que me soltara de su brazo y atrapándome la mano para volver a besarla. Pero esta vez, aprovechando la intimidad, me besó la palma abierta entreabriendo un poco los suaves y calientes labios para mantener unos largos segundos su boca apoyada en mi mano. Yo miraba estupefacta e inmóvil los ojos de Alexander, que a pesar de utilizar la boca para besarme nunca dejaba de sonreír. Cuando pude recobrar la compostura, liberé la mano bruscamente y retrocedí varios pasos para alejarme de él. Aquella sonrisa que había parecido picara y prometedora escondía algo inescrutable, pero sustanciosamente presente, que pude vislumbrar como una estrella fugaz. En un instante estaba, y era tan real que estremecía,

y al siguiente ya solo quedaba la sensación y me quedé pensando si en verdad lo había visto.

—Nos vemos en la cena —prometí y rápidamente llegué hasta mi cuarto. No miré atrás cuando atravesé la puerta.

En una acción compulsiva comencé a frotarme la mano en la que me había besado, para arrancar la esencia que había dejado en ella. Quería lavarme con agua, pero para ello tenía que atreverme a salir nuevamente de la habitación y recorrer el pasillo donde quedaba el cuarto de las visitas, justamente mi habitación no contaba con baño privado,

Pero no me arriesgaría a encontrarme con Alexander a solas nuevamente aquella noche o, lo que era peor, con mi padre. Una vez que decidí que ya era suficiente la cantidad de veces que había restregado la mano contra la falda, preparé mi mejor vestido para bajar a cenar. Si mi padre quería aparentar ser el padre abnegado y cariñoso con una hija amorosa y afectuosa, se llevaría una desilusión.

CAPÍTULO 5

El sábado llegó demasiado rápido como para borrar la marca del golpe que tenía en la cara. A los visitantes solo les expliqué que una rama del parque se había caído cuando caminaba hacia la capilla a rezar mis oraciones diarias.

Y no objetaron nada.

Me tenía sin cuidado que los huéspedes creyeran o no la parodia de mi padre. Evidentemente, Alexander tenía sus dudas acerca del incidente. En cada ocasión que conversábamos siempre salía a colación el tema e insistía en que le contara cómo había ocurrido. ¿De qué árbol había caído la rama? ¿Dónde me encontraba en ese momento? ¿Habitualmente caen ramas de los grandes y añejos eucaliptos?

Y otras preguntas que yo contestaba sin el menor cuidado de que las respuestas coincidieran en cada ocasión. Y, efectivamente, no lo hacían. La tarde del viernes Alexander se ofreció a llevarme a la plaza del pueblo para poder apreciar a la gente del lugar durante el día. Discutimos un buen rato sobre lo de llamar pueblo a mi ciudad, pero ambos estuvimos de acuerdo en salir a pasear. Mi padre y los dos hombres habían estado ausentes durante todo el día anterior, habían ido a visitar la estancia y no llegaron hasta la hora de la cena. Amigablemente, después de golpear mi puerta al concluir la hora de la siesta, salimos a disfrutar del pueblo.

Hacía años que no me sentía libre, el día era fresco pero el sol estaba en su punto más alto, brillando sin ser asaltado por ninguna nube que le robara el protagonismo de la bella tarde. Faltaba poco para que llegase la primavera y los días comenzaban a alargarse, dando mayor espacio para disfrutar del tiempo al aire libre sin ser ahuyentado por el frío, que irremediablemente llegaba con las noches.

—Juliana, creo que ha llegado el momento de poner las cartas en la mesa —comenzó a hablar cuando me acomodó en un banco de madera de la plaza, y tomó asiento a mi lado—. Te he estado observando durante estos días y sé que lo del incidente de la rama

no es cierto —declaró sin emoción en la voz—. Pero no debes afligirte, sé lo que estás pasando y me gustaría ayudarte.

—No creo que puedas saber lo que ocurre —contesté sin mirarlo a los ojos, no podía soportar la vergüenza que me provocaba la situación y temía salir huyendo.

—Claro que lo sé, y no debes sentirte culpable por ello.

—Creo que no te entiendo.

—Eres una muchacha sumamente inteligente, claro que lo entiendes. —Me tomó de la mano y continuó hablando—. He venido hasta tu casa con la intención de casarme contigo —confesó.

Me quedé mirando sus manos, que contenían las mías, sin poder decir una palabra. Sus ojos me penetraban esperando una respuesta o una exclamación, pero yo me mantenía en un caprichoso silencio. ¿Casarme? ¿Cómo podría casarme con ese hombre que ni siquiera conocía? ¿Cómo mi padre podría atreverse a semejante imposición?

—¿No tienes nada que decir? —apremió y esperó a que contestara—. ¿Acaso no te importa lo que te ocurrirá? Mírame Juliana —ordenó y no quise negarme, levanté mis ojos hacia su cara y esperé que continuara—. Tu padre ya tendría que haberte dado la noticia, cuando llegué a tu casa mi padre me dijo que tú no sabías nada de mí, ni tampoco de la visita que teníamos planeada desde hacía varias semanas.

—Mi padre nunca me habló de ti. He visto a tu padre en dos o tres ocasiones, pero nunca crucé con él más de dos palabras.

—Es lo que he notado, además de que tú eres una víctima inocente en todo este enredo. Créeme Juliana, cuando te digo que quiero ayudarte es cierto.

—Tú no puedes hacer nada.

—Puedo casarme contigo, llevarte a vivir conmigo, jamás volverás a sufrir y nadie te golpeará.

Si antes estaba quieta y muda, en ese momento me paralicé. La impotencia, la rabia, la vergüenza y el orgullo salieron en defensa de mi anestesiada razón. Me levanté de un salto y repliqué indignada.

—No necesito que nadie me proteja, mucho menos un desconocido —decidida a marcharme, me tomé la falda y cuando

me giraba para volver por donde habíamos llegado me tomó del brazo y me obligó a sentarme nuevamente.

—No tienes opción en este asunto, Juliana —bramó enfurecido—. No puedes negarte, ni dejaré que tu padre lo impida, ya me ha dado su palabra y tú tendrías que estar agradecida por esta oportunidad.

—¿De qué oportunidad me hablas? Te he dicho que no quiero casarme, que no necesito de tu protección, y sin embargo me obligarán a hacer algo que no deseo.

—¿No lo ves? Saldrás de esa prisión de lujo en la que vives encerrada. ¿Por qué no me das una oportunidad y le la das a ti misma? No todos los hombres son iguales, Juliana.

—¿Quién lo dice? ¿Tú?

—¿Sabes por qué conozco tan bien tu situación y me bastaron solo tres días para saber lo que padeces en esa i asa?

—No quiero saberlo. Porque tú no sabes nada de mí.

—Sé que tu padre no te soporta, te trata peor que a un perro, nunca usó una sola palabra cariñosa hacia ti y mucho menos compartió un solo día contigo. Tus días de encierros pueden acabar, Juliana —volviendo a hablar suavemente suplicó—: Confía en mí, ambos podemos salvarnos y tener aquello que nos ha negado la vida. Sé lo que sientes, a mí me ocurre lo mismo.

El silencio se instaló nuevamente entre nosotros. Después de la confesión, él se quedó sumido en su dolor y yo en el mío. Me surgieron innumerables preguntas con respecto a Alexander, decía padecer lo mismo que yo, ¿pero por qué? Él era un hombre, era mayor y podía contar con el dinero de su trabajo. No me atrevía a preguntar de qué manera él sufría lo mismo. Después de todo, el trabajo de mi padre había dado sus frutos. Él me quería alejada de todos los hombres, y lo lograba con su encierro porque a pesar de estar a diez centímetros de un hombre no podía acercarme a él. No sabía qué decir.

—Juliana, mañana en el baile del pueblo se anunciará el compromiso y después de que cumplas dieciocho años nos casaremos en Buenos Aires.

—Todo está arreglado, ¿verdad?

—Sí. Lo único que faltaba era que yo te conociera y te aprobara. Tendría que haber llegado hoy, pero ocurrió algo en Buenos Aires que me obligó a adelantar la visita. —Levantó la mano para acariciarme el rostro y susurró—: Eres muy bella Juliana, cuando mi padre me habló de ti creí que exageraba, pero confieso que me equivoqué.

—Tú puedes casarte con la mujer que quieras. ¿Por qué yo? — me animé a preguntar.

—Con el tiempo hablaremos y te contaré algunas cosas que debes saber de mí, de mi relación con mi padre y de lo que se espera de nosotros. Ahora lo único que puedo asegurarte es que tu vida cambiará, no harás nada que no quieras y no te obligaré a quererme.

—Pero me obligarás a casarme contigo.

—Tómalo como un rescate.

El sábado ante todo el pueblo de Junín se anunciaron las nupcias entre Alexander Polenski y Juliana Solari Crespo y quedó sellado el compromiso. Todo el mundo se acercó a felicitarnos, desearnos buena suerte y, además, para intentar descubrir cómo pudo haber pasado inadvertido un noviazgo como aquel. Pero las respuestas para todos eran siempre la misma y la enunciaba mi padre con una irreverente frase que no admitía discusión ni duda: «somos viejas familias conocidas», decía, y nosotros asentíamos con la cabeza y una sonrisa.

En un momento de la noche alguien me tomó del brazo y me llevó a rastras hasta un rincón oscuro y solitario.

—Juliana. ¿Qué haces aquí? ¿Qué es eso de que te casarás en unos meses? ¿Quién es ese hombre? ¿Por qué no me has dicho nada sobre esto? ¿Por qué tu padre sonrío? ¿Qué hace tu padre aquí?

—Eve, ya he olvidado la primera pregunta.

—No te hagas la tonta conmigo July, contéstame.

—El día que volví de la iglesia me encontré con Alexander y su padre en mi casa.

—¿Quién demonios es Alexander?

—Mi futuro esposo. ¿Tú no eras la que me decía que tenía que abandonar la casa de mi padre?

—Pero no de esa manera, saldrás de una prisión para encerrarte en otra.

—No seas exagerada Eve, Alexander parece un buen hombre.

—¿Parece? ¿Cuántas veces has visto a ese hombre en tu vida?

—No las he contado, pero desde el martes a la noche me lo he cruzado varias veces.

—No puedo creer que lo tomes de esa manera. Te están obligando a hacerlo, ¿no? Tu padre te está obligando.

—Cuando ayer Alexander me contó el motivo de su visita a la casa me sentí como tú te sientes ahora, pero hablé tranquilamente con él, los dos solos y pude descubrir en él a un buen hombre y le creí cuando me aseguró que me cuidaría, ¿sabes? —pregunté, intentando hacerle entender a Eve lo que yo sentía con respecto a Alexander—. No tuve que decirle nada acerca de la relación con mi padre, en solo dos días pudo advertir cómo eran las cosas allí y me prometió que jamás me golpearía y que tampoco dejaría que nadie lo hiciera. Me pidió que confiara en él.

—¿Qué te ocurrió en la cara? —preguntó enfadada, pero antes de que pudiera responder ella hablaba nuevamente—. Tu padre ya ni siquiera respeta las visitas.

—¿Te das cuenta de lo que intento decirte?

—No lo sé July, no quiero que nadie te lastime.

—No lo hará. Creo que a Alexander lo ha enviado mi madre para rescatarme de esa casa.

—Quiero hablar con él. Ven, preséntamelo. —Eve, mi padre está allí.

—No importa, ya me las arreglaré yo para hablar con ese tal Alexander.

Nos abrazamos y salimos de aquel oscuro rincón antes de que alguien saliera en mi búsqueda. Alexander se quedó toda la noche cerca de mí, pero pude observar en un momento de la noche a Eve que se acercaba al alto joven, cruzaba unas palabras con él y ambos se alejaban sonriéndose en gesto amigable. Mirándolo a los lejos descubrí que era agradable a los ojos. Me gustaba cómo lucía el pañuelo blanco en el cuello, de camisa blanca, chaqueta y pantalón negros con zapatos de la misma tonalidad gris oscuro que el sombrero que usaba. Tenía una sonrisa resplandeciente.

Podríamos llegar a ser buenos amigos. No podía creer que aquella noche me encontrara observando de cerca al que en pocos días sería mi esposo. Él, al sentirse observado, giró hacia mí y me dedicó una espléndida sonrisa que acepté y devolví con entusiasmo.

—Veo que te ha agradado la idea del matrimonio —proclamó mi padre susurrándome al oído.

—Todos se aseguraron de dejar bien claro que no tenía opción. Sobre todo usted, señor.

—Que no te entren ínfulas extrañas con esto del casamiento, porque mientras vivas bajo mi techo harás lo que yo te diga, ¿oíste?

—Sí señor, le he oído.

—Mocosa atrevida, espero que tu esposo pueda mantenerte derechita como lo he hecho yo. —Dejándome sola en la silla que ocupaba, se volvió hacia su futuro consuegro.

—Mujeres, hay que tenerlas con las riendas cortas, de lo contrario las muy atrevidas se alzan las faldas y quieren enfrentarlo a uno.

—Quédese tranquilo consuegro, que mi hijo va a manejar a su mujer como debe hacerlo un hombre.

—Eso espero, eso espero.

—¿Acaso tiene alguna duda acerca de la hombría de mi hijo?

—No señor, no me malinterprete. De lo que estoy seguro es de la terquedad de la mocita, y me ha costado un trabajo enorme mantenerla tranquila y pura hasta esta edad, espero que su hijo sepa apreciar el esfuerzo.

—Claro que sí consuegro, mi hijo está agradecido y le aseguro que seguirá su ejemplo.

Esa conversación sobre mí me estaba dando náuseas, daba la impresión de que mi padre estaba dando recomendaciones sobre cómo tratar a un caballo adiestrado, no a su hija. Quise alejar mi mente de las palabras de aquellos dos hombres y concentrarme en Alexander y mi futuro, pero no podía dejar de escuchar aquellas barbaridades referidas a las mujeres. Sobre todo cuando mi padre se percató de quién era la muchacha que hablaba con Alexander. No hubo improperios que quedaran al margen cuando enumeró las cualidades que pudiera tener Eve. Luego, su perorata continuó hacia todas las mujeres del lugar y se esmeró en detallar la lista de

mujeres que llevaban una mala vida, como él decía de la vida de las mujeres que fueron abandonadas por sus maridos, de las viudas o de aquellas que realizaran alguna actividad que él no considerase como tareas femeninas, las cuales básicamente eran las de atender a los hijos y al esposo dentro de los límites de la casa. Cualquier otra función ejercida por una mujer se merecía el calificativo de ramera por parte de los hombres, y de prostitutas, como las llamaban las demás mujeres envidiosas de aquellas que se atrevían a desafiar las costumbres impuestas por los hombres.

Contrariamente a lo que pensaban los hombres, yo admiraba a aquellas mujeres con el valor para enfrentar esos regímenes, y mucho más a mi valiente amiga Eve.

Fue Alexander quien definitivamente me salvó de seguir oyendo la sarta de obscenidades sin argumento para insultar al supuesto sexo débil. En el momento en que Alexander se acercó para invitarme a un baile oí que mi padre nombraba a mi madre y seguramente, como era costumbre, haría una lista de los padecimientos que él tuvo que soportar aguantando una esposa enferma y todos los negocios que perdió por culpa de ella.

—Creo que no estabas tan desprotegida como yo pensaba —susurró Alexander en mi oído, abrazándome fuerte para girar en un paso de tango—. Esa muchacha que se me acercó te quiere mucho. Me ha hablado de tus libretos y del talento que tienes para escribir.

—¿Eve te ha hablado de mis trabajos? No lo puedo creer —murmuré entre dientes.

—Dice que son muy buenos y me pidió que no te prohibiera hacerlo, como lo intentó tu padre.

—Alexander, yo...

—No es necesario que des explicaciones Juliana, si te hace feliz escribir puedes hacerlo —reiteró lo que había dicho el día anterior en la plaza—. No te prohibiré nada que no sea perjudicial para nosotros, ni te obligaré a hacer nada que no quieras. —Me tomó las mejillas con ambas manos y acarició la pequeña inflamación que todavía quedaba como recuerdo del encuentro con mi padre—. Repetiré lo mismo hasta que lo entiendas: puedes confiar en mí.

Asentí con la cabeza y reanudamos los pasos del baile. Jamás en mi vida había bailado nada que no fuera alguna canción que

escapaba de la radio de la cocinera, cuando mi padre no se encontraba en casa, y mi oído atrapaba para hacerme girar hasta caer mareada. Pero de aquello habían pasado demasiados años.

Antes de abandonar el club pude apreciar que un grupo de muchachas, entre las que se encontraba Eve, salía del lugar riendo. Tres jóvenes desconocidos estaban con el grupo que habitualmente se reunía en la plaza, todos amigos de la escuela, pero esos tres jóvenes que vi ni siquiera eran del pueblo. Un mal presentimiento cruzó mi mente y caminé hasta la puerta de entrada, queriendo averiguar hacia dónde se dirigirían. Un ruido de motor se encendía y más risas provenían desde la dirección que habían tomado.

—¿Adonde vas? —preguntó Alexander a mis espaldas.

—Quería ver —respondí sobresaltada al oír una voz detrás de mí—. Esos jóvenes con los que se marchan Eve y sus amigas no son del pueblo —aseveré preocupada.

—Son de Buenos Aires, conozco a uno de ellos, el del traje blanco es Juan Pablo Salazar. ¿Por qué te preocupas?

—No me gusta que Eve sea tan confiada con desconocidos. —Mirándolo, rápidamente me apresuré a aclarar—: Ella no está en la misma situación que yo.

—Que tienes que confiar, aunque desconfíes —completó la frase por mí.

Ambos reímos del juego de palabras, me alejé de la puerta de entrada y volví a preguntar:

—¿Ese Juan Pablo Salazar es de fiar?

—Completamente. —Me tomó de la mano y me llevó nuevamente cerca de nuestros respectivos padres, que ya se habían sentado y hablaban mucho más bajo, producto del cansancio de la noche y de las innumerables copas de vino que habían ingerido ambos—. Pero debo confesar que los otros dos me son totalmente desconocidos.

—¿Te ha gustado la gente del pueblo? —pregunté, intentando conocer un poco más a quien en poco tiempo sería mi esposo.

—Me ha agradado la forma amistosa con la que tratan a los desconocidos, esto no ocurre en Buenos Aires.

—Me han dicho que Buenos Aires es una ciudad enorme con altos edificios y muchos coches como el de mi padre transitando en

anchas avenidas.

—Ya lo conocerás. Te va a encantar vivir en la ciudad —me tranquilizó y volvió a sonreír mostrando sus parejos y blancos dientes.

—No puedo imaginarme viviendo en una gran ciudad, creo que tendré miedo de salir a la calle.

—Solo te ocurrirá al principio. Cuando te acostumbres a ella la adorarás y olvidarás el pueblo.

—¿A qué te dedicas tú allí?

—Trabajo en la empresa de mi padre.

—Ya lo sé, me refiero a tu actividad específica. ¿Qué es lo que haces en esa empresa?

—Soy una especie de representante y vendedor de los servicios de la empresa, visito otras empresas para ofrecer nuestros servicios y conseguir así nuevos clientes que quieran negociar con nosotros, llevando y trayendo sus mercancías en nuestros buques.

—He podido deducir que la empresa de tu padre es la naviera.

—Sí, transportamos productos a todas partes del mundo y eso me mantiene mucho tiempo fuera de casa y del país.

—¿Entonces, por qué es tan desesperada tu búsqueda de esposa para aceptar el matrimonio con una desconocida? ¿Acaso piensas dejar tu puesto de trabajo y dedicarle tiempo a tu mujer?

—Es un capricho de mi padre. Quiere verme casado antes de fin de año. No tolera que su hijo de veintinueve años se mantenga soltero sin ninguna expectativa referente al matrimonio. Ha impuesto la condición de que todo agente ejecutivo perteneciente a la empresa mayor de treinta años, tiene que estar casado si quiere mantener su puesto.

—Imposición que incluye a su propio hijo.

—Sobre todo a su propio hijo. Creo que no existiría tal cláusula restrictiva si ya hubiese formado mi propia familia.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—Tenía una hermana mayor, estaba casada. —Inspiró profundamente y luego se mantuvo en silencio.

—¿Enfermó? —pregunté al ver que él no iba a continuar.

—Murió de viruela en un viaje al norte. Siempre quiso conocer Jujuy, y cuando logró hacerlo se quedó allí para siempre.

—¿Tenía hijos?

—No, estaba embarazada cuando su marido le satisfizo el antojo del viaje. —Su voz se fue apagando a medida que el recuerdo lo colmaba.

—Lo siento —fue lo único que se me ocurrió decir y realmente me sentía culpable por despertar en Alexander aquel recuerdo que evidentemente le seguía causando mucho dolor.

—No te preocupes, recordar a Marisol duele, pero lo hago a menudo. Hace ocho meses que ocurrió, desde ese momento mi padre se obsesionó con el asunto de la descendencia y el matrimonio necesario para poder tenerla. Tengo una hermanastra que vive en la ciudad. Es la hija de mi madre y de su primer marido, pero no somos muy apegados.

Me tomó de la mano y nos levantamos de nuestros asientos. La velada había acabado para nosotros. Era hora de volver a casa. Esa noche había sido importante para mí, no por lo que se había anunciado, sino por lo que había decidido. Alexander era un hombre bueno, de sentimientos nobles. Si nos casábamos estaba segura de que podría llegar a amarlo. Las historias de príncipes azules y sueños que se hacen realidad eran solo para las representaciones que escribía para Eve o para las novelas románticas. La vida real era otra cosa. Encerrada en mi casa jamás hubiera conocido a ningún hombre del cual enamorarme. Mi padre tarde o temprano me habría obligado a obedecerlo en sus decisiones en cuanto a mi futuro, y Alexander era una buena oportunidad. Aunque no se lo demostrara todavía, confiaba en él.

CAPÍTULO 6

Acostada en la cama, revivía la escena de mi padre anunciando al pueblo mi compromiso con Alexander y el futuro casamiento unos meses más adelante. Todos quedaron enmudecidos de sorpresa. Jamás se hubieran imaginado que pudiera conseguir esposo. Creo que todas las miradas se dirigieron hacia el novio buscando algún síntoma de retardo, como creían que yo padecía. Eve me había contado que infinidad de veces salió en mi defensa cuando alguien del pueblo me llamaba tonta. Por lo bajo murmuraban la suerte que había tenido al ser aceptada como esposa de un hombre rico y de ciudad. Esa era la máxima aspiración que una muchacha de pueblo podía alcanzar. Y ahí estaba yo, la tonta que pudo lograrlo sin siquiera moverse de su casa.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, levantándome de la cama con rapidez al ver que la ventana se abría.

—He venido a rescatarte.

—Estás loca Eve. ¿Por qué no estás en tu casa?

—Cállate July y dime, ¿en verdad te casarás con ese hombre?

—Sí, ¿qué opción tengo? He podido hablar con él estos días y creo que es un hombre bueno. Es joven y no es para nada desagradable en ningún aspecto.

—¿Y qué hay del amor? ¿De casarte con el hombre que amas y elijas?

—Eso son tonterías Eve.

—He venido a buscarte. Unos amigos van a llevarnos hasta Mar del Plata.

—No puedes hacer eso Eve. ¿Quiénes son esos amigos? ¿Acaso son esos hombres de ciudad que estaban en el club?

—Sí, los mismos. Dos de ellos van hacia la costa. ¡Podremos ver el mar! Y después nos llevarán a Buenos Aires —dijo con un entusiasmo contagioso.

—Es muy peligroso Eve. ¿Qué pasará con tu madre?

—He dejado una nota explicando que me iba, ella sabía que solo tenía que presentarse una oportunidad para que yo abandonara

este pobre pueblucho.

—No hables así. Alexander me dijo que él conocía a uno de esos hombres, el que se llama Juan Pablo.

—Él no viaja. Son Manuel y Ricardo los que nos llevarán a Dolores, a Mónica, a Roberto y a mí.

—Yo no iré.

—Eres una cobarde July Siempre fuiste una cobarde que no sabe tomar las riendas de su vida. Dejarás que todo el mundo te diga lo que debes hacer y lo harás agachando la cabeza.

—Irse de esa manera es una locura, además de peligroso. No conoces a esos hombres. ¿Qué harás cuando llegues a Buenos Aires? ¿Dónde vivirás?

—Conseguiré trabajo como actriz —anunció, dándose aires de importancia—. Sabes lo buena que soy para eso y Buenos Aires tiene muchos teatros esperando que aparezcan actrices que quieran trabajar. Aquí no tengo futuro, July, y tú tampoco.

—No puedo hacerlo, ya me he comprometido con Alexander, y también nosotros nos iremos a vivir a la ciudad.

—Pero nada cambiará cuando vivas allá, seguirás siendo la prisionera de un hombre, seguirás encerrada sin poder conocer el mundo.

—No puedo hacerlo —repetí por última vez—. Y no creo que esté bien que tú lo hagas.

—No soy cobarde como tú. Siempre me enfrenté a todo lo que me asustaba y pude vencerlo. No tengo miedo como tú, July. Espero que seas feliz con tu esposo de ciudad y, si alguna vez puedes salir de la nueva jaula de oro en la que vivirás, búscame.

—¡Eve, no lo hagas! Espera unos meses. Hablaré con Alexander, cuando vivamos allá podrás quedarte con nosotros, mientras consigues trabajo y un lugar donde vivir —fue mi desesperada propuesta para evitar que mi amiga cometiera una locura.

—Gracias July, pero yo no espero tanto. Prefiero buscar mi destino —me dijo y desapareció por donde había venido. Me levanté de la cama y salí en su busca para intentar convencerla de que no cometiera una locura, pero cuando llegué a la ventana ella ya bajaba por los tejados de la planta baja. Cerré la ventana y volví a la

cama. Si antes no podía dormir, después de la visita de Eve estaba segura de que no podría pegar un ojo en lo que quedaba de noche. Me apresuré a vestirme y salí al pasillo. No podía dejar que lo hiciera, ella se había arriesgado a entrar a la casa para salvarme de un destino que ella pensaba que yo no quería aceptar. En ese momento era mi turno para rescatarla a ella de un destino que ella no quería ver. Mi única opción era confiar en Alexander, él conocía al menos a uno de los hombres que querían llevarse a los jóvenes de aquel pueblo, y posiblemente tuviera algunas respuestas. Sin pensar demasiado en lo que hacía llamé a su puerta. Nada se oía dentro, volví a golpear un poco más fuerte para despertarlo, pero no obtuve respuesta. Lo único que me quedaba era abrir la puerta y eso hice. La oscuridad de la habitación me impidió divisar la cama, avancé hasta ella, sin encender la luz, y cuando apoyé la mano en la cama para sacudir el cuerpo que creía dormido, me encontré con sábanas y cobertores bien extendidos. Mis ojos, ya acostumbrados a la oscuridad de la habitación, descubrieron que Alexander no había subido todavía a su cuarto. Salí rápidamente y lo busqué por la casa, pero no había rastro de mi prometido. No quise seguir perdiendo tiempo buscando a alguien que tal vez ni siquiera se molestaría en ayudarme o que hasta podría intentar detenerme de salvar a mi amiga. Pensándolo mejor, era conveniente que no lo encontrara. Salí de la casa, la capa negra y las sombras de la noche impidieron que los criados que permanecían vigilantes durante la noche se percataran de mi salida.

La plaza estaba a un par de cuadras, ese era el lugar de cualquier reunión y cualquier cita, y estaba segura de que de allí partirían los jóvenes. Corrí y cuando faltaba poco para llegar vi a lo lejos las luces de un automóvil que se alejaba de la plaza por la ruta que salía del pueblo, cada vez más lejos de donde me encontraba. Nadie más estaba en la calle, solo yo, que aunque utilizara todas mis fuerzas no conseguí acortar la distancia con el coche. Me quedé jadeante sujetándome las piernas e intentando recuperar el aliento varias cuadras después de atravesar la plaza. Las luces del vehículo se perdían en la lejanía. Eve se había ido. Aunque no quería hacerlo, tenía que volver a casa, en lo único que podía pensar era en que tal vez hubiera sido mejor partir con ella. Eve tenía tan claras

sus metas, estaba tan segura de que lograría triunfar en la ciudad, que yo no tenía dudas de que lo haría. Y ella tenía razón cuando me llamaba cobarde. Me sentía una cobarde y vivía como una cobarde. Si me hubiera marchado con ella podría haber cambiado, pero no me atrevía a atravesar aquella barrera invisible que divide a la gente distinta que se atreve a todo pese al riesgo, de aquella que prefiere aceptar el destino que otros le imponen y vive resignada, sin pelear por sus sueños. Caminé a paso lento hasta la plaza, la respiración se me había normalizado y el dolor punzante en un costado del cuerpo había desaparecido. Estaba llegando a una esquina cuando un faro de automóvil me encandiló desde un costado. Un estremecimiento aterrador se apoderó de mí. Imaginé que mi padre me había descubierto y que había salido en mi búsqueda, cuando escuché que mi nombre era pronunciado a gritos desde el interior del coche. Segundos después, el vehículo se detuvo y Alexander bajó para ir a mi encuentro.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha ocurrido algo malo?

—No, no —pude balbucear.

—Juliana explícame. ¿Por qué estás en la calle sola a estas horas de la noche? ¿Acaso fuiste a encontrarte con alguien? —preguntó furioso.

—Te estaba buscando a ti —respondí.

—¿A mí? ¿Acaso crees que soy idiota?

—Te busqué en la casa para que me ayudaras a evitar que mi amiga cometiera una locura, pero no pude encontrarte, por eso estoy sola y no pude impedirlo. Se ha ido.

—¿Tu amiga Eve? ¿La que conocí en el club?

Asentí con la cabeza y aclaré lo que estaba ocurriendo.

—Ella y un grupo de amigos dejaron la ciudad para marcharse con esos hombres de Buenos Aires, me dijo que irían a Mar del Plata primero y después los llevarían a la gran ciudad.

—Yo vi a Eve cuando pasé por aquí y estaba únicamente con otra muchacha. Creí que estarían esperando al hermano, ese joven que me señalaste en el baile. Pero no había nadie más con ellas.

—Tengo miedo de que le ocurra algo malo.

—Ven —me dijo y me acompañó hasta la puerta, me ayudó a montarme en el coche y partimos por la carretera.

—¿Adonde vamos?

—Vamos a hablar con Juan Pablo, él viajó hasta aquí con esos jóvenes, escucharemos qué nos tiene que decir sobre ellos y te quedarás más tranquila.

—¿Sabes dónde se encuentra? ¿Te atenderá a estas horas de la noche?

—Tranquila Juliana, conozco a Juan Pablo, no creo que se niegue a colaborar con nosotros en este asunto.

—No tendría por qué hacerlo. ¿Cómo sabes que él no era uno de los que partió del pueblo?

—Hablé con él anoche, me pidió que lo llevara a Buenos Aires mañana porque había venido con los muchachos a enseñarles un criadero de caballos, y no pretendía seguir el camino hacia la costa.

—¿Entonces, tú sabías que ellos irían hacia allá?

—Lo que no sabía era que habían invitado a esas chicas.

La ciudad de Junín solamente contaba con una hostería y a ella arribamos minutos después. El encargado nocturno no pareció sorprendido de vernos aparecer por allí a esas horas de la madrugada. Cuando Alexander habló con él, asintió con la cabeza y nos hizo esperar en la salita de entrada mientras él iba a golpear la puerta de la habitación de Juan Pablo. Quince minutos después apareció medio dormido, abrochándose un suéter de lana con una mano y pasándose la otra por la cabeza, intentando aplacar los rebeldes mechones de cabellos que se negaban a quedarse metódicamente firmes y fijos sin la fuerza opresiva de un peine fino.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Por qué estás aquí con ella? —preguntó a Alexander con la voz patosa por el sueño interrumpido.

Sus preguntas y su tono no dejaban duda alguna de que se conocían y tenían confianza entre ellos. Me imaginé que más que conocidos eran amigos.

—Juliana está muy preocupada porque tus amigos se llevaron a un par de muchachas del pueblo con la excusa de llevarlas a Buenos Aires después de pasar un día en Mar del Plata. —El tono que empleaba Alexander no permitía interrupciones, ni negativa a sus preguntas—. ¿Son jóvenes de fiar? ¿Tú crees que podrían mentir o dañar a las muchachas?

—No tengo mayores referencias de los muchachos, los conocí durante el viaje, y debo admitir que cuando los dejé en la plaza con el grupo de chicos del pueblo estaban bastante ebrios.

—Invitaron a mi amiga y a varios chicos más —dije.

—No es lo que yo escuché —contestó interrumpiendo sin mirarme.

—¿Qué escuchaste tú? —preguntó Alexander, comenzando a sospechar de las buenas intenciones de esos hombres.

—Oí que solo invitarían a dos muchachas para divertirse en la costa, no entendí que fuera un grupo grande el que iría con ellos. Pero se quedaron en la plaza y no sé qué arreglaron después de irme.

Se hizo un reflexivo silencio. No me había tranquilizado, como pretendía Alexander al llevarme a hablar con su amigo. Estaba mucho más intranquila y preocupada que antes al conocer las verdaderas intenciones de aquellos hombres citadinos, que venían a aprovecharse de la gente del lugar. Alexander y Juan Pablo se levantaron, era evidente que mientras yo reflexionaba sobre los hechos ellos mantenían una silenciosa comunicación no verbal.

—Espérame unos minutos Juliana, ahora regresamos.

Se perdieron por el pasillo por el que había aparecido Juan Pablo y dos o tres minutos después volvieron con una decisión tomada.

—Vamos, te llevaré a tu casa —dijo, ayudándome a levantarme.

—¿Pero qué pasará con Eve?

—Lo único que puedo hacer es dar una ronda hasta la ruta para comprobar que no han tenido inconvenientes en el camino. Otra cosa no puedo hacer, Juliana. Tu amiga se fue por voluntad propia, nadie la obligó a ella ni a los otros chicos.

—Podemos ir a avisar a su familia.

—No Juliana, ahora no lo haremos, esperaremos a mañana.

—Entonces iré contigo —declaré con una decisión y firmeza como nunca antes lo había hecho.

Alexander me miró a los ojos unos instantes y me abrazó, era la primera vez en la vida que un hombre me abrazaba y fue una sensación extraña, reconfortante y protectora. Le sonreí cuando me

soltó y fue en ese preciso instante cuando comenzó nuestra verdadera relación.

—Vamos —apremió Juan Pablo desde atrás, apurándonos a movernos.

La carretera estaba vacía, no transitaba nadie en ella, recorrimos un tramo de varios kilómetros cuando alcanzamos la ruta provincial que se dirigía a la costa atlántica, la noche estrellada alcanzaba para tener una visión bastante clara de una distancia considerable. Estábamos a punto de retomar el camino de regreso al pueblo, cuando dos faros lejanos iluminaron el sendero en el carril contrario al nuestro. Propuse esperar a que nos alcanzaran cuando Alexander giraba el automóvil. Unos minutos más tarde pudimos comprobar que los faros lejanos no correspondían a ningún automóvil particular. Un gran camión se acercaba. Mis esperanzas de poder ver a Eve una vez más se desvanecieron, pedí a Dios y a mi madre por su protección y cuidado. Alexander tendió un brazo hacia atrás para tomar mi mano y yo acepté su consuelo, apretando fuerte su mano con las mías. Juan Pablo me miró y sonrió, solidarizándose conmigo, y emprendimos el camino de regreso.

CAPÍTULO 7

Dos bocinazos del camión bastaron para que Alexander y Juan Pablo reconocieran la petición del conductor, aminoraron la marcha y se volcaron hacia el arcén. Unos momentos después el camionero estacionaba detrás y una persona corría hacia nosotros.

—¿Conocen el poblado que hay unos kilómetros delante? — preguntó el desconocido en la ventanilla del conductor.

—Sí, es la ciudad de Junín.

—Por suerte es una ciudad, entonces habrá un hospital — recapacitó para sí mismo.

—¿Qué le ocurre? ¿Acaso tiene a alguien herido con usted? — preguntó Alexander al nervioso hombre.

—Encontramos a dos personas heridas, una está inconsciente y la otra no quiere hablar, está aterrada.

—¿Son mujeres? —volvió a preguntar Alexander, que ya bajaba del coche y caminaba hacia el camión.

Juan Pablo también bajó y me pidió que esperase dentro. Miré por la ventana trasera a los tres hombres, que se unían al conductor del camión. Hablaban, un tercer hombre que viajaba en el camión salió de la parte trasera y señalaba la ruta. No sabía qué pensar, escuché que el acompañante del camionero decía que habían encontrado a dos mujeres heridas, pero no sabía si las había traído con ellos o solo estaban buscando ayuda para enviársela a las desdichadas mujeres. En ningún momento dijo si se trataba de un accidente automovilístico o de algún otro tipo. Eve no podría ser, ella estaba como mínimo con una mujer y dos hombres más, pero también podría ser que el resto del grupo se hubiese reunido antes de partir y Alexander no alcanzara a verlo, o hubiesen abordado el automóvil en otro lugar distinto a la plaza. Los hombres caminaron hacia la parte trasera del camión y no pude verlos durante unos diez minutos. Bajé, presa de la ansiedad, justo en el momento en que Alexander se acercaba a mí.

—Sígueme Juliana, pero no te asustes —me advirtió y me tomó la mano para llevarme hasta donde se encontraban los demás.

—¿Quiénes son esas mujeres?

—No son mujeres, son unas niñas. —Me tomó de los hombros para enfrentarme a él—. Eve te necesita en este momento, no te asustes y actúa de manera segura y adulta.

Corrí hasta la parte trasera del camión y me encontré con Eve, ella tenía la mirada perdida, no me reconoció inmediatamente, pero cuando la nombré enfocó sus ojos en mí y luego nos fundimos en un abrazo que casi nos hace caer a ambas. No lloraba, solo me abrazaba fuerte y temblaba. Ninguna habló, cuando noté que sus temblores disminuían la llevé hasta el coche de Alexander. Tan delgada, tan menuda, parecía más pequeña de lo que era. Su cabello negro estaba enredado y cubierto de agujas de pino secas, cuando nos sentamos, muy pegadas y abrazadas, comenzó a llorar. No sabía qué decir, solo podía repetirle que todo aquello pasaría y la acunaba en mi regazo. Juan Pablo apareció con Mónica en sus brazos y se sentó en el asiento delantero. Alexander se acomodó y volvimos a Junín. El camino fue en silencio, solo el llanto de Eve lo rompía.

Dejamos a Eve en su casa y explicamos a su madre que había tenido una disputa con algunas personas después de la fiesta en el club. A Mónica la dejamos al cuidado de la enfermería del pueblo. Alexander fue el único que entró con ella y cuando le pregunté qué le había dicho al encargado del lugar me contestó que Mónica ya estaba lúcida y que ella misma explicaba el incidente que la había dejado en ese estado. Eve no estaba golpeada como Mónica, al menos no visiblemente. Cuando le pregunté qué había ocurrido, solo me contestó que los jóvenes las atacaron después de alejarse unos cuantos kilómetros de la ciudad. Nunca tuvieron la intención de llevarlas a Mar del Plata, solo habrían llevado a cabo el plan que escuchara Juan Pablo. Los otros dos chicos que habían planeado viajar con ellas fueron descartados para el viaje y enviados a sus casas por los jóvenes en cuanto Eve partió en mi búsqueda y Mónica corrió a su casa en busca de ropa que ambas compartirían. Mónica era la última hija que le quedaba al viejo Eustaquio, vivían solos en una de las casas más grandes y antiguas del pueblo. El padre de Mónica rara vez estaba sobrio y ese sábado, como siempre, se había quedado dormido en la silla del club y seguramente no volvería a su casa hasta la mañana del día

siguiente. Nadie podía impedir que Mónica empaquetase todo lo que necesitaba para pasar unos días alejadas de la ciudad.

Antes de despedirme prometí a Eve visitarla en cuanto pudiera, también le prometí que nadie sabría lo que había ocurrido aquella noche y le pedí que confiara en que Alexander y su amigo serían discretos con el asunto. La madre de Eve, visiblemente nerviosa con nuestra presencia, igualmente nos agradeció la ayuda y nos brindó toda su hospitalidad, aunque solo estuvimos unos minutos en su casa.

Cuando volvimos a la casa, después de llevar a Juan Pablo nuevamente a la hostería, el sol estaba apareciendo en el horizonte.

—Mi padre se habrá levantado —anuncié con inquietud.

—No te preocupes, no te ocurrirá nada, le explicaremos lo que pasó —objetó, sin tener la menor conciencia de las consecuencias desastrosas que podría llegar a sufrir y que yo comenzaba a comprender.

Seguramente mi padre seguiría haciendo su papel de padre afectuoso hasta la tarde en que las visitas partirían y allí comenzaría el verdadero castigo. Con esa perspectiva de mi futuro, agradecí silenciosamente que en solo seis meses iba a ser la esposa de Alexander.

—Mírame Juliana —ordenó Alexander cuando llegamos a la casa—. Cambia esa cara de terror, nada va a ocurrir.

Le sonreí, quería volver a confiar en él, pero el pánico y el molesto zumbido en mi oreja izquierda no me dejaban pensar con claridad, bajamos del coche y él me tomó la mano para infundirme ánimo, y también sonrió.

Al entrar a la casa, una luz blanca me volvió a cegar los ojos pero milagrosamente el zumbido de la oreja desapareció. Atontada, oía gritar a mi padre pero también a alguien que me sujetaba con firmeza y me alejaba de él.

—No vuelva a ponerle una mano encima o lo pagará caro.

—¿No ves que tienes que tratarla con mano dura? Si no lo haces así las mujeres te toman por débil.

—No diga idioteces.

—Tendrías que estar agradecido de que he sabido guardar a esa muchacha para ti.

—¡Es su hija, por amor de Dios!

—Es una mujer que hay que educar. Y lo he hecho muy bien — se jactó de su brillante educación, después de todo no era una niña callejera, ni me revelaba ante sus ataques, no gritaba y obedecía todo lo que me ordenaba. Sí, mi padre había hecho un estupendo trabajo conmigo.

—No volverá a ponerle las manos encima.

—¡Es mi hija! ¡Tú lo has dicho! Y continuaré educándola hasta el día que abandone esta casa.

—Bien —replicó tranquilo Alexander, y volvió a tomarme de las manos—. Juliana, ve a hacer el equipaje, irás con nosotros a Buenos Aires.

Asentí y corrí hacia los escalones. No sabía qué haría mi padre, pero escuché que volvían a discutir.

—No puedes llevártela.

—Claro que sí, es mi prometida. Vivirá en casa con mi madre hasta la boda.

—No lo permitiré.

—Señor, el compromiso está declarado y la fecha de la boda fue fijada. —Se acercó más a mi padre y, bajando la voz, le habló suavemente—: Señor, no querrá que hagamos negocios con el estanciero de Lujan. ¿O acaso tiene otro buen comprador de trigo?

—No puedes amenazarme con eso.

—¿Acaso cree usted que es el único agricultor de Buenos Aires?

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó el padre de Alexander, que salía de la cocina pasándose una servilleta blanca por la boca.

—Nos marchamos dentro de una hora, padre, y llevamos a mi prometida. —Enfrentándose a su propio padre le preguntó: — ¿O acaso piensas que debería dejar a mi prometida en manos de un maltratador?

—Claro que no, si mi hijo decide que su prometida viaje con nosotros estoy de acuerdo con él —lo apoyó su padre.

La discusión continuaba abajo pero la decisión estaba tomada, subí a mi cuarto a meter mi vida en una maleta. Escribí una nota que le enviaría a Eve con un criado y corrí al cuarto que ocupaba mi madre. El lugar desde su muerte había permanecido desocupado, pero contenía sus cosas, allí podía conectarme con ella. Varios

minutos estuve respirando el aire que todavía contenía su perfume. Recorrí las ropas colgadas en las perchas con las manos y tomé su joyero. No contenía joyas valiosas en metálico, más que unos pendientes de oro y un par de cadenas muy finas de plata, pero su valor era incalculable para mí. Nadie me separaría de ellas. Ni siquiera mi padre podría lograr que las dejara. Las guardé en el bolso de mano que llevaba colgado y miré el cuarto por última vez.

Mi padre no se despidió de mí. A pesar de todo quise decirle adiós, pero la puerta de su estudio privado estaba cerrada con llave. Cuando quise empujarla para entrar me gritó desde adentro: «¡Vete de aquí! Eres igual que tu madre, solo provocas problemas». Aquella fue su inusual pero esperada despedida.

El viaje hacia la ciudad fue muy silencioso. Alexander conducía el enorme Mercedes Benz negro, su padre permanecía a su lado y yo compartía el asiento de atrás con Juan Pablo. El único que cada tanto hacía algún comentario sobre las plantaciones o grupos de ganados que se veían desde la carretera era el padre de Alexander. En ninguna ocasión Juan Pablo habló. Ni siquiera me miraba.

Una vez en la ciudad llegamos a la casa Polenski. Una criada abrió la puerta, saludó a sus patronas y, ante la orden del mayor de los Polenski, salió presurosa en busca de su señora. Juan Pablo había bajado del coche unas cuadras antes, él vivía a unas diez cuadras de mi nueva casa. Esa noche durante la cena fue el anuncio oficial de mi compromiso ante la familia de Alexander. Además de su padre, nos acompañaban en la mesa su madre, la hermanastra y el esposo de esta. Las mujeres me miraban con recelo, eran amables, corteses, pero podía sentir cómo la desconfianza hacia mi persona se desprendía de ellas como si se tratara de una brisa suave que me cubría por entero. Alexander fue el más conversador de la mesa, estaba alegre y sonreía con sinceridad cada vez que me hablaba, estaba sentado a mi lado y cuando me veía muy distante me tomaba la mano y la apretaba en señal de compañía. Los hombres, al menos delante de mí, explicaron que me encontraba allí para conocer a mi futura familia política y adaptarme a la vida de ciudad. Alexander agregó que no quería que el cambio fuese tan drástico de soltera a casada, del campo a la ciudad, de vivir prácticamente sola a contar con una

familia. Todos aceptaron y compartieron el motivo de mi permanencia en su casa hasta el matrimonio.

Antes de retirarme a mi habitación aquella primera noche, Alexander me llevó hacia un salón pequeño en la parte de atrás de la enorme casa, donde las paredes de cristal permitían admirar el jardín trasero.

—Juliana, nadie en esta casa te tratará mal. No tienes que fingir ser quien no eres. Cuando quieras hablar u opinar sobre algo, puedes hacerlo. Nadie te intimidará si lo haces ni pensará mal de ti.

Lo miraba hablar y asentía con la cabeza. No tenía idea a qué se refería cuando me invitaba a hablar u opinar sobre lo que quisiera. ¿A ser yo misma? Siempre había sido yo misma obedeciendo las órdenes de mi padre. Esa era yo.

—Creo que lo entenderás después de vivir algunas semanas entre nosotros. No debe de ser fácil cambiar de repente.

—Creo que tienes razón —asentí con palabras—. Mientras tú estés a mi lado creo que todo irá bien —me animé a declarar tímidamente.

—Por supuesto que todo saldrá bien. No me equivoqué contigo, eres una muchacha muy dulce. —Me acarició la mejilla y pensé que me besaría en los labios. Al verlo acercarse a mí, cerré los ojos para esperar el beso, pero sentí que apoyaba sus tibios labios en mi frente.

CAPÍTULO 8

Vivía en calma, no más sobresaltos cuando oía la puerta, no más escapadas furtivas para encontrar un trocito de libertad que podía transformarse en un auténtico calvario por varias semanas. No. No extrañaba a mi padre, ni a la casa. Extrañaba mucho a Eve, pensaba que no podría seguir escribiéndole los libretos o los poemas y eso era lo único que me atormentaba. Mi consuelo era que había otra muchacha amiga de Eve, Delfina, a la cual conocí en la escuela varios años atrás y que también solía escribir para Eve, además de acompañarla en sus presentaciones, en algunas de las cuales Delfina solía cantar. Manteníamos una secreta guerra privada para congraciarnos con aquella carismática muchacha, y lamentablemente yo había abandonado la batalla.

La hermana, no me gustaba eso de hermanastra, de Alexander no visitaba frecuentemente la casa y Gloriana, su madre, se acostumbró a mi presencia. No manteníamos una relación estrecha, pero los dos meses de convivencia nos permitieron adaptarnos. Ella era una mujer solitaria, generalmente estaba encerrada en su cuarto y durante algunas tardes pedía al chófer, que estaba a disposición de cualquier integrante de la familia, que la llevara de compras. Nunca me invitó a que la acompañase. Nos veíamos durante los almuerzos o las cenas, cuando nos reuníamos los cuatro residentes de la casa. La conversación siempre la llevaba Alexander, me animaba a hablar y a opinar sobre sus comentarios y sonreía cuando lo hacía. Noté los primeros días, y luego lo confirmé con el tiempo, que sus padres apenas si cruzaban dos o tres palabras durante todo el día. Luego pude descubrir que dormían en habitaciones separadas, pero nunca pregunté a Alexander sobre la situación de sus padres.

Después de la cena era un ritual retirarnos los dos solos a conversar en el saloncito que daba al jardín, conversábamos sobre la marcha del día. También se había convertido en ritual el beso de buenas noches en la frente. Nunca Alexander me presionó en ningún sentido. Lo asociaba más a un hermano protector que a mi futuro esposo. En verdad, tenía miedo de que cuando se concretara

el matrimonio esa relación tan amigable desapareciera. Me sentía segura, protegida, querida, contenida. Alexander era la representación de mi príncipe azul y no quería que el matrimonio lo convirtiera en un ogro o, lo que era peor, en mi padre.

Durante una de las cenas, Alexander me informó de que acudiríamos juntos a un evento de gala que organizaba uno de sus clientes principales y que anunciaría allí nuestra boda.

Un día antes de la primera salida a una recepción de la gran ciudad llegaron a la casa dos modistas con cuatro vestidos a medio acabar. Toda la tarde estuve subida en un banco de madera, dejando que las mujeres concluyeran su trabajo, ajustando y cosiendo las puntadas finales.

—El señor Alexander tiene un gusto admirable —comentó una de las costureras.

—Los modelos y las telas son extraordinarios —agregó la otra modista.

—Me encanta este color —opiné yo, admirando con la vista y con el tacto un bello diseño en sedas y gasa color beige con pequeñas piedras brillantes que iluminaban todo el vestido. Era largo hasta los tobillos, con una falda recta que caía con gracia solemne y tenía una sobrefalda de gasa en forma de pétalos que llegaban en sus puntas hasta la rodilla. La pechera tenía un escote cuadrado que afinaba mi cintura de manera exagerada, pero sin estrangular, dejaba desnudos gran parte del pecho y el cuello, pero un fino chal de la misma gasa de la sobrefalda y las mangas del vestido estaba para cubrir esas zonas. Nunca soñé que un vestido pudiera provocar la emoción que me dominaba aquella tarde. Los otros diseños eran bellísimos, los había en rosa de dos tonos diferentes y en lila, pero mi favorito era el beige. Con temor pregunté si Alexander había elegido alguno en especial para el acontecimiento del día siguiente, pero las mujeres dijeron que esa era mi elección. Una de ellas hasta me dio un sermón cuando notó que estaba decidida a abandonar mi primera elección si ellas me informaban de que Alexander había elegido alguno.

—Hija, no dejes que el hombre elija por ti —me dijo gruñendo con alfileres en la boca mientras terminaba de coser—. Si

comienzas de esa manera, en cuanto te cases querrá manejar tu vida.

—Tienes que imponer tus deseos desde el principio muchacha, o serás solo la sombra de un hombre —me aconsejó la otra a mi espalda—. A ti te gusta el beige, ¿verdad? —preguntó luego, enfrentándome.

—Es muy bello. Sí, es el que más me gusta.

—Entonces, no se hable más, terminaremos el beige hoy y los demás los entregaremos dentro de dos días.

Las costureras dejaron de hablar y pusieron manos a la obra. Después de medirme los cuatro vestidos, los marcaron y se dedicaron exclusivamente al beige. Al caer la tarde estaba listo. Era una obra de arte y era mío. No lo podía creer. Las mujeres se despidieron prometiendo entregar el resto de los vestidos en el tiempo acordado. Aquellas mujeres charlatanas conocían las vidas de muchas mujeres, como pude comprobar esa tarde. Me enteré de muchas cosas, como de que una de las celebridades del cine local las atendió mientras bebía Martini con su amante, o que la dueña de la tienda de zapatos femeninos más grande de la ciudad fue abandonada por su esposo, que se fugó con una de las empleadas del hogar, veinte años menor que ella. También pude saber que una de las actrices más afamadas del momento, de cuerpo exuberante y codiciada por los hombres, había revelado en una conversación telefónica, durante la presencia de ambas, que estaba decidida a casarse con su amante de turno, un joven productor y director de cine.

La familia de Alexander se presentaba a la cena de gala, su madre y su hermana estaban elegantísimas con sus vestidos traídos desde Francia. Como me hicieron saber, ellas jamás lucirían para un evento tan importante un modelo diseñado por modistas locales. Quedé impactada por el bello vestido en gasa negro y gris que lucía mi cuñada, no parecía embarazada en absoluto. Si yo no la hubiese visto con el vientre hinchado de cinco meses, juraría que esa mujer no esperaba un hijo, el vestido la estilizaba, no evidenciaba si quiera un poco su gravidez. Alexander y su padre lucían un solemne traje negro con una camisa blanca, lo único que variaba era el chaleco, pues mi suegro lucía uno gris mientras que el de Alexander era

verde muy oscuro. Llegamos al mismo tiempo en dos coches diferentes. El servicio de la recepción nos recibió y nos acompañó hasta la mesa redonda que ocuparía la familia. El salón dorado al que arribamos era majestuoso, la opulencia de la ciudad se presentaba por primera vez ante mí. No podía parar de girar la cabeza para observar el lugar, los suelos de mármol oscuro, las columnas grises revestidas también de mármol, las bellas arañas de cristal pendiendo de un alto techo blanco, mostrando cientos de pequeñas luces que en forma de lágrimas iluminaban el gran salón. Las mesas, con sus manteles blancos impecables y sus distinguidos adornos florales, eran muy diferentes de las sillas de madera oscura y de las mesas de manteles manchados que se exhibían en el baile de los sábados en el pueblo de Junín.

—Es muy diferente al pueblo —susurré al oído de Alexander cuando nos acomodamos en la mesa.

—Todo es diferente aquí, dulce —me dijo muy pegado a mi oreja, lo que me provocó una sonrisa—. Tú estás diferente. Estás muy bella esta noche —agregó rápidamente, al ver que su comentario me descolocaba—. Eres la mujer más hermosa del lugar, Juliana —me susurró y me apretó la mano—. Que las pequeñas diferencias no te confundan. Son solo personas y muchas luces.

—Vino mucha gente —comenté.

—Falta que llegue la mitad —me informó mi suegra—. Todavía no veo a Libertad. Espero que asista, tengo que preguntarle dónde compró esa piel que llevó al estreno de la película de Ángel Mentasti. —Se acercó un poco a mí, yo estaba entre ella y Alexander, y me contó por lo bajo—: Mentasti es el dueño de la productora de cine más grande de Argentina, y Libertad Lamarque es una de sus estrellas. Yo la conozco desde que éramos adolescentes y me ha presentado a muchos de sus colegas, todos dicen que tendría que dedicarme al cine, mi cara es muy especial.

Solo me atreví a sonreír, era la primera vez que Gloriana me hablaba de manera tan familiar, contándome sus cosas o relaciones. Supe que ella era argentina y que había conocido a su actual esposo dos meses después de perder al primero en un naufragio, mientras cargaba con el embarazo de su primer hijo. Alexander me

había dicho que su madre solo estuvo casada tres meses con su primer marido. La miré con atención y comprobé que estaba espléndida, no era una mujer bella, pero atraía, y esa noche parecía más joven. Sonreía sin reparos y aleteaba con sus pestañas hacia todas las direcciones, observando a la multitud que paseaba por el amplio salón antes de la cena.

Alexander me señalaba y nombraba a algunos personajes importantes de la ciudad, políticos, funcionarios, actores, actrices y empresarios presentes. Las señoras que me mostraba y me decía que eran actrices eran las más llamativas, con espectaculares sombreros de ala ancha adornados con flores y pieles que les cubrían el cuello, lucían abiertos escotes y vestidos muy poco recatados.

Nuestra mesa era muy frecuentada por todos. Alexander y su padre eran, para mi sorpresa, hombres muy conocidos. Los empresarios eran los que más se acercaban y saludaban con supremo respeto a las mujeres presentes, para luego conversar durante algunos minutos con los hombres, incluyendo al marido de mi cuñada.

Momentos antes de que la cena se sirviera, Alexander me invitó a dar una vuelta por los jardines de la propiedad y acepté instantáneamente, antes de que más conocidos lo requiriesen. Caminamos entre la gente tomados del brazo. Hubo más presentaciones, con algunos se quedaba hablando unos minutos, a otros solo los saludaba con un movimiento de cabeza. Las damas presentes lo miraban sonrientes y luego, al percatarse de que yo estaba a su lado, borraban la sonrisa de sus rostros. Deduje que Alexander era una presa muy codiciada por aquellas mujeres. Me aferré más fuerte de su brazo, había surgido en mí un sentimiento de posesión que jamás había sentido antes. Alexander era mi prometido y próximamente mi esposo, esas mujeres no tuvieron oportunidades antes de que yo llegara y mucho menos las tendrían ahora que me había elegido a mí.

—Juliana, ¿te ocurre algo? —me preguntó al notar la presión en su brazo.

—No —contesté apenada—, solo que no quería soltarme — admití, omitiendo la frase «ni soltarte».

—Hay mucha gente aquí.

Giramos y salimos al patio por una puerta lateral.

—Conoces bien el lugar —dije admirada al ver que habíamos logrado el objetivo sin tener que atravesar el mar de gente que creí inevitable atravesar.

—Es muy habitual que se realicen eventos en este lugar.

—Y tú un asiduo invitado presente.

—Así es —confirmó con una sonrisa—. ¿Cómo lo estás pasando, Juliana? ¿Te sientes cómoda?

—Si tú estás a mi lado, estoy muy cómoda.

—Dulce —suspiró en un murmullo—, lamento no tener más tiempo en la semana para dedicártelo a ti —manifestó con culpa, y me acariciaba la mejilla—. Estás muy bella. ¿Te lo he dicho ya?

—Unas diez veces.

—Es que estás realmente bella.

—Gracias por los vestidos.

—Ni lo digas, no tienes nada que agradecerme.

—¡Qué romántico los tortolitos! —exclamó una voz familiar.

—Juan Pablo, ¿qué haces aquí? Pensé que no venías.

—No tenía intenciones de hacerlo, pero creí que sería divertido asistir. Juliana, ¿cómo estás? —me saludó sin mirarme, como siempre.

—Muy bien. ¿Y tú? Hace mucho que no nos vemos.

Increíblemente, se volvió hacia mí y me tomó una mano.

—Pero qué sorpresa, estás muy cambiada desde la última vez que nos vimos. La ciudad te sienta bien —aduló con cinismo—. Y veo que mi amigo también.

—Quería mostrarle a Juliana los bellos jardines de la casa —comentó Alexander a Juan Pablo, que no dejaba de comerme con los ojos. Era la primera vez que me miraba y me incomodaba tanto como cuando me hablaba sin mirarme.

—Os acompaño —anunció Juan Pablo y ninguno de los dos se atrevió a desairarle, luego dijo:— ¿O es que mi amigo prefiere dar un paseo por los oscuros jardines para robarle un beso a su joven novia?

—No seas desagradable Juan Pablo. Si quieres caminar con nosotros hazlo, pero ahórrame el escuchar tus estúpidas

necesidades. —Me tomó de la mano y emprendimos el camino solos. Alexander se volvió para mirar a Juan Pablo, que se había quedado atrás—. Si quisiera robarle un beso lo haría en la privacidad de mi casa —declaró sonriente y desafiante.

Nos alejamos bastante del salón, donde las luces del patio perdían la batalla ante los grandes arbustos y las enredaderas, y las penumbras ganaban terreno.

—Creo que haré caso a la sugerencia de mi amigo —confesó Alexander a pocos centímetros de mi boca.

No me resistí, ni siquiera me moví del lugar. Alexander descendió lentamente hasta apoyar su boca sobre la mía y recorrió mis labios con su lengua. Lentamente, muy lentamente. No me presionaba para que abriera la boca, sus labios solo besaban los míos y sus manos comenzaron a acariciarme la espalda.

—Será mejor que regresemos —dijo varios minutos después de mantenernos juntos tan íntimamente por primera vez. Me sonrió y acomodó uno de mis rizos negros, que había escapado del discreto sombrero beige que hacía juego con el vestido.

—No sé si después de esto pueda contenerme en casa —me previno sonriendo.

Lo miré y también le sonreí, no había sido desagradable, nada en Alexander era desagradable. Sus besos tibios y suaves, su perfume dulzón y almizclado, su voz grave y serena, su cara risueña y siempre dispuesta. Su presencia me reconfortaba. No sería nada difícil enamorarme de aquel hombre que hasta ese momento me había tratado como a una niña, pero que a partir de aquella noche comenzaría a verme con otros ojos.

—No le caigo bien a tu amigo Juan Pablo —me atreví a aseverar ante Alexander.

—Está celoso —lo defendió despreocupadamente—. Desde que apareciste no volví a salir con él a recorrer la ciudad y sus fiestas. —Hablaba y me acariciaba lentamente los dedos de la mano, que mantenía aprisionada en la suya. El salón ya estaba cerca y podíamos distinguir las siluetas de las personas dentro—. Ya se le pasará —agregó, volviendo al tema de su amigo—. Le propuse que buscara una candidata para él, es hora de que siente cabeza. Pero mejor no te cuento lo que me respondió —concluyó con una sonrisa.

Juan Pablo no estaba en nuestro camino cuando volvimos. La cena se desarrolló sin problemas, todo el mundo parecía feliz, mi suegra parecía otra persona y mi suegro solo se mostraba atento a ella. Esa escena me recordó cómo actuaba mi padre cuando Alexander y su padre llegaron a casa de visita.

Al acercarse la medianoche se propuso un brindis en honor del anfitrión de la velada. Brindis que se prolongó por varias causas más, entre ellas el anuncio oficial y público de la boda de Alexander Polenski, heredero de la compañía Polenski, con la señorita Juliana Solari Crespo, hija del reconocido agricultor y candidato a intendente de Junín, José María Solari Crespo.

A la larga comitiva que seguía a nuestros nombres no le había prestado demasiada atención. Lo que me dejó perpleja fue lo último que declaró mi suegro. ¿Mi padre candidato a intendente? ¿Cómo era posible? Odiaba a todo político, funcionario o candidato a serlo. Los llamaba ineptos o agitadores, esas eran las cualidades más suaves que podría destacar según se refiriera a uno o a otro, pero todos entraban en la categoría de inservibles. ¿Sería ese el trato que cerraron los Polenski y mi padre? ¿Habría sido por ello que mi padre no opuso demasiada resistencia cuando Alexander decidió llevarme con él? Claramente, mi suegro era el hombre que apoyaba tal pretensión, había sido el encargado de anunciarlo públicamente en la ciudad y seguramente era el nexo necesario entre mi padre y los funcionarios dirigentes de la capital. Al anuncio que me involucraba siguieron otros.

Alexander me dio un tierno beso en la mejilla para confirmar nuestro compromiso. Cerré los ojos para recibirlo y, al abrirlos, la mirada llena de desprecio de Juan Pablo se presentó ante mí como una aparición demoníaca. Retrocedí un paso, aquella mirada tenía un halo sustancial que me incitaba a escapar.

—Felicidades amigo, espero que seas muy feliz —elogió a Alexander, que volvía a ponerme a su lado.

—Gracias Juan Pablo, espero que tú seas el próximo en anunciar tus esponsales.

—Alguien anunciará mi velorio antes. Prefiero morir.

—No exageres Juan, saluda a la novia —urgió.

—Felicidades a ti también Juliana, hacéis una linda pareja — declaró sin mirarme y se alejó.

Un vals comenzó a sonar cuando los brindis acabaron, y la gente volvió a recobrar la calma después de la algarabía que provocaba tanto repicar de copas. Aunque probaba solo un sorbo del amargo champagne en cada brindis, bebida que experimentaba por primera vez, la cabeza me pesaba cuando Alexander me levantó suavemente del asiento para sumarnos a las primeras parejas que se atrevían a iniciar el baile. Las felicitaciones de las parejas que estaban en la pista no se hicieron esperar y después de varios apretones de manos comenzamos la danza.

—No sé bailar —confesé en un murmullo.

—Solo deja que te lleve, no lo haces tan mal —se burló.

—Bailas muy bien —lo elogí al notar lo grácil y elegante de su postura y sus movimientos, que facilitaban los míos y hasta los hacían parecer naturales.

—Han sido muchos bailes en mi vida —susurró en mi oído.

Seguimos girando y moviéndonos por toda la pista. Alexander sonreía a hombres y mujeres, que expresaban sus felicitaciones y me elogiaban con frases como «ya veo por qué el apuro en el matrimonio», por parte de los hombres, que aludían a mi supuesta belleza, o «formáis una pareja preciosa», provenientes de las señoras. Los demás solo palmeaban en la espalda al novio y hacían una inclinación de cabeza hacia mí. Todos los presentes presentaron sus felicitaciones, augurios y buenos deseos.

Un poco antes de abandonar la pista de baile, con la cabeza un poco más pesada que antes y con una cuota extra de alegría proveniente de la bebida que, a pesar de todo, no dejé de beber en toda la noche, nos topamos con una pareja peculiar que se plantó ante nosotros y expresó de forma entusiasta su saludo. Él me abrazó ciñéndome en sus brazos, me apretaba tan fuerte que la respiración se me hacía dificultosa. Yo estaba inmóvil ante el repentino apretón y antes de que pudiera moverme me plantó un sonoro beso en los labios y se alejó.

—¿Estás seguro de que podrás con esta belleza? —preguntó a Alexander, que estaba sufriendo el mismo ataque por parte de la

rubia voluptuosa que acompañaba a ese hombre descarado—. ¿De dónde has traído a esta bella muchacha?

Cuando la rubia lo soltó, Alexander pudo volver a abrazarme y controlar la situación. Los hombres eran de la misma estatura, el recién llegado parecía tambalearse cuando Alexander se puso a pocos centímetros de distancia para mirarlo directamente a los ojos.

—Te lo perdono esta vez, porque te conozco Lucas, pero no vuelvas a ponerle las manos encima a mi prometida —me miró y agregó—: Este hombre es Lucas Montalbán, si lo encuentras en alguna ocasión, solo tienes que girar y seguir en dirección contraria a la que él toma —me advirtió.

—No te enojas, hombre —replicó sonriendo—. Solo estoy felicitando a la pequeña por su buena suerte. —Sin dejar de hablar se dirigió nuevamente a mí—: ¿Sabes que tu futuro marido es uno de los más perseguidos por las mujeres? Perdón, perdón —se excusó agitando las manos—. Era. Era el más perseguido hasta que tú lo atrapaste. —Volvió a acercarse a mí y pude oler su aliento a una bebida que no era *champagne*—. Pero él nunca les hizo caso.

—Basta Lucas —gruñó Alexander con un deje de furia incipiente.

—Ya está bien —intervino la mujer y empujó a Lucas hacia atrás.

—Te presento a la bella Betty Farland, una estrella del cine nacional —me informó Lucas.

—Felicidades por la boda —me dijo la mujer con calma—. Este hombre es un premio —aduló, guiñándole un ojo a Alexander y apretando más a Lucas, que comenzó a reírse de las palabras de su pareja.

—Un gran premio —repitió cínicamente Lucas.

Alexander me hizo girar y nos alejamos de la pareja, oyendo a nuestras espaldas las risotadas del insoportable Lucas Montalbán.

—Ven a buscarme cuando quieras verdadera acción, pequeña.

Los dos oímos el último comentario de Lucas pero ninguno atinó a confesar que lo hizo.

—Ese hombre es un incordio.

—Es cierto eso que te dije de evitarlo Juliana, ese hombre no tiene honor, ni moral ni decoro. No tendría reparos en seducirte si te encontraras sola.

Asentí sin hablar, mientras pensaba en que ni siquiera lo detuvo el hecho de encontrarme con mi prometido. El beso que me había dado despertó una cadena de escalofríos que me recorrió desde los pies hasta la punta del cabello. Era un hombre peligroso. Era un hombre apuesto. Incluso con el desaliño propio de la borrachera y los párpados caídos por la misma causa, pude apreciar unos bellos ojos verdes. El pelo renegrido caía desordenado sobre un rostro pícaro, un bello hoyuelo se le formaba en una de las mejillas. Destacaba sobre la cara una nariz recta, soberbia, bien proporcionada con el rostro. Era apuesto. Miré a Alexander intentando compararlo con Lucas, pero era totalmente diferente. Alexander era alto, delgado, con el pelo extremadamente corto y claro, su rostro inspiraba ternura. Tenía el rostro de un hombre bueno, seguro, protector, sus ojos verdes muy claros inspiraban confianza, no tenía ojos de llamas verdes oscuras que incineraban de lujuria. Sin embargo, el beso largo y suave de Alexander no me conmovió como el de Lucas, que duró un solo segundo pero que me hacía estremecer cuando lo recordaba. Imaginé que se trataba del vértigo que da lo prohibido y me obligué a dejar de pensar en aquel hombre que, según mis propias palabras, era un incordio.

CAPÍTULO 9

Las modistas volvieron una semana antes de la boda y trajeron varias revistas de moda para que pudiera elegir algunos modelos que me prepararían para el viaje de luna de miel que realizaríamos por Europa. Alexander ya no elegía las prendas por mí desde hacía tiempo. Era yo misma quien visitaba a las modistas o salía de compras por las bellas tiendas que ofrecía la ciudad. Todavía me daba un poco de miedo andar sola por las calles de Buenos Aires, Alexander tuvo que partir en viaje de negocios hacia Colombia y Venezuela, por ello contrató para mí una dama de compañía que estuvo a mi lado durante más de cuarenta días, pero aprendí a decidir y tomar lo que me gustaba sin esperar el consentimiento o la aprobación de nadie.

—Estaba deprimido, decepcionado, desilusionado y bastante furioso con Betty —comentó una modista a la otra. Yo escuchaba oculta tras la revista y ellas aprovechaban la espera para comentar el último escándalo de la ciudad: la actriz del momento había abandonado a su amante, Lucas Montalbán, el joven productor cinematográfico y para mí el incordio.

—La señora Edith Franceschi comentó que Betty sería la protagonista de su próxima película —repuso Clotilde, la modista más joven—. Y ahora se ha marchado a Europa, eso lo debe mantener bastante preocupado.

—Era sabido que no durarían más de lo que dura un suspiro. Ella no mantiene un amante por más de dos meses y él menos. Esa relación por conveniencia de ambos estaba destinada al fracaso en todos los sentidos —volvió a comentar Miranda, la mayor de las costureras—. Cuando llevé las cortinas para el decorado, acababa de enterarse del viaje de Betty. Se escuchaban gritos, insultos y golpes en su oficina. Su socio quería calmarlo, pero solo conseguía enfurecerlo más, así que lo dejó solo con su berrinche. Nosotros, que trabajábamos en el decorado, lo vimos salir como una hora después, se había calmado y no lucía su acostumbrada sonrisa. ¿Será que estábamos equivocados y él estaba realmente enamorado de Betty?

—¡No seas ilusa Miranda, por favor! Enamorado. ¿Acaso crees que Lucas Montalbán se enamoraría de una mujer así? Solo la quería como seguro de éxito para su próxima película. ¿Recuerdas que Betty hablaba de matrimonio? Debe haber presionado a Lucas y este la cortó, y ella en represalia se marchó y lo dejó plantado con la filmación.

—Mañana tendrían que comenzar a rodar en el set que hoy terminamos.

—No creo que comiencen.

—Igualmente iré y averiguaré qué hacemos con el resto del material que nos encargaron.

—¿Le ha agradado algo, señorita Juliana? —me preguntó Clotilde cuando se acordó de que yo estaba presente, pero la verdad es que estaba tan atenta a las palabras de las modistas que olvidé mirar los modelos que iba a encargar.

—No se olvide de que en Europa es invierno, señorita —me recordó Miranda.

—¡Oh, es cierto! Creo que tendré que agregar algo más al pedido entonces —repliqué rápidamente y me concentré en hacer lo que tenía que hacer, pero las costureras volvieron al tema de Lucas Montalbán y la atención se escapó nuevamente hacia las palabras de las chismosas mujeres.

—¿Cómo se lo dijo? ¿Le escribió una carta?

—De repente escuchamos «Maldita zorra egocéntrica» y un estallido de cólera que dio con el aparato telefónico contra la pared. Vimos pasar corriendo a Mario, que cayó sentado en la silla que estaba delante del escritorio de Lucas al reconocer que su socio le estaba hablando en serio.

Aquella tarde me enteré de todo lo que ocurría en la vida de Lucas Montalbán. Desde aquella cena cuando se anunciara mi boda, no había escuchado nada de él. Hasta intentaba con algo de suerte apartarlo de mi cabeza. Era el hijo rebelde de un antiguo secretario de Estado del gobierno democrático. Su padre había muerto en un accidente aéreo cuando viajaba hacia el Caribe y sus dos hermanos vivían en el exterior, ambos eran mayores y ya habían formado sus propias familias. Lucas disfrutaba de las mieles del éxito desde hacía solo un año. Cuando su película *Amor de*

tango fue un éxito en los cines nacionales y eso lo llevó a soñar con el éxito internacional, que también se materializó cuando ganó premios en varios países latinoamericanos y en Estados Unidos. Miranda trabajaba para él desde que se inició en la industria. Ella era la modista de su madre y Lucas le encargaba a ella todo lo referente a vestuario y decorados. Me comentó, como de pasada, que estaba muy preocupada por Lucas, lo apreciaba mucho, por eso hablaba tanto de lo que le estaba ocurriendo. Ella estuvo con él desde su primera película, la cual no había vendido más de cien entradas.

Miranda estuvo esperando casi seis meses para cobrar el trabajo que realizó para esa película, pero igualmente siguió trabajando con él. Lucas había realizado varias producciones entre películas y documentales sin que le rentaran más que una valiosa experiencia. Hasta que realizó *Amor de tango*, a finales de 1933. Con veintisiete años era el productor-director más joven en recibir premios internacionales. Siempre había tenido éxito con las mujeres, pero desde el premio todas buscaban una oportunidad con él. Los directores de las productoras cinematográficas más importantes del país como Ángel Mentasti, de Argentina Sonó Film, y Enrique Telémaco Susini, uno de los directores de Lumiton, quisieron incluirlo entre su equipo de estrellas como director, pero prefirió mantenerse independiente después del reconocimiento internacional. Y cuando tenía todo listo para comenzar su nueva realización, los decorados armados, el vestuario terminado, los guiones corregidos y el grupo de actores completo, le falla lo que presumía más seguro.

Cuando las mujeres se retiraron de la casa, me encerré en el cuarto e intenté digerir toda la nueva información que llegó sin querer, de una persona que creía olvidada. Pero el recuerdo del abrazo y del beso de Lucas retornó con una mayor intensidad. Se me erizaron los finos vellos del brazo y sentí una oleada de calor que nada tenía que ver con la alta temperatura que hacía fuera. Después de la recordada cena Alexander me había besado en varias ocasiones, hasta llegó a acariciarme de manera prohibida una noche que había recibido visitas en la casa y bebieron más vino del habitual. Cuando quedamos solos en la salita que nos recibía todas

las noches antes de acostarnos, habíamos comenzado con inocentes besos, pero Alexander me apremió por primera vez a abrir la boca y a recibir su lengua. El modo de besar de Alexander me sorprendió al principio, pero con rapidez la sorpresa se transformó en conocimiento y acompañé el movimiento. Era sumamente paciente y gentil conmigo, pero esa noche se transformó, los besos ganaron intensidad y sus caricias llegaron a lugares inexplorados anteriormente. Sentía sus manos vagar por mis nalgas, sobre la pollera, apretando y masajeando el lugar. La excitación de Alexander creció de forma desmedida y su descontrol lo llevó a meter la mano bajo mis faldas y acariciar directamente esa parte de mi piel sin obstáculo. Demostré mi incomodidad y se alejó de mí. Me envió al cuarto de manera brusca sin acompañarme como era su costumbre. Al otro día viajó a Colombia. Al recordar lo ocurrido esa noche, se me afiebraba el cuerpo al imaginar que lo repetiría muchas veces después de casada y que además las caricias podían llegar a ser mucho más intensas y en lugares más prohibidos. Solo había un detalle en mis fantasías eróticas: con quien las compartía y disfrutaba, con quien me animaba a ser más atrevida y osada, y a quien dejaba explorar libremente mi cuerpo era a Lucas Montalbán, no a mi futuro esposo.

Esa primera semana de ausencia de Alexander reflexioné por primera vez sobre nuestra relación. Había sido arrancada de forma imprevista de mi hogar y colocada como pieza de un juego de ajedrez en otra casa, con personas desconocidas, costumbres distintas, una ciudad nueva. Otra vida. Descubrí que de la noche a la mañana cambié de vida, y por primera vez me pregunté si ese cambio me agradaba. Si estaba segura de haber hecho lo correcto. Pensé en mi padre, desde el momento que abandoné mi casa no volví a verlo y las veces que le pregunté a Alexander por él y, sobre todo, por la sorpresiva candidatura, me respondió que estaba bien y que no sabía nada de lo otro. Le pregunté entonces a su padre y también me contestó que todo estaba bien, mi padre quería experimentar nuevas actividades y él lo estaba ayudando, me recomendó que no me preocupara y que seguramente lo vería el día de la boda.

Por primera vez también sentí un profundo deseo de ver a Eve, la extrañaba muchísimo, me preguntaba qué hubiese ocurrido si me hubiera atrevido a seguir sus locos consejos y hubiera escapado con ella a la ciudad. ¿Qué nos habría ocurrido? ¿Sería feliz? Esa pregunta me llevó a preguntarme: «¿soy feliz?». No tenía respuesta a esa pregunta, ni a ninguna otra que surgiera en aquel momento de desconcierto. Después de varios días llegué a una conclusión sobre mi estado: estaba tranquila, estaba segura, estaba contenida. Después de toda una vida de temor, de violencia, de soledad, de restricciones, eso era suficiente. Alcanzaba con eso, me bastaba en ese momento y Alexander era lo mejor que podía ocurrirme. Ser su esposa me aseguraba que podría conservar esos sentimientos indefinidamente. Era suficiente. Y la respuesta a mi pregunta original fue que me agradaba.

Acostada en mi cuarto esperando que Alexander llegara, después de arrancarme la cara de Lucas Montalbán de la cabeza, volví a convencerme de que estaba agradecida con el cambio. Estaba agradecida con Alexander y me esmeraría en ser una buena esposa. En tres días cumpliría dieciocho años, en siete días estaría casada. Las fantasías eran solo eso, fantasías.

CAPÍTULO 10

La boda fue peculiar. Trescientas personas fueron invitadas a la fiesta. Mi padre no asistió. Mis hermanos no asistieron. Mi única amiga no estaba. El majestuoso salón de la calle Alvear rebosaba de gente que se acercaba a felicitarme, pero me sentía terriblemente sola, hasta Alexander estaba distante. Sentada en la mesa principal, especialmente diseñada para los novios, observaba el mar de gente que se divertía. Una banda de músicos animaba la fiesta y varios invitados cantantes de tango reconocidos, sin estar contratados para eso, tomaron el micrófono y dedicaron una canción a la pareja de flamantes contrayentes. Brillaba en mi dedo anular el bello y luminoso anillo de diamantes que Alexander me entregó. Cuando la duda amenazó con embargarme la razón, rae levanté y fui al encuentro del novio. No me aparté de él por el resto de la noche, como si necesitara verlo constantemente para persuadirme de que había hecho lo correcto.

La fiesta acabó y una habitación doble en el hotel más imponente de Buenos Aires nos esperaba, llegamos muy cansados y al otro día partíamos a Europa en el vuelo de las dos y media de la tarde.

—¿Estás bien?

—Muy bien y bastante cansada —comenté sin intención.

—No hace falta que ocultes tu miedo tras excusas —me aclaró.

—No me refería a...

—No te preocupes, he decidido esperar a estar en Francia para cumplir con mis obligaciones maritales —manifestó sonriendo, acariciándome la cara—. No quiero que viajes molesta y dolorida. Prefiero esperar unas horas más.

—Alexander, soy tu esposa y si tú quieres podemos...

—Juliana, en todos estos meses has avanzado bastante, pero todavía te falta mucho. Tú piensas igual que yo, solo quieres complacerme. —Bajó su boca hasta mí y nos besamos lentamente, explorándonos—. Tienes que pensar más en ti y en tus verdaderos deseos —dijo pegado a mi boca—. Esto es todo por hoy o no podré contenerme. —Se alejó hacia el bar de bebidas que había en un

rincón de la sala principal de la habitación—. Ve a quitarte ese pesado vestido y espérame en la cama.

Confundida con las palabras de Alexander, no dije nada y me dirigí al cuarto a hacer exactamente lo que me había ordenado.

Estaba disfrutando de las frescas sábanas de seda, de las piernas estiradas hasta el máximo y de un bendito silencio, cuando la puerta de la habitación se abrió y entró Alexander. Se había quitado el bello frac negro, estaba en camisa y descalzo. Su largo cuerpo se movía sin gracia hacia mí y descubrí que estaba ebrio. Nunca lo había visto ebrio, por eso no lo reconocí antes. No sabía qué esperar. El temor, la ansiedad y los nervios por vivir ese momento que estábamos viviendo cerraron mi estómago y no me permitieron comer ni beber nada en toda la noche, pero por lo visto el novio lo había hecho por ambos, sobre todo lo de beber.

—Estabas muy bella anoche, cuando te vi entrar a la iglesia con ese vestido blanco me dije «Alexander, te estás casando con la princesa más bella del lugar, no lo arruines».

—Nunca podrías hacerlo, eres mi ángel protector. —Lo calmé. Lo veía tenso, era impropio de Alexander ser inseguro con algo.

—No quiero defraudarte, dulce, eres una mujer hermosa y joven.

—No lo harás nunca.

Se acercó a la cama y me acarició los cabellos. Unos minutos después se acostó a mi lado. No se quitó la camisa ni la ropa interior, tampoco exigió que yo me quitara el camisón. Hizo que le diera la espalda y se acurrucó en mi cuerpo, pegando su pecho a mi espalda y colocando sus piernas flexionadas detrás de las mías. Sus manos me acariciaban las nalgas en un movimiento circular y relajante. Pocos minutos bastaron para que ambos nos entregásemos al sueño.

* * *

Tres meses estuvimos recorriendo el viejo continente, Francia fue nuestro primer destino. Después de pasar diez días recorriendo la ciudad, nos movimos hacia el norte al pueblo de donde era oriunda la familia Polenski. Luego siguieron España, Italia y Grecia antes de embarcarnos por el Mediterráneo hacia nuestra última

parada: Londres. Viajábamos a Londres para pasar la última semana de nuestra larga luna de miel. Alexander me había contado que estaba habituado a viajar, pero siempre era por negocios. Era la primera vez en sus treinta años que hacía un viaje de puro placer. Pudimos admirar con detenimiento y delicia cada rincón de las ciudades que visitábamos. Era increíble la grandeza histórica que podía contener un pequeño poblado escondido. La riqueza de su historia despertó en mí un renovado espíritu de liberación, y tomaba nota de absolutamente todo. Cada detalle, cada punto, cada grieta, cada palabra de nuestros guías o placas recordatorias. Con cada historia que oíamos mi imaginación volaba, tomaba alturas impensables y escribía nuevas historias. Pensaba que a Eve le encantarían las obras que podría escribir sobre aquellos lugares y sus leyendas. Imploré a Alexander que me llevara de visita al pueblo cuando volviésemos a Buenos Aires, quería reencontrarme con Eve y llevarle todas las historias y poemas, Alexander me alentaba a hacerlo. De vez en cuando me pedía los bosquejos que escribía de forma espontánea, sin esmero, en cualquier hoja que encontrara suelta, pero que me aseguraba de guardar ordenadamente, y me decía que eran buenos. Muy buenos.

El Mediterráneo era de ensueño, el templado clima de primavera lo hacía maravilloso, podían apreciarse las costas europeas en algunos tramos, lo que agregaba deleite al viaje. La relación con Alexander no podía ser mejor. Era un esposo atento, amable, cariñoso. La temida noche de bodas se concretó tres noches después de llegar a París. Fue un poco difícil para mí, pero Alexander supo comprender y tuvo mucha paciencia. Esa noche habíamos cenado frente a la torre Eiffel. El vino fue uno de los protagonistas de la velada, ambos sabíamos lo que vendría y lo notaba algo alterado, pero no tanto como yo. Subimos riendo como dos amigos ebrios a nuestra habitación en el quinto piso y nos llevamos una botella más para beber en la habitación. Entre brindis y brindis nos besábamos y desvestíamos riendo y trastabillando a causa de los primeros síntomas de borrachera. A esa altura de la noche y con todo ese alcohol atontando mi cabeza ya no estaba tensa, más bien estaba ansiosa, quería pasar ese momento de una buena vez y ser verdaderamente la esposa de Alexander.

Desnudos, en la penumbra de la habitación, Alexander no dejaba de besarme en la boca y el cuello y por primera vez yo recorría su cuerpo desnudo con las manos. Me acostó en la cama y se acomodó entre mis piernas. Sentía su miembro palpitar erecto empujando en mis zonas prohibidas. No dejaba de besarme y decir palabras de amor. Estaba animada y lo invitaba alzando mis caderas a continuar con el movimiento ondeante sobre mí. Sus manos lubricaron mis zonas íntimas con una especie de crema y comenzó su intento de penetración. Me susurraba que estuviera tranquila, que solo me dolería un poco, que aunque no quisiera hacerlo era inevitable, tenía que ocurrir, pero que lo haría suavemente para aliviar ese tormento. Varios intentos frustrados hicieron que su miembro perdiera dureza. Yo le suplicaba perdón, pero cada vez que quería arremeter con fuerza más allá de la entrada de mi cuerpo yo me tensaba, contraía todos los músculos y lloraba diciéndole que no podía. Volvíamos a los besos y a las caricias, pero cuando quería intentarlo nuevamente, era más de lo mismo. Yo pensaba que tendría algún problema, tal vez una malformación en esa parte de mi anatomía impedía que me penetrara. Tal vez no podría hacerlo nunca. Era lo único que podía creer en aquel momento.

Alexander se levantó de la cama, aunque no podía verlo por la oscuridad total del cuarto lo sentía caminar, lo oía respirar con fuerza.

—Debo de tener algún problema —musité con voz apagada.

—Por supuesto que no Juliana, esto es así, solo tengo que tener el valor de hacerte sufrir, pero no puedo.

—¡No es tu culpa! —aseveré con más ímpetu en la voz.

—Claro que sí. —Se acercó a la cama nuevamente y con voz severa me ordenó—: Date la vuelta Juliana, terminemos con esto.

Obedecí con temor, pero las manos calientes de Alexander comenzaron un lento masaje en mis glúteos y su boca se pegó a mi cuello. Me pidió que intentara tomar su miembro y lo acariciase. Me apoyó una mejilla contra la almohada y levantó mis caderas para poder acariciarme mejor. Con una mano extendida hacia atrás sentí cómo su órgano de placer se engrosaba y ganaba volumen con mis caricias. Lo oí jadear a mis espaldas unos segundos antes de que me retirara la mano y me penetrara violentamente desde atrás. La

barrera de mi virginidad no pudo con la potencia de su deseo y en pocas sacudidas todo había terminado. Luego me abrazó y se acostó a mi espalda, prometiéndome que la próxima vez sería distinto. Me secó las lágrimas con sus manos y me susurró palabras de amor hasta que me quedé dormida.

La verdad, las otras veces que volvimos a hacer el amor fue más fácil. Alexander había dejado pasar tres días desde aquella primera vez para que desaparecieran todas las molestias y dolores. Era sumamente considerado con respecto a mis sentimientos. Volvimos a hacerlo en el mismo hotel y varias veces más durante todo el viaje. Sinceramente, estaba algo desilusionada en lo que a amor se refería. Las miles de novelas que había leído hablaban de locura, de desesperación, de un sentimiento tan poderoso que llevaba a realizar locuras para poder disfrutar del cuerpo del ser amado. Yo no le encontraba nada de especial. Me gustaban más los besos que el sexo.

Londres nos recibió con los brazos abiertos, Alexander tenía varios conocidos allí y por azar nos encontramos con ellos. Compartimos cenas y eventos con algunos, y recorrimos varias ciudades montados en el ferrocarril que unía las principales ciudades inglesas, solos, por suerte.

Tres días antes de regresar, un viejo amigo de Alexander apareció en el mismo hotel en el que estábamos alojados nosotros. Juan Pablo nos encontró cuando volvíamos de un largo viaje que hicimos a la campiña inglesa. Cansados pero sonrientes y abrazados entramos al vestíbulo del hotel y allí estaba, sentado en uno de los sillones de la sala de entrada leyendo una revista. Cuando nos vio se levantó y fue a nuestro encuentro.

—¡Qué felices se ve a los tortolitos!

—¡Juan Pablo, qué sorpresa! —declaró Alexander, sin dejar de sonreír.

—Sí, una verdadera sorpresa encontrarnos aquí, tan lejos de casa.

—Y en el mismo hotel —agregué yo, que no iba a permitir que Juan Pablo me excluyese, como siempre lo había hecho anteriormente.

—Eso no es ninguna sorpresa, siempre que viajamos por negocios a Londres nos hospedamos aquí —me aclaró Alexander.

—¿Cuándo has llegado? —le pregunté, plantándome frente a él para que me mirara a los ojos cuando me hablaba.

—Anoche —me respondió sonriendo cínicamente—. ¡Qué bella se te ve, Juliana, el aire de Europa te sienta muy bien!

—El matrimonio me sienta bien —repliqué, también con cinismo.

—Veo que también te ha desatado un poco más la lengua.

—Estamos verdaderamente cansados, Juan Pablo. ¿Qué tal si cenamos los tres juntos mañana por la noche? —propuso Alexander para descomprimir la tensión que se estaba gestando en ese momento.

—Creo que tendré que excusarme, pero tengo una cena de negocios mañana. El administrador de Aceros Tapalqué se encuentra también en Londres y nos reuniremos con empresarios británicos.

—¿Carlos Prestons ha viajado contigo? —preguntó Alexander ya sin sonreír.

—Lo que son las casualidades, ¿no? —replicó con sarcasmo a la pregunta que le había hecho Alexander.

—Entonces postergaremos la cena hasta que nos encontremos en Buenos Aires —dije yo, para dar por terminado el encuentro con ese inesperado compatriota—. Vamos Alexander, los pies me están matando —agregué, para que mi esposo prosiguiera junto a mí el camino hacia nuestra habitación.

—Adiós Juan Pablo, que tengas buenos negocios —saludé y me giré hacia el pasillo que nos conduciría a la habitación, llevándome a rastras a Alexander.

Juan Pablo aceptó mis saludos con un movimiento de cabeza y sonrió a Alexander al decir:

—Seguramente los tendré, y muy buenos. Espero que tú disfrutes tanto como yo, Alexander —concluyó y lo perdí de vista, porque ya había avanzado varios pasos hacia el interior del hotel.

Aquella noche Alexander no dejaba de dar vueltas en la cama. No intentó acercarse a mí ni para darme un beso. Achaqué la falta de interés al cansancio. La misma tarde, cuando regresábamos, me

había hecho oscuras y prohibidas promesas que cumpliría en la cama por la noche, pero nada ocurrió.

Al día siguiente se disculpó conmigo por lo inquieto que había estado durante la noche, pero me explicó que Aceros Tapalqué era un cliente de su compañía. Carlos Prestons era un joven y nuevo administrador que reemplazó al hijo del dueño de la acería, que había caído víctima de una enfermedad incurable y ya no volvería a trabajar. El padre de Alexander era muy mayor para gestionar con los clientes de la empresa y la visita de ese nuevo administrador en Londres podría apartarlos del medio. Ellos eran una compañía que se dedicaba a intermediar entre los vendedores y compradores de las principales empresas argentinas con Europa y se encargaban del traslado de las mercancías. La acería Tapalqué era uno de los negocios que más réditos aportaba a la exportadora Polenski y ese nuevo administrador estaba haciendo peligrar el negocio. O algo parecido. Eso fue lo que entendí. Y me vi sola todo el día porque el empresario Polenski pudo más que el esposo Polenski. Me llenó una billetera con libras inglesas y me pidió que lo esperara para cenar, estaba en libertad de elegir dónde comeríamos.

Londres era majestuoso. Recorrí varias tiendas y compré varias cosas, el hotel me facilitó un empleado que me acompañó en mi recorrido y se hizo cargo de las nuevas adquisiciones. Cansada de comprar, envié al empleado nuevamente al hotel y me senté en un bello restaurante a tomar un refresco. Contrariamente a lo que me había contado Alexander con respecto al clima de Londres, extremadamente lluvioso, húmedo y frío en invierno, los pocos días que estuvimos parecieron darnos la bienvenida con su mejor sol y con poco frío. La gente de la ciudad seguía su rutina diaria y estuve mucho tiempo contemplándolos. Sus gestos, sus maneras, su forma de caminar, de hablar, de reír, de comer. No eran iguales, estaba muy lejos de casa y la nostalgia por mi país me atacó, golpeándome en el pecho. De pronto empecé a sentirme mal, una fuerte presión en el pecho me impedía respirar con facilidad. Necesitaba una voz amiga, necesitaba entender qué decían las personas a mi alrededor, estaba tan lejos de todo lo que conocía, estaba tan sola en aquel lugar tan lejano sin saber dónde estaba Alexander. Sentí pánico, me desorienté. Me levanté, sabía que estaba cerca del hotel, pues

había llegado hasta allí caminando, pero en ese momento no podía recordar hacia dónde tenía que dirigirme, ni siquiera me acordaba de la calle o el nombre del hotel para parar un taxi y pedirle que me llevara. Salí a la vereda y respiré profundo, tenía que calmarme. «Una plaza frente al hotel, había una plaza con grandes monumentos a... a... Enrique VIII, eso es.» Un grito desde atrás me desconcentró y, al girar, vi un hombre que se dirigía velozmente hacia mí. Me aterró, lo único que podía pensar era que iba a atacarme. Crucé sin mirar para cambiar de vereda y alejarme todo lo posible de él. Cuando doblé la esquina miré hacia atrás y comprobé que el hombre se había detenido, ya no avanzaba hacia mí. Una mujer me tomó del brazo y me dijo algo en inglés, señalándome hacia el hombre. No pude comprender.

—No hablo inglés, no le entiendo —dije desesperada, y sacudí el brazo para soltarme de la insistente mujer. Otra persona se acercó a mí e intentó señalarme lo mismo que la mujer. No entendía. No podía comprender. Rostros desconocidos, voces desconocidas. Ciudad desconocida. ¿Dónde estaba Alexander? Oí mi nombre en una voz lejana. Era mi nombre, pero no lo era.

—Juliana Polenski —dijo la voz, ya más cerca.

En mi aturdimiento me volví hacia la voz.

—Montalbán —logré susurrar antes de arrojarme a sus brazos.

—Está bien, está bien, muñeca —me decía, tratando de parar mis temblores. Habló en inglés con el resto de las personas y escuché cómo todos se alejaban.

—Disculpe —musité cuando pude pensar con coherencia. Estaba abrazada en mitad de la calle con un perfecto desconocido —. Yo no sé...

—No tienes que pedir disculpas, muñeca. ¿Dónde está tu esposo?

—No lo sé.

—¿Te dejó sola en la luna de miel?

—No, no, tenía que reunirse con unos clientes —logré recordar.

—Qué desconsiderado, si yo fuera él no abandonaría la cama en un año entero. —Me guiñó un ojo y agregó—: Ni dejaría que tú lo hicieras.

—Señor Montalbán —quise replicar sobre sus palabras pero no dejó que lo hiciera.

—Llámame Lucas. —Me tomó una mano y me arrastró nuevamente hacia el lugar de donde había salido huyendo.

—No quiero volver allí.

—No te alteres —dijo con voz suave—. No entraremos, solo recogeremos tus cosas y nos iremos.

—¿Mis cosas? —pregunté.

Lucas se agachó y levantó del suelo una fina chalina rosa y, unos metros más adelante, el bello sombrero rosa de ala ancha que tenía puesto cuando salí del restaurante.

—No me di cuenta de que lo había perdido.

—Tú estabas perdida, muñeca. —Me entregó las recuperadas posesiones y dijo—: Solo falta la cartera. —Me tomó de la mano y entramos al lugar. Lucas habló con el hombre que me seguía para restituirme la cartera y que tontamente había confundido con un atacante. Tomé el bolso y le sonreí al empleado, me disculpé en español y sorprendentemente el empleado aceptó mis disculpas con unas palabras también en español.

—No sabía que era latina, le hubiese hablado en español si me hubiese dado cuenta. Ya le pedí disculpas a su esposo.

—No es...

—Gracias —dijo Lucas sin dejar que terminarse de hablar y me sacó del lugar—. ¿Y ahora qué? —me preguntó con una sonrisa—. ¿A qué hora dijo tu esposo que regresaría?

—Me pidió que estuviese preparada para la cena.

Lucas refunfuñó por lo bajo y pensé que ese encuentro le estaba ocasionando muchas molestias.

—Ya me encuentro bien —aseveré, intentando sonar firme—. Lamento este incidente que lo desvió de su camino. Gracias señor Montalbán.

—Tonterías muñeca, ni tú estás del todo bien, ni yo me he desviado de ninguna parte —aclaró para ambos—. Te acompañaré hasta el hotel en que te encuentras.

Debí de enrojecer en ese momento, porque nada más terminar de hablarladeó la cabeza y afirmó:

—No sabes el nombre. ¿Te acuerdas de la calle?

Sacudí la cabeza y él me sonrió. Tenía una sonrisa preciosa, picara, fresca, de blancos dientes perfectos. Sonreí con él y un nuevo temblor pobló mi cuerpo, un temblor muy distinto al que sentí minutos atrás.

—No importa —manifestó despreocupado—. Hoy es mi día de suerte —agregó, y me tomó de la mano para caminar—. El aire fresco hará que recuerdes y me enfriará el cuerpo —susurró esto último con voz apagada, pero pude oírle igualmente. Llegamos en silencio hasta la rivera del Támesis y comenzamos a bordear su costa. El paisaje era muy agradable. Miraba el río y sus habitantes y cada tanto miraba la unión de nuestras manos. Sabía que era incorrecto pasear con un hombre desconocido y en semejante acto de confianza, pero no me atrevía a soltarlo. Era mi conexión con la cordura, con la calma.

—Tómalo como un favor —dijo de repente, como si conociera mis pensamientos—. Solo impido que entres en crisis nuevamente —agregó—. No significa que tengamos ningún vínculo, más que el de dos personas que se conocen y viven en el mismo país. —Me sonrió—. Que, considerando el lugar en donde estamos, es demasiado.

—¿Qué hace aquí?

—Aunque podría pedir algo a cambio —formuló malicioso.

La expresión de su rostro me hizo recordar las palabras de Alexander el día que lo conocimos. Y también me hizo reconocer que había hecho todo lo contrario, en lugar de caminar hacia el otro lado me arrojé a sus brazos.

—No te asustes muñeca, no te pediría nada indecente, pero por favor trátame como a un amigo. No me llames señor ni me trates de usted. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asentí.

—Aunque podría pedir también un beso de agradecimiento.

—No me...

—Está bien, está bien —volvió a interrumpir y me tomó la mano nuevamente—. Caminemos un poco más y si recuerdas el nombre del hotel, ignóralo.

Sonreí, era muy difícil enojarse con aquel hombre. Caminamos varios metros antes de que me respondiera a la pregunta que le

había hecho varios minutos atrás.

—Estoy en viaje de negocios. Mañana por la mañana vuelvo a Buenos Aires.

—Negocios —repetí, recordando que los negocios me separaron de mi esposo provocando que montara una escena.

—Son necesarios —objetó Lucas, que parecía leer mis pensamientos—. Yo no quería viajar hasta aquí, pero tu luna de miel me obligó a hacerlo.

—¿Yo?

—Tu esposo generalmente cumple con encargos que puedo hacerle en Buenos Aires y él realiza en Europa. —Volvió a sonreír de esa manera impúdica que me sacudía el alma y agregó—: Debo reconocer que aunque la envidia me carcome sigue siendo el único hombre en el que confío.

—Entiendo —dije simulando firmeza.

—No, no entiendes.

—Royal... Royal...

—Ya sé cuál es tu hotel, muñeca.

—¿Tú te alojas allí?

—No muñeca, mi bolsillo no es tan grande. —Se paró delante de mí y me tomó la cara con ambas manos para mirarme a los ojos y que yo no pudiera desviar la vista—. Antes de dejarte ir debemos hacer algo.

Era impresionante el poder que tenía Lucas para erizarme el cuerpo y agitarme la sangre.

—¡Oh, Dios! —exclamó y me soltó, como si hubiese descubierto que algo andaba mal conmigo—. Te llevaré al hotel, será mejor que no hagamos nada o no podré controlarme.

No me animaba a preguntar qué había tenido en mente, pero era obvio que lo había desechado. Caminamos velozmente volviendo algunas cuadras sobre nuestros pasos para internarnos luego en la gran ciudad. El hotel Royal House no estaba tan lejos.

—Lucas, no sé cómo agradecerte lo que has hecho por mí.

—No le cuentes a tu esposo lo que ha pasado.

—¿Por qué?

—Ya te dije que es el único tipo en el que confío para hacer negocios, no quisiera tener que viajar a menudo.

—Me parece poco razonable lo que dices.

—Muñeca, si un hombre paseara de la mano con mi mujer en mi propia luna de miel, no solo le retiraría la palabra, sino también unos cuantos dientes.

—Tú solo me hiciste un favor —continué defendiéndole.

—Entonces hazme uno tú a mí. No se lo cuentes.

—Si tú quieres, es un trato.

—Lo que quiero de ti es muy grande. ¿Dónde vivías antes de conocer a Alexander? —preguntó de forma imprevista.

—En Junín.

—¡Junín! —exclamó—. ¿Por qué nunca fui a Junín? —se preguntó a sí mismo, golpeándose la frente con las manos.

En la esquina del hotel nos despedimos. Me tomó las manos y me las besó detenidamente. Sus ojos verdes me miraban cuando sus labios apoyados en mi mano encendían una llamarada que se expandía por mi cuerpo.

—¿Sabes qué te habría propuesto en la ribera del río?

—No —logré decir con la voz ronca.

—Que me acompañaras a tomar un trago —confesó muy serio—. Pero no lo hubiese logrado, te habría tenido en la cama en menos de una hora —me soltó—. Ha sido un honor, señora Polenski —dijo y se marchó.

No pude decir nada. Me quedé parada en la esquina, intentando detener un desbocado estremecimiento que se concentraba en mi estómago. Estaba tan seguro de que habría cedido a él que me enfurecía y excitaba al mismo tiempo. Si un beso en cada mano podía provocar semejante calor, si unas pocas palabras ardientes podían hacerme perder la voz. ¿Qué sentiría si me hiciera el amor? Cerré los ojos, me arranqué el maldito sombrero rosa y entré al hotel.

CAPÍTULO 11

Sonriendo entramos a la casa, habíamos ido a visitar el edificio de apartamentos que estaban construyendo, dirigidos por el renombrado arquitecto Alejandro Bustillo, sobre la Avenida Pueyrredón, casi esquina con la Avenida del Libertador, en el cual viviríamos en pocos meses. La edificación estaba a punto de concluirse, solo faltaban las instalaciones y la pintura. Alexander me llevó por primera vez a conocerlo porque quería que eligiera el color y el empapelado para la casa. Viviríamos dentro de solo dos meses en uno de los edificios más modernos de la ciudad. Desde el balcón del tercer piso que daba a la avenida podía verse buena parte de la ciudad, tenía una vista hermosa y el sol daría de frente en las mañanas. Todavía vivíamos en casa de los padres de Alexander. Después de ocho meses desde la boda, la relación con su madre y con su padre permanecía igual. Ni más ni menos relación. Cada uno se dedicaba a lo suyo y no se inmiscuía en la vida del otro. Alexander había viajado varias veces desde que volviéramos de la luna de miel y yo había ocupado el tiempo en escribir todo aquello que había imaginado en el viaje. Aprendí a manejarme sola por la calle. No más ataques de miedo, ni aturdimientos momentáneos. Me obligué a aprender a manejarme sola. Toda mi infancia y parte de mi adolescencia soñé con poder salir, poder ir de compras o disfrutar de una tarde en la plaza, y no podía hacerlo porque me lo prohibía mi padre. Ahora que tenía la posibilidad de hacerlo no me lo iba a impedir una estúpida fobia. Y lo logré. Cuando Alexander viajaba, yo disfrutaba de la ciudad. Me hubiese gustado salir con mi suegra o con mi cuñada, pero la primera no me prestaba la más mínima atención, para ella era un mueble más de la casa que no merecía más que una o dos miradas por semana, y mi cuñada se había mudado al interior del país, había dejado Buenos Aires con su marido varias semanas antes de que regresáramos de la luna de miel. Me enteré por mi suegra, en una de las pocas ocasiones en que me dirigió la palabra estando Alexander ausente, de que había parido un niño en la provincia de Córdoba mientras estuvimos de luna de miel, pero eso era todo.

—Es bellissimo —repetí sonriendo por enésima vez, alabando el apartamento.

—Tú eres bellissima —replicaba Alexander, que abría la puerta principal para ingresar a la casa.

Así de felices nos topamos con mi suegro y mi padre, a quien veía por primera vez desde que me fuera de Junín.

—¡Padre! —exclamé contenta, no sentí rencor hacia él, era mi padre y me alegré de verlo—. ¿Ha venido a visitarme? —pregunté con inocencia.

—¿A ti? —preguntó furioso y me borró de un ramalazo la sonrisa de la cara—. ¿Cómo te atreves a reír de esa manera? Pareces una cualquiera.

—No le permito que le hable así a mi esposa.

—Tú. ¿Y qué harás? —Dirigió su furia hacia Alexander—. Eres igual de tráfuga que tu padre, jamás tendría que haber confiado en vosotros. —Se volvió hacia mí—. Y a ti, no quiero volver a verte nunca. Eres tan inservible como tu madre.

Escuché cómo Alexander lo sacaba fuera de la casa. Caminé en cámara lenta hasta la escalera para subir a nuestra habitación. Alexander me alcanzó cuando subía los primeros peldaños.

—No le hagas caso, amor. —Me tomó del brazo y me guió hacia arriba—. Está furioso porque mi padre le retiró el apoyo a la candidatura de intendente.

—¿Por qué?

—Han ocurrido cosas en Junín que involucran a tu padre y...

El padre de Alexander lo llamó desde abajo.

—Ven, luego te contaré lo que ocurre. —Llegamos rápidamente a la habitación y me dejó allí—. Date una ducha, estás llena de polvo. Iré a ver qué quiere mi padre. —Me dio un beso en la frente y se despidió—. Nos vemos en la cena, linda.

Asentí con la cabeza y entré al cuarto. El encuentro con mi padre me despojó de toda alegría. Habíamos arreglado con Alexander que visitaríamos Junín en octubre, vería a mi padre y pondría un ramo de rosas en la tumba de mi madre. Nos quedaríamos uno o dos días en mi casa. Tenía tanto que hablar con Eve, que seguramente un día no nos bastaría y Alexander había prometido quedarse conmigo hasta que ambas nos contáramos todo lo que habíamos hecho en

esos meses que estuvimos separadas. Con esta nueva realidad no tenía el menor deseo de regresar a mi pueblo, pero necesitaba más que nunca a Eve.

* * *

Finalmente decidimos no ir a Junín. Después del episodio con mi padre, Alexander prometió que enviaría a un empleado de la empresa que podría llevarle mis cartas a Eve personalmente, las que incluían una invitación a quedarse unos días en mi nueva casa. Había enviado docenas de cartas que todavía no habían tenido respuesta. Mi temor era que se hubiese mudado del lugar donde vivían. Con una persona que fuera al pueblo y preguntase por ella, rápidamente sabría el nuevo domicilio. Todo el pueblo de Junín conocía a Eve.

Festejamos Año Nuevo inaugurando casa nueva. Las llaves del apartamento nos fueron entregadas con algo de retraso, pero ya estábamos allí y lo estábamos disfrutando. Alexander se tomó un mes de vacaciones nuevamente y todo diciembre estuvo en casa ayudando con la mudanza y eligiendo conmigo los muebles nuevos con los que formamos nuestro hogar. Había tenido algunas disputas con su padre en los últimos meses, por eso había sido una bendición el día que nos avisaron de que podíamos habitar el apartamento. El empleado que enviase Alexander a Junín había traído la noticia de que Eve había viajado a Buenos Aires para residir permanentemente en la ciudad. Su madre no pudo darle la dirección, ella tampoco la sabía. Yo estaba feliz. Salía más a menudo a hacer compras y eran más frecuentes nuestras salidas nocturnas al cine, al teatro, hasta me había hecho adepta a los circos. Estaba segura de que en alguno de esos lugares encontraría a Eve. Alexander me acompañaba algunas veces y otras salía sola a los espectáculos, varias veces me crucé con Lucas Montalbán, siempre nos tratamos con el más absoluto respeto, en algunas ocasiones cruzábamos saludos y, aunque quería ignorarlo y aparentar que nada me ocurría con su presencia, cuando él me sonreía de manera cómplice recordaba nuestro encuentro fortuito en Londres y la mentira me unía a él. Eso era exactamente lo que él

quería y disfrutaba al comprobar que lo había logrado. En ninguna de las ocasiones que lo vi estuvo con la misma mujer. Sus parejas parecían durar solo por una noche. Las revistas de chimes siempre lo fotografiaban con una novia diferente, destacando que desde que Betty Farland lo abandonara, el joven productor no había vuelto a encontrar el amor. «Patrañas», pensaba yo, «Lucas Montalbán se ama solo a sí mismo». Si hubiese querido reconquistar a Betty Farland lo habría hecho varios meses atrás. Nadie podía resistirse a esos ojos, ni a esa sonrisa. A esa voz dulce que podía proponer las cosas más sucias sin perder la sonrisa, esas manos calientes que prometían caricias prohibidas. No. No. No. Siempre que pensaba o leía sobre Lucas terminaba de la misma manera. Era una idiota.

—Juliana, ¿estás ahí?

—En el balcón —respondí.

Alexander me llamaba desde la sala. El apartamento era sumamente grande. Una planta completa del edificio. Contábamos con cuatro habitaciones y dos invernaderos internos, ellos eran mi devoción y entretenimiento en el moderno edificio en el que viviríamos. Uno era un solarío de paneles de cristal que daba al hueco interior del edificio, tenía múltiples usos, pero apenas lo vi imaginé el lugar lleno de plantas de grandes hojas verdes, hecho que se concretó solo dos semanas después de la mudanza. El otro era mi pequeño jardín detrás de la cocina, que tenía salida a la terraza, era el lugar de mis flores, decenas de macetas con los más variados colores y formas eran mi pasatiempo preferido. El resto de las dependencias de la casa lo conformaban una gran cocina comedor, un *living* espacioso y el estudio de Alexander. No era tan grande como la casa de mi suegro, pero para mí era un palacio. Las paredes habían sido empapeladas con estampados frescos y armoniosos. Toda la casa lucía algún tono en verde, podía ser más claro, más oscuro, más brillante o más opaco, pero las tonalidades verdes destacaban en el apartamento. Estaba poblado de plantas, las tenía en macetas por los rincones, colgantes, en el baño, en el balcón, algunas eran tan grandes que parecían árboles, otras con flores que llenaban la casa de su fresca fragancia, algunas tan pequeñas que a veces olvidaba regarlas.

—¿Te has encontrado con tu padre? —pregunté, yendo a su encuentro.

—Sí, quiere que viaje dentro de dos días a Bogotá y luego otra vez a España.

—¿No puede ir otra persona?

—Hay negocios que mi padre no le confiaría a nadie más que a mí.

—No quiero quedarme sola otra vez.

—Serán solo dos semanas, linda. Hay varios espectáculos que se estrenan la semana próxima, podrás ir a verlos y de paso buscar a Eve.

—No es lo mismo si tú no estás.

—Juliana, cuando regrese de este viaje quiero comenzar seriamente a buscar ese hijo que con tanta impaciencia espera mi padre, no más cuidados. —Me rodeó con sus brazos y me pegó a él —. ¿Quieres tener un hijo conmigo?

—Por supuesto que sí —respondí sin pensar—. Y de paso le daremos el gusto a tus padres. No hacen otra cosa más que preguntar si ya estoy embarazada.

—¿Estás segura de que quieres? —insistió.

—Por supuesto, te lo he dicho varias veces. Eras tú quien quería continuar con los cuidados. Aunque con tantos viajes ni falta hace que los tomes.

—Otra vez con lo mismo —me regañó y me dio un beso en la punta de la nariz.

—Está bien. —Me aparté de él—. No más quejas.

—¿Quieres ir a comer a uno de esos lugares donde podemos disfrutar de una buena banda de música y estrenar allí tu nuevo corte de pelo?

—Me encantaría —respondí alegre. Esa mañana me había decidido y puse fin a años de larga cabellera. Me corté el pelo por debajo de los hombros con un corte recto que, al no estar tan pesado, se rizaba y levantaba hasta el cuello, formando ondas naturales con un movimiento que me fascinaba. No dejaba de alabar el corte y de mover la cabeza. A Alexander también le gustó mucho el cambio.

—Entonces vístete antes de que me arrepienta.

Corrí rauda al cuarto de baño para comenzar los preparativos con un fructífero baño. Reflexioné en el baño sobre mi relación con Alexander. Nos llevábamos realmente bien. Más que marido y mujer parecíamos hermanos. Juntos lo pasábamos genial, reíamos, jugábamos, disfrutábamos uno del otro, y no peleábamos, es por ello que Alexander no cedió ante la orden imperativa de su padre de tener un heredero el primer año de matrimonio. El viejo no hacía más que apurar a Alexander con el tema y las disputas que habían comenzado a tener eran por ese motivo. Todavía vivíamos en casa de sus padres cuando se produjeron las primeras discusiones ante mi negativa constante a sus deseos. No entendía cómo podía presionar tanto a su hijo para que procreara y al mismo tiempo lo alejaba constantemente de su hogar, enviándolo a lugares lejanos durante varias semanas. Yo remarcaba esa contradicción a Alexander, que sonreía por mis palabras. Pero no me aclaraba nada. Además, estaba el pequeño problema de Alexander. Aunque estuviese en casa, el problema de erección que había comenzado a sufrir desde que le afectara una feroz pulmonía en uno de sus viajes, también retardaría el poder gestar. ¿Y yo? ¿Realmente quería tener un hijo con Alexander? Era mi esposo, lo quería muchísimo pero... Dejé de pensar, tomé la toalla y salí de la bañera.

La noche estrellada invitaba a pasear por las calles de Buenos Aires, pocos coches transitaban por la Avenida Santa Fe, mi favorita. Nos zambullimos en la ciudad, era sábado y la noche de los sábados enredaba a quienes se dejaban enredar, y esa noche los dos estábamos dispuestos a someternos a sus caprichos. En dos días estaría nuevamente sola y aunque nada me privaba de salir a la hora que quisiera, yo sabía que tenía que mantener una conducta impecable cuando no tenía a mi esposo al lado. Las habladurías podían ser muy perniciosas si uno se descuidaba. Pero ahora estaba con Alexander, podía permitirme reír y estar alegre sin mirar de reojo para cerciorarme de quién estaba cerca.

Cenamos en Belle Epoque, un lugar distinguido donde después de comer se podía pasar la noche escuchando música de salón con bandas que tocaban en vivo. Un joven compositor y autor tocaba en el lugar, los carteles que iluminaban la entrada hacían referencia a un artista importante: «Hoy toca Homero Manzi», anunciaban con

gran fanfarria. Estaba ansiosa por conocerlo, Alexander me había dicho que era un joven talentoso que seguía los pasos del desaparecido Carlos Gardel, que en junio del año anterior muriera en un accidente aéreo. Se trataba del mismo vuelo que Alexander tenía que haber tomado, pero que anuló en el último momento debido a una recaída de su infección pulmonar. Sentados en los mullidos sillones dispuestos alrededor de un escenario, que podía convertirse en pista de baile si los presentes se animaban a subir, mirábamos el escenario y también a las personas que se movían por allí. El lugar estaba en penumbras, solo el escenario estaba bien iluminado, lo que me impedía identificar a una persona que había visto directamente frente a nosotros con una mujer de ropas muy brillantes, eso lo podría haber distinguido aunque no hubiese luz. El vestido emanaba luz propia. Miré el sencillo y fresco vestido de gasa en forma de túnica que tenía puesto yo. Me sentía una bolsa si me comparaba con esa mujer y el ajustado vestido negro brillante que moldeaba su figura. También podía distinguir el rubio platino que se alzaba en un elaborado rodete de diez centímetros de alto. Me pareció que miraba, pero fijar la vista en ese rincón oscuro en el que se encontraba me producía dolor de cabeza. Dejé de intentarlo, aunque involuntariamente mis ojos eran atraídos hacia allí. Intenté olvidarme del asunto poniendo más entusiasmo de lo debido a los comentarios de Alexander y riendo más fuerte, como si mis carcajadas tuvieran un efecto narcótico que embotarían mis alteradas terminaciones nerviosas al sospechar la presencia de Lucas. Ni siquiera estaba segura de si se trataba de Lucas. El vino era otro medio de impedir que mis ojos volviesen al rincón. Si bebía no podía mirar hacia allí. Alexander también estaba expectante. Vagaba la vista por el lugar y reía exaltadamente, al igual que yo, por cualquier comentario insignificante.

—Bailemos —invitó Alexander cuando otras parejas entraron a la pista de baile.

—Será un placer —dije estirando la mano para aceptar la invitación.

Era Lucas Montalbán. En la pista de baile rozó su cuerpo varias veces con el mío. Lo hacía adrede, pero lo hacía tan bien que nadie se daba cuenta, ni siquiera Alexander que, sorprendentemente, me

besó en la pista. Nunca había actuado de esa manera en público. Ni siquiera cuando estábamos solos y en la cama me había besado como lo hizo en aquella pista de baile. Me obligó a abrir la boca, mordéndome el labio, y su lengua no dejaba que me apartase de él. Me abrazaba con fuerza, pegando su cuerpo al mío y bajando la mano por la espalda hasta el límite del decoro. El baile terminó y volvimos a nuestros asientos sonrientes. Se excusó y se levantó.

—Vuelvo enseguida —me dijo y se marchó.

Los minutos pasaron y mi esposo no regresaba, la botella de vino se había vaciado y decidí ir a buscarlo. Era evidente que no había ido al lavabo, no podía demorarse tanto allí.

—Señora Polenski, qué gusto volver a verla —me saludó Lucas, acercándose por detrás.

—Señor Montalbán, lo mismo digo —devolví el saludo.

—Otra vez sola muñeca, me encanta encontrarte sola.

—Estoy con mi esposo, y usted también está muy bien acompañado.

—No tanto como quisiera, pero por ahora me conformo.

—Disculpe señor, pero tengo que seguir buscando a mi marido.

—Habíamos quedado que no me tratarías de señor.

—Eso fue hace mucho tiempo, señor. —¿Es qué el tiempo te hace olvidar las buenas acciones de las que fuiste beneficiaria? —Claro que no.

—Me lo imaginaba. Ven, he visto a tu marido por aquí —mintió.

Lo seguí, no tan de cerca, pues estar más de cinco minutos a menos de dos metros de Lucas era mortal. Se perdió por unos pasillos y, como iba varios metros por delante, creí que había olvidado que me guiaba hacia Alexander. Donde estaba ya no había gente, el lugar mantenía la misma penumbra que el resto del salón pero allí se bifurcaban varios pasillos que daban a otros lugares. La música se oía distante, como el murmullo del gentío, dejé de caminar y estaba volviendo nuevamente hacia el salón principal cuando un brazo me apresó de la cintura por la espalda y me arrojó hacia una de las habitaciones que había detrás de aquellos pasillos.

—Calma muñeca, soy yo.

—No puedes hacerme esto —rogué para que me soltara.

—No puedo evitar hacerlo —fue una especie de disculpa.

—Lucas, yo...

No sabía ni siquiera lo que quería decir, su boca apresó la mía. Sus manos y brazos me aferraban firmemente y me abracé a su cuello.

—Sí muñeca, abrázame —jadeó.

Nunca podré olvidar ese primer beso. Mis sentidos no existían, o solo existía el sentido del placer, lo único que podía sentir era un placer intenso y único que nunca antes había vivido. Olvidé dónde me encontraba y con quién. No, no olvidé con quién estaba, jamás podría olvidarlo, reconocí que lo deseaba tanto que estaba a punto de llorar. Nuestras lenguas se enlazaban frenéticas queriendo absorber del otro su esencia. Los besos no me bastaban para saciar tanto deseo.

—Estuve planeando la manera más rápida de desabrochar este rebuscado vestido durante la mayor parte de la noche —jadeó desesperado, estirando los retazos de gasa que caían sobre los broches delanteros, ocultándolos.

Escuchaba su voz enronquecida de pasión y enmudecía la mía.

No podía decir nada, solo arquear la espalda para ofrecerle mejor maniobrabilidad con las telas. Mis ojos se habían acostumbrado a la penumbra y podía distinguir que el lugar era una especie de pequeña oficina con un escritorio, algunas sillas y un armario. Si había algo más no llegué a verlo, porque en menos de un minuto Lucas logró abrir la pechera del vestido sin estropearlo. Y levantó los pechos con sus manos.

—Estas preciosidades son un desperdicio imperdonable —murmuró antes de lanzarse sobre ellos.

Lucas estaba totalmente descontrolado, parecía un pirata que ha encontrado un tesoro y no sabe qué joya tomar primero. Apretaba uno y besaba otro, pero inmediatamente después cambiaba y volvía a cambiar. Jamás había experimentado tan intensa tormenta de placer. Mi cuerpo ardía. Lucas hablaba pero no podía entender. Tenía el cuerpo tan sensible que la sensación de que se rompería como el cristal estaba a punto de concretarse. Lucas bajó una de sus manos hacia mi entrepierna y definitivamente mi deseo estalló. Una oleada indescriptible de placer bajó por mi cuerpo como un

baldazo de agua caliente a un cuerpo congelado, que quema pero reconstruye.

—¡Lucas! —grité, con mi boca pegada a su cuello, cuando las oleadas de placer comenzaron. Apoyé la cabeza sobre los hombros de Lucas, que se detuvo como si mi explosión lo hubiese afectado también a él—. Lucas —jadeé momentos más tarde, recostada en su hombro.

—Muñeca —jadeó él, y me tomó la cabeza con ambas manos—. No puedo permitir que te sigan haciendo esto, eres tan bella —susurró y volvió a besarme.

—Lucas, tengo que irme —balbuceé, lo alejé de mí y le abofeteé el rostro, el golpe de mi palma abierta contra su mejilla resonó en la pequeña habitación, se alejó de mí y comencé a abotonar el vestido—. Jamás vuelvas a dirigirme la palabra, no quiero volver a verte nunca —grité, desbordada de ira o de vergüenza, era lo mismo, la voz me temblaba, las manos me temblaban. Lucas permanecía en silencio y estático, solo la respiración agitada daba evidencia de que permanecía en el lugar. Terminé con el vestido, me sacudí el rostro y me pasé la mano por el cabello. Antes de salir lo volví a escuchar.

—Esto solo acaba de empezar, muñeca. Me encanta cómo te quedó el cabello.

Cerré la puerta con un violento golpe antes de terminar de oír la última palabra. Buscaría el baño y luego a Alexander.

CAPÍTULO 12

Todas mis esperanzas de dar con Eve desaparecieron. No había espectáculo de teatro al que no asistiera. Había dejado mis reservas de lado hacía mucho tiempo, preguntaba por ella a toda persona que tuviera la más mínima relación con cualquier disciplina de la actuación. Pero nada. Había recibido la información del empleado, que había sido enviado nuevamente, de que Eve había dejado Junín en enero de 1935, solo cinco meses después de que lo hiciera yo, hacía más de un año de eso. Esta vez el empleado trajo una dirección que no resultó exacta. Ella se había hospedado allí solo las primeras semanas de su llegada a Buenos Aires.

—Esta noche cenaremos en casa de mis padres —anunció Alexander.

—Otra vez tendremos que oír su largo discurso acerca de lo importante que es tener hijos y todo lo que sigue —me quejé, como lo hacía últimamente de todo.

—Tengo que hablar de negocios con él.

—¿Por qué no habláis de negocios en la oficina? Estás allí más tiempo que en casa.

—No suelo estar todo el día en la oficina Juliana, generalmente estoy con clientes o en el puerto, sabes que es así. ¿Por qué planteas eso?

—No quiero ir —me negué obstinada, haciendo gala de un capricho que nunca antes había sido capaz de mostrar—. Hace mucho frío y es muy tarde —fundamenté mi osadía.

—Surgió algo inesperado que tenemos que solucionar esta noche.

—Ve tú entonces, no me necesitas a mí.

—Eres injusta Juliana, cuando tú quieres salir a recorrer cuanto espectáculo hay en la ciudad siempre puedes contar conmigo.

—Cuando te encuentras en casa —repliqué.

Alexander quiso continuar, pero levanté la mano en señal de rendición y partí hacia el cuarto a vestirme para ir a cenar a casa de mis suegros.

—Estaré lista en veinte minutos —le avisé y me encerré en el cuarto.

Eve tenía razón, una pareja sin amor no tiene mucho futuro. Estaba frustrada, irascible, irritable, insoportable, insolente, indiferente hacia todo. Solo disfrutaba de mis largos días de soledad, no veía el momento de ver partir a Alexander para respirar con libertad. La idea de tener un hijo había quedado en el olvido desde que Alexander se declaró incapaz de lograrlo. Nuestra intimidad se había reducido a nada. Después de mi encuentro con Lucas no podía soportar la idea de que Alexander me hiciera el amor de espaldas, sin caricias, sin besos. En esos momentos buscaba desesperadamente que me acariciara los pechos, que me los besara, pero él se limitaba a pasar la mano con descuido y luego me hacía girar. No volví a sentir aquella oleada de éxtasis que provocó Lucas con tan poco. Mi frustración se acumulaba con cada pobre y escaso encuentro.

Tampoco volví a dirigirle la palabra al culpable de mi desidia cuando nos encontrábamos en algún evento. No volví a mirarlo, mucho menos a buscar su mirada, como hacía antes. Pero me resultaba imposible frenar el estremecimiento que me producía su presencia. Lucas tampoco intentó acercarse a mí, ni me persiguió, como creí que haría después de oír aquellas últimas palabras que me dedicó el día que arruinó mi vida cinco meses atrás.

* * *

—¿Tienes novedades para nosotros, querida? —Fue la primera y fastidiosa pregunta que hizo mi suegro después de decirme hola.

Estaba por contestar de mala manera y además aclarar algunas cuestiones que concernían al tema, cuando Alexander se adelantó y contestó:

—Tus plegarias han sido oídas padre, dentro de pocos meses podrás cargar a mi heredero.

La respuesta me dejó perpleja, podía comprender que el padre de Alexander rozaba lo latoso, pero mentir sobre mi estado me parecía una medida exagerada.

—Esto hay que celebrarlo —anunció el viejo, tomándome en brazos antes de que pudiera salir de mi asombro con las palabras de Alexander. Estaba recibiendo las felicitaciones de mi suegro, que a gritos llamaba a su esposa para darle la buena nueva. Quise decir algo cuando me soltó, pero Alexander me tomó fuerte del brazo y me miró amenazante. Más sorprendida todavía por la forma en que se estaba tomando todo aquello, cerré la boca.

—Juliana está sufriendo los clásicos cambios de humor que atacan a las embarazadas en los primeros meses —justificó de esa manera mi silencio y mala cara—. Además duerme muchas más horas, es por eso que tiene esa cara, no quería venir —me acarició la mejilla y, sonriendo, agregó—: Está enojada porque la obligué.

—No tendrías que haberlo hecho, Alexander —lo regañó su madre, que llegaba junto a nosotros y extendía los brazos hacia mí—. ¡Hija, qué alegría! —manifestó antes de prenderme en un abrazo—. No vuelvas a importunar a tu esposa. A una mujer embarazada se le deben todos los gustos.

—Está bien, no hay problema —la tranquilicé—. Su hijo solo quería darles la noticia para compartir su alegría con ustedes. He sido un poco egoísta.

—Tú nunca podrías ser egoísta con nada Juliana —admitió Alexander, que me miraba agradecido al notar que seguiría con la farsa.

—Hoy estamos de celebraciones —argumentó el padre de Alexander, que llamaba a las criadas y les ordenaba preparar la vajilla de porcelana china para la ocasión.

Al terminar la cena, Alexander y su padre se retiraron al estudio para hablar del negocio que nos había llevado a esa casa y a esa mentira aquella noche. Pensaba que si me hubiese quedado en casa como deseaba, nada de aquello estaría ocurriendo.

Mi suegra, Gloriana, estaba exultante, jamás la había visto tan contenta y tan condescendiente conmigo. Solo hablaba de todo lo que haría con su nieto y lo alegre que se pondría su hija cuando se enterase de que el bebé ya estaba en camino. Con desgana, pensaba que mi cuñada estaría bastante ocupada con su propio bebé como para que su madre la llamara y organizara planes para el hijo no nacido de su hermano. Pero esa mujer era muy extraña,

nada podía sorprenderme viniendo de ella. En más de una hora se habían transformado los cinco minutos que aseguró Alexander que estaría con su padre. Dejé a mi suegra divagando sus planes y decidí esperar a Alexander en la salita en la que solíamos conversar cuando éramos novios. Me senté a mirar el jardín y escuché que Alexander hablaba muy alto, parecía enojado. Me puse más cerca de la pared que dividía el cuarto del estudio y presté más atención a la conversación que se mantenía dentro.

—No puedes pedirme eso, hice todo lo que me ordenaste —gruñó Alexander, su padre dijo algo pero no pude entender. Alexander continuó luego—: Te he dicho que no, pienso viajar y volver en tres meses. No cederé más en este asunto.

¡Tres meses! No podía creer que Alexander se fuera por tanto tiempo, sería por eso que estaba tan enojado. Su padre no tenía ningún derecho a alejarlo de su hogar por tanto tiempo, aunque se tratase de la quiebra de la compañía, que no era el caso. Su padre también hablaba, pero no levantaba la voz y yo no podía entender sus palabras.

—Ya está embarazada, ¿no? Eso tendría que conformarte. Ya hice mi parte, ahora me marchó —gritó y abandonó el estudio. Ni siquiera miró hacia la sala de al lado. Se dirigió directamente hacia donde me había dejado. La conversación me inquietaba, Alexander hablaba de mi supuesto embarazo como de una tarea ardua que al fin pudo concretar, cosa que ni siquiera era cierta. ¿Y se marchaba? ¿Adonde? ¿Habrá querido decir que abandonaba la casa o la empresa de su padre cansado de las continuas presiones a las cuales lo sometía? ¿O era decisión de él marcharse tanto tiempo?

—Juliana, estabas aquí —dijo cuando descubrió mi presencia.

—Te estaba esperando. ¿Terminó la reunión? —pregunté con cautela.

—Sí, nos marchamos a casa.

—Me pareció que hablabas alto. ¿Ocurre algo?

—¿Qué fue lo que oíste?

—Nada en especial, solo que parecías alterado.

—Lo estoy, bastante.

—¿Por qué discutíais?

—Quiere encomendarme un trabajo que no estoy dispuesto a realizar, eso es todo.

—¿Tienes que volver a viajar?

—No, no por ahora —extendió una mano y me ayudó a levantarme—. Vamos a casa.

* * *

Alexander no viajó, pasaron más de dos meses desde la reunión en la que se anunciara el supuesto embarazo y él seguía a mi lado. Las relaciones con su padre habían vuelto a recomponerse pero lo notaba triste. Rara vez salía de casa. Había delegado todas sus funciones en su secretario. Lo veía desanimado y distante. A pesar de convivir muchas horas los dos solos, nuestra relación íntima caía en picado, era casi inexistente. Creí que después del anuncio pondría un poco de esfuerzo en intentarlo, pero no demostraba el más mínimo interés por el sexo o por perpetuar su apellido. Siempre era cariñoso, cortés, amable, divertido, era el perfecto hermano mayor: protector, comprensivo y compañero. Durante nuestro largo periodo sin separaciones hicimos muchísimas compras, mi armario no podía contener la cantidad de ropa que me regaló en esos días, el nuevo guardarropas incluía zapatos, bolsos, carteras, sombreros, ropa interior y accesorios varios como guantes, sombrillas, baratijas de fantasías. Varias alhajas importantes y muy costosas formaron parte de sus obsequios y esa noche habíamos decidido salir para que yo pudiera estrenar algo de lo que me había regalado. Iríamos al teatro Liceo a mirar una obra que se había estrenado hacía solo una semana y luego iríamos a comer algo en Belle Epoque y a pasarlo bien buena parte de la noche.

El lugar estaba atestado de gente como nunca lo había visto antes. Cuando salíamos era inevitable sucumbir a la expectativa involuntaria que no podía evitar, y sabía cuál era la razón. Un posible encuentro con Lucas Montalbán mantenía mis nervios y sentidos alerta, no podía controlarlo y eso provocaba que mi humor oscureciera.

—Aquí hay tanta gente como en el teatro —dije con fastidio a Alexander, que sonreía a todo el mundo.

—Señora Polenski, qué gusto verla —llegó de espaldas el saludo de una voz conocida.

—Juan Pablo —lo nombré al reconocerlo, pero sin girarme a mirar.

—Alexander. ¿Cómo has estado?

—Muy bien. ¿Y tú?

—Extrañando viejos tiempos. —Mientras hablaba había tomado una silla vacía y la acercaba a nuestra mesa, cuando se ubicó como para quedarse con nosotros el resto de la velada, se plantó frente a mí y me miró directamente a los ojos—. ¡La felicito por el embarazo! —festejó con un cinismo tan evidente que me daba unas terribles ganas de golpearlo. Juan Pablo era sumamente apuesto, tenía la misma estatura que yo, que era unos centímetros más alta que la media general, delgado, con cara delicada como la de una muchacha. Sí, tenía la belleza de una muchacha, era distinguido y siempre lucía impecable. Sus bellos ojos ámbar daban a ese rostro perfecto un toque demoníaco. Su mirada me causaba miedo. Lo miraba y lo único que podía pensar era que tenía la belleza del diablo. Ni siquiera los simpáticos hoyuelos de sus mejillas suavizaban aquellas miradas gélidas que me dedicaba, las escasas veces que lo había hecho, acompañadas de una sonrisa cínica y mordaz.

—¡Gracias! —respondí sin emoción mirando la multitud.

—Está atiborrado de gente, ¿no? —me preguntó.

No me quitaba la vista de encima, pero yo no dejaba de observar el movimiento que producían las personas en el lugar, que buscaban acomodarse, ya que estaba próxima a comenzar una nueva actuación del cantante de tango.

—Me recuerda a la estación de trenes, cuando llega a la ciudad una oleada de cabecitas negras arrastrando su pobreza desde los puebluchos del interior que nos está inundando y...

—Eso es muy desagradable, ¿cómo puedes hablar así de la gente? —arremetí furiosa, me sentía salpicada por la inmundicia de Juan Pablo. Yo era de pelo oscuro, había venido del interior de la provincia y no tenía un centavo que fuese mío.

—Tu mujer está un poco sensible por el embarazo.

—No tiene nada que ver con que esté embarazada, eso que dices y piensas es cruel.

—¿Tú qué opinas? —preguntó a un Alexander mudo—. ¿Acaso no piensas lo mismo que yo de los cabecitas negras?

—Basta Juan Pablo, tus comentarios molestan a mi mujer —respondió con tristeza.

—No tendría que molestarte tanto, tú no perteneces a eso. Eres hija de un estanciero importante, te has casado con un hombre rico, vives como una reina —comentó sin abandonar el sarcasmo.

Estaba a punto de replicar con violencia, cuando otra voz conocida reverberó a mis espaldas. Saludó a ambos hombres y luego se paró delante de mí.

—Señora Polenski, vengo a felicitarla por el embarazo, la ciudad no hace otra cosa más que hablar de su feliz estado. —Lucas hablaba igual que Juan Pablo, el cinismo esa noche estaba en la cúspide.

—Gracias —respondí lo mismo y de la misma manera que lo había hecho antes, mi atención estaba en el cantante.

—Tengo una sorpresa para usted —declaró. Yo lo miré asombrada, buscando con los ojos algo que tuviera en las manos—. No está aquí —aclaró adivinando mis intenciones—. Déme un minuto. —Se volvió hacia Alexander y le dijo unas palabras al oído.

Vi cómo mi esposo asentía con la cabeza.

—Venga, le daré su sorpresa. —Extendió su mano hacia mí.

Miré a Alexander, no entendía nada.

—Ve con él, Juliana —consintió Alexander, que asentía con la cabeza y me sonreía.

—Solo ten cuidado de no perderte en el camino —añadió Juan Pablo—. El señor Montalbán es experto en extraviar a las mujeres.

—Ve Juliana —volvió a decir Alexander, que miraba amenazante a Juan Pablo.

Tenía la sensación de que Alexander quería quedarse a solas con el insoportable de su amigo, esperaba que le diera un sermón implacable y le prohibiera volver a dirigirme la palabra. Terminé con mis divagaciones y deseos hacia Juan Pablo y tomé real conciencia de con quién estaba y, además, de que me arrastraba hacia la otra punta de un colmado local, pero nadie nos prestaba atención, la

penumbra del lugar y la atención puesta en el cantante hacían que pasásemos inadvertidos.

—¿Qué es esto? —pregunté, poniéndome a la par de él—. ¿Qué quieres?

—Darte una sorpresa —contestó sin inmutarse por mi tono agrio.

—Te he dicho que no quería volver a verte, mucho menos a hablarte o a estar a solas contigo.

Me arrinconó en un vértice oscuro y solitario del lugar, detrás de un bello y gran árbol artificial.

—«Si tú crees que el no hablarme te hará olvidar aquel beso que enmudeció tu boca, te equivocas. —Me apretó un poco más y volvió a susurrar pegado a mi oído—: Te equivocas. Si tú piensas que tal vez me lastima que me niegues tu amor, no te aflijas, no juego esta partida». Ya será mi tiempo.

—¿Cómo puedes hablar de amor? ¡No te conozco!

—¿Me tienes miedo?

—Claro que no.

—Tienes miedo a lo que puedes hacer si yo me propusiera seducirte. No podrías resistirte.

—Eres insufrible. Suéltame —ordené y quise desprender mi mano de la suya, pero él ni siquiera se inmutó y continuó arrastrándome—. ¿Qué le has dicho a mi esposo para permitir que marchara contigo?

—Le conté cuál era la sorpresa —me respondió y refunfuñó por lo bajo algo que no estaba dirigido a mí pero que igualmente oí—: Cualquier cosa hubiera bastado.

—Señor Montalbán —quise poner distancia con voz severa.

—No comencemos con eso, señora Polenski.

Llegamos al mismo lugar de nuestro anterior encuentro, allí comenzaban los pasillos que daban a las oficinas del local. Donde la gente ya no podía entrar.

—Regresaré, Alexander se preocupará si no lo hago.

—No creo que te espere por largo rato.

—No entiendo nada.

—Ya lo harás.

Resignada, lo único que podía pensar era que se trataba de un acuerdo previo entre Lucas y mi esposo. ¿Por qué o para qué? No

tenía idea. ¿Pero por qué tenía que ser él? Alexander no tenía la más mínima sospecha de mi encuentro con Lucas, ni en Londres ni en ese mismo restaurante. La noche del primer beso, cuando volví al lugar que ocupábamos, él todavía no se encontraba allí y apareció al menos media hora después.

Sentí un tirón y una puerta que se abría.

—No entraré allí.

—No tienes elección.

Me empujó dentro, pero esta vez prendió la luz, la oficina estaba vacía, pude ver los mismos muebles y distinguir el color caoba que predominaba en el lugar.

—Te quedarás aquí mientras traigo la sorpresa —me ordenó.

—Lucas, Alexander está...

—Deja de preocuparte por él. Te esperará el tiempo que sea necesario.

—¿Por qué?

—¡No puedes recibir una sorpresa y ya! —exclamó, al ver que continuaría indagando—. Espérame aquí. —Abrió la puerta, pero la volvió a cerrar y se aproximó velozmente hacia mí. Me tomó la cara con ambas manos y me besó. Era un beso desesperado, hambriento, que no buscaba placer, buscaba saciar, era necesidad. Me sentó sobre el escritorio y sus manos raudamente se perdieron debajo de la camisa de seda y del sostén para tomar mis pechos. Los masajeó suavemente, sentía su pulgar recorrer la aureola del pezón con delicadeza, palpando los bordes, con sus palmas calientes y suaves, que sopesaban su consistencia. El tiempo volvió a detenerse y el beso se suavizó gradualmente como sus caricias, lentamente su boca abandonó la mía para besarme el cuello y la oreja—. Lo sabía —jadeó—. ¡Dios, estaba por enloquecer! —exclamó y repitió en mi oreja con la voz aguardentosa—: Lo sabía.

Recuperé la cordura que Lucas lograba que perdiera con solo saber que su presencia rondaba cerca y lo empujé. Me tomó de las manos y las sujetó en mi espalda.

—No volverás a golpearme, Juliana. —Sonriendo, me dio un rápido beso en los labios y se alejó de mí.

—¿Cómo puedes tratar así a una mujer embarazada? ¿Acaso no tienes moral?

Rió con una potente carcajada que hizo eco en el pequeño espacio.

—Tú solo engendrarás a mis hijos —declaró muy serio—. No estás embarazada Juliana, no puedes engañarme —vociferó riendo, volvió a tomar el picaporte de la puerta—. En otro momento hablaremos de esto. No digas nada —ordenó cuando iba a abrir la boca para desmentirlo y gritarle que sí estaba embarazada. Volvió a soltar la puerta y se aproximó hasta mí.

—No me toques —le grité—. ¿Acaso no has traído a una de tus novias esta noche? ¿Por qué no te marchas con ella? Déjame en paz —seguí gritando, comenzando a desquiciarme.

—Nunca te dejaré —afirmó severamente y me tomó de la cara con una sola mano—. Escúchame bien Juliana, yo...

—¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué tardas tanto? —preguntó una voz a espaldas de Lucas, que me tapaba la puerta.

—¡Que lo disfrutes muñeca! —dijo Lucas y me dio un rápido beso en los labios antes de abandonar la oficina.

Su gran cuerpo seguía tapándome la presencia en la puerta, que dijo algo por lo bajo, besó a Lucas y dio un paso al costado para presentarse ante mí.

CAPÍTULO 13

—¿Eve? ¡Eve! ¡Eve! —repetía y corrí a abrazarla.

—¡Juliana! —me nombró ella y salió a mi encuentro.

—Dios, Eve. ¿Dónde te habías metido? Te busqué por todos lados. Sabía que estabas en Buenos Aires pero no pude conseguir tu dirección. —Hablabla con desesperación, quería contarle en pocas palabras cuánto la había necesitado, cuánto la necesitaba, lo solitaria y desastrosa que era mi vida, pero la emoción fue más fuerte y comencé a llorar—. Eve —dije en un sollozo.

—Cálmate Juliana —me tranquilizó ella al ver que no podía contener el llanto—. ¿Tan malo es?

Necesité varios minutos su hombro para descargar todas mis angustias, ella me acariciaba y también lloraba.

—Basta de llanto —me ordené cuando logré recomponerme, me pasé las manos por la cara para secar las lágrimas y Eve hizo lo mismo—. ¡Estás preciosa! —exclamé.

La sorpresa inicial había pasado, podía apreciarla mejor, de la chiquilla de catorce años que vivía en Junín nada quedaba. Aquella joven delgada, esbelta, de rizos oscuros que llegaban un poco más bajo de sus hombros era hermosa, de piel tersa y clara. Estaba muy elegante. Había crecido bastante, anteriormente le llevaba prácticamente una cabeza y ahora solo nos diferenciaban un par de centímetros.

—¡Eve, qué bella estás! —declaré con más calma, acariciándole la mejilla.

—¿Y tú? Mírate, pareces una estrella de cine —dijo ella levantando una piel que colgaba en mi cuello, regalo de Alexander.

Reí, esa era Eve, mi amiga Eve.

—¿Cómo es que Lucas sabía que eras mi amiga?

—¿No estarás celosa? Entre tu hombre y yo no existe nada más que una relación estrictamente laboral.

—No es mi hombre Eve, por Dios, no vuelvas a decirlo —murmuré muy bajo y con la piel estremecida por ese comentario.

—Tranquila Juliana —contestó bajando la voz—. Es que lo vi besarte y creí que tú y él...

—Yo no tengo nada con él y no lo tendré jamás, Eve. Mi esposo es Alexander. —Dejé las aclaraciones para otro momento y volví a abrazarla antes de quebrarme nuevamente—. ¡Qué suerte que te encontré Eve! ¡Me siento tan sola!

—Juliana, ya tendremos tiempo de sentarnos largas horas para hablar de la vida —dijo como despidiéndose.

—¿Por qué lo dices de esa manera?

—Estoy trabajando de actriz en una obra.

—¡Eso es maravilloso! Sabía que lo lograrías Eve, nunca dudé de tu talento, ni de tu obstinación —consentí, con una inmensa alegría al saber que había logrado su sueño.

—No es mucho, es solo el comienzo, estamos de gira con la obra *Doña María del Buen Aire*, de la Compañía Argentina de Comedias Cómicas —explicó y yo no paraba de reír de gusto—. Estuvimos más de dos meses en Rosario, en el teatro Odeón. —Se acercó para hablar confidencialmente—: Salí en el diario de Rosario y dijeron que me había destacado.

Ambas nos abrazamos, reímos y lloramos nuevamente.

—Eso es grandioso, Eve. ¿Cuándo terminó la gira?

—Todavía no ha terminado. Mañana temprano salimos hacia Córdoba y luego nos vamos a Mendoza, estaré fuera de la ciudad por lo menos dos o tres meses más, ni siquiera tendría que haber estado aquí hoy, pero un compañero tuvo que viajar a Buenos Aires urgentemente y aproveché el viaje para venir a controlar mis cosas en la pensión. No quiero hablar mal de nadie, pero nunca se sabe.

—¿Por qué no me buscaste cuando llegaste a Buenos Aires? —reproché.

—Lo hice, la verdad es que llegué hasta la casa de tus suegros a poco de cumplir dos meses de residencia en la ciudad, me dijeron que estabas de luna de miel en Europa y dejaron bien claro que la señora Polenski no tendría ningún tipo de relación con viejos vecinos del pueblo, que habías dejado en el pasado absolutamente todo y a todos.

—No puedo creer que te dijeran semejante tontería. ¿Te lo dijo uno de los criados?

—No, la criada que me atendió solo me informó sobre la luna de miel, lo demás fueron palabras de una mujer muy elegante de pelo

rubio como Alexander.

—¿Su madre?

—No creo, no era para nada vieja.

—¿Estaba embarazada? —Al preguntar iba haciendo cálculos mentales del parto.

—No, que yo pudiera notar.

—No sé quién fue Eve, pero te aseguro que fue una canallada y lo averiguaré. Cuando regresé de Europa y supe que habías abandonado Junín para venir aquí, te busqué por todos los teatros, circos y rodajes de películas que pudiera haber y no logré encontrarte.

—¿Me buscaste en los circos? —preguntó incrédula.

—Haces buenos malabares —fundamenté.

—¿De cuántos meses estás? No se te nota nada de tripa.

—Eve, no hablemos de mi embarazo, no ahora.

—Está bien, lo dejaremos para cuando vuelva.

—¿Dónde vives?

—En una pensión en el barrio de La Boca. A unas veinte cuadras de aquí —me informó, al reconocer mi ignorancia de todo lo que estaba más allá de diez cuadras de mi casa.

—Hablaré con Alexander para que te mudes con nosotros hasta que puedas conseguir algo mejor para vivir.

—Juliana, yo no me quejo. Te agradezco la buena intención, pero no quiero causarte problemas con tu esposo.

—No será un problema, Alexander vive viajando, la mayor parte del año estoy sola.

—Igual, no hagas nada hasta que vuelva y tengamos más tiempo para hablar. —Cambiando de tema, me preguntó—: ¿Sigues escribiendo?

—Quise hacerlo cuando regresamos del viaje de novios, inicié entusiasmada varias historias pero luego. —Permanecí dos o tres segundos callada, recordando los motivos que me mantenían indiferente a todo, luego continué—: Lo dejé.

—Eras muy buena escribiendo, Juliana. Lucas está necesitando una buena guionista. ¿Por qué no hablas con él?

—No creo que a mi esposo le agrade que trabaje y además que trabaje con el mayor mujeriego de todo Buenos Aires —dije con

resentimiento.

—Suenan a resentimiento —acertó Eve.

—Es desprecio.

—No me pareció ver desprecio entre vosotros cuando entre aquí.

—Te aseguro que lo es.

—Si tú lo dices.

—Eve, Lucas es, es...

—Yo estaba en su estudio revisando algunas tomas que realicé para su película un día antes de viajar a Rosario con la compañía, estaba sola con él cuando oímos en la radio que la familia Polenski se agrandaría, el único hijo varón del legendario empresario había anunciado que su esposa estaba en la dulce espera. Me despachó sin terminar de revisar la cinta completa, me dijo que estaba bien, que me fuera tranquila. Creyó que me había marchado, pero me había demorado en el baño porque tenía que quitarme el grueso maquillaje que había preparado por si tenía que rehacer alguna escena. Escuché cómo golpeaba y tiraba todo al suelo, estaba trastornado con la noticia. Gritaba que no podía ser. Lanzó una colorida lista de epítetos hacia tu esposo.

—Nunca busqué, ni intenté que pasara algo entre nosotros.

—Lo sé, te conozco Juliana, pero no amas a Alexander.

—Lo quiero muchísimo.

—No lo amas.

—Quiero morir —confesé desfallecida en un murmullo.

—No digas eso —regañó sosegadamente—. Lucas finalmente descubrió que yo seguía en el estudio y que había escuchado todo lo que dijo en su alocado ataque. «Esa inocentona me tiene loco», me confesó, era mejor que mentir, no había forma de que desmintiera lo que había escuchado. Yo también me confesé con él y le conté que nos conocíamos desde pequeñas. Quiso saber muchas cosas de ti.

—¿Se las contaste?

—No, tenía muy poco tiempo. Aunque le conté que te agradaba cazar liebres.

—Está encaprichado conmigo porque soy algo prohibido. Es una especie de reto.

—Tengo una amiga que con tal de conseguir un papel en su película, por más pequeño que fuera, estaba dispuesta a hacer grandes sacrificios y sabes a cuáles me refiero. Él le sonrió, le colocó nuevamente la bata que se había quitado cuando entró a su oficina y le dijo que si necesitaba algún reemplazo la llamaría. Eso fue un día antes de enterarse de lo del embarazo.

—No lo hace por mí, no le debe haber gustado tu amiga.

—Los tipos se vuelven locos por ella, cuando salgamos de aquí te la presentaré.

—No quiero que lo hagas Eve, ahora que me has contado eso, me causará vergüenza.

—¿O celos?

—Lucas Montalbán puede y hace lo que le place, a mí no me importa.

—Juliana, nunca fuiste tan testaruda. Tú eras la que lo veía todo con el cristal de la lógica y la razón.

—No quiero reconocerlo, nunca lo haré. Mi esposo es Alexander, soy la señora Polenski.

—La feliz señora Polenski.

—No agregues adjetivos. La señora Polenski.

—Es un buen título. ¿Por qué no escribes un drama con él?

—Eres una tonta.

—Y tú estás enamorada de Lucas Montalbán.

—Siempre fuiste muy perspicaz.

—Lo que me extraña es que tu esposo no se diera cuenta, no me llevó más de un minuto saber que la pareja que tenía enfrente irradiaba calor —bromeó, abanicándose con las manos.

—Escúcheme una cosa, señorita, es usted muy pequeña para hablar de esa manera.

—Ya he cumplido diecisiete años —replicó, irguiéndose en su silla.

—¿Tienes novio, Eve?

—No, por ahora solo quiero trabajar y ayudar a mamá con lo que pueda y para eso tengo que trabajar mucho y no me queda tiempo para novios.

—Novio. No novios.

—Lo que dije, novios.

—No has cambiado nada.

—Claro que sí, estoy mucho más alta y más guapa.

—Eso es cierto.

—Tú estás bellísima Juliana, pero tienes cara triste. Cuando regrese resolveremos eso.

—No dejes de avisarme cuando pongas un pie en la ciudad o no te lo perdonaré nunca.

—Puedes preguntarle a Lucas si es que no te llegan mis recados o tus parientes no me dejan acercarme a ti.

—Nada de eso pasará esta vez. Ya no vivo con mis suegros y no tengo criados.

—No puedo creer que la señora Polenski no tenga servicio doméstico.

—Ya te he dicho que Alexander viaja mucho y lo único que me queda es entretenerme con la casa. —La miré por unos segundos y luego recordé algo—: ¿Cuánto tiempo trabajaste con Lucas?

—Unos seis meses. ¿Por qué?

—Una vez le pregunté si te conocía y me dijo que no, pero que si te veía inmediatamente me avisaría a mí o a Alexander.

—El se enteró de que yo era la mujer que tú buscabas el día que tuvo la crisis.

—¿No te preguntó tu nombre antes de que comenzaras a trabajar para él?

—Mi papel no es muy importante, aparezco en cuatro o cinco escenas con un pequeño diálogo en solo dos, pero sí me lo preguntó y le di el nombre por el que me conocen en Buenos Aires, Eva Durante.

—¿Eva Durante?

—Quise que fuera Eva Duarte, pero el impresor cometió un error y quedó Durante.

—Duarte. Yo te buscaba con tu apellido, por eso nadie podía darme información de ti.

—Ibarguren es largo y difícil de recordar. Lucas quedó muy sorprendido cuando se enteró de que era a mí a quien buscabas y quiso que no viajara al día siguiente, pero había firmado el contrato y además no podía darme el lujo de perder este trabajo.

—Estoy tan feliz de haberte encontrado, Eve.

—Yo también Juliana.

Nos abrazamos una vez más, me sentía complacida. Hacía mucho tiempo que no tenía esa sensación. Sentía que ya no estaba sola. Mis días de soledad habían terminado.

—Ven, quiero que saludes a Alexander.

En el camino, Eve me mostró a la pretendiente de actriz que quiso encontrar favores en Lucas ofreciendo los suyos a cambio, y realmente era hermosa. Una joven rubia de bellos ojos violetas, voluptuosa. Del tipo que le gustaban a él. No quise que me la presentara, no soportaría mirarla a los ojos sin que me delatara la vergüenza. Además porque Lucas estaba en ese círculo de personas que compartían risas y bromas. El cantante de tango había concluido su recital, lo que provocaba que la gente se prestase más atención. Lucas me miraba pasar y no me quitaba la vista de encima. No lo veía. Lo sentía. Mi esposo parecía no haberse movido del lugar, Juan Pablo no estaba, y la expresión desolada de Alexander me preocupaba.

—¿Tu esposo está enfermo? —me preguntó Eve, que vio en Alexander lo mismo que yo.

—No, está cansado —lo justifiqué, aunque sabía que eso no era cierto.

CAPÍTULO 14

Mi esposo estaba cada vez más deprimido, ensimismado y hosco, ya no compartíamos largas horas de charlas y risas. ¿Relaciones íntimas? ¿Qué era eso?

No salía de casa, había abandonado completamente el trabajo y tampoco me acompañaba cuando salía de compras o bajaba al gran parque que estaba frente a nuestra casa, llamado Plaza Francia. No volvimos a salir juntos ni de noche ni de día. Su padre se había cansado de venir a buscarlo para que retomara sus funciones en la empresa sin obtener respuesta. Discutían cada vez con mayor intensidad y en cada nueva discusión las heridas que causaban sus palabras eran cada vez más profundas. Hasta que después de dos semanas el padre se convenció de que Alexander no retornaría, al menos por el momento, a su trabajo y lo dejó tranquilo. También a mí había comenzado a gruñirme cuando le preguntaba algo acerca de su negativa a volver a trabajar.

A pesar de la situación, yo estaba en calma, faltaba muy poco para que Eve terminase su gira y volvería a verla. La ayudaría a conseguir un trabajo fijo en la ciudad para que no tuviera que andar rodando por todo el país y además solucionaríamos el tema de la vivienda. Estaba decidida a que viviera con nosotros. Aunque con la actitud que había adoptado Alexander, más prefería irme yo a vivir con ella. Esa idea me agradaba, daría lo que fuera por romper con ese matrimonio que no nos dejaba nada a ninguno de los dos y encima teníamos la presión de la mentira del embarazo. Cuando bajaba al parque y me encontraba con conocidos o vecinos del lugar, empezaban los odiosos comentarios: «qué tripa chiquita» o «no se nota que estás embarazada» o «en cualquier momento la tripa te va a saltar» o «yo comencé a tener tripa después del quinto mes» o «no te vistas con ropas ajustadas que aprieten la tripa». Todo referido a mi inexistente abdomen. Lo que me quitaba las ganas de salir.

Tres meses y medio habían pasado desde el anuncio a sus padres, lo que me daba un embarazo de por lo menos cuatro meses. Era imposible seguir mintiendo acerca de ello. Por eso

preparé una cena especial para Alexander. Le encantaban las salsas que preparaba para acompañar las pastas. Me esmeré preparando una deliciosa salsa roja picante, su preferida, y atenta a que los tallarines no se pasaran. Me había vestido, peinado y maquillado de manera especial. Busqué en la pequeña bodega que teníamos en un cuarto pequeño y oscuro de la casa el vino que más le gustaba y lo llevé a la mesa, pulcramente preparada con velas y arreglos florales para darle la calidez que faltaba en mi vida al menos a la cena.

—Juliana, te agradezco que te molestaras por mí.

—No es ninguna molestia, eres mi esposo y quiero cuidarte —comencé cuando, al terminar de comer en silencio, él notó y agradeció la cena que había preparado especialmente para su agrado—. Alexander, no podemos continuar así, tú no puedes seguir así —apremié, él no levantaba la vista del plato—. Tenemos que hacer y decir algo sobre el supuesto embarazo, ya debería notarse y la gente me incomoda con sus preguntas. —Estiré mis manos para tomar las suyas—. Alexander. ¿Me estás oyendo? —pregunté al no percibir la recepción a mis palabras.

—Te quiero, Juliana —dijo de forma sorpresiva—. Nunca pensé que podría llegar a quererte tanto.

—Yo también te quiero muchísimo Alexander, eres mi esposo —volví a repetir, como si ese vínculo fuera el motivo y la causa de todos nuestros sentimientos.

—No quiero que nadie te lastime.

—Tú me protegerás —le sonreí.

—Eres tan bella, tan dulce y sincera, que me avergüenza la forma en la que te traté estos meses.

—No tienes que disculparte, sé que tienes muchas presiones y responsabilidades.

—Perdón por lo del embarazo.

—Alexander, deja ya de disculparte —lo reprendí suavemente—. Te entiendo, ahora solo tenemos que solucionarlo y ya, o trabajar para lograrlo —propuse intrigante.

—Juliana —susurró Alexander, que se levantó de su silla e hizo que me levantara para tomarme en sus brazos, con besos apasionados me llevó hasta nuestro dormitorio y por primera vez

dejó la luz encendida sabiendo que haríamos el amor. Me acarició y me besó todo el cuerpo. Sus manos calientes tocaban dulcemente todos los rincones. Era realmente placentero sentirlo, sus palabras dulces agregaban calor a mi cabeza. Nos amamos mirándonos a los ojos—. Perdón Juliana, tú te mereces amarnos de esta manera, eres tan bella —susurraba muy pegado a mis labios.

—Puedes hacerlo así a partir de hoy —asentía jadeando—. Podemos ser felices Alexander, tú eres mi ángel salvador.

—Mañana todo cambiará — susurró y no hubo más palabras. El suave balanceo de los cuerpos unidos inducía al silencio.

Al terminar nos quedamos abrazados mirándonos y sonriendo. Había poco qué decir. Él me acariciaba las mejillas con sus dedos, lo que me tentaba a cerrar los ojos, pero hacía esfuerzos para mantenerlos abiertos. Era un momento mágico de total entendimiento sin palabras. Ambos nos queríamos, de eso no había dudas. Pero faltaba mucho, muchísimo para que ese sentimiento fuese amor. Entre nosotros había cariño, respeto, compañerismo, lealtad, pero nunca amor. Podíamos vivir con aquello.

—Duerme dulce —musitó Alexander—. Mañana todo será diferente.

* * *

Desperté sobresaltada, había oído un ruido. Alexander no estaba a mi lado, creí que él ya había salido a investigar. La casa estaba a oscuras. No quería encender la luz, si alguien hubiese entrado no quería alertarlo. Me coloqué detrás de la puerta para entreabrirla y mirar hacia el pasillo que llevaba a la sala. Todo parecía normal y solitario. Abrí un poco más la puerta y pude distinguir un haz de luz que se filtraba por debajo de la puerta del estudio de Alexander, que quedaba en la otra punta de la casa, él pasaba muchas horas de su tiempo en aquel lugar. Volví a la cama para tomar la bata de la silla, no quería salir desnuda. Deduje que el ruido que me había despertado lo había provocado Alexander. Salí del cuarto y prendí la luz del pasillo.

Me acordé de lo bien que habíamos terminado la cena que con tanto ahínco había preparado y me alegré de sus resultados, no

habría imaginado que entre las gratificaciones se encontrase la cama, pero fue realmente exitosa. Alexander me prometió que durante ese día arreglaríamos lo del embarazo, que seguramente incluiría una nueva mentira, pero haría lo que fuera para que mi esposo recuperase el ánimo y además para solucionar un problema que me afectaba directamente.

Aunque lo había estado evitando durante toda la noche, a mi mente acudieron Lucas y sus palabras. Me había costado horrores no pensar en él cuando hice el amor con Alexander. Había podido llegar a vivir una ínfima parte de lo que me había hecho sentir con sus manos. Había frases y ciertos conocimientos de Lucas sobre algunas actitudes de Alexander que me revoloteaban en la cabeza desde hacía mucho tiempo. «Estas preciosidades son un desperdicio imperdonable, deberían ser acariciadas y besadas cada día», había dicho una vez con referencia a mis pechos. ¿Cómo podía saber él lo que ocurría en mi lecho conyugal? ¿Cómo sabía que Alexander no me tocaba como lo hacía él? No dudaba de las palabras de Eve, pero ¿sería por mí el alboroto que armó cuando se enteró de mi supuesto embarazo? ¿Por qué? Él vivía rodeado de mujeres que morían por que les hiciera el amor y sentir aquello que me hizo sentir una vez a mí. Pero disfrutando de ese bello cuerpo desnudo.

—¡Oh, Dios! —exclamé con voz queda al descubrir que mi intento de borrar a Lucas Montalbán de mi cabeza solo había sido momentáneo para volver más intensamente. Y aquel «tú solo engendrarás a mis hijos», y la pericia para descubrir que no estaba embarazada, no podía recordarlo sin que mi cuerpo se incendiara de deseo. Con una excitación creciente, el cuerpo preparado para el amor, rogué que Alexander continuara con el mismo ánimo que unas horas atrás, porque necesitaba apagar un incendio. No era justo, era impúdico y obsceno, pero no podía evitarlo, después de una abstinencia de más de seis meses también era razonable. Dejaría de pensar en otro hombre y volvería a instalar en mi cabeza únicamente a mi esposo. Esa era la palabra clave. Cuando lo llamaba esposo era como invocar al dios del discernimiento, yo era una mujer casada, no tenía lugar ni razón de ser que pensara en

otro hombre, y Lucas se alejaba. Solo por unos minutos, pero se alejaba.

Necesitando desesperadamente a mi esposo, llegué a la puerta del estudio, todo estaba muy silencioso, seguramente Alexander estaba leyendo o se había quedado dormido con un libro en las manos, como lo hiciera infinidad de veces. Antes de abrir me acomodé el cabello y abrí la bata para que se notara el valle entre los pechos y buena parte de ellos también. Acomodé el cinturón de la bata bien firme en la cintura y giré el picaporte.

Alexander efectivamente se había quedado dormido en el sillón del estudio, de espaldas a la puerta, se había acomodado frente al pequeño hogar a gas que había encendido. La habitación estaba caldeada y un olor extraño impregnaba el lugar. Entré con cuidado de no despertarlo, mi intención había sido abrazarlo por la espalda, para comenzar luego una lenta caricia descendente que llegara hasta su miembro y continuar acariciando hasta lograr que su cuerpo estuviera listo para absorber el calor que me estaba ahogando. Cuando pasé la mano sobre su cabeza, esta se movió hacia un lado y algo humedeció mi mano. Inmediatamente la retiré y descubrí qué era ese olor extraño. Sangre, el olor fuerte y metalizado era sangre. Sangre de Alexander. Giré con fuerza el sillón y la patética imagen que se presentó ante mí me hizo retroceder varios pasos. Aquel no era Alexander, no podía serlo.

CAPÍTULO 15

Sentada en la dura silla de la dependencia policial, esperaba que alguien se acordase de que yo estaba en aquella sala. Me habían llevado allí y allí me dejaron. No podría calcular exactamente cuánto tiempo estuve sentada mirando la vacía mesa de madera que tenía delante. Observé que la mesa tenía varias inscripciones hechas con algún elemento punzante o con las uñas. Imaginé que alguien en la misma situación que yo había encontrado una buena manera de pasar el tiempo. Los insultos hacia los policías eran ingeniosos algunos, bastante desagradables y obscenos otros, pero todos habrían servido para la causa principal, que era matar el tiempo. Matar el tiempo.

Alexander estaba muerto. ¿O no era Alexander? Aquella guasona figura, macabramente maquillada por la sangre, sentada plácidamente y con el rostro deformado por el hueco que le había dejado la bala que le entró por la boca y destruyó todas las zonas blandas de su rostro, no podía ser él. Además, la cabeza se había hinchado de tal manera que alcanzaba unas dimensiones impensables. Llevaba puesta la bata que utilizaba todos los días y las mismas pantuflas que utilizaba todos los días. Parecerá inverosímil, pero cuando miré con atención su torso pude ver que todavía respiraba. Una leve elevación de su tórax me lo confirmó con una segunda inspiración. Salí corriendo llamando a Alexander, porque mi cerebro atontado se negaba a reconocer que aquello era mi esposo. Lo llamé a gritos por toda la casa. Abrí la puerta principal que daba al pasillo y lo llamé desesperada. Los vecinos de los otros pisos acudieron a mi llamada de auxilio. Algunos me hablaban, otros, sospechando que decía incoherencias producto del pavor, entraron directamente a la casa. Una de mis vecinas me llevó hasta la cocina y me hizo sentar. La gente entraba, salía, gritaba. El vecino del tercer piso, José Paz, se hizo cargo de la situación, él era médico y se puso al frente de todo. Mi vecina Matilde me hablaba, quería saber qué había ocurrido, pero no podía decirle nada. No tenía palabras.

Llegaron la policía y la ambulancia. También llegaron mis suegros. Antes de que pudiera reaccionar, mi suegra me cruzó la cara con una potente bofetada y escuché a mi suegro insultarme y maldecir. La pobre Matilde intervino y recibió unos golpes también. Un agente de policía se llevó a los padres de Alexander mientras otro me llevaba a mi habitación. Una vez allí, me pidió que me vistiera lo más rápido posible porque tenía que acompañarlo.

—Estaba respirando —pude balbucear en la puerta de la habitación.

—El doctor nada pudo hacer señora, su esposo ha muerto. —Me metió al cuarto y antes de cerrar la puerta ordenó—: Dese prisa.

* * *

Alexander estaba muerto, la sonrisa cálida y amigable yacía gélida en un rictus severo, deforme y sangriento, los claros ojos bondadosos, al cerrarse, con un egoísmo impropio de ellos, se llevaron el color de mi vida. Lo veía todo gris, como la cenicienta habitación en la que me encontraba. La cuadrada sala no tenía ventanas, ni nada que desviase la vista de las paredes manchadas de humedad, era un cuarto pequeño donde no podría dar más de cuatro pasos en cualquier dirección sin chocar con una pared. Una mesa vacía de madera y una silla era todo el mobiliario que tenía a disposición. Nada necesitaba en ese momento, mis ojos solo veían el cuerpo de Alexander sentado en el sillón, desangrándose. Los oficiales me habían sacado de mi casa y me dejaron allí por varias horas una vez que llegamos a la comisaría.

La puerta se abrió y el mismo oficial que me depositó en la habitación vino a hacerme algunas preguntas.

—¿Dónde estaba usted al momento del disparo? —Fue la primera de una serie de largas preguntas que se hicieron inagotables. Cuando parecía que todo había concluido, volvía a empezar haciendo las mismas preguntas, pero acomodando las palabras en diferentes órdenes. Otro oficial se sumó al primero y me revisó las manos. De un lado y del otro. Con una pequeña pinza de metal terminada en punta escarbó debajo de mis uñas. Lo más difícil de explicar fue lo del embarazo. Un médico especialista vino a

revisar mi supuesta gravidez, aunque yo declarara que no estaba embarazada y que nunca lo estuve.

—Señora Polenski, su situación es delicada, sus suegros la culpan directamente de haber matado a su hijo.

—¿Por qué? Ellos me conocen, saben que quiero a mi esposo. Nunca les di motivos para que dudaran de mí.

—El señor Polenski hará todo lo posible por que permanezca en la prisión hasta estar seguros de que usted no es la culpable y de que se ha tratado de un suicidio, como los indicios parecen señalar.

La palabra suicidio me golpeó muy duro, Alexander se había quitado la vida. ¿Por qué? Esa misma noche parecía que nuestra relación se encauzaría nuevamente. ¿Por qué el padre de Alexander me acusaba de asesinar a mi esposo? Nada de lo que estaba ocurriendo tenía sentido. Me levanté súbitamente, arrojando la silla a mis espaldas.

—¡Quiero verlo! —ordené.

—No puede marcharse todavía —respondió el oficial, levantándose también.

—¿Estoy detenida? ¿El interrogatorio ha terminado? —pregunté furiosa—. Quiero ver a mi esposo, quiero estar con él —grité.

—Cálmese señora, aunque pudiera salir de la comisaría, dudo mucho que la familia Polenski le permita asistir al funeral.

—¡Es mi esposo! —exclamé, cada vez más furiosa. —No puedo dejarla ir.

—¡Yo no maté a mi esposo! —grité y lo tomé de la chaqueta—. No lo maté —repetí presa de una crisis y seguí repitiéndolo hasta que no tuve voz, ni llanto, ni fuerzas.

El interrogatorio y las pruebas habían durado toda la tarde. Había pasado más de doce horas en la sala de interrogatorios antes de trasladarme a un calabozo. Era más oscuro que la salita donde me encontraba antes, pero al menos tenía una cama y estaba sola. Al atardecer me percaté de que el guardia de la puerta me miraba como un perro en celo, lo único que le faltaba era sacar la lengua. El asco, la repugnancia, el dolor y el desconsuelo hicieron que vomitara. No podía detener las arcadas una vez que vacié el estómago, pero al menos conseguí que el guardia dejara de atosigarme.

Mi vecina Matilde había dejado en la recepción de la dependencia una bolsa con algunos objetos útiles, como una muda de ropa interior, un reloj de pulsera, una toalla, jabón, cepillo de dientes, pasta dental, peine y una muda de ropa. De la dependencia alguien tomó una frazada y me la alcanzó para la noche: «Está limpia», me había dicho.

Un abogado defensor tenía que haber venido esa tarde, pero nadie apareció para defenderme y no tenía esperanzas de que nadie lo hiciera. La única persona que había hecho algo por mí en esta vida, además de mi madre, había sido Alexander, y ambos estaban muertos. ¿Por qué? ¿Por qué? Mil veces ¿por qué? No tenía respuesta. Pregunté al oficial si Alexander había dejado alguna nota o alguna carta dirigida a alguien y contestó que no, que ese era uno de los motivos por los cuales estaba retenida. Un suicida decidido a acabar con su vida, habitualmente dejaba algún mensaje de despedida o con el motivo de su decisión. Pero Alexander no lo había hecho. Según el oficial, revisaron toda la casa y no hallaron nota alguna. La casa ahora se encontraba precintada.

Durante la noche, después de rechazar la cena que amablemente me había traído un oficial, me senté en la cama. La misma que, unas horas atrás, me había parecido un espantajo nauseabundo y lleno de pulgas que no pensaba utilizar, pero el correr de las horas fue reconciliando mis apreciaciones con mi necesidad de descansar cómoda, necesitaba apoyar la espalda en algún lado. Apoyé la frazada supuestamente limpia y me senté en ella, apoyar la espalda en la pared húmeda era glorioso ese día. Me hubiese gustado dormir, pero cada vez que cerraba los ojos la cara desfigurada y grotesca de Alexander acudía a mi mente. Llanto, furia, desesperación y gritos alternaban en mi ánimo. Llamaba al oficial y le imploraba que me dejase ir a velar a mi esposo. Suplicaba que me creyeran, que no lo había matado. Y el maldito zumbido en el oído me volvía loca.

A la mañana del día siguiente un letrado se presentó para tomar mi defensa. Me volvieron a llevar a la sala de interrogatorios y nos dejaron allí.

Palabra por palabra, expliqué lo mismo que había dicho al oficial el día anterior.

—Su suegro, el señor Polenski, la acusa de asesinar a su hijo y a su nieto —dijo el letrado cuando terminé con el relato.

—¿Su nieto? Le digo que nunca estuve embarazada —repetí levantado la voz—. Eso fue una estupidez que dijo Alexander cansado de las presiones de su padre con respecto al embarazo, y después dejamos crecer la mentira, pero la última noche que estuvimos juntos habíamos decidido aclarar las cosas.

—Esa madrugada su esposo se pegó un tiro en la boca —aseveró—. Muy inoportuno para usted.

—¿Qué quiere decir?

—Su suegro la acusa de haberse realizado un aborto porque engañaba a su esposo y el hijo que esperaba era un obstáculo para sus relaciones. Al enterarse, esto causó una profunda depresión en Alexander y cuando había decidido dejarla, usted lo mata, haciendo que todo parezca un suicidio. Se libra de un hijo indeseado, de su esposo, y se queda con todos los bienes y herencia de los Polenski.

Yo no sabía qué decir, si el silencio concedía admisión, en ese momento mi prolongado mutismo habría logrado que me condenaran a pena de muerte. Estaba anonadada.

No podía arrancar un solo pensamiento coherente que me llevara a entender por qué mi suegro había inventado tan grandiosa mentira.

—No es cierto —manifesté—. No sé por qué lo hace, pero todo es mentira.

El abogado tomaba nota y yo intentaba recomponer mi equilibrio mental. Dinero. Eso era, temía que le sacara el dinero, él mismo lo había dicho: me habría librado de un hijo no querido, de un esposo al que era infiel y ahora iba a quedarme con su herencia.

—Es por dinero —dije más firme—. El padre de Alexander teme que le saque dinero —aseveré—. Yo no quiero nada, ni dinero, ni la casa, ni siquiera las cosas que me compró. Lo único que quiero es salir de aquí y darle el último adiós a mi esposo antes de que lo sepulsen —rogué, con lágrimas en los ojos.

—Creo que eso no será tan fácil, la investigación continúa y hasta que no se determine que no se trata de un asesinato usted es la principal sospechosa. —Bajó la pequeña libreta de notas que

tenía en las manos y me preguntó—: ¿Cuánto tiempo tardó aproximadamente entre oír el disparo y pedir ayuda?

—No puedo determinarlo con exactitud, creo que no más de diez minutos, le dije que estaba dormida y no reconocí el ruido que me despertó como un disparo. Me acerqué con sigilo a la puerta de la habitación y la entreabrí unos centímetros para inspeccionar afuera, al notar la quietud habitual de la casa en esas horas y la luz que salía por debajo de la puerta del estudio de Alexander, supuse que él había hecho algún ruido brusco y nada más. Volví a la habitación, tomé una bata y salí a su encuentro.

—¿Cuánto tiempo tardó en vestirse?

—Solo me puse la bata, me arreglé un poco el pelo y salí, caminé lentamente por el pasillo para no hacer ruido porque quería sorprenderlo.

—Uno de sus vecinos afirma que escuchó el disparo y que entre ese momento y sus gritos habían pasado más de veinte minutos.

—No lo sé. Puede ser —consentí atribulada, con un hilo de pensamiento intentando determinar cuánto tiempo habría estado pensando en Lucas. De camino al estudio me detuve a causa del estremecimiento que me causó su recuerdo, pero no podía determinar si fueron solo unos segundos o varios minutos.

—Dígame otra vez, ¿por qué tenía sangre en las manos?

—Ya le expliqué que cuando entré en el estudio creí que Alexander se había quedado dormido y quise sorprenderlo abrazándolo desde atrás.

—¿Dormía a menudo en el estudio?

—Alexander siempre estaba trabajando, cuando no viajaba, visitaba clientes, estaba en el puerto o en las oficinas. Y cuando venía a casa se encerraba en su estudio y continuaba trabajando y allí se quedaba dormido muchas veces.

—Pero desde hacía tres meses que no trabajaba, había abandonado toda actividad en la empresa.

—¿Cómo es que sabe tanto de mi vida? ¿Es usted mi abogado o el de mi suegro?

—Solo quiero ayudarla, señora.

—¿Quién lo contrató?

—Tranquilícese señora Polenski, yo era el abogado de Alexander y me presenté espontáneamente.

—¿Trabaja para la empresa Polenski?

—Sí.

—Entonces, no quiero que me defienda.

—Pero, señora...

—Le agradezco su buena intención, pero no quiero que me represente y si en realidad quiere ayudarme vaya y dígame a su jefe lo que le he dicho. No maté a mi esposo. Lo quiero muchísimo y quiero darle el último adiós. Dígame que se quede tranquilo, que no deseo un solo peso de su asquerosa fortuna. —Me levanté y llamé al oficial que estaba de guardia.

Volví a la celda más abatida y débil que antes, nuevamente estaba el guardia que me acosaba con miradas libidinosas y esta vez al pasar me palmeó una nalga. Cuando quise girar, me empujó adentro y con el dedo índice cruzando sus labios sonrientes lanzó un largo y amenazante «¡shh!».

CAPÍTULO 16

A mediodía volvieron a llevarme algo de comer. La guardia había cambiado a las tres de la tarde y todos los oficiales que ingresaban a retomar sus funciones se daban una vuelta por el calabozo, como inspeccionando y confirmando que estaba ocupado y quién era su ocupante. Al verme sacudían la cabeza en señal de saludo y se retiraban. La celda en la que estaba alojada era una cámara cerrada con una sola ventana en la puerta, por donde podía ver la cara de las personas que venían a curiosear y por donde recibía alimentos. Estaba alejada de las celdas comunes, en las cuales estaban los hombres, que durante toda la mañana estuvieron gritándome obscenidades, proposiciones asquerosas e insultos. El día anterior había llorado, gritado y rogado incansablemente por que me dejaran salir, por eso no los había descubierto. Después de escuchar las promesas de aquellos hombres, aparqué mis deseos de salir de la celda, no quería moverme de ese sitio. Ni siquiera confiaba en estar segura en la sala de interrogatorios, pues a las promesas libidinosas que lanzaban los presos, se unían los augurios de lo que me harían los policías.

Los párpados me pesaban y no podía mantener la cabeza erguida. Pero no podía cerrar los ojos. No con Alexander esperándome en la oscuridad. A la tarde comencé a temblar, era incontenible el repiquetear de dientes y las sacudidas que daba mi cuerpo. Un oficial me preguntó si quería bañarme y me negué. Los gritos de mis compañeros reos habían cesado cuando comenzó la nueva guardia. Una o dos horas después, volvió el mismo oficial con varias revistas y periódicos.

—Ha causado gran revuelo —dijo y me miró a los ojos.

—Yo no lo maté —repetí por enésima vez, con la voz ronca, casi inaudible.

—No lo oigo, acérquese un poco más —ordenó.

—No lo maté —repetí sin levantarme.

—No sé por qué, pero la creo, aunque las caritas de ángel suelen ser las peores —observó—. Pero pienso que si tuviera un amante ya le habría sacado de este pozo, nadie en su sano juicio

dejaría a una mujer como usted en un lugar como este más de dos horas. —Me miró, sosteniéndome la mirada varios segundos—. Pero hay algo en sus ojos... —dijo al fin—. Venga, le daré algo para que pueda entretenerse unas horas. —Me ofreció, levantando la pila de revistas—. ¿Ha dormido algo? —preguntó cuando, a cámara lenta, llegué hasta él y estiré los brazos para tomar los papeles entre los barrotes de hierro.

—No, no puedo dormir.

—Tiene que intentarlo, mire cómo tiembla. ¿Ha comido?

—No, no puedo comer.

—Señora Polenski, sé que esto es muy duro, pero si en verdad es inocente todo se aclarará en las próximas horas.

—¿El abogado de oficio? —pregunté con un último hilo de voz.

—No se ha presentado, estamos esperándolo. Será la primera en hablar con él cuando llegue. ¿Por qué ha despedido al doctor Paz Urien? Es un excelente profesional.

—Es Polenski.

—No creo que el doctor Paz Urien pueda ser sobornado por nadie, pero es su situación y su decisión. Mandaré a alguien con su cena. Tiene que comer o tendremos que llevarla al hospital y no creo que le agrade estar amarrada a una cama con esposas de hierros colgando de sus piernas.

—Tampoco me agrada estar aquí sin motivo —dije, pero no pude ponerle sonido a mis palabras.

—Tiene que dormir algunas horas —concluyó el oficial Teodoro Barcé, según pude leer en su chaqueta.

Sola nuevamente, leí los impactantes titulares de los periódicos y de las revistas: «Esposa del empresario Polenski le vuela la cabeza». «Asesinato del empresario.» «*Polenski hijo asesinado por su esposa.*»

Los titulares eran condenatorios, pero en el cuerpo de la noticia surgía la incertidumbre acerca de la verdadera causa de muerte de mi esposo. «*Queda claramente planteada la duda entre el suicidio y el asesinato [...] La vehemencia en las acusaciones de Polenski incriminando a la esposa como la asesina de su hijo y un supuesto aborto que la joven se realizara para vivir un apasionado romance, presionan a las autoridades a abordar la investigación, titulando la*

causa como "muerte dudosa" y dejando de lado el suicidio [...] La esposa del joven empresario, y principal imputada en la causa, permanece detenida e incomunicada, lo que da indicios de que la carátula puede pronto cambiar a la de homicidio.»

Todos, con más o menos detalles, decían lo mismo. La prensa amarilla daba toda una lista de lugares y de las personas allegadas a mí, intentando dilucidar de dónde había emergido el supuesto amante, y una revista tenía un curioso artículo que conjeturaba un homicidio pasional cometido al hallar a mi esposo en la cama con una amante.

No me sirvieron como motivación anímica pero, como había anunciado el oficial, me mantuvieron entretenida un par de horas. Hasta había dormitado entre algunos artículos.

Dejé las revistas y miré el reloj, las cuatro de la madrugada. La cena seguía donde la había dejado el guardia de la noche. Lo único que había ingerido era el vaso de agua del grifo que dejó con la cena. ¿Qué iba a hacer? ¿A quién podía acudir? Mi padre era imposible, mis hermanos inalcanzables, Eve lejana y aunque estuviera cerca nada podría hacer para ayudarme, salvo traerme ropa limpia. No tenía dinero, ni parientes, ni amigos que pudieran apoyarme en esas circunstancias. Estaba tan sola que me sorprendía de que todavía nadie se atreviera a cumplir las promesas que lanzaban los reos del otro lado. ¿Quién se iba a enterar? ¿Quién reclamaría nada? Si hubiera seguido los consejos de Eve, de lanzarme con ella en busca de los sueños... Ella logró hacerlo y lo estaba haciendo bien. Y ahí estaba yo, pagando las consecuencias de mi cobardía. Quise gritar pero ni eso podía hacer. ¡Dios, no servía para nada! Mi vida era tan vana, insustancial, anodina, insípida. Merecía lo que estaba ocurriéndome, no había hecho nada por mí en mis diecinueve años. Dejé que manejaran mi vida, y lo peor era que quien la manejaba no tenía ninguna consideración hacia ella. Mi vida no valía nada para esas personas. Ni siquiera para Alexander, que me abandonaba en el peor momento, sin dejar una carta, sin cumplir con su palabra de solucionar la mentira que había construido. Era tan insignificante para todos, que a nadie le importaba lo que pudiera ocurrirme. Me levanté con una renovada energía, que brotaba de la ira por

descubrir cuan nimia era mi existencia, e hice añicos los periódicos y las revistas, llorando.

Un agente se acercó a la ventana de la celda y le arrojé los trozos de papel. El policía decía algo, pero no quería que me hablara ni que me tranquilizara, ni siquiera lo miraba. Abrió la puerta y el oficial Barcé entró detrás, también a él le arrojé pedazos de papel, pero entre los dos consiguieron inmovilizarme.

* * *

Cuando recobré el sentido estaba en una camilla de algún hospital. Me levanté sobresaltada al recordar la advertencia del oficial Teodoro Barcé de que me esposarían las piernas a la cama. Mire con atención y levanté ambos pies para comprobar que mis ojos no adulteraban la realidad y, efectivamente, nada me sujetaba a la cama. Volví a acostarme, un fuerte mareo se apoderó de mi cuerpo, echándolo nuevamente hacia atrás, mantuve unos segundos los ojos cerrados para poder dominarlo. Cuando la sensación de ser un molinete cesó, abrí los ojos lentamente y me dispuse a realizar movimientos más suaves.

—Está despierta —anunció una voz desconocida.

—Eso creo —dije, y la voz volvió.

—Señora Polenski, soy el doctor Patricio Mayo del Solar, su abogado —me informó con solemnidad.

—¿Para quién trabaja?

—Para usted.

—¿Y Polenski?

—Usted es Polenski, yo soy su defensor, y si lo que quiere preguntar es si tengo algún vínculo con su familia política, la respuesta es no.

—¿Es abogado de oficio?

—En ciertos casos sí pero en este en particular, no. Mis honorarios son proporcionales a mis resultados y debo informarle de que se encuentra en libertad.

—No tengo dinero para pagarle.

—Ya he cobrado por sacarla del calabozo.

—¿Quién le ha pagado?

—Señora Polenski, debo recordarle que el abogado soy yo.

—¿Dónde estoy?

—En la clínica Sagrado Corazón, ha dormido las últimas veinticuatro horas, he venido a visitarla tres veces desde que la hemos trasladado aquí y es la primera vez que la encuentro despierta. —Se sentó en la silla, a un costado de la cama, y continuó—: Señora, los médicos dicen que tendrá que quedarse al menos un día más. Está muy débil. Los policías aseguran que no comió ni durmió durante el tiempo que se encontró detenida, unas cuarenta y ocho horas, pero podrá recuperarse con unas horas más de descanso y una nutritiva dieta.

—Yo no lo maté.

—Vine solo a presentarme, señora Polenski, hablaremos de lo sucedido en cuanto abandone la clínica. Ahora solo preocúpese de recuperarse.

—¿Dónde viviré?

—Su casa ya puede recibirla. Han levantado las vallas de clausura.

—No puedo volver allí.

—¿Por qué?

—Mi suegro no lo permitirá, y los recuerdos mucho menos.

—Hablaré con mi cliente y veremos qué hacer.

—¿No soy yo su cliente?

—Me dijo que no tiene dinero para pagarme.

—Y usted dijo que me defendería.

—Hay cosas que hablaremos mañana.

—Pero...

—Tiene que recuperarse si quiere pelear —dijo cuando me vio levantarme y volver a caer debido al mareo—. Descanse, nos veremos mañana.

Antes de que pudiera recuperarme del nuevo ataque de mareos, el abogado se había marchado. Era un hombre joven, muy distinto a mis prejuicios sobre cómo eran los abogados. Patricio Mayo del Solar era la antítesis, estaba vestido con pantalones sueltos y una chaqueta de cuero marrón, no lucía los almidonados trajes impolutos que habitualmente lucían los juristas, su conversación era más bien familiar y afable, muy distinta de los acartonados y

escabrosos diálogos que solía escuchar cuando alguno de ellos hablaba con Alexander. Me agradaba, si hubiese contado con el dinero para contratarlo lo habría hecho.

—En libertad, me dijo que estaba en libertad —me dije y volví a comprobar que ningún grillete estuviese pendiendo de alguna de mis extremidades—. Estoy libre —liberé junto con un suspiro y observé que el zumbido en mi cabeza había cesado—. ¿Alexander? —exclamé en voz alta.

Una enfermera entró en ese momento y escuchó mi sobresalto.

—Su abogado me dijo que había despertado —dijo la exuberante mujer—. Ha dormido más de veinticuatro horas seguidas. Dentro de poco vendrá el médico que la examinará, y en unos minutos servirán la merienda —explicaba mientras cambiaba la fuente de suero, controlaba las guías que lo llevaban a mi cuerpo y sacaba una jeringa del bolsillo del delantal.

—¿Quién me trajo hasta aquí? ¿Fueron los policías?

—Yo no estaba cuando la trajeron, no puedo contestarle a eso.

—¿Por qué tengo que quedarme un día más?

—Pueden llegar a ser dos días más, eso lo determinará el médico. Ha entrado deshidratada y sin sentido después de sufrir una crisis nerviosa. Además, hay que esperar los análisis de laboratorio. Durante el día de ayer ha tenido algo de fiebre y tenemos que conocer la causa. —Dejó de hablar y bajó la planilla que estaba al pie de la cama y que contenía mi historial médico.

—¿Cuándo tendrán esos resultados?

—Mañana. —Se arrimó a un lado de la cama—. Gírate un poco, muñeca —ordenó y vi la amenazante aguja hipodérmica lanzar un hilo del líquido que aplicaría en mis carnes—. No te pongas dura y no dolerá —me recomendó con una sonrisa. No pude evitar cerrar los ojos con fuerza y arrugar la cara para recibir el impacto, que duró un segundo—. Es un sedante y no duele tanto. ¿Y qué dices?

—No fue tan malo. —Le sonreí—. Señora, ¿sabe quién soy? —pregunté con recelo. No sabía si esa mujer me había reconocido y por eso me trataba tan amigablemente. Tal vez si conociera mi verdadera identidad no sería tan afable.

—Cómo no saberlo querida, estás en la portada de todos los periódicos y tu nombre no deja de sonar en la radio.

—Mi esposo, mi esposo... —vacilé, no sabía cómo preguntarlo.

—Lo enterraron ayer por la mañana, tú estabas inconsciente para entonces.

Cerré los ojos y, milagrosamente, la imagen de Alexander no apareció, pero la terrible angustia y el vacío que llenaban mi cuerpo eran atroces y profundamente dolorosos. Las lágrimas volvieron. No amaba a Alexander, lo quería muchísimo, estaba inmensamente agradecida de que me mostrara una nueva vida y me alentara a tomarla. Me enseñó a valerme por mí misma. Ese año y medio de matrimonio no fue perfecto ni mucho menos, aunque fue una ilustración para mí. Pero me traicionó, era mi amigo y me mintió. Me abandonó en un momento difícil, él era más cobarde que yo. No pudo controlar su miedo y este lo engulló, dejándome sola. Era egoísta y mentiroso. Nunca le perdonaría haberme abandonado, haciendo que cargase yo con la culpa de su estúpida decisión. Sin embargo, dentro de mí, el enfado, la bronca y el odio seguían pesando menos que el vacío y la tristeza.

Cuando abrí los ojos, la enfermera se había ido y habían traído la merienda. Pude probar algunos sorbos de té con dos galletas dulces. El médico entró, me regañó por no acabar toda la merienda y me advirtió de que hasta que no comiera la dieta completa que ofrecían, no abandonaría el hospital. Se sentó algunos minutos al pie de la cama e hizo algunas preguntas con respecto a mis sentimientos y percepciones. Con las palabras que pude, con las que me salieron, intenté explicar cómo me sentía. Me escuchaba con atención y observaba especialmente mis gestos y expresiones.

—Todo se solucionará —predijo—. Ahora tiene que dormir para recuperarse. Nos veremos mañana —saludó y se marchó después de explicarme lo mismo que ya me había explicado la enfermera sobre mi estado clínico.

CAPÍTULO 17

Me despertó un suave murmullo en la oreja, abrí los ojos. La oscuridad de la habitación era atenuada por la luz que se filtraba del pasillo, por eso pude reconocer de inmediato a Lucas sentado frente a mí, apoyando la cabeza en la almohada, susurrándome al oído.

—Lucas —pude decir y me abracé a él desesperada, como la vez que lo encontré en Londres, como él me había abrazado a mí la primera vez que nos vimos. Lo apretaba con fuerza y él me devolvía el abrazo.

—Muñeca, cuánto lo siento —dijo presionando la boca contra mi pelo—. No pude llegar antes, me enfermaba saber que estabas en prisión y no podía hacer nada —se lamentaba.

Cuando el sosiego retornó a mí, lo solté y me sequé las lágrimas antes de mirarlo a los ojos.

—Alexander está muerto, yo no lo maté.

—Lo sé muñeca, y además sé que todo lo que han dicho y publicado es mentira —me tranquilizó, y acomodó un mechón de cabello detrás de mi oreja—. Pero los Polenski son una familia poderosa que puede influir en los medios y en la justicia con su dinero. Además, hay mucha gente que les debe favores.

—Iré a la cárcel —afirmé al escucharlo.

—No lo harás muñeca, no lo permitiría.

—No puedes detenerlo, el padre de Alexander cree que maté a su hijo, su madre me odia. Van a hacer todo lo posible para que vuelva a la cárcel —dije desesperada—. Yo no lo maté, tengo que hablar con su padre y decirle a la cara que yo quería a Alexander, que lo del embarazo era una mentira para que dejara de presionarlo, si puedo hablar con él tal vez lo convenza.

—Su padre sabe que tú no lo has hecho y creo que sospecha que nunca existió tal embarazo.

—Entonces, ¿por qué me inculpa? No pude despedirme de mi esposo como hubiese querido. No le puse una flor en su tumba cuando lo enterraron. ¿Por qué me hicieron esto? ¿Por qué me hizo esto? —Terminé desbordada por el llanto y el desconsuelo. Lucas volvió a abrazarme y me contuvo nuevamente.

—Cálmate Juliana, no puedo soportar verte sufrir de esa manera
—susurró y me tomó de la cara para besarme en los labios.

Su contacto provocó una reacción enérgica de rechazo, lo empujé con violencia.

—¿Qué haces? —La pregunta tenía varias implicaciones para mí, había descubierto que Lucas había entrado a la clínica en plena madrugada, dio a entender que él había sido el que acudió en mi auxilio y se lamentaba de que hubiese permanecido detenida—. ¿Tú contrataste al abogado que me sacó de prisión?

—Sí.

—¿Por qué te dejaron entrar a estas horas?

—No saben que estoy aquí, ni tampoco que estoy haciéndome cargo de los gastos del hospital.

—¿Por qué estás ayudándome?

—Porque sé que eres inocente y porque sé que nadie lo hará.

—Tú sabías que no estaba embarazada y que nunca lo estuve.

—Pero es peligroso que yo hable, los rumores sobre tu amante o supuestos amantes pueden darse por confirmados si saliera en tu defensa tan abiertamente o te visitara en horarios normales.

—No tienes que entrometerte en esto, puedes salir perjudicado.

—Dejaría que hablasen lo que quisieran si no estuvieras tan comprometida. Sabes perfectamente que estoy interesado en ti desde el día que te conocí.

—El día que me conociste estabas tan ebrio que no podrías acordarte.

—¿Eso fue lo que creíste? Estoy empezando a desarrollar el talento de algunos de mis actores. Acababa de llegar a la fiesta y no pude creer lo que veía, tenía que tocarte y saber que eras real. — Me acarició la mejilla y continuó—: Me tienes loco desde ese día, Juliana —confesó y yo no salía de mi estupor—. No digas que no te habías dado cuenta, sé perfectamente que tú te derrites cuando te toco, muñeca.

—Lucas, no puedo pagarte lo que estás haciendo. —Repetí el ataque a mis sentidos con algo que sabía fehacientemente, porque mis sentimientos eran un gran misterio en ese momento. Sola, sin nadie en quien apoyarme, como siempre Lucas aparecía en mis momentos difíciles. Muchas veces le había dicho a Alexander que

era mi ángel salvador, pero la verdad era que quien siempre me había rescatado en episodios de desesperación había sido Lucas.

—¿De qué hablas?

—De los gastos de la clínica, de los honorarios del abogado y las demás molestias que pudiera ocasionarte.

—Juliana, no aceptaría una sola moneda tuya, aunque tuvieras una montaña de oro. —Se acercó más a mí—. Una vez te dije que lo que quería de ti era muy grande, ¿recuerdas?

—En Londres —respondí.

—Lo sigo deseando y cada vez más intensamente.

—No puedo darte nada.

—No se trata de lo que puedas darme Juliana.

—¿A no?

—No. Es lo que conseguiré de ti.

—Lucas...

—Mira lo que te traje —interrumpió y levantó del suelo una caja mediana, la abrió y pude distinguir ropa perfectamente doblada y planchada—. Tienes dos mudas de ropa, incluyendo ropa interior, zapatos y algunas cosas de perfumería.

—Gracias.

—Son de tus modistas Clotilde y Miranda.

—¿Les dijiste que eran para mí?

—Ya habría salido en los diarios, muñeca. Solo les dije que quería ropa de mujer talla treinta y seis largo.

—Estarán muy acostumbradas a coser para tus mujeres.

—Claro que sí. —Sonrió con picardía y me hizo sonreír—. Lo dejaré en el mueble cuando me vaya —dijo y volvió a guardar todo—. Juliana, tienes que recuperarte pronto. La batalla va a ser dura y necesitas estar fuerte y lúcida, Patricio es un buen abogado pero tú tienes que colaborar con él.

—¿Lo conoces hace mucho tiempo?

—Sí, prácticamente somos como hermanos, nos criamos juntos.

—Eres un buen amigo, Lucas.

—Muñeca, para ti soy lo que quieras. Si quieres que sea tu amigo, te prometo que seré el mejor y cuando decidas que sea tu amante no te arrepentirás.

—Lucas, no quiero hablar de eso.

—Alexander nunca tendría que haberse casado, se arruinó la vida él mismo y casi te la arruina a ti. Hasta he llegado a sospechar que hay algo más detrás de todo esto.

—¿Por qué dices eso?

—Hay cosas que no conoces de tu esposo y cuando estés recuperada y libre completamente de sospechas te las aclararé. — Me tomó una mano y la besó—. Ahora solo recupérate y no dejes que la tristeza te arrolle. Alexander tomó esa decisión porque era un cobarde. —Alzó la mano para detener mi defensa hacia Alexander y continuó—: Si hizo lo que hizo es porque era un cobarde. Tú puedes quererlo mucho, pero eso no cambia los hechos. No supo colocarte en el lugar que te correspondía porque nunca tuviste que haber ocupado ese lugar, no supo frenar las imposiciones de su padre y recurrió a la mentira como solución, y cuando la mentira se le fue de las manos hizo lo más fácil: abandonar el juego. No te culpes por lo que hizo, muñeca, y no dejes que nadie te convenza de lo contrario. —Volvió a colocarme la mano en la cama y se levantó de la silla—. Yo puedo dar fe de lo leal que eras a tu esposo, no pude llevarte a la cama. —Caminó hasta el armario y guardó la caja—. A pesar de estar enamorada de mí.

—No lo estoy.

—Entonces lo estarás. —Dirigiéndose a la puerta me guiñó un ojo—. Por la mañana vendrá Patricio y te dará la dirección y la llave de tu nueva casa —me hizo saber y se fue.

Otra vez tenía que seguir las indicaciones que me daba un hombre, aunque no era un hombre cualquiera y a esas alturas, en mi fuero íntimo reconocía que amaba a Lucas Montalbán. No sabía desde cuándo pero podía recordar el momento en que me di cuenta de que lo hacía: una mañana, Alexander tenía que viajar y yo había planeado salir por la noche a un estreno de teatro donde sabía que vería a Lucas, todavía compartíamos saludos y miradas cómplices. Alexander se fue y volvió a las pocas horas, anunciando que el vuelo se había demorado y que saldría a las cinco de la mañana del día siguiente. Eso me turbó el humor, pero cuando no quiso acompañarme al estreno y además impidió que saliera, muy cortés y sutil como siempre era Alexander, me contrarié tanto que me encerré en el cuarto con la excusa de un fuerte dolor de estómago.

Me desequilibró la idea de no poder ver a Lucas, justo esa noche que había prometido mostrarme algunas fotos de sus actrices con el pretexto de que no se acordaba de los nombres de todas las que hacían pequeñas intervenciones en sus películas. Si en alguna de aquellas fotografías estaba Eve, la localizaríamos con prontitud. Más allá de mi real deseo y mi necesidad de hallar a Eve, saber que estaría a solas con Lucas algunos minutos enardecía cada fibra de mi cuerpo, imaginar que me tocaría o podría llegar a besarme, me electrizaba la piel y sofocaba mi razonamiento. Aquel día descubrí que me había enamorado.

Aunque amara a Lucas, y sobre todo porque amaba a Lucas, no iba a hacer lo que me pedía. Haría por primera vez lo que me pareciera mejor. Me transformaría en una mujer independiente y, para empezar, tenía que tomar las riendas de mi vida. No tenía casa, no tenía familia, no tenía dinero, no tenía trabajo, ni siquiera había hecho amistades en la ciudad en el corto tiempo que viví en ella. Solo Lucas. Él y Eve eran todo lo que tenía, y por ellos y gracias a ellos cambiaría de vida. Una vez más.

Cuando miré por la ventana había amanecido, me pregunté dónde estaría Eve, si se habría enterado de lo que me estaba pasando, cuándo regresaría y si iría a verme. Recordé las elaboradas obras que montamos el último verano que pasé en la estancia y me pregunté si seguiría siendo tan graciosa en el momento de actuar. Llegó el desayuno y, como una efectiva invocación de alma, Eve llegó con la mañana.

CAPÍTULO 18

—Escatimar en comida solo hará que enfermemos, Eve. No podemos dejar de comer carne. Tú necesitas muchas energías para actuar cada noche.

—No es por el dinero, es que la carne engorda.

—Lo que te vendría muy bien a ti, estás muy delgada, tienes que subir de peso.

—Mira quién habla, pareces un espárrago.

—Por eso quiero encargarle a don Jerónimo por lo menos medio kilo de carne para todos los días y le pagaremos los viernes. —Dejé la libreta de las compras semanales—. ¿Qué ocurre, Eve? ¿Por qué tienes esa cara? No me estás escuchando.

—Calla July. Escucha.

En la radio convocaban a actores que quisieran actuar en radioteatros.

—¡Es buenísimo! —dijo entusiasmada—. Vamos a vestirnos. Iremos ahora mismo.

En media hora estuvimos preparadas. Nos arreglamos cual estrellas de cine y salimos a la calle. Caminamos, porque no quisimos gastar dinero en transporte y no quedaba muy lejos la estación de radio Belgrano, donde habían hecho la convocatoria. Llevábamos nuestra mejor predisposición hacia el nuevo trabajo y además llevábamos las obras que yo había escrito, que fácilmente podría adaptar a un radioteatro. Llegamos cerca del mediodía y esperamos unas dos horas a que el director volviera de comer, sin impacientarnos, sentadas en el vestíbulo de la radio.

—Cuando te veo en esta situación me gustaría golpearte, July.

—No digas tonterías, Eve.

—Te lo digo en serio, podrías estar viviendo en Colombia, casada o no, pero junto al hombre que amas.

—No quiero que me hables de Lucas.

—Sí, sí que lo haré. No te entiendo July, cualquier mujer mataría por que un hombre como Montalbán se enamorase de ella, y tú lo rechazas.

—No me ama, si así fuera no se habría marchado.

—Te pidió que viajaras con él.

—Pero no me pidió matrimonio, además no podía hacerlo. No habían pasado ni seis meses de la muerte de Alexander. No, jamás podría haberme ido con él.

—Después de todo lo que te has enterado que hacía tu marido, sigues con esa idea ridícula de mantener el luto. ¿Por cuánto? —me preguntó enfadada—. ¿Diez años?

—No sé, por ahora seguiré siendo la viuda de Polenski, mal que les pese a mis suegros.

—Como si te sirviera de algo. Ese apellido te ha dado más disgustos que alegrías. —Mirando hacia fuera continuó—: Tu apellido tendría que ser Montalbán. ¿Cuánto piensas que hubiese pasado hasta que te lo hubiera propuesto?

—Él quería triunfar y yo quería hacer algo con mi vida. No me arrepiento de estar en este frío banco esperando una oportunidad, porque es mi oportunidad, Eve. No quiero morir sin haber hecho nada que hubiese decidido hacer por mí.

—Bien July, perdóname, es que te miro y siento que no estás preparada para esto.

—Nos está yendo muy bien. Polenski ya no nos persigue y pudimos pagar los últimos tres meses de alquiler sin retrasos. Si conseguimos este trabajo, más los modelajes, lo que te siguen pagando por la película y los trabajitos que hago para Miranda, estaremos muy bien de dinero.

—Ya es hora de que comience a ganar algo más de dinero. Estoy harta de ser pobre.

—No puedes quejarte Eve, nos está saliendo todo como queríamos, pudimos mudarnos a un lugar más decente, tenemos comida todos los días y ampliamos nuestro vestuario.

—¿Cómo puedes soportarlo? Siempre has tenido de todo, viviendo en grandes mansiones con criados y sin pasar necesidades elementales como un baño decente o una cama propia.

—Nunca tuve nada Eve, la casa de mi padre siempre fue una prisión más que una casa y con Alexander estuve bien los primeros meses, pero cuando regresamos de luna de miel todo fue distinto. Me desquiciaba tener que sufrir las presiones constantes de sus padres cuando vivíamos en su casa, y luego cuando nos mudamos

sufría una profunda soledad, Alexander atendía a su amante y dejaba que me las arreglara sola, pero todo era suyo.

—Eras su esposa y aquella era tu casa. Tu suegro no tenía ningún derecho a quitártela y quemar todas tus cosas. Yo no se lo hubiese permitido.

—La casa no me hubiese durado mucho, las cuotas eran muy altas y más del cincuenta por ciento del valor de la casa estaba impagado. Lo de mis cosas no pude evitarlo, estaba en prisión.

—Podrías haber pagado la casa con el dinero que rechazaste por no divulgar el secreto de Alexander.

—No quiero nada de esa gente Eve, no me los recuerdes más. Quiero ser alguien, quiero vivir mi propia vida sin intervención de nadie.

—Es muy fácil decirlo, pero...

—Estamos bien, Eve. —Me levanté y extendí la mano para ayudarla a levantarse—. La secretaria nos está llamando —avisé y entramos a la entrevista.

* * *

Se día nos contrataron y mis obras quedaron en manos de la producción de la radio para evaluar su calidad. El radioteatro en el que Eve hablaría y yo haría los efectos, junto con otro compañero, se llamaba *Oro blanco* y contaba la historia que se desarrollaba en una plantación de algodón en la provincia del Chaco. Era bastante fantástica, pero tenía una pincelada romántica y mucho humor.

Cumplíamos nuestro trabajo con alegría y entusiasmo. Cuando terminó la obra de la plantación los directivos decidieron poner en el aire una de mis obras, *El coliqueo*, que relataba la vida de un indio mapuche de Los Toldos que era llevado a Italia. Una mezcla estrambótica que se me había ocurrido al recorrer el sur de ese país y observar unas construcciones muy parecidas a las que hacían los mapuches que vivían cerca de la estancia de mi padre.

Eve había hecho un viaje a Junín cuatro meses antes de comenzar con los trabajos en la radio porque su hermana Erminda estaba enferma. Se quedó durante semanas allí y se enteró por comentarios de la gente del pueblo de que mi padre había perdido la

estancia. Toda la tierra que poseía en Los Toldos le fue arrebatada, los motivos eran desconocidos pero los rumores eran que se había dedicado al juego. Cuando Eve me contó aquello, recordé la estancia y a los mapuches que jugaban con nosotras.

Un mes después Eve fue contratada para trabajar en la obra de teatro *No hay suegra como la mía*. La Navidad de 1937 fue alegre, distendida y feliz. No recordaba una Navidad tan alegre desde aquella que viviera en la estancia cuando tenía ocho o nueve años. Brindamos tantas veces que terminamos tiradas en el suelo riendo y llorando por todo. Estábamos felices porque teníamos trabajo, ambas estábamos logrando estabilizarnos económicamente. Al trabajo en los radioteatros que compartíamos se sumaban los trabajos que cada una hacía por su lado. La obra en la que trabajaba Eve era un éxito y el guión que yo había presentado a uno de los productores más sofisticados del ambiente cinematográfico había sido aceptado. Me había prometido que hablaríamos de negocios al empezar el nuevo año. Pero ambas estábamos tristes, nuestra vida amorosa era un verdadero fracaso. Lucas seguía en Colombia y seguramente ya ni se acordaba de mi existencia. De vez en cuando leía en algún artículo perdido sobre el talentoso y joven productor argentino, según los periódicos, que estaba logrando innumerables logros en el norte de América del Sur. Me daba un profundo orgullo, pero me hundía el ánimo hasta lo insoportable al comprender que Lucas no volvería. La película *Magia prohibida*, que estrenara antes de marcharse a Colombia, también cosechaba premios en todos los países y había superado la cantidad de galardones que obtuviera su película *Amor de tango*. Tenía que rehacer mi vida sin él. Eve estaba muy enamorada de un señor de apellido difícil que no le prestaba atención, ni le daba la importancia que ella se merecía. Aunque lograba reiteradas apariciones en la revista *Sintonía*, de la que era su director, sufría por las incontables veces que la dejaba plantada esperándolo. Teníamos la mitad de nuestra vida resuelta, faltaba la mitad más difícil.

Todo cambió de la noche a la mañana. Mi suegro apareció una vez más en mi vida y esta vez no solo me perjudicó a mí, sino que también intentó hacerlo con Eve. La esperada reunión con el productor y director cinematográfico, Tinayre, no pudo concretarse.

Cuando me presenté a la ansiada entrevista, un asistente me impidió entrar al darle mi nombre, me informó de que la reunión se había postergado y me devolvió los libretos, agregando que la producción los había leído nuevamente y había decidido que no estaban a la altura de sus expectativas. Además, no querían volver a recibir ningún material que me perteneciera.

El descomunal rechazo y la inapelable advertencia para que no lo intentara de nuevo me dejaron irremediabilmente desconcertada. En verdad había creído que mi libreto era bueno y las palabras del productor días antes de Navidad me habían dado a entender que trabajaría para su productora. Pero allí estaba, caminando sin rumbo, desorientada. Tenía que ir a la radio, pero no tenía ánimo. El ardor con el que trabajé tanto, todos esos meses, me había abandonado. Aquel hombre me había dado una puñalada que causó una grave herida a mi incipiente osadía para enfrentar al mundo. Me arrastré hasta mi casa, donde encontré a Eve preparándose para ir a la radio.

—Creí que irías directamente a la radio —me dijo mientras se terminaba de vestir.

—No iré hoy, diles que me siento mal.

—¿Qué te ocurre? ¿Te duele algo? ¿Qué ocurrió con la reunión?

—No me dieron el trabajo.

—No importa July, ya habrá otras oportunidades —me consoló sin reconocer la real magnitud de mi derrota.

—No, no las habrá.

—¿Qué dices? Siempre ocurre la primera vez que te rechazan, cuando te acostumbras a que te cierren las puertas en las narices es más fácil. —Me sonrió—. Yo sé lo que te digo. —Se acercó a mí y me empujó hacia mi cuarto—. Ve a vestirme, que iremos a trabajar.

—No iré, no puedo hacerlo. No sé cómo lo haces tú Eve, pero yo no puedo levantarme tan rápido cuando caigo tan fuerte.

—No digas tonterías July el próximo al que presentes tus historias te adorará.

—Es que no solo las rechazaron, las despreciaron y trataron mi trabajo como basura cuando me advirtieron de que no volviera a intentarlo, que no quieren nada que provenga de mí.

—Ellos se lo pierden.

—No tengo tu fortaleza Eve, no puedo pensar como tú.

—Si no estabas dispuesta a aprender sobre la vida, haberte ido con Lucas. Juliana, no todo es rosa, y recuerda que tú elegiste esta vida. Así que ahora, señora Polenski, levante el culo de esa silla y vaya a cambiarse, que tiene que ir a trabajar.

—No iré.

—Claro que sí, no puedes darte el lujo de faltar, aquí se come todos los días.

—No te pido que me mantengas.

—No lo haría ni por piedad. Tú puedes y debes hacerlo sola, como lo he hecho yo desde que llegué a Buenos Aires.

—No puedo.

—No tengo tiempo para oír sus lamentos, señora Polenski. La espero en el trabajo —espetó enojada y salió de la casa dando un portazo.

Eve siempre fue más adulta que yo a pesar de ser dos años menor. Medité unos minutos en sus palabras y me levanté del sillón. Me puse un elegante vestido marrón claro, de falda recta que llegaba debajo de las rodillas, con cintura de pinzas, muy ceñido y con breteles⁽³⁾ gruesos que formaban un escote cuadrado y alto, diseño que había elaborado poniendo en práctica aquellas extenuantes clases de corte y confección que mi padre me obligó a tomar durante años. Me coloqué unos zapatos más cómodos que los ajustados de tacón que había utilizado para la malograda entrevista. Me solté el pelo, que había recogido en un sobrio y austero rodete, para que no escapasen mechones por debajo del parco sombrero negro de ala ancha, y lo dejé caer libre sobre mis espaldas. No usaría sombrero, saldría a la calle con la frente en alto y mostrando la cara al mundo. Me enfrentaría con él si fuera necesario y vencería.

Al llegar a la radio, el padre de Alexander salía. No nos cruzamos por muy poco. Cuando llegué a la puerta, su coche arrancaba, conducido por una mujer que nunca había visto antes. Ellos no me vieron a mí. Entré en el edificio como lo hacía habitualmente y uno de los directores que se encontraban en ese momento me pidió que fuese a su oficina y lo esperase allí antes de ir a mi lugar de trabajo.

* * *

Muy diferente fue el sentimiento que me embargaba aquella tarde al terminar la reunión con uno de los productores de la radio. Después de seis meses de trabajo diario me dijeron las mismas palabras que esa misma mañana me habían dicho en la productora de Tinayre.

Lo comprendí todo. Quise salir corriendo e ir a enfrentar a aquel viejo ominoso y funesto que quería arruinar mi vida. ¿Por qué no? Me pregunté. Nunca me había enfrentado a él después de la muerte de Alexander. Intentaba por todos los medios mantenerme fuera de su vista y apartada de su camino. Patricio Mayo del Solar, mi abogado, había pretendido iniciar acciones legales por la posesión de la casa y del resto de los bienes; además quería pedir una satisfacción por la destrucción de patrimonio privado y un desagravio público. Pero me negué. Al saber que él era el ejecutor responsable de las difamaciones y además de la pérdida de todas mis posesiones, opté por alejarme, por no verlo nunca más, lo que me valió una colosal pelea con Lucas y un apremiante sermón de Eve, que continuaba cada vez que se acordaba de lo ocurrido. Eso iba a terminar aquella tarde. No iba a dejar que ese viejo insensible me siguiera arruinando la vida. Ya se la había arruinado a su hijo, obligándolo a contraer matrimonio cuando descubrió sus desviadas inclinaciones sexuales. El viejo era capaz de matarlo antes de permitir que alguien descubriera que a su único hijo varón le gustaban los hombres. Nada más efectivo que un matrimonio con una insulsa y estúpida muchacha provinciana, que no sabría reconocer los hábitos poco comunes de su esposo. Si todavía no lo había gritado a los cuatro vientos era porque, después de todo, Alexander y Eve eran las únicas personas que me trataron con consideración y algo de cariño antes de que apareciera Lucas en mi vida. Su memoria era lo que lo protegía. El sentimiento de traición que padeciera en un primer momento se desvaneció cuando la causa de la muerte de Alexander quedó debidamente archivada como suicidio, y el viejo dejó de pregonar con el asesinato de su hijo y de su nieto. Las pruebas clínicas demostraron que no había

estado embarazada en el último año y, a tres meses de mi viudez, aquello parecía un sueño. Nadie me llamaría asesina, no tendría que volver a la cárcel y la cara de Alexander ya no se me presentaba al cerrar los ojos, eso me bastaba, y quise que todo terminara allí. No permitiría que se metiera una vez más en mi vida, en mi trabajo.

Llegué a su casa y golpeé la puerta con fuerza, prescindiendo del timbre. La criada se sorprendió al abrir la puerta, lo que le impidió reaccionar con rapidez. Conocía la casa a la perfección, escuché que la desesperada criada me gritaba que la señora no estaba, pero no buscaba a la señora. Me dirigí al cuarto que ocupaba mi suegro y sin pensar en nada abrí la puerta con violencia. El cuadro que encontré era bastante pintoresco, la mujer que conducía el coche ahora estaba cabalgando desnuda sobre mi suegro. Los dos se sobresaltaron y la mujer salió volando hacia un costado de la cama, intentando llevarse con ella algo de sábana. No presté demasiada atención a la mujer, pero mi primera impresión fue que la conocía.

—No se meta con mi vida, señor Polenski —advertí furiosa—. No tiene derecho a meterse en mis cosas ni con mi trabajo.

—¿Qué haces aquí? —bramó—. Pagarás muy caro haber entrado en mi casa, excremento provinciano —me insultó.

—Si no quiere que lo salpique no se acerque a mí —lo amenacé—. Puede quedar bastante embarrado de mierda.

Di media vuelta y me marché. A cuatro o cinco calles de allí la efervescencia que me provocó el atropello contra mi vida se disipó y comencé a reír. Estaba loca, el padre de Alexander me mataría por haberme metido en su casa, en su dormitorio y haberlo visto desnudo y fornicando con una mujer que no era su esposa, aunque dudaba de que con su esposa lo hubiese hecho alguna vez. Allí, desnudo, era un adefesio viejo y arrugado, su prominente abdomen se bamboleaba desparramado sobre la cama. No podía dejar de reír. No tenía trabajo, no iba a conseguir trabajo, después de aquello, pero me sentía bien, tan bien y tan revitalizada. Me habían hecho daño pero esta vez había devuelto el golpe, se acabó poner la otra mejilla. No con gente que golpearía hasta matar.

* * *

—¡Estás loca Juliana, no dejaré que te marches!

—¿No entiendes que puede meterse contigo también? Es raro que no lo haya hecho ya. Ese hombre no tiene escrúpulos.

—Es un rico más, como tantos otros.

—Por eso mismo no puedo permitir que te perjudique o se meta con tu trabajo, Eve.

—En la radio no dijeron nada, solo que ya no representaríamos tus obras. Nadie me dijo nada en particular a mí.

—Puede ocurrir.

—Deja de preocuparte, Juliana. No se meterá conmigo y no creo que quiera hacerlo contigo otra vez —dijo con sorna al recordar lo que le había contado—. ¿Tan mal estaba?

—Es para olvidarlo.

—Tiene que serlo, porque con el tiempo que llevas sin hombre, cualquiera sería agradable a tus ojos.

—Hablo en serio Eve. Me mudaré a otro lugar para vivir, no quiero que te involucren conmigo y seas una víctima inocente en esto.

—No va ocurrir nada, tú lo dijiste July, no lo han hecho y dudo que lo hagan.

—No, no y no. Buscaré otro lugar, a dos cuadras de aquí hay una pensión. No es tan limpia y tranquila como esta, pero cuesta un poco menos.

—¿Qué harás cuando se te acaben los ahorros?

—Seguiré con los trabajos para Miranda. Si no consigo vender los libretos entonces le pediré más trabajo y además puedo prescindir de la carne.

—No bromees, July.

—Estaré bien Eve, lo que lamento es que tendré que utilizar lo que había llegado a ahorrar para pagarle a Lucas los honorarios del abogado.

—Otra vez con eso. ¿Cuándo te has convertido en esta acérrima muía? No seas tan terca July, Lucas no lo va a aceptar, si es que regresa algún día.

—Igualmente tendré preparado el dinero para devolvérselo.

—Haz como quieras. ¿Cuándo te marchas?

—Mañana. Hoy cuando dejé la casa de mi suegro, después de reflexionar sobre lo ocurrido me decidí y pasé por allí, tiene habitaciones disponibles pero me tengo que apurar porque no duran mucho tiempo desocupadas.

—¿Qué puedo hacer para que cambies de idea?

—Nada, tú solo quiéreme.

CAPÍTULO 19

Los dedos me escocían de tanto trabajar con la aguja. El frío del invierno naciente no dejaba que manejara las costuras como siempre. Tenía las manos torpes. Dejé el trabajo para otro momento, porque solo conseguía darme dolor de cabeza y no podía avanzar nada. Le di unos golpes a la estufa de queroseno que tenía en la habitación y solo logré que un grueso hilo de humo negro se elevara hacia mí, provocándome un acceso de tos. Un golpe en la puerta hizo que me levantara y aproveché la ocasión para sacar fuera el escupidero de humo antes de que me arruinara la ropa que estaba cosiendo con ese asqueroso olor.

—¡Eve! ¡Qué alegría! Espérame un segundo —dije llevando mi artilugio fuera.

—Tienes una hora para ponerte guapa, iremos a Belle Epoque.

—Eve, sabes que no me alcanza ni para ir a bailar al club SacaNanas y que yo sepa a ti tampoco.

—Vengo de firmar un contrato para trabajar en la obra *La gruta de la Fortuna*, de la compañía de Pierina Dealessi en el teatro Liceo —dijo gritando, loca de alegría, y las dos nos prendimos en un abrazo interminable—. Sácate ese olor a queroseno y ponte el vestido púrpura —indicó sonriente—, el de la falda corta, te queda divino, y ve a casa. —Antes de irse agregó—: La cena la organiza la gente de la compañía, habrá muchas estrellas hoy. No olvides el abrigo que parece de piel —gritó cuando ya estaba saliendo de la pensión.

Aquella noche verdaderamente había estrellas en el lugar. Eve, como una de ellas, estaba vestida con un glamoroso vestido color crema, de satén y terciopelo. El vestido era largo, de falda plisada y escote soberbio, una delicadísima chalina blanca le cubría el cuello descubierto y caía en su espalda como dos brazos inertes, balanceándose según los caprichos del movimiento. Se había levantado el pelo con rigurosidad, sujetándolo en medio de la cabeza en un tenso rodete. Yo había seguido su recomendación y me engalané con el vestido púrpura, de gran escote redondo y falda recta que llegaba justo a la rodilla, era muy corta para los modelos

convencionales, pero esa noche podían verse muchos nuevos diseños y no llamaba la atención. El lugar no estaba dispuesto como siempre, con mesas esparcidas por todo el lugar, con la pista y el escenario en medio. Para esta ocasión especial se colocaron las mesas todas juntas, formando una larga mesa multitudinaria. El local estaba totalmente iluminado. Había gran camaradería entre los integrantes del elenco. Los casados habían asistido con su familia y los solteros con algún familiar. Había empresarios teatrales y varios periodistas, entre otros desconocidos para mí. Eve me presentó a varios actores que serían sus compañeros de elenco en la obra, como Gregorio Cicarelli, Ernesto Saracino y a un actor muy joven y buen mozo, llamado Marcos Zucker. Justo antes de comenzar la cena hizo su entrada triunfal un brillante y joven director que venía de brillar en Colombia, Lucas Montalbán, del brazo de una impactante mujer rubia y preciosa. Al verlo solo pude sentir el olor a queroseno que imaginaba que salía de mi cuerpo.

Después de la cena, los directivos de la compañía presentaron en la pista central al elenco de actores que estrenarían en pocos días *La gruta de la Fortuna*. Cada uno fue nombrado y aplaudido al subir al escenario. El orgullo y la alegría de ver a Eve tan feliz entre ellos, me hicieron olvidar por algunos minutos la presencia de Lucas. La directora de la compañía no dejaba de nombrar a Eve, pero la llamaba Evita, como todos los demás.

Luego comenzó el baile y la noche se hizo divertida para casi todos los presentes.

—¿Lo has visto? —me preguntó Eve cuando se separó del elenco para hacerme compañía.

—¿Cómo no hacerlo?

—¿Te ha saludado?

—No. ¿Y a ti?

—Sí, cuando estaba con el elenco, vino hasta mí y me felicitó.

—Su novia es preciosa.

—Tú eres más bella Juliana, solo que más tonta —me regañó enojada—. Deja de menospreciarte de esa manera.

—La presentación estuvo fantástica —dije, queriendo cambiar de tema.

—¿Cuánto hará que volvió al país?

—No tengo idea, hace tres meses que no compro ni el diario.

—Eso es por tu culpa Juliana, si no fueses tan terca estaríamos mejor.

—Si viviésemos juntas tal vez nunca hubieses conseguido este trabajo.

—No podemos saberlo. No peleemos.

—No. Estás preciosa, si te enojas te arrugas y se te corre el maquillaje.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—¿Quererme?

—Ven —dijo poniendo los ojos en blanco—. Bailemos —anunció arrastrándome a la pista.

—¿Con quién?

En ese momento dos jóvenes compañeros de elenco de Eve se acercaron a nosotras para solicitar un baile. Entre risas aceptamos bailar y, tomando las manos de nuestros compañeros, nos incorporamos a la pista. Bailamos con los mismos jóvenes varias piezas de una danza alegre y movida que interpretaba una banda venida de Estados Unidos. No había vuelto a bailar desde que Alexander muriera, y me costó un poco al principio, sobre todo sabiendo que Lucas estaba cerca. Nuestras miradas se cruzaron dos o tres veces. Me estremeció su mirada fría y dura. No pensé que nuestro encuentro podía llegar a ser así. Después de quince meses de no vernos, imaginé que ambos actuaríamos de manera más civilizada y cordial. Pero su mirada no tenía nada de cordial y mucho menos de civilizada.

Dejamos de bailar y nos retiramos hacia las mesas. Cuando iba a tomar asiento, un golpe en la espalda me hizo dar un paso precipitado hacia delante, inmediatamente giré y me encontré con Lucas, que pasó a mi lado sin disculpase. Ni siquiera por cortesía o educación me saludó, ni siquiera se disculpó por el empujón. Hasta creo que lo hizo adrede. Su mirada cargada de odio me congeló el alma y lo único que deseé en ese momento fue marcharme del allí. Busqué a Eve para informarle de que me iba. No soportaba la idea de compartir el mundo con Lucas, mucho menos un lugar tan pequeño como Belle Epoque.

El día del estreno llegó al fin. No estaba en primera fila pero tampoco estaba en la puerta de entrada. Pagar la entrada me había costado tres días de costura ininterrumpida, pero jamás aceptaría entrar gratis. Me acomodé, intentando aplacar los frenéticos latidos del corazón, en parte acelerado por la emoción y otro poco por lo cerca que estuvo un automóvil, negro y grande, de atropellarme en la esquina de la calle Rivadavia. Un hombre logró tirarme del brazo y sacarme del camino del coche, que aparentemente perdió el control y subió a la vereda. El chófer no se detuvo, bajó nuevamente a la carretera y siguió su marcha veloz en dirección al Congreso Nacional. Sin dejar que el episodio arruinase la velada, me arreglé el sobretodo de gabardina negro, que se arrugó gracias al gentil caballero que me sacó del camino de la muerte, y continué mi camino acompañada justamente por mi salvador, que también se dirigía al teatro. Al entrar nos separamos, él tenía localidades mucho más adelante. Mauricio Cardigan era su nombre, un elegante caballero joven y rápido de reflejos, de mirada sagaz y sonrisa fácil.

Había vivido tres episodios con riesgo de vida en tres meses, uno por mes. Ya no era casualidad. Iría a visitar al oficial Teodoro Barcé, el único policía en el que podía confiar, y le contaría los sucesos.

—Señorita Juliana, al fin la encuentro —esbozó con fatiga y una sonrisa de alivio—. La estoy buscando para invitarla a ver la obra conmigo, mi acompañante no ha llegado y a estas alturas ya no creo que asista. ¿Me haría el honor?

—Claro que sí —respondí con una sonrisa, no podía negarle compañía a mi salvador.

—Vamos, los asientos están más adelante —comentó con modestia.

—Podré ver mejor a mi amiga.

—Y podrá enseñarme cuál es.

—Por supuesto —asentí sin dejar de sonreír, no era apuesto pero su simpatía cautivaba tanto como la belleza y mantenía encantada a cualquier persona que se le acercase. Eso me pasaba a mí, no podía dejar de sonreír embelesada.

Nos acomodamos en la tercera fila de la columna central del teatro. Eve tendría un ataque de alegría cuando me viera tan cerca.

El sombrío incidente no tuvo lugar en nuestra conversación. Nos dedicamos a mirar la obra, que ya comenzaba, y a comentar el espectáculo. La obra era sensacional y Eve estuvo magnífica. Al concluir, en el saludo final, cuando la totalidad de los actores salen a dar el agradecimiento final a los aplausos, Eve me arrojó un beso con las manos y no pude contener las lágrimas. Mauricio sacó un pañuelo del bolsillo interior del traje y me lo ofreció.

—Otra vez justo cuando lo necesitaba —argüí, tomando el pañuelo y sonriéndole.

—Tu amiga ha estado muy bien, aunque no me emocione hasta las lágrimas, debo reconocer que es buena actriz —contestó tuteándome.

—Sí, sí lo es.

—Ya la había visto en otra obra en el verano.

—Sí, ha hecho varias cosas, pero esta es la más importante hasta ahora. También es la actriz de los radioteatros de radio Belgrano.

—¡Qué bien! Tiene un futuro muy promisorio en la carrera.

—Sí.

El telón bajó definitivamente y me disculpé con Mauricio para ir a saludar a Eve en los camerinos.

—Te espero en el vestíbulo —anunció.

Lo miré con recelo, no sabía que contestar. ¿Para qué quería esperarme? ¿Habría malinterpretado algún gesto o actitud mía? Rápidamente Mauricio me sacó de la duda y aclaró:

—Es bastante temprano, me imagino que irás a comer. ¿Podemos hacerlo juntos?

—Sí, sí —contesté la segunda vez con mayor seguridad. Sería mucho más seguro que saliera acompañada de aquel lugar, después de lo que había ocurrido esa tarde, era lo mejor.

Después de dejar a Eve con el resto de sus compañeros, que irían a festejar el éxito de ese primer día de estreno que había dejado fuera a decenas de espectadores por aforo completo, me dirigía al vestíbulo a encontrarme con Mauricio, cuando unos brazos me apresaron y me arrinconaron contra uno de los pasillos de salida, que ya estaban vacíos y oscuros.

—Creí que solo yo te rescataba de momentos difíciles. Pero veo que has conseguido un nuevo protector.

—Lucas, me asustaste —pude decir, recuperándome verdaderamente del susto.

—¿Desde cuándo frecuentas a este nuevo servidor?

—¿Mauricio? No es mi protector, lo conocí hoy.

—¿Hoy? Y ya te está esperando en el vestíbulo.

—No tengo por qué darte explicaciones, Lucas.

—No, claro que no —accedió y aflojó el abrazo.

—Tengo que irme, me están esperando.

—No vayas a perder al nuevo amante.

—No te importa. Tú no vayas a perder a tu novia por perder el tiempo aquí conmigo —repliqué y se alejó de mí. Caminé rápidamente para salir del pasillo y al llegar al vestíbulo me prendí del brazo de Mauricio y no miré hacia atrás, pero escuché que la rubia, que también estaba esperando, le preguntaba a Lucas si había podido saludar a su amiga, y Lucas contestaba que no era su amiga, que solo se trataba de negocios. Salimos y el aire frío de la noche logró calmar mi fuego interior. No lograba tragar la bola de angustia que amenazaba con transformarse en llanto y estaba atravesada en mi garganta. ¡Cómo me dolía verlo con esa mujer! ¡Qué idiota había sido para dejar ir a ese hombre que en algún momento se fijó en mí! Y lo más doloroso era que solo lo había perdido para tener la certeza de que era una perdedora. No había podido hacer nada con mi vida. Ni siquiera podía mantenerme. Mi inútil orgullo era eso: inútil. Había nacido para estar en la sombra de algún hombre, para que me den un apellido y las instrucciones de cómo seguir con mi vida. Y lo peor era que quien las diera no sería el amor de mi vida. Jamás volvería a amar como amaba a Lucas, jamás podría olvidarlo.

—Estás muy silenciosa, ¿en qué piensas? —preguntó Mauricio.

—Rememoro la obra y la actuación de Eve —mentí con una sonrisa, no podía decirle que estaba intentando armar el alma que se me hacía añicos cada vez que veía a Lucas.

El lugar donde cenaríamos estaba a solo dos calles del teatro. No necesitamos trasladarnos en el coche de Mauricio, que estaba a pocos pasos del lugar donde casi me atropellan.

Un mozo nos acompañó hasta el lugar previamente reservado y observé cómo Lucas Montalbán se acomodaba en una mesa muy cercana a la nuestra, junto a su compañera.

No pude concentrarme en la comida, ni en lo que me decía Mauricio. La risa estridente e insulsa de la rubia me taladraba el oído y llegaba a zonas nebulosas de mi cerebro, donde oscuros pensamientos acosaban para que algo malo le ocurriera y cerrara la maldita boca. Mauricio se dio cuenta de mi fastidio y de cuál era la causa.

—¿Fue muy importante? —preguntó, y supe perfectamente a qué se refería cuando miró a Lucas.

—Sí, pero solo para una de las partes —consentí, no valía la pena mentir.

—¿Quieres marcharte?

—Sí, pero sola —dije con sinceridad—. Mauricio, te agradezco lo que has hecho por mí esta noche, no sé qué más decir. Gracias.

—No te preocupes Juliana, no tienes nada que agradecerme. Yo estoy agradecido porque no has dejado que pase una velada solo.

—Adiós Mauricio —me despedí decidida a salir con la mayor celeridad posible de aquel lugar.

—Si alguna vez quieres hablar o necesitas compañero para ir al teatro, búscame aquí. —Me extendió una tarjeta con su nombre, profesión y dirección.

—Lo tendré en cuenta, puedes ser muy necesario.

—Para ti, cuando quieras a la hora que quieras.

Nos despedimos con un apretón de manos y una sincera sonrisa compartida. Médico. Mauricio era médico clínico. Y unas de las personas más simpáticas que había conocido en mi vida. Mi casa quedaba a solo cuatro cuerdas de donde estábamos. Era sábado a la noche y había mucha gente. El frío no era tan severo pero igualmente deseaba llegar rápido a casa. La cama caliente me esperaba y lo único que quería era dormir para dejar de pensar.

CAPÍTULO 20

La pensión tenía dos cerraduras en la entrada principal y la de abajo siempre me daba problemas, me mantenía varios minutos empujando, girando, empujando y girando, hasta que decidía dejar de mortificarme y se abría suavemente. Oí el clic cuando mi angustia terminaba y una mano cubrió la mía y me arrancó las llaves. Estaba agachada, lo que hizo que perdiera la estabilidad y diera con mi humanidad contra los pies de quien me quitó las llaves.

—Dame la mano —ordenó Lucas y me ayudó a levantarme.

—Dame las llaves —le ordené yo, pero él volvía a echar la llave a la primera cerradura.

—Vamos. —Sin dejarme replicar, me tomó del antebrazo y me llevó hasta el automóvil estacionado en la esquina, que en mi pelea con el cerrojo no oí detenerse.

—¿Adonde vamos?

—A mi casa.

—¿A tu casa? No me agradan las depravaciones, ni las orgías.

—Te agradecerá todo lo que pasará.

—Quiero ir a casa —dije después de permanecer callada por unas cuabras.

—Allí vamos Juliana, déjame conducir tranquilo, he bebido bastante durante la cena y no quiero terminar estrellándome contra algún poste.

—¿Dónde está tu novia?

—La envié a casa, igual que hiciste tú con tu amante.

—No era mi amante, lo conocí hoy.

—No me recuerdes que estabas cenando con un tipo que apenas conociste hoy porque me dan ganas de estrellar el coche deliberadamente.

—Me salvó justamente de que me atropellase un loco como tú, que subió a la vereda y por poco me aplasta —le conté—. ¿Pero por qué te estoy dando explicaciones? Lucas, llévame a casa.

—Te estoy llevando a casa y no te dejaré salir de allí en mucho tiempo, mucho tiempo.

—No entiendo lo que dices. ¿Estás ebrio? —Mirándolo a la cara no dejé que contestase—: Sí, estás ebrio —afirmé.

—Estoy más ebrio de lo que nunca lo he estado antes y bastante desesperado también, Juliana, déjame llegar a casa por favor —rogó y golpeó el volante con furia—. Nunca quince cuadras me parecieron tan lejanas —bramó furioso.

Ninguno dijo nada más hasta que Lucas estacionó su moderno y espacioso vehículo.

—Quiero que me lleves a mi casa —espeté.

—No puedo, me he quedado sin gasolina —mintió sonriendo.

—Marcharé caminando —dije, abrí la puerta y bajé. Antes de que diera el segundo paso, Lucas había salido del coche, me apresó y me besó. ¿Cómo resistirse? ¿Cómo no someterse a un ataque tan ansiado? ¿Cómo no comer cuando uno moría de hambre y la comida en abundancia estaba a solo centímetros? No lo hice. No renuncié al amor como había hecho una vez. Lucas me aplastó contra el vehículo y alzó mis piernas hasta los costados de su cuerpo. Sentía la dura protuberancia de su entrepierna apretarse contra mí y el calor sofocante que desprendían nuestros cuerpos alejaba el vaho congelado que nos quería imponer la noche. El beso no duró más de treinta segundos en descontrolarse. Desesperados, trenzábamos nuestras lenguas en un duelo de placer. Mis piernas se prendieron a su espalda para que no tuviera que sostenerme y pudiera liberar las manos para tocarme. Mis pechos sentían la presión de los dedos sobre la tela y no la resistían, el calor de sus manos atravesaba sin problemas la tela, pero necesitaba sentir su piel, necesitaba que me librase de las barreras que impedían el contacto directo.

—No puedo llegar arriba —jadeó Lucas y abrió la puerta trasera del coche. Nos tiramos allí atrás y volvimos a cerrarla.

Lucas luchó con los botones de mi abrigo pero no lo hizo con los del vestido, cuando llegó a él lo desgarró por la costura, desprendió el sostén y se sumergió entre mis pechos como lo hiciera una vez, mucho tiempo atrás.

—Dios, me enloquecen estas preciosidades —gritó y se tomó mucho tiempo en adorarlos con sus besos y profesarles pleitesía con sus manos.

Al sentirlo, mis caderas se elevaban queriendo tomar más de lo que me daba.

—Ya voy cariño, espérame solo diez segundos y te daré lo que quieres —garantizó con un sonido gutural. Me levantó la falda hasta la cintura y arrancó la ropa interior. Totalmente alterado se irguió cuanto pudo en el coche y luchó con sus pantalones, le costó bastante esfuerzo y varios golpes desprenderse de él. Maldiciendo e insultando el reducido espacio, a pesar de que el vehículo era enorme, se sacó el sobretodo que llevaba puesto y el suéter de lana. Al querer arrancarse la corbata casi muere ahorcado, lo que me provocó un ataque de risa.

—Dijiste diez segundos y ha pasado como media hora —sonreí.

—Ya voy cariño, te prometo que compensaré la espera.

Instantes después dejé de reír porque se presentaba desnudo ante mí, con una seriedad que daba miedo.

—Juliana no volverás a dejarme, no volverás a apartarme de tu vida, no lo permitiré —sentenció y se hundió en mí profundamente—. Dios —gritó—. Mírame —dijo dulcemente y abrí los ojos para ver la ternura en sus bellos ojos verdes—. Eres preciosa Juliana, miles de noches soñé con esto —decía balanceándose sobre mí—. No volveré a necesitarlo porque estarás conmigo, no volveré a desearlo porque te amaré cada vez que te necesite. No volveré a penar el sufrimiento que padecí este último año, Juliana, o me volveré loco. A partir de este momento eres mi mujer. —Se detuvo y salió de mi calor, yo elevé la cadera para obligar el contacto—. Di algo.

—Te amo Lucas.

Ninguno pudo decir nada más. Visto desde fuera, el coche debió parecer una batidora, porque Lucas no se guardó nada, ni fuerza en los movimientos, ni movimientos, ni los gritos que los acompañaban. Las embestidas eran poderosas y enérgicas. Frenéticas y desesperadas por momentos. Besos lujuriosos, lenguas hambrientas que succionaban, lamían y mordían la piel, la afiebrada y sabrosa piel del otro. Manos que buscaban descubrir rincones ocultos, apretando, arañando. Nos queríamos fundir uno con otro. La unión de los cuerpos en un solo punto no nos bastaba, porque lo nuestro iba más allá de la unión de los cuerpos. No pude soportar la presión por mucho tiempo, sin la práctica y el ejercicio apropiados

mi cuerpo estalló mucho antes de lo que hubiese querido y arrastré a Lucas a mi paraíso.

Ahora comprendía a las protagonistas de las novelas de amor. Mataría y moriría por una noche con mi amante.

—Muñeca, ¿estás bien? —Escuché cuando mi corazón dejó de retumbar con fuerza y volvía a permitirme escuchar sonidos externos.

¿Qué decir? ¿Cómo explicar la magnitud del gozo? No, no estaba bien, estaba obscenamente feliz, libertinamente satisfecha, inmoralmente plena, era impúdicamente mujer por primera vez. Estar bien era muy pobre para describir lo que sentía.

—Sí —afirmé sonrojada—. Muy bien.

—Menos mal, porque temo que he perdido tus llaves y tendrás que quedarte conmigo hasta poder llamar al cerrajero —dijo la larga y ridícula excusa sin dejar de reír—. Los vidrios se están desempañando, será mejor que nos vistamos. —Me dio varios besos rápidos y comenzó la ardua tarea de buscar y seleccionar las prendas desperdigadas por el vehículo. Hasta debajo del volante llegaron las prendas.

El cuarto piso del elegante y monumental edificio erguido en la esquina de las calles Libertador y Azcuénaga era el apartamento privado de Lucas. El tercero también era de su propiedad, allí funcionaba su productora. Nunca había ido con él allí. Insistentemente quería que lo acompañara sobre todo cuando salí del hospital después de estar detenida, pero no logró convencerme, como no logró convertirse en mi amante a causa de mi estupidez. Estaba enamorada de Lucas Montalbán desde la primera vez que lo vi, pero mi estricta y pudorosa educación, las palabras de mi padre defenestrando barbaridades sobre todas aquellas mujeres que se atrevían a tener una vida, y la malsana costumbre de la gente de meterse en la vida de los demás, dejando de vivir sus perfectas vidas para ello, alimentaban y reavivaban mis prejuicios cotidianamente. Después de la muerte de Alexander nada me hubiese impedido de manera substancial ser feliz por primera vez, mis convencionalismos arraigados y yo fuimos la única barrera. Admiraba a Eve por ello. Era cierto que la educación de ambas era abismalmente diferente, pero ella se atrevía a todo. Vivía como

quería vivir, con sus aciertos y sus errores, pero siempre fueron sus propias decisiones. Nadie le escribía el libreto de su vida y paradójicamente vivía gracias a los libretos.

—Vamos a casa muñeca —ronroneó dulcemente y extendió la mano para ayudarme a bajar.

—Mi vestido está arruinado. —Lo regañé con una sonrisa y levanté la destrozada prenda con una mano, con la otra me apretaba fuerte el sobretodo.

—Si me recuerdas que debajo de ese abrigo no traes nada más que esa dulce piel que me pierdes, volveremos al coche.

—Prefiero la cama.

Lucas me miró extrañado y sorprendido:

—¿Has dicho cama en mi presencia?

—Teniendo en cuenta lo que acaba de ocurrir, no me parece desubicado —contesté, adivinando sus pensamientos.

—Dime muñeca, con tus propias palabras, ¿qué acaba de ocurrir? Por favor.

—Te he dicho que te amaba y tú me declaraste como tu mujer.

—Ah, era eso.

—¿Acaso te has arrepentido?

—Claro que no, he deseado esto por mucho tiempo, demasiado. Tendría que haberte obligado a vivir conmigo nada más quedar cerrada la causa —manifestó con cierto enojo.

—Además, estoy comenzando a sentir un inquietante cosquilleo.

—Oh, sabía que lo estabas haciendo —objetó nervioso y le costó abrir la puerta de entrada. Apenas nos dio tiempo a llegar al apartamento. El rellano del segundo piso estaba más que dispuesto a ser cómplice de nuestro idilio, pero con una mota de cordura pude oír abrirse la puerta principal. Nos levantamos y corrimos hasta el apartamento. No hubo caricias que no hubiéramos sentido, no hubo un beso prohibido, no hubo palabras no dichas. Ninguno de los dos retuvo el desenfreno y la emoción de estar juntos y ambos demostramos ese placer sin restricciones. Había pasado demasiado tiempo.

—No volveré a sufrir por ti Juliana —jadeó, todavía agitado, aplastándome contra el suave colchón de su cama. Su cuerpo desnudo y caliente me cubría por completo y sentía su poderoso

miembro descansar plácido en la suavidad de mi cuerpo—. ¡Por Dios! ¿Por qué dejé que me privaras de esto?

Con los ojos cerrados, recuperando el respirar pausado, escuchaba sus reclamos y me hacía la misma pregunta.

—Eres preciosa y mía a partir de hoy. Tu piel traslúcida y esa boca carnosa y pequeña me pierden.

Abrí los ojos y lo miré, mechones de su suave cabello negro estaban pegados a la cara sudada, sus bellos ojos verdes adornados con largas pestañas me lanzaban una mirada entre libertina y enfadada y su vigoroso y magnífico cuerpo me abrigaba. Levantó el torso para apoyarse sobre sus codos y descansar allí parte de su peso. Mi mano se elevó para acariciar el ancho pecho cubierto de bello oscuro, suave y rizado que le cubría entre las tetillas y después formaba una fina columna que bajaba por su abdomen y volvía a ensancharse y enmarañarse para proteger un poderoso órgano de placer. Llevé mi mano hacia los marcados músculos del brazo y cerró los ojos, disfrutando de la caricia lenta. Su cuerpo era para adorar, era un hombre precioso. Dejé que mi mano exploradora se deslizara inspeccionando cada centímetro de piel expuesta delante de mí y luego abrió los ojos.

—Me daban ganas de matar al idiota que estaba anoche contigo, te oía reír y mis nervios se perturbaban de tal manera que no sé ni de qué trataba la obra.

—No te vi en el teatro, hasta que me atacaste.

—Estabas muy ocupada con tu pretendiente.

—No era mi pretendiente.

—Igualmente, estabas con él, y los celos no dejaban de carcomerme la cabeza. No te habría dejado salir del restaurante con él.

—¿Qué habrías hecho para impedirlo?

—No lo sé, creo que una buena riña de borracho habría estado bien y cuando estuviera inconsciente en el suelo te habría sacado. Ya te había seguido hasta allí, hubiese hecho cualquier cosa.

—Tú no estabas solo y en condiciones de estar peleando por una dama. Tenías a la tuya incesantemente sonriente.

—No me recuerdes esa risa, me ha hecho beber dos botellas de *champagne* en media hora. No la soportaba.

—Se te veía muy enamorado la noche que nos encontramos en Belle Epoque.

—Desde ese momento comencé a odiarla. No dejaba de compararla contigo.

—Es muy bella, no puedes compararla.

—Juliana, tengo que confesarte algo —dijo compungido y el corazón comenzó a latirme con fuerza por el temor a que me dijera que no podía dejarla o algo parecido—. No me gustan las rubias.

—Me asustaste. ¿Cómo es eso que no te gustan? No he hecho otra cosa más que verte con rubias muy pulposas.

—Eso era porque la chica que me enloquecía no quería saber nada de mí. Una especie de resentimiento.

—Antes de conocerme estabas con una.

—Te estaba esperando, muñeca.

—¿Qué harás con Jana, Jama, Daya?

—Sabes que su nombre es Dayan, eres una bruja.

—No importa cómo se llame. ¿Dime qué harás? No seré la segunda de nadie, Lucas.

—Desde el día que te conocí, las demás siempre fueron tus segundas. —Me acarició la cara con una ternura estremecedora—. Eras tú la que rechazaba mi amor.

—No podía hacer otra cosa. No me dijiste qué harás con ella.

—Su familia vive en Nueva York, tendré que hablar con ella y convencerla para que vuelva.

—¿Está enamorada de ti?

—No lo creo, desde que te he visto no he vuelto a besarla siquiera, no he podido hacerlo y no pareció que le importase mucho. Es una mujer que no se queda rogando amores.

—Se os ve bien juntos.

—Creo que ella dejó aquí un antiguo amor y, al igual que yo, solo estábamos intentando recuperarlo. Pero su padre ha confiado en mí para que viniese a su país, así que hablaré con ella para que viaje sola. Si no acepta tendré que llevarla personalmente hasta Colombia, junto a su padre, que continúa allí, y él se hará cargo a partir de ese momento.

—No es una niña que necesite una niñera.

—No, pero ha venido conmigo, es una cuestión de palabra.

—¿No has averiguado quién era su antiguo amor?

—Sí y, lamentablemente para ella, está casado.

—¿Cómo hiciste para dejarla esta noche?

—Ya te he dicho que bebí mucho en poco tiempo, solo dije que me sentía mal. La subí a un taxi y salí detrás de ti cuando vi que abandonabas el lugar.

—¿Cómo sabías dónde vivo?

—Eve me dio la dirección. Un par de veces llegué hasta la puerta, pero luego recordaba cómo me habías rechazado la última vez y me alejaba furioso del lugar.

—¿Eve?

—Fui a verla en los ensayos antes del estreno, especialmente para pedírselo.

—Es una traidora, ya verá cuando la vea.

—Ella quiere que seas feliz. Y tú muñeca deja que te dé felicidad.

CAPÍTULO 21

Lucas había bajado al tercer piso cuando hizo su aparición Dayan. El portero del edificio subió a avisar y Lucas dejó la cama, que no habíamos abandonado ni para comer, y salió a su encuentro para hablar sinceramente con ella.

Dormimos muy poco durante la panacea regenerativa de amor. Me sentía renovada y libre, poderosa, hermosa, capaz, indestructible. La sensación de poder lograr todo lo que quisiera se la debía a Lucas. Nunca me dijo directamente que me amaba, pero hablaba de lo dolido que se sintió por el rechazo de tantos meses atrás, de lo que me extrañó mientras estuvo lejos y de los celos irracionales que lo embargaban cuando imaginaba que estaba con otro hombre. Además, sus actos lo confirmaban, era dulce y apasionado, frenético y suave, cariñoso y brusco, pero en todo momento mientras nos entregábamos se preocupó por dar mayor placer del que recibía y eso lo hacía especial. Mi incomodidad por haber compartido la cama con un hombre que compartía la cama con otro hombre también se había difuminado. En un momento de la noche expliqué a Lucas la repugnancia y la aversión que eso me causaba, pero él tiernamente me convenció de que no era mi culpa. Y que estaba agradecido de los gustos rebuscados de Alexander. Durante mi matrimonio sabía que no compartíamos mucha intimidad. Hasta había albergado la esperanza de que fuese virgen, aunque le importó muy poco que no lo fuera. Me confesó que antes de la muerte de Alexander estaba decidido a convertirse en mi amante y hasta había llegado a planear en sobornar a mi esposo con contar todo a la prensa para que me dejase en libertad y poder viajar con él. Todo el trabajo que realizó en el exterior lo había buscado con esa idea en mente, pero cuando todo estaba saliendo como él había planeado la muerte de Alexander echó por tierra sus proyectos y no pudo dar macha atrás con el trabajo.

Decidimos comenzar una verdadera relación, la discusión estaba en que él quería que me mudase a vivir allí y yo quería mantener la pieza de la pensión y el trabajo de costura. Hasta el momento en que dejó la cama para atender la visita de Dayan, no habíamos

llegado a un acuerdo definitivo. Pero lo de estar juntos no tenía titubeos.

Al contrario de Lucas, yo no paraba de declararle que lo amaba. Cada vez que lo decía, mi amor crecía y se desbordaba por mi cuerpo y él estaba allí para beberlo. Se lo repetí tantas veces como lo reprimí en el pasado. Y él me amó de la misma manera. No creí posible levantarme de esa cama, pero tenía que intentarlo. Tomé prestada una bata de Lucas y me dirigí a la ducha.

Habían pasado tres horas y Lucas no subía. La primera hora y media me pareció lógica, pero el resto de tiempo era excesivo. Me vestí con lo que quedaba del vestido de la noche anterior que, con unos nudos aquí y otros allá, pude utilizar nuevamente y me abrigué con el sobretodo. Bajé al estudio para verificar que todo estuviera en orden y, además, en verdad estaba celosa. En el estudio no había nadie. Lo recorrí de punta a punta y nada. No conocía el lugar, pero no era muy complicado buscar allí. Después de un par de vueltas, concluí que realmente allí no había nadie.

El hecho de que me hubiese dejado sin dar ninguna explicación me incomodaba pero que además hubiese desaparecido con su exnovia, a la que todavía no había dejado oficialmente, me enfurecía. La honestidad fue la premisa principal con la que manejaríamos la relación y ya la había violado. No me había mentado exactamente, pero dejarme en la cama para irse con otra sin dar ningún tipo de explicación era básicamente lo mismo. Después de cinco horas de espera, impregnada completamente de ira, me marché a mi casa. No podía creer que Lucas me hubiese hecho aquello. No podía parar de atormentarme pensando que lo había planeado como venganza a lo que había pasado entre nosotros meses atrás. No paraba de imaginarme cuánto se estaría riendo de mí, todo lo había orquestado solo para demostrar que cuando él lo decidiese yo caería a sus pies. No podía controlar mis sentimientos hacia él, lo sabía y anoche lo había confirmado.

Por momentos me acordaba de su cara llena de ternura y me repetía que no podía ser, que debía de haber una explicación razonable para aquello. Recordaba el bello cuerpo duro y grande y mi sangre se convertía en un hervidero a pesar de la furia. Si Lucas hubiera aparecido en ese momento, seguramente habríamos

terminado en la cama antes de terminar de escuchar las explicaciones que tenía que darme. Así de enamorada estaba. Por más desesperante que hubiese sido la situación, tendría que haber subido a avisar de que se iría. O al menos dejar una nota o unas palabras al portero que, al ser interrogado acerca de Lucas, nada sabía y nada había visto.

Al llegar a casa, me extrañó ver la luz encendida. Generalmente apagaba todas las luces y artefactos antes de salir, pero estaba tan nerviosa y ansiosa por ver a Eve en el teatro la noche anterior, que pude haberme descuidado. La tarde caía y era muy notoria la luz eléctrica encendida.

—¿Cómo estás, Juliana?

—Me asustaste —arremetí, girando hacia un costado de la puerta y tomándome el corazón con una mano—. ¿Cómo has entrado aquí?

—Esa no es forma de saludar a un amigo, Juliana. —Sentado frente a la mesa replicó con calma, se le veía tranquilo, mucho más delgado y con la mirada más venenosa que de costumbre.

—Nunca fuimos amigos, Juan Pablo. —Tiré la cartera sobre la pequeña mesa y me senté frente a él—. ¿Cómo entraste a mi casa? ¿Por qué estás aquí? —le pregunté sin miedo, ya recuperada del susto inicial.

—No éramos amigos pero teníamos algo importante en común —me dijo con sorna.

—No quiero hablar de Alexander contigo.

—¿No? Veo que has conseguido olvidarlo y reemplazarlo con prontitud. Yo no puedo olvidarlo —dijo levantando el tono de voz e irguiendo el cuerpo, que estaba echado sobre la silla con las piernas extendidas por debajo de la mesa.

—Mi vida privada a ti no te incumbe. ¿Dime qué quieres?

—Tu amante de turno realmente te agota, tienes unas ojeras impresionantes —habló nuevamente con estudiada calma.

—¿Qué quieres Juan Pablo? Dilo y vete, estoy muy cansada para escuchar tus idioteces —arremetí perdiendo la poca paciencia que me quedaba. Me puse en pie y abrí la puerta para indicarle dónde podía seguir con su parodia.

—Solo quería visitarte, hace mucho que no nos vemos. Desde aquella noche que te advertí de que Lucas Montalbán sería tu perdición. ¿Recuerdas? —Se levantó. No era más alto que yo. Nuestros rostros quedaron a la misma altura cuando se paró frente a mí.

—Alexander está muerto por tu culpa y lo pagarás.

—Yo no quería que aquello pasara. Y si hablamos de culpas, no creo que mi relación con él fuese lo que lo llenaba de vergüenza.

—Tú no sabes nada.

—No, nunca lo sospeché, en eso tienes razón. Creí que su desinterés hacia mí era producto de su trabajo.

—Alexander me amaba. Por ti solo sentía lástima, eras una cabecita negra más, como las que todos los días entran por miles a la ciudad. No sabes cómo nos reíamos de ti cuando estábamos en la cama. Me contaba de los contoneos y artificios que hacías para que se fijara en ti. ¿Te gustaba que te llevara a la cama, verdad? Pero era a mí a quien llevaba todos los días. Era conmigo con quien daba esos largos viajes de meses. —Se acercó más a mí y continuó —: ¿Sabes qué hicimos ese día que te dejó sola en Londres?

—Vete, Juan Pablo —dije alejándome de él.

—Follamos hasta que se olvidó de que tenía que soportarte y tocarte.

—Sal de mi casa —grité, empujándolo. Increíblemente lo hice volar fuera de la habitación. La furia me había dado una potencia extra, aunque era flaco, no dejaba de ser hombre e igualmente pude sacarlo de mi casa de un solo empujón y cerré la puerta.

—Pagarás por su muerte Juliana —amenazó desde el otro lado de la puerta cerrada.

La imprevista visita de Juan Pablo alteró todos mis sentidos, estaba temblando. ¿Por qué había aparecido ahora? A casi dos años de la muerte de Alexander su amante venía a hostigarme, acusándome de su muerte. Lucas había contado que tras los funerales de Alexander, Juan Pablo había viajado y eso fue lo último que supe de él hasta esa noche. Lo notaba extraño, se había dejado un fino bigote que me recordaba los bigotes postizos que tenía Eve. Tenía el pelo más largo, aunque mantenía la estricta disciplina y orden que daban la gomina y por primera vez se enfrentó a mí de

frente, mirándome a los ojos. Como si quisiera absorber algún conocimiento que tuviera en ellos. No explicó cómo había entrado. En cuanto se retiró revisé todas mis cosas, pero todo estaba en orden. Cuando pude tranquilizarme, recordé los pasados percances que había sufrido con un serio riesgo para mi integridad física. La noche anterior había sido el automóvil, eso fue lo que me llevó a pensar en la fuga de gas, de la que me salvó Miranda de morir asfixiada. Ella vino a las seis de la mañana a llevarse los trabajos y me encontró casi inconsciente, con ayuda del dueño de la pensión abrieron la puerta, ventilaron el lugar y lograron despertarme. Tontamente lo tomé como un terrible descuido, cuando me contaron que estaba la perilla del anafe^{4} abierta. Otro extraño episodio ocurrió un mes después. Desde la obra en construcción que lindaba con la pensión, cayó una gran pieza de escombros justo en el momento en que tendía la ropa. Un ruido proveniente de la obra me alertó y pude retirarme a tiempo, de otra manera el impacto me hubiera causado un daño importante. El dueño de la pensión se quejó inmediatamente a los responsables de la obra, pero ellos aseguraron que no había escombros acumulados en las azoteas.

Sumando todos los hechos, nada fue casual o accidental. La noche anterior habría creído que mi suegro estaba detrás de todo aquello, pues Lucas me había contado varios episodios violentos de los que el padre de Alexander era protagonista. Se manejaba como jefe mañoso que intimidaba a aquellos que no cumplían con los pagos u osaban buscar a otro comerciante para tratar sus negocios. Una vez que la compañía Polenski se hacía cargo de un negocio, era imposible abandonarlo a menos que él decidiese lo contrario. Desde la muerte de Alexander ese método de bravata se había recrudecido, tornándose más violento.

Con la aparición de Juan Pablo ya no estaba tan segura de quién estaba detrás de aquello. Era inadmisibles una coalición entre Polenski y Juan Pablo. Nada tenía sentido. Se iban a cumplir dos años de la muerte de Alexander, habría creído que todo odio, resentimiento o rencor había sido erradicado o al menos menguado hasta poder guardarlo en un rincón donde no ocasionase perjuicio a nadie. No era el caso.

Juan Pablo sabía de la relación amorosa que mantenía y también había dado a entender que sabía con quién. ¿Habría sido esa la causa de su repentina aparición? Había dicho que no había podido olvidarlo. Quizá esa nueva relación había despertado en él una animosidad cargada de malevolencia y envidia por haber superado lo de Alexander, algo que él no podía hacer. De nuevo aquello no tenía sentido.

—Juliana.

Pegué un salto y me alejé de la voz pegada a mi oído.

—¿Qué haces? ¿Me quieres matar de un susto? —reprendí alterada.

—¿Por qué te comportas de esa manera? ¿Qué ocurre? —preguntó preocupado e intentó abrazarme.

—¿Dónde te habías metido? ¿Saliste a pasear con tu novia? —repliqué y seguí sumando preguntas sin respuesta, impidiendo que me abrazase.

—Estás enojada por lo de Dayan —aseveró.

—No. ¿Cómo se te ocurre que estaría enojada porque saliste a pasear con tu novia? No tenemos ningún compromiso —aseveré más enfadada aún.

—Creo que dejamos bien claro el compromiso entre nosotros —manifestó más serio—. Quedamos en que eras mi mujer.

—No puedes apoderarte de alguien con una sola noche de sexo.

—No es sexo lo que hay entre nosotros, Juliana —bramó, apretándome a su cuerpo—. Tú me amas y yo he esperado y soportado demasiados caprichos tuyos, mocosa.

—No soy una mocosa y si piensas que por eso me puedes sumar a tu harén de mujeres, estás muy equivocado.

—No quiero un harén, solo te necesito a ti —susurró y me besó el cuello—. Tuve que ir a resolver un problema. ¿Recuerdas que te había dicho que el antiguo amor de Dayan era casado?

—Sí —respondí con voz desfallecida por los besos, que estaban acabando con mi aplomo.

—Su mujer lo encontró en una situación comprometida con Dayan y llegó detrás de ella a casa para contarme las andanzas de mi novia. Dejé a Dayan en el estudio y me llevé a la mujer despechada y furiosa a un restaurante para explicarle que lo mío

con Dayan había terminado y que pensaba enviarla nuevamente junto a su padre. Una vez que concluí con la esposa engañada, me dediqué a la tarea de llevar a Dayan a su apartamento y explicarle que en tres días la embarcaría en un avión rumbo a Colombia. Cuando resolví todo, cansado, extenuado pero ansioso, volví a casa en busca de una belleza morena de largas piernas, pechos cremosos y mirada de fuego negro pero me encontré con una casa fría y vacía.

—Tendrías que haberme avisado, o haberme escrito una nota.

—Perdóname muñeca, pero no pude hacerlo. Vamos a casa.

—Esta es mi casa Lucas, no he aceptado vivir contigo.

—No puedo creer que hubieses vivido durante meses en este lugar, es deprimente. ¿Por qué dejaste a Eve? Aquella habitación era más aceptable.

—Hay cosas que no sabes. Ocurrieron algunos hechos que lo alteraron todo y me obligaron a dejar a Eve para que no la perjudicaran a ella también.

Me dio varios besos en la cara, se sentó en la cama que estaba a un costado de la mesa, me sentó en su regazo y me abrazó con fuerza.

—Cuéntame, tenemos todo el tiempo del mundo.

CAPÍTULO 22

—No te quedarás Juliana, no hay nada que puedas decirme para convencerme.

—No viviré contigo.

—No vivirás sola, no te dejaré. Tampoco te dejaría al cuidado de otro que no fuera yo.

—¿Qué va a decir la gente?

—Me importa un demonio la gente y lo que pueda decir o pensar.

—A mí me importa, no quiero que me traten como a una cualquiera, ya tuve bastante de eso. Si yo muero de hambre o mendigo para comer no me importa, pero si me llegan a ver con un hombre comenzarán las habladurías nuevamente y los maliciosos comentarios en las revistas.

—Muñeca, nadie hablará mal de ti. No tienen derecho. Eres una santurrona, yo padecí y sufrí por ello así que nadie te difamará.

—No estás ayudando a mi reputación si me obligas a vivir contigo.

—Vivirás conmigo a partir de hoy, eso no se discute.

—Lucas escúchate, no estás siendo coherente.

—Soy coherente y sincero conmigo mismo por una vez en la vida. Nos casaremos mañana mismo.

—No puedes hacer eso.

—¿Me amas?

—Sabes cuál es la respuesta a esa pregunta.

—¿Me amas?

—Con toda el alma.

—¿Me amas?

—Te amo.

—Te amo Juliana, aunque no lo diga muy seguido, te amo. No lo diré, pero te lo demostraré todos los días.

—Lucas —dije emocionada y me abracé a él.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó pegado a mi boca.

—Claro que sí, te amo —respondí llorando—. Yo lo diré por los dos. Te amo y no soy ninguna santurrona.

—Claro que sí, mi santurrona.

—No tengo pensamientos nada santificados cuando estoy contigo o cuando pienso en ti.

—Creo que tienes razón, no eres nada santa. Ven aquí — ronroneó y tiró de mí arrastrándome sobre él.

A pesar de que a Lucas el lugar le agradaba menos que estar adulando a una de sus estrellas, esa noche nos quedamos en la pensión. La última pieza de las ocho que tenía la casa de don José Prado y su esposa estuvo muy caldeada y movida aquella noche. El chirriar de la cama con elásticos de acero divertía a Lucas y exageraba el movimiento para que rechinara más fuerte.

* * *

Contando con todas las influencias y el dinero necesario, Lucas no pudo conseguir fecha de boda sino para tres días después del encuentro con Juan Pablo.

El miércoles, Lucas había salido en todos los matutinos y revistas, que comentaban su ruptura sentimental con la hija de su socio de Colombia. Todos contaban cómo el reconocido director y productor había puesto a su exnovia de veinticinco años en un avión rumbo al país del norte, desligándose de esa manera del compromiso afectivo. Tras la información objetiva todos hacían una serie de predicciones con respecto a quién sería la nueva elegida del director cinematográfico. Sabían de los proyectos de Lucas de volver a filmar en el país su película y que la protagonista sería una actriz nacional. Algunos presagiaban que hasta podría arrancar de las manos de la productora Argentina Sonó Films a su estrella femenina, Libertad Lamarque, y otros se animaban a vaticinar que Luis Sandrini, también actor principal de la productora competidora, formaría parte del elenco. Y nadie dejaba de recordar que Montalbán había tenido una aventura con cada una de sus estrellas. Con treinta y dos años había cosechado tantos logros como amoríos y ninguno habría conjeturado, ni siquiera en broma, que tan disoluto Don Juan sentaría por fin la cabeza y se dejaría atrapar por las redes del matrimonio.

Un día después daba el sí en el registro civil del barrio de Recoleta y por la tarde, con un reducido grupo de invitados,

reafirmaba su decisión ante Dios. Yo me decidí para la boda religiosa por un discreto pero elegante vestido marfil de corte recto, largo hasta los pies, drapeado completamente, una corona de pequeñas flores naturales que adornaban el peinado de elaborados rodetes superpuestos y mechones rizados cayendo a ambos lados de la cara. No llevaba velo, ni cola. Completaba el atuendo nupcial un bello ramo de flores blancas que llevaba en las manos. Lucas, engalanado con un sofisticado y regio traje inglés en gris plomo, camisa blanca, chaleco azul y corbata en gruesas rayas blancas y azules, era el novio más bello de la Tierra. Mi esposo. Ese hombre rebelde, pícaro, mujeriego y con una exigua moral era mi esposo. Lo amaba con toda el alma.

Al otro día aparecía nuevamente en la portada de los periódicos y las revistas de chismes. Algunas de ellas lanzaron una tirada especial solo por el evento. Muchos gastaron papel, tinta y demostraron una conspicua imaginación al relacionar al supuesto amante que había tenido dos años atrás y las versiones del aborto y todo lo demás, con mi casamiento tan repentino e imprevisto con Lucas Montalbán. Otros lo trataban como un gran flechazo que no necesitó de noviazgo previo y motivo por el cual Montalbán había despachado a su exnovia. Con mala intención o no, a nadie le fue indiferente la noticia del matrimonio.

En Londres, Lucas había dicho el día que me encontró perdida y con una crisis de nervios debido al miedo, que si él hubiera sido el novio no habría abandonado la cama nupcial en un año y no dejaría que yo lo hiciera. No fue exactamente un año, pero por tres meses Lucas no se desprendió de mi lado, ni yo del suyo. Salíamos poco. El primer mes nos recluimos en el apartamento de Lucas y no supimos del mundo. No había momento del día que nos encontrara separados. Lucas no paraba de decir que compensaría los casi tres años de sufrimiento. Que me haría el amor hasta caer muerto. Y por poco en ocasiones lo lograba. Compartíamos largas conversaciones desnudos en la cama. La tarde de un domingo caluroso me contó la historia de su vida: hijo menor de un importante político, fallecido diez años atrás, que al momento de su muerte en diciembre de 1928 cumplía funciones como secretario de Estado para el gobierno de Hipólito Yrigoyen, y de una distinguida dama francesa que llegara al

país con dieciocho años, en los primeros años del siglo veinte. El amor entre sus padres surgió nada más verse, y su padre no hizo el tonto como él, según sus palabras, estaban casados dos semanas después de conocerse, aunque también aclaró que su madre no estaba casada cuando su padre la conoció. Sus hermanos terminaron sus estudios en Francia y allí se casaron y se quedaron a vivir, eran dos hombres de derecho y les iba muy bien con sus cosas. Tenía cinco sobrinos, todos varones, y los visitaba cada tanto cuando viajaba a Francia. Su madre no resistió mucho más que su padre. La vida sin su amor no tenía sentido, abandonó este mundo cuatro meses después que su esposo. Lucas había vivido intensamente desde que cumplió diecisiete años. A esa edad terminó los estudios secundarios en el Nacional Buenos Aires y no quiso saber nada cuando su padre compró los pasajes y pagó la matrícula del mismo colegio francés al que habían asistido sus hermanos en Europa.

—Mi padre revolvió cielo y tierra y no pudo encontrarme —me había contado cuando recordó su época de adolescente rebelde—. Yo era amigo del hijo de Miranda y ella era la modista de mamá. Juan Manuel y yo fuimos juntos a la escuela primaria y cuando él abandonó los estudios para irse a trabajar al puerto con su padre, seguimos juntándonos todas las tardes para jugar al fútbol. Cuando mi padre me anunció la fecha del viaje, no se me ocurrió otra cosa más que esconderme en casa de Miranda por toda una semana. El día del viaje pasó y regresé a casa. Mi madre no dejaba de llorar y besarme, y mi padre desde un rincón me miraba con una calma escalofriante, dejó que mi madre desahogara su angustia, yo le había escrito una nota donde le comunicaba mi decisión de abandonar la casa si mi padre no cambiaba de idea con respecto a lo de mandarme a vivir a Europa por cuatro años. Mi madre se calmó unas horas después y entró en la cocina dispuesta a prepararme mi plato preferido: arroz con pollo; y con la misma calma mi padre me pidió que lo acompañase al pequeño cobertizo de herramientas que se encontraba detrás de la casa. Ambos sabíamos lo que ocurriría y estoy seguro de que mi madre también.

—¿No hizo nada para protegerte? —interrumpí por primera vez el relato. El hecho de imaginarme a Lucas recibiendo una paliza me

encrespaba, y culpaba a su madre de la falta de instinto maternal al permitir que su hijo sufriera de esa manera.

—Me lo merecía. Igualmente mi madre había logrado mucho, mi padre al terminar pidió que agradeciera a mi madre que no hubiese estado más severo. Y me envió con ella nuevamente, anunciándome que el viaje no iba a realizarse pero que a partir del día siguiente iría a trabajar con él en el ministerio. Él se desempeñaba por entonces como uno de los contadores que cumplían horario en el Palacio de Hacienda. Dos años estuve trabajando de cadete. Llevaba y traía papeles desde el palacio hacia la Casa de Gobierno o hacia el Congreso. Ese era mi trabajo todos los días.

—Me hubiese gustado verte vagando por las calles vestido de traje.

—Solo al comienzo vestí como mi padre me obligaba, después de varias semanas ya iba vestido como quería. Todos me conocían y las hijas de los funcionarios visitaban muy seguido a sus papis en el trabajo.

—Estás alardeando.

—Es cierto, era muy popular entre las hijas de los senadores y diputados.

—No quiero oírte —chillé, tapándome la cara y los oídos con las manos.

—No volví a verlas muñeca, soy todo tuyo desde hace tres años.

—Yo no lo veo de esa manera, pero continúa, quiero conocer la florida historia de mi esposo —lo apremié, acomodándome sobre su pecho una vez más en nuestra cama—. Omite los detalles amorosos, por favor.

—Bien, por dónde iba. —Pensó por varios segundos y continuó —: En mis idas y venidas hacía algunas paradas en el cine. Al principio solo era para irritar a mi padre con la demora, era mucho más sano en invierno que sentarme en medio de la plaza a hacer tiempo.

—¿Por qué lo hacías? Ya habías logrado quedarte.

—No lo sé, creo que no se me pasaba el enfado por los azotes en el culo. Las películas sin sonido eran bastante aburridas pero solía echar una siesta. Durante una de mis siestas, dentro de la sala

hubo una reunión. Varios directores y productores se encontraron allí y hablaron durante toda la proyección de sus propias películas, de los nuevos avances técnicos en cuanto a filmación y de la nueva carnada de actores y actrices jóvenes que surgían en la ciudad. Me pareció interesante ese mundo. Años después descubrí que quienes se habían reunido en el cine eran Alcides Greca, George Benoit, José Agustín Ferreira y Luis Moglia Barth los directores, y Ángel Mentasti y Luis Romero Carranza, los productores, y que intentaban organizar una industria de cine.

—Tus adversarios.

—No, mis maestros. Esos hombres junto con otro grupo reducido introdujeron al país las innovaciones y la organización necesarias para crear una industria seria. «El negro» Ferreyra produjo la primer película sonora del país, *Muñequitas porteñas*, con el sistema Vitaphone de sincronización fonográfica en 1931 y luego en 1933 el cine argentino, con el film *Tango*, de Luis Moglia Barth, bajo la tutela de la recientemente creada Argentina Sonó Film dirigida por Ángel Mentasti, comenzó a hablar.

—¿Tu película *Amor de tango* no se estrenó ese mismo año?

—Sí, dos semanas antes de terminar 1933. Descubrí el nuevo sistema que estaban utilizando los directores de *Tango* y del film *Los tres berretines*, de la Productora Lumiton, que se creó y se estrenó semanas después de la primera, y con los ahorros de las producciones documentales anteriores y una fuerte inversión de confianza de Aldo, mi hermano mayor, pude adquirir las cámaras y los instrumentos para poder filmar con el sistema de sonido incorporado, como lo hacían ellos.

—¿Qué tipo de documentales realizaste?

—De tipo social. Iba a las reservas aborígenes y filmaba a la gente, sus costumbres, sus tradiciones, sus medios de vida y sus necesidades. También realicé un documental que levantó buena cantidad de polvo a su paso cuando me entrometí en el estilo de vida pública y privada o, mejor dicho, oculta, de los funcionarios públicos. Este film fue estrenado en 1925 con un sonido sincronizado muy precario y malogrado en el teatro Esmeralda. *Funcionar de funcionarios* se llamaba, y con él me gané el reconocimiento de la clase media alta porteña y la aversión de una

pequeña porción de ella. Técnicamente el film dejaba mucho que desear, pero la temática elegida y mi conocida experiencia de trabajo en esos ámbitos me valieron mis primeras apariciones en los periódicos de espectáculos y que mi nombre fuera acompañado de la palabra «director».

—¿Tuviste que utilizar actores y actrices para esa película?

—Sí, eran solo cuatro que se iban caracterizando de diferentes personajes con pelucas y maquillaje y el resto lo tomé en el amontonamiento de la estación de tren. Yo trabajaba en la obra.

—Tuvo que ser una producción memorable.

—Olvidable actoralmente diría yo, pero inolvidable en sus detrás de escena.

—Te dije que no quería detalles escabrosos de tus romances — lo reprendí, golpeándolo en el pecho.

—Está bien, está bien —me tranquilizó apretándome fuerte e impidiendo que me moviera—. Después por tres años trabajé para una productora norteamericana haciendo documentales en el interior y en algunos países de Latinoamérica como Brasil, Paraguay, Bolivia, Perú y Colombia. En 1930 decidí quedarme en el país y crear mis propias películas y realicé un film con el guión basado en mi viaje por los países de Sudamérica. Fue la primera vez que contraté a un guionista, un libretista, un ayudante de cámara, un elenco variado. Había un sonidista, un ambientador y un vestuarista. *Ecos del Sur* era el título y me causó una pérdida tan grande, que dejó mis cuentas al borde del colapso.

—¿Por eso tuviste que acudir a tu hermano para la siguiente película?

—Sí, aunque *Ecos del Sur* no aportó, ni ayudó con mis ahorros, me dejó una experiencia enriquecedora. Me puse al frente de un numeroso grupo de personas y me demostré a mí mismo que podía hacerlo. Además, si mi personal quería terminar de cobrar lo adeudado tendría que ayudarme a concretar la próxima obra y trabajar con mayor empeño para lograr un resultado más favorable.

—Y lo lograron.

—Lo hicimos, *Amor de tango* fue grandiosa.

—Y *Magia prohibida* también.

—A pesar de que la estrella me abandonó un día antes del comienzo del rodaje, todo salió magistralmente. —Me apretó más fuerte y susurró—: El día del estreno te vi entrar del brazo de Alexander. —Me besó en la coronilla y siguió—: Estabas tan bella con aquel vestido negro, que solo podía reprocharme no haber abusado de ti aquel día en Londres.

—¡Lucas, eso es asqueroso!

—Ya estaba enamorado de ti muñeca, no podía evitar desearte.

—Se te veía muy feliz con la protagonista.

—Estaba actuando, deseaba tener el don del protagonista de la película y amalgamar ingredientes para obtener la pócima del amor y encerrarte con ella en mi cuarto.

—¿Estás seguro de que no lo hiciste?

—No sería un brujo exitoso si mis pociones dieran resultados a tan largo plazo.

—Pero sí efectivo.

Nos olvidamos por un buen rato del relato de la vida de Lucas para entregarnos al presente juntos, casados, enamorados y, sobre todo, desnudos en una cama.

Lucas no dejaba de sorprenderme con su vasta experiencia para complacerme. Al terminar una oleada de celos me hostigaba pensando en la cantidad de amantes experimentadas que había tenido Lucas y además con el agobio de no estar a la altura de su pasión.

CAPÍTULO 23

—¡Señora Montalbán! Es increíble, Juliana.

—Es realmente increíble la manera en la que ocurrió.

—Tendrías que haberlo hecho mucho tiempo antes.

—Eve, sabes que no hubiese sido posible haberlo hecho antes.

Era la primera vez que nos veíamos después de la boda, habían pasado tres meses desde el estreno de la obra en la que trabajaba Eve y era un éxito en la ciudad.

—Eve, tenemos que vernos con más frecuencia —le imploré

—Paso mucho tiempo en el teatro, y el radioteatro me lleva lo que queda del día.

—Otra vez soy la que no hace nada.

—¿Cómo que no haces nada? Tienes que atender que ese bello hombre que tienes al lado no se aburra.

—A veces tengo miedo de que eso ocurra y me entra el pánico.

—Lucas está perdido por ti, para arrastrarte de esa manera al registro civil.

—Pero él ha tenido tantas mujeres que...

—No empieces con los titubeos Juliana, tú eres su mujer. Ponte en el lugar que te corresponde o lo perderás.

—¿Señora Montalbán? —preguntó una voz a un costado. Después de hacer algunas compras Eve y yo nos habíamos sentado en una confitería a disfrutar de un delicioso café con masitas dulces.

—Sí —respondí.

—Disculpe el atrevimiento, señora, mi nombre es Jorge Pascual.

—Se sacó el sombrero de ala ancha y me extendió la mano libre—. Soy libretista de radioteatros y junto con dos libretistas más estamos buscando una dama que comparta nuestra vocación, para trabajar en nuestra Compañía del Teatro del Aire, un nuevo proyecto. Nos dedicamos a crear y adaptar obras para la radiodifusión como radioteatro.

Toda aquella información no entraba en mi cabeza. Me quedé mirando al tímido y educado joven que se acercó para convocarme.

—¿Quieren que trabaje para ustedes en la compañía?

—No. No. Queremos que sea parte de la compañía. Una socia. Hemos decidido unirnos y organizamos como sociedad, sabemos y conocemos los trabajos que realizó en radio Belgrano el año anterior y nos gustaría que se sumase a este proyecto. —Me alcanzó una tarjeta con una dirección escrita a mano y agregó—: Espero que decida trabajar con nosotros, estaremos esperando su respuesta.

Eve, apenas se retiró la simpática figura timorata, se levantó y me abrazó. Ella se había mantenido expectante y silenciosa en toda la conversación, pero al encontrarnos nuevamente a solas estalló de alegría.

—¡Es lo que estabas esperando! ¿Sabes quiénes son?

—No tengo ni idea —respondí a su entusiasmo con una sonrisa.

—Son los que ponen los radioteatros en el aire de todas las emisoras importantes. Aunque lo que no sabía era que se estaban uniendo en una compañía.

—Eso suena prestigioso.

—Lo es y no puedes darle la espalda a esta oportunidad. Juliana, no puedes decir que no.

—Tengo que consultarlo con Lucas.

—Consúltaselo, pero no permitas que te niegue la oportunidad de hacer lo que quieres.

Permanecimos sentadas en aquella confitería mucho más tiempo del que le había prometido a Lucas que estaría afuera. Hicimos planes sobre las próximas fiestas de fin de año, que ya estaban a solo semanas, y nos explayamos bastante sobre ese nuevo proyecto que estaba segura que comenzaría. Nada le comenté a Eve de la preocupación que teníamos Lucas y yo por los incidentes que había sufrido antes de la boda, y que fueron el motivo que aceleró todas las cosas. Nuestra luna de miel en casa de Lucas fue larga, pero ahora que había que volver a la vida cotidiana ninguno olvidaba aquellos sucesos. Ese día, cuando Eve fue a buscarme, le recomendó miles de veces mi cuidado, como si yo fuese una criatura pequeña. Hasta creí por un momento que vendría con nosotras, pero al notar los movimientos de Lucas, Eve se plantó y le prohibió entrometerse entre dos amigas. Moción que tuvo mi total apoyo.

Llegué a casa caminando, la ansiedad y la tensión hicieron que inevitablemente comenzara a sentir un molesto pero soportable zumbido en el oído.

—¿Dónde estabas? —fue la brusca pregunta que me recibió nada más entrar a la casa. Lucas tenía el rostro contrito y sus ojos eyectaban furia. En dos pasos estuvo a cinco centímetros de mí.

El zumbido de mi cabeza se agudizó y cuando Lucas levantó la mano me agaché para protegerme del golpe y me cubrí la cara con el brazo libre.

—¿Qué te pasa, Juliana? Mírame —ordenó.

El golpe esperado nunca llegó. Avergonzada, bajé el brazo y me quedé recta.

—Juliana mírame —repitió—. ¿Alexander te golpeaba?

—No.

—Dime la verdad Juliana. ¿Te golpeaba?

—No, nunca me levantó la mano. Nunca se preocupó por mí. Le importaba muy poco lo que hacía. No se molestaría en maltratarme.

—Entonces tu padre te golpeaba —confirmó.

—Sí —respondí con vergüenza.

Esta vez terminó de hacer el movimiento que intentó momentos antes, él solo había levantado el brazo para abrazarme, pero yo había confundido este gesto tontamente.

—Jamás te golpearía Juliana, por más furioso que estuviera no te castigaría de esa manera y de ninguna otra. Te amo, muñeca. — Me abrazó con más fuerza—. Estaba terriblemente preocupado, habías dicho que llegarías a las seis y son las ocho. Salí a recorrer la ciudad pero no pude encontrarte y me alarmé. Discúlpame amor, no quise asustarte —susurró pegado a mi boca. El beso se prolongó y acaloró nuestros cuerpos desacostumbrados a estar sin el otro por tanto tiempo. Los sentimientos de Lucas y los míos, diferentes hasta ese momento, se convirtieron en deseo, en pura necesidad y avidez de sentir el cuerpo del otro. Nos arrancamos la ropa y terminamos en el sofá de la sala, jadeantes y desenfrenados. Sin previa preparación guíé el grueso miembro de Lucas hasta la fuente de mis deseos y él se sumergió enardecido. Embates fervorosos, posesión arrebatada y un estallido impetuoso pudieron devolver el sosiego a

nuestros cuerpos. Acalorados y sudorosos, seguimos abrazados en el sofá mucho tiempo después.

—Juliana, ¿entendiste lo que te dije?

—Sí.

—Nunca te levantaré la mano. Créeme.

—Te creo, no sé qué pasó, viniste sobre mí con tanta furia que por un momento viajé en el tiempo y...

—No lo digas, mataré a tu padre cuando lo conozca.

—Alexander me salvó de aquello, es por eso que lo quería y estoy tan agradecida con él a pesar de lo que hizo.

—Hablando de Alexander, fui a ver a Patricio y me contó que sus hombres no pudieron hallar a Juan Pablo. Es como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Debe haberse ido del país.

—Buscaron en los registros de salidas y no está registrado, eso es lo que me tenía tan preocupado. Cuando no pudieron encontrarlo las semanas anteriores todo hacía suponer que había salido del país, pero hoy confirmaron lo de los registros.

—Quizá viajó al interior, debe tener parientes por allí. —Después de meditar unos segundos agregué—: Si así fuera, debe de odiarlos. Odia todo lo que sea del interior.

—Su odio habrá comenzado cuando llegaste tú —dijo y me besó la punta de la nariz.

—¿Qué te dijo de Polenski?

—Nada que pudiera inculparlo. El viejo ha estado enfermo estos últimos meses.

—No parecía enfermo cuando lo pesqué con su amante.

—No puedo creer que tú te atrevieras a eso. Hubiese pagado una fortuna para verle la cara.

—Estaba tan sorprendido que no pudo hablar por varios minutos, lo que me ayudó a hacerlo a mí. ¿Conoces a su amante? —le pregunté.

—La he visto de lejos en algunas ocasiones, pero nunca he cruzado palabras con ella.

—Me contaste que todos los que se mueven en el círculo de la alta sociedad, a la que tú perteneces —dije, burlándome de Lucas —, saben de esa relación y que hasta tienen un hijo en común.

—Usted también pertenece a ese círculo, señora Montalbán — corrigió él, mordiéndome el hombro, y luego continuó contándome lo que sabía de la amante de Polenski—. Según los dichos, Polenski le prohíbe a su joven amante andar pavoneándose por la ciudad. También se sabe que la manda a menudo de viaje.

—Esa mujer... —susurré pensativa—. Cuando la vi me resultó tan familiar, pero solo fue un momento y no pude verle la cara de frente, pero esa nariz la vi en algún lugar.

—Debes haberla visto en algún estreno o paseando. —Se levantó del sofá y tiró de mí para levantarme—. Aunque Polenski la tiene vigilada y es muy celoso de ella, a veces se la ve rondando por la ciudad.

—¿Conocerá su esposa esa relación con una mujer mucho más joven que ella?

—Tu ex suegra es menos cuidadosa y más perezosa a la hora de guardar las apariencias. Todo el mundo conoce a sus amantes pasados, presentes y predicen al amante futuro. Los tiene de todas las edades y clases sociales y a ella le debe de importar poco lo que hace su esposo.

—Dios mío. ¿Crees que si hubiese seguido con Alexander con el tiempo me habría convertido en una mujer como ella?

—No hubieses estado mucho tiempo más con Alexander.

—¿Por qué lo dices? Yo no me habría convertido en tu amante, ni lo habría abandonado.

—Te habría raptado y te habría sacado del país.

—¡Lucas!

—No me mires de esa forma, cuántas veces debo decirte que me tenías loco y desesperado. Ya había planeado sobornar a Alexander con su secreto para que te dejara libre.

—No puedo creer que idearas algo así.

—Y lamento no haberlo hecho antes, quizá eso habría mantenido con vida a Alexander.

—No supe, no pude ayudarlo, nunca habría pensado que sus gustos fueran aquellos. Si se hubiese sincerado conmigo, tal vez...

—¡Te habrías espantado!

—Puede ser que tengas razón, pero igualmente nunca lo habría traicionado, estaba muy agradecida con él.

—Vamos a la cama cariño, este sofá es muy incómodo.

—No pensabas lo mismo unos minutos atrás.

—No pienso cuando te deseo, Juliana. Ese es mi problema.

De nuevo volvimos a comer en la cama. Le conté el paseo y las compras que hicimos y el encuentro con el señor Jorge Pascual y su propuesta para trabajar con compañía. Me dijo que conocía a los libretistas y que si los detectives seguían sin tener novedades de Juan Pablo, no habría inconvenientes para que iniciara mi propia carrera. Pero primero tenía que asegurarse de que no había peligro en ciernes. Aquella noche le pregunté cuándo se había enterado de las relaciones homosexuales que mantenía Alexander y por qué nunca había divulgado el secreto.

—Alexander era un tipo de negocios sobre todas las cosas y, como te dije una vez, era el único en quien confiaba para hacer pedidos del exterior —me contó—. No tenía el soporte económico para contratar a alguien que se encargara de esos menesteres y Alexander resultó el mejor aliado. Una tarde fui al muelle porque había olvidado unos pedidos y lo encontré en una situación bastante comprometida con un hombre. No le había visto la cara al que estaba con él. Alexander lo protegió en todo momento con su cuerpo. Pero no tuve duda de que se trataba de un hombre, usaba traje negro y se tapó el pelo con el sombrero cuando aparecí, eso impidió que pudiese ver el color de su cabello.

—¿Cómo supiste que era Juan Pablo? ¿No tendría varios amantes?

—Al descubrir que se trataba de mí, se tranquilizó y respiró profundo, me llevó hasta una pequeña oficina que tenía en el muelle y me explicó la situación. Nunca antes había visto a Juan Pablo. Narró su encuentro en España, que era argentino pero que había migrado con su familia cuando tenía quince años y él lo había contratado y lo trajo nuevamente al país. Dijo que entendía si quería dejar de trabajar con él pero que por favor no divulgara lo que había visto, porque supondría la ruina de la familia y de la empresa.

—Y su padre lo mataría, el viejo Polenski preferiría ver muerto a su hijo antes de que la gente se enterase de aquello.

—No entiendo cómo ocurrió, alguien más los habrá descubierto o habrán sido muy descuidados, porque un año después se casaba

contigo, obligado por su padre para frenar los rumores que corrían cada vez con mayor velocidad.

—Por eso era la constante insistencia con lo del embarazo.

—Yo podría haber ayudado con ello, si tú hubieses querido —ronroneó.

—No bromees con eso, Lucas.

—Pero es cierto, Alexander no tenía intimidad contigo, por eso no te quedabas embarazada. Yo podría haber colaborado, soy muy eficiente para ese trabajo.

—Lucas, estamos hablando seriamente.

—Mi paternidad también es algo muy serio.

—Hipotética paternidad.

—Real, muy real.

—No puedes...

La conversación había dado un giro brusco, con desconcierto y temor intenté recordar la fecha de mi último periodo. Dos semanas después del casamiento y después nada, habían pasado dos meses tan rápidamente que no lo había tenido en cuenta.

—¿Cómo lo sabes? —indagué con extrañeza.

—Estas bellezas no pueden ocultarme nada —musitó, pegando la boca a mis senos y sepultando la cara en ellos al terminar de hablar.

CAPÍTULO 24

La Compañía de Teatro del Aire comenzó a funcionar a pleno rendimiento a finales de 1938. Teníamos mucho trabajo y sin que mediara discusión la actriz que encabezaba el elenco de los radioteatros fue Eve y un actor llamado Pascual Pellicciotta. Unas semanas después de que la compañía quedara definitivamente establecida comenzamos con la primera adaptación: *Los jazmines de los ochenta*, de Héctor P. Blomberg, que se podía escuchar de lunes a viernes por radio Mitre.

A mediados de 1939 todo había cambiado. Lucas había comenzado a grabar su nueva película, no tuvo suerte con el elenco original que quiso arrebatarse a la competencia, pero la carnada de nuevos actores y actrices dispuestos a sobresalir y abrirse camino en esa profesión estaba cargada de energía y entusiasmo, y se volcaban en su trabajo, creando un efecto multiplicador. Más trabajo, más actores, más actrices, más directores y más público que iba a disfrutar de películas de calidad. Esa eficacia triunfaba en todo el mundo. Películas argentinas rodaban en numerosos países cosechando reconocimiento, triunfos y más trabajo. El cine cerraba una década dorada. Los radioteatros eran un logro de menor envergadura, pero nadie podía negar el éxito de las lacrimógenas obras que atrapaban a los oyentes, pegándolos sin faltar un día a la radio. Las emisoras tenían su mayor número de audiencia en aquellos horarios en los que salían al aire las obras que había colocado nuestra compañía y se hicieron arreglos con emisoras de radios del interior de país y también con las de países limítrofes para vender las adaptaciones o los nuevos radioteatros que producían los libretistas. Había tres radioteatros escritos por mí en el aire con un éxito rotundo, lo que me llenaba de alegría y orgullo, al igual que a mi esposo. Mi abdomen también había cambiado, había crecido bastante. Como lo anunciara Lucas, estaba embarazada de dos meses cuando me dio la noticia e increíblemente al otro día de conocer la feliz novedad amanecía con náuseas, mareos y vómitos que me mantuvieron en cama sin poder levantarme por las mañanas durante un mes, lo que postergó el inicio de actividades de la

compañía. Pero unos días antes de concluir el increíble e inolvidable año treinta y ocho, quedó concretada y en funcionamiento.

A pesar de la cantidad de trabajo que teníamos, pocas veces salía de casa, estaba en la etapa en la que solo me dedicaba a escribir nuevas obras y a escuchar los radioteatros que estaban en el aire para corregir errores o agregar cambios que mejorarían la producción. Dos veces por semana nos reuníamos los libretistas fundadores y tomábamos las decisiones sobre la marcha de la compañía. Lucas grababa en el piso de abajo, lo que permitía que cada hora subiera a darme un beso y bajara corriendo nuevamente. Su nueva película se llamaba *Las sombras* y en ella incursionaba en el cine de misterio y por primera vez el tango no estaba como tema principal, ni como banda sonora. Eve tenía tanto trabajo que nos veíamos pocas veces. Había dejado la pensión para mudarse a un modesto apartamento y estaba ahorrando para comprar un bello apartamento luminoso y amplio cerca de mi casa. Su obsesión por el director de la revista había mermado y se encontraba en una etapa de tranquilidad espiritual.

A una semana del inminente parto dejé de escribir para dedicarme a realizar las caminatas que me había indicado el médico para que el parto no me costara tanto. Me había advertido que el excesivo sedentarismo al que sometí a mi cuerpo no beneficiaría en nada al nacimiento y me obligó y obligó a Lucas a que me exigiera caminar. Los dos primeros días mi esposo me había acompañado, pero el tercer día tenía una escena que grabar y necesitaba prepararla. Mi caminata comenzaba en la esquina de la calle Libertador y llegaba hasta la ribera del río de La Plata bajo. Tranquila, despacio, sin forzar el paso, compraría y comería todo lo comestible que se cruzara por mi camino, caminaría las quince cuadras que me separaban de Retiro, me sentaría a respirar el aire fresco que provenía del río y el chófer iría a buscarme dos horas después de salir de casa. Ese era el arreglo al que habíamos llegado con Lucas ese día que él no venía conmigo.

Estaba descansando plácidamente en la plaza San Martín cuando una mujer se acercó a mí.

—¡Juliana! ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos?

—¡Stella, qué gusto verte!

La hermana de Alexander se presentaba ante mí, se la veía muy delgada y desmejorada, parecía haber envejecido diez años de golpe.

—¿Cómo estás? —pregunté por cortesía.

—No tan bien como tú —replicó y en sus palabras pude notar la animosidad latente—. Veo que has olvidado a mi hermano y has rehecho tu vida. —Dejó escapar la furia que no podía seguir contenida.

—Tu hermano murió hace tres años y además de superar su muerte tuve que superar sus mentiras y las mentiras que tu familia inventó.

—Juan Pablo hablaba de tu romance con el lujurioso director, pero nadie podía creer que una mojigata como tú pudiera interesar a ese hombre. Veo que nos equivocamos contigo. —Se acercó más a mí y quiso acariciarme la barriga—. Mira cómo acabaste... —Hizo una pausa y retiró la mano cuando me levanté del asiento para alejarme de ella—. La señora Montalbán.

—¿Qué quieres? Nada puedo hacer por lo que pasó.

—Oh, sí que puedes hacer, y mucho. Todo lo que queríamos de ti lo llevas allí —reveló, y volvió a extender la mano para señalar mi abultado abdomen.

—¿De qué hablas Stella? —Sin dejar que respondiera, continué —: Me alegra verte bien, pero tengo que irme.

—Tú irás conmigo —declaró y me tomó del brazo.

—Suéltame Stella, o gritaré.

—Si gritas, te golpearé tan fuerte que mataré a mi hijo antes de que nazca.

—Está bien, no gritaré —reculé cuando Stella levantó la mano dispuesta a cumplir su promesa de golpearme.

—¿Adonde vamos?

—Tú solo cállate y camina sin llamar la atención o tendrás un parto anticipado y bastante triste.

Abandonamos la plaza y nos subimos a un automóvil que ella conducía, del mismo modelo que el de mi esposo.

—¿Cómo puedes hacerme esto? Tú estuviste embarazada, sabes lo que se siente.

—Jamás estuve embarazada, no puedo tener hijos.

—Pero cuando yo te conocí...

—Era una farsa, ¿adivina de quién era el hijo que iba a criar?

—¡No!

—Sí, el de mi estúpido hermanastro y su tonta mujer, que desaparecería del mapa para siempre después de dar a luz a mi hijo.

—Pero no iban a ser de la misma edad.

—¡Qué estúpida eres Juliana! —me insultó e hizo un giro tan brusco en una curva que me volcó hacia un costado—. Ese justamente era el plan. Hay personas en la ciudad que recuerdan el trágico accidente que sufrí a los quince años al caer de un caballo por culpa de mi estúpido hermanito menor. Me atravesé el abdomen con un madero. El médico que me salvó la vida y me extirpó el útero ha muerto, pero puede haber revelado el secreto a alguien. Me trasladé al interior y allí iba a quedarme por cuatro o cinco años, a esas edades los niños son muy parecidos, entre los cuatro y los seis nadie nota la diferencia. —Volvió a doblar en una esquina y continuó su relato—: Pero tú tuviste que arruinarlo todo, con esa cara de nena buena, y bien que te las trañas por atrás seduciendo al director de cine.

—Lo que dices no tiene sentido, déjame bajar Stella y te prometo que no diré nada de este incidente.

—No hables más —me gritó—. Cállate.

—¿Tu esposo sabe lo que estás haciendo?

—Mi esposo me dejó cuando se enteró de que no habría niño, cuando nazca mi hijo, lo llevaré con él y estaremos los tres juntos como una familia —declaró Stella. Sonaba tétrica hablando de mi hijo como si fuera de ella.

La conversación desquiciada de Stella me desquiciaba a mí, aquella mujer estaba fuera de sus cabales y era capaz de cualquier cosa. No podía gritar, estaba segura de que me golpearía directamente en el estómago y tampoco era viable que me arrojara desde el vehículo. La miraba y no podía creer que esa mujer fuera la misma que había conocido cuando llegué de Junín. Entonces recordé lo que Eve me había contado sobre la vez que fue a buscarme a casa de mis suegros. Una muchacha rubia y bonita la había echado de allí con muy malos modales. En aquel momento

descarté a Stella, pues la creía embarazada. Ahora estaba descubriendo mi error. Sin duda se trataba de ella.

Pasaron dos horas de silencio y seguíamos viajando. La ciudad había quedado muchos kilómetros atrás.

—¿Adonde vamos? —pregunté cansada y resignada. Pensaba en Lucas, que a esas alturas estaría desesperado. ¿Alguien habría visto a Stella subirme a su coche? ¿Alguien podría describirla? ¿Lucas sabría de quién se trataba? En ese momento sentí una fuerte punzada en el bajo vientre, mi tripa se había puesto dura como una roca.

—Llegaremos justo a tiempo, es una suerte que tu esposo no te acompañara, hoy lo habría dejado pasar pero para mañana ya no habría tenido consideración.

No quise preguntar qué había planeado hacerle a Lucas para alejarlo de mi lado, porque saberlo solo me habría mortificado más. Todo lo que necesitaba por ahora era pensar que él estaba bien.

—Montalbán pronto te reemplazará, no creo que la pérdida de tan insulsa mujer lo mantenga acongojado por mucho tiempo — declaró después de un largo silencio.

El traqueteo de la carretera de tierra que habíamos tomado desde hacía varios minutos hacía que me doliera hasta el alma.

—Necesito bajar un rato, tengo que...

—No lo digas, ya sé de qué tienes ganas —adivinó con fastidio.

Paró el vehículo y bajé. Como pude me puse de cuclillas. Debo agradecer los cómodos diseños que Miranda había creado para estar abrigada y cómoda a la vez. Unos bellos vestidos del más suave algodón que me traía una vez al mes. Al bajar miré alrededor del coche y solo pude ver campo a ambos lados de la carretera. El crepúsculo hería el horizonte con sus rasguños de sangre. Faltaban poco para el comienzo del invierno, los días eran cortos. Calculaba que serían cerca de las seis de la tarde. Todavía agachada pude ver, debajo del asiento delantero, una especie de porra de goma como la que utilizaban los agentes de policía para reducir a los revoltosos. No estaba segura de si podría pegar con aquello a Stella. Y si la golpeaba, no sabía qué hacer después, nunca había conducido un vehículo. Mientras descargaba mi vejiga, Stella caminaba para estirar las piernas. Me levanté con cautela y tomé la

porra, la sujeté con fuerza y me acomodé en el asiento delantero a esperar su regreso.

—¿Has acabado?

—Sí.

—No volveremos a detenernos hasta llegar, acomódate y duerme un poco, estarías más cómoda atrás pero a mí no me engañas con esa cara de tontona.

—Sí, eso haré.

—Buena chica, solo tienes que obedecer y todo saldrá bien.

Aquellas palabras hicieron un clic en mi cabeza. Solo tenía que obedecer y todo saldría bien. No obedecería a nadie más, nunca. Solo obedecería lo que me dictara mi conciencia y mi corazón. En cuanto Stella me dio la espalda, ya sentada en su asiento, para cerrar la portezuela, le propiné con violencia y furia un porrazo en mitad de la cabeza. Se desmayó sobre la puerta, que no llegó a cerrar, y cayó al suelo. Una nueva contracción me paralizó.

CAPÍTULO 25

Si no lograba moverme con rapidez, Stella se levantaría y era muy capaz de matarme. Al bajar del coche comprobé que Stella tenía bastante sangre en la cabeza. Me aterroricé al pensar que estaba muerta pero observé con atención y comprobé que respiraba. Había caído boca abajo y los pies todavía estaban en el estribo del coche. Tenía que encontrar una soga para atarla antes de que recuperase el sentido. Con desesperación, abrí la puerta de atrás y no encontré nada. Revisé la cajuela y solo había algunas prendas de vestir olvidadas. Las saqué y le até las manos y los pies a la espalda. Arrastrarla para sacarla del coche completamente me valió una nueva punzada, y cuando estaba recuperándome Stella comenzó a moverse. Tendría que mover el vehículo si quería escapar de esa loca. Me acomodé en el asiento del conductor y giré la palanca de arranque, era un automóvil nuevo y tenía los movimientos suaves. Cientos de veces había viajado en coche pero nunca presté la debida atención.

—Suéltame Juliana, no podrás mover el coche —advirtió seriamente Stella recuperándose del golpe—. Suéltame antes de que pierda la paciencia y no me desquitaré por golpearme —volvió a advertir—. No podrás llegar a ningún lado aunque lograras moverlo, tiene poco combustible y no sabes dónde conseguir más. En unos minutos oscurecerá y los animales salvajes se acercarán. Habrás visto que hay provisiones de alimentos en la parte trasera, eso atraerá a los animales. —Hizo una pausa en su asedio y continuó—: Suéltame Juliana —dijo con la voz un poco más impaciente y fuerte, también pude ver que daba patadas contra un arbusto para zafarse de las ataduras de los pies.

Después de varios intentos torpes, por fin conseguí poner en marcha el coche. Cuando miré por el espejo retrovisor pude ver que Stella había quedado muy atrás y que se ponía en pie para correr tras de mí, todavía con los brazos atados detrás de la espalda. Escuché sus gritos hasta que se perdieron, pero no volví a mirar por el espejo. No quería distraerme con nada. Mantener la marcha lenta y sobre el camino era mi único objetivo en la vida. Comencé a sentir

la punzaba e imploré a mi bebé que no lo hiciera. De forma casi mágica, la punzada pasó sin causar mayor malestar. La noche se cerraba y las luces del coche estaban apagadas, no me atrevía a soltar el volante, me pegaba a él procurando estar lo más cerca posible del parabrisas para no perder de vista la calle. Si paraba para buscar las luces, temía no poder volver a ponerlo en marcha, no me acordaba ya de cómo lo había hecho la primera vez. Además estaba el problema de la gasolina. Tenía algunos billetes en el bolsillo, con eso alcanzaría para abastecer de combustible el automóvil y cuando llegara hasta la civilización más próxima prometería a cualquier persona que supiera conducir que le cedería todos mis bienes si me llevaba nuevamente a Buenos Aires. Pero primero tenía que llegar y no morir en el intento.

Diez minutos después no veía absolutamente nada. La noche era estrellada, pero no podía distinguir los límites de la carretera, mordía los pastizales de los laterales de un lado a otro. No podía mantener derecho el volante. Desistí y frené el vehículo. Busqué interruptor por interruptor, clavija por clavija, y al cabo de un tiempo razonable pude dar con las luces. El camino se iluminó. Intenté arrancar el vehículo nuevamente y lo logré en el primer ensayo. Diez minutos después, un resplandor en el cielo anunció la cercanía de una ciudad. Mantuve la marcha durante tres o cuatro minutos más y el coche se apagó de improviso. Un reloj interno marcaba cero. Se había agotado el combustible. Otra contracción me estremeció el cuerpo. El coche detenido, las luces encendidas, una ciudad cercana pero inalcanzable a pie para una embarazada a punto de parir, una psicópata siguiéndome kilómetros atrás. Noche, oscuridad, animales salvajes. Trabé las puertas del coche, apagué las luces y me recosté en el asiento delantero. No era la primera vez que estaba en una situación desesperante, pero esta vez no estaba sola, tenía a Lucas, a Eve, a mis compañeros de trabajo, pertenecía a un grupo de personas y era apreciada por todos. Estaba preocupada pero la confianza en la gente que quería no dejaba que entrara en pánico.

Imperturbable, cerré los ojos y me acaricié la tripa, que había dejado de endurecerse. Le hablé a mi bebé y me dormí.

* * *

Los golpes en la puerta me despertaron.

—Abre la puerta o tendré que romper el cristal —me gritó una mujer desde afuera—. ¿Me oíste Juliana? Abre la puerta.

Todavía era de noche. No conocía a la mujer que me estaba gritando, pero parecía que ella a mí sí.

—Rompe el cristal y saca a esa perra de adentro —exclamó otra voz más desde atrás.

Miré por la ventanilla trasera y pude ver que se trataba de Stella.

—Calla Stella, no la lastimarás. —La mujer empujó a Stella y después desapareció de mi campo visual para perderse en las sombras—. Juliana, nada te ocurrirá. Stella no te golpeará, si abres la puerta ahora.

El zumbido de mi oído ganaba intensidad y la panza se endurecía. Me la tomé con fuerza y cerré los ojos.

—Juliana, estás sufriendo contracciones, tenemos que llegar al hospital del pueblo de Lobos para que te atiendan —argumentó apaciblemente la mujer desconocida.

Abrí los ojos y la miré. Sin soltarme el abdomen estiré una mano para destrabar la puerta, no podía hacer otra cosa.

—Aléjate de aquí —le ordenó a Stella—. Llévate aquel coche. —La alejó a empujones.

Al sentir ceder el seguro de la puerta, la abrió y su perfume llegó a mi nariz. Entonces la reconocí, aunque estuviese de espaldas alejando a la exaltada Stella, que quería tomarse la revancha por lo que le había hecho. Después entró en el vehículo y arrancó.

—No tiene combustible.

—Olvidaste revisar el baúl, siempre se llevan bidones de gasolina allí.

—¡Qué idiota! —grité en voz alta, golpeándome la frente, recordando que en mi búsqueda de sogas había visto allí unos bidones, pero no sabía si estaban llenos o qué contenían y jamás se me ocurrió revisar.

—Sí, lo mismo digo, ya no tenía esperanzas de encontrarte, pero tu idiotez provinciana te traicionó.

La miré sobresaltada. Acababa de percatarme de su gran parecido físico con Juan Pablo.

—¿Ya sabes quién soy?

—La amante de Polenski.

—¿Algo más?

—¿Eres hermana de Juan Pablo?

Dio una risotada reverberante y asintió.

—Sí, soy la hermana. Qué buena pareja hacemos, ¿no?

—Sorprendente.

—Yo con el padre, él con el hijo. Lo único que nos arruinaba la vida eran las mujeres Polenski: Gloriana, Stella, que es más molesta que un clavo en el zapato, y luego tú. —Me miró por un segundo y volvió a mirar al frente—. Gloriana no era problema mientras no le faltasen el whisky y el opio. Stella se mantenía controlada con el marido que le conseguimos. Y tú tenías una salud tan débil que no sobrevivirías al parto. —La voz se le anegó de angustia y vi cómo le temblaba el mentón—. Pero lo mataste —me acusó con firmeza.

—No sé qué te dijo tu hermano, pero yo jamás le habría hecho daño a Alexander, no soy como vosotros, que destruisteis a su familia.

Volvió a reír de manera exagerada.

—Ay, muchacha provinciana, me haces gracia, eres tan ingenua.

—¿Qué vais a hacer conmigo? ¿Adonde me lleváis?

—Continuaremos con el plan original, con detalles nuevos, pero servirá de todos modos.

—Mi esposo vendrá a buscarme —grité.

—Estoy segura de que llegará, pero será tarde. —Sin dejar de mirar al frente me contó—: Se armó un gran revuelo ayer en la ciudad, por eso me enteré de tu secuestro, y no tuve duda de que Stella había conseguido atraparte. Te venía siguiendo desde que tu tripita se agrandó de esta manera. —Señaló mi abdomen con su mentón—. Pero siempre estabas acompañada. A punto estuvo de cometer algún acto desatinado.

—¿Como lastimar a mi esposo?

—No creo que lastimar fuera la palabra adecuada, pero podría ser. ¿Sabes qué ocurrió con el marido de Stella?

—Se dio cuenta de que su mujer era una maniática y se marchó.

—En parte tienes razón —aprobó—. Se dio cuenta de que su mujer, por cuyo dinero sentía un profundo afecto, estaba un poco desequilibrada, que le había mentado con lo del embarazo y que, no obstante, ella no paraba de preparar el cuarto del niño y repetirle que faltaba muy poco para que la familia se agrandara. Isidro analizó la situación y decidió que sería más seguro buscar otra hija de millonario que lo aceptase, que salir indemne de aquella locura. Abandonó la casa, pero Stella lo convenció para que volviera. Estuvieron juntos dos o tres meses, en los cuales todo parecía normal, pero cuando Alexander anunció tu embarazo, Stella se desequilibró nuevamente e Isidro desapareció. No se llevó más que lo puesto y nadie volvió a verlo o a saber de él. Cuando le preguntas a Stella si sabe algo de su marido solo responde... —Me miró con expresión diabólica y completó la frase—: «Está bien oculto».

—Nadie podría hacer desaparecer a Lucas, mucho menos esa loca.

—Veo que lo que inició Alexander, el señor Montalbán lo ha mejorado —comentó sin mirarme—. Tu brío me conmueve, provinciana.

No me dejó replicar a su despectivo comentario.

—Hemos llegado —anunció.

Estaba amaneciendo, podía distinguir el horizonte y no veía más que campo, el resplandor que divisara la noche anterior se había acercado bastante, pero de ninguna manera habíamos llegado un pueblo. De forma imprevista, la mujer giró el volante y se internó en un camino mucho más angosto que el anterior. Una tranquera de madera abierta recibía a los dos vehículos que transitaban aquellos lugares solitarios. Los campos estaban yermos y no se veía a nadie dentro de las grandes extensiones alambradas. Mi consuelo era que por la temprana hora los trabajadores del campo todavía no hubiesen empezado su jornada, pero que en poco tiempo aparecerían los primeros gauchos por el lugar.

—No te hagas ilusiones Juliana, el lugar está vacío hasta dentro de un mes que comienzan con la preparación de la tierra —me informó al verme girar la cabeza en todas las direcciones, buscando descubrir alguna silueta humana.

Condujo unos diez minutos a paso muy lento, el mismo que había utilizado yo para huir, y pude divisar una casa. No era para nada pequeña, desde lejos podían observarse las galerías en los laterales exteriores de la casa que en forma de cerradura se presentaba cóncava hacia la entrada. El espacio interno entre las construcciones se veía poblado de árboles de frutos anaranjados, que desde la distancia no distinguía si se trataba de mandarinas o naranjas, pero que me dieron unas ganas enormes de saborearlos. Allí descubrí que tenía hambre, pues había pasado muchas horas sin ingerir nada. Me pregunté qué pasaría si al bajar me dirigía al árbol y arrancaba algunos frutos. Nada podía ser peor de lo que me estaba pasando y decididamente no estaba dispuesta a morir con ganas de comer naranjas. Con determinación, me dispuse a bajar del coche e ir directamente a los frutales.

CAPÍTULO 26

La amante de Polenski se llamaba Paula. Cuando me dirigí a los árboles, Paula tuvo que detener a una violenta Stella que se dirigía con toda su furia sobre mí. Paula se interpuso en su camino. Con una mano protegiendo a mi criatura, tomé un palo que encontré en el camino y quedé esperando el ataque de la desquiciada mujer, pero Paula no dejó que llegara. Discutieron y pelearon entre ellas. Se gritaban obscenidades e insultos que Stella hacía extensivos a mi persona. Cuando parecieron llegar a un acuerdo, Stella entró en la casa y yo llegué hasta los árboles. Arranqué cuantas frutas pude, había naranjas y mandarinas y tomé de ambas y las metí en una improvisada bolsa que armé con el abrigo de lana que tenía sobre el vestido. La espalda estaba matándome, necesitaba con urgencia un baño, comer y acostarme en una cama.

—¿Terminaste de juntar las frutas?

—Tengo bastantes por ahora —le respondí a Paula.

Me metió en la casa y pude desembarazarme de mi necesidad más urgente. Después me llevó hasta una cocina. Me senté y saboreé las frutas, que sabían a ambrosía. En ningún momento apareció Stella donde yo estaba.

—¿Tu amiga sigue con la idea de matarme?

—Stella no quiere matarte, solo quiere a tu hijo —me contestó sin mirarme, estaba de espaldas preparando una infusión—. Ella solo quería desquitarse porque la golpeaste y la dejaste abandonada en medio del campo. —Se volvió hacia mí y me miró directo a los ojos por varios segundos—. Yo quiero matarte.

—¡Juan Pablo!

—¿Despertaste?

—Tú eres Juan Pablo.

—Así es.

—El no era homosexual —afirmé, aludiendo a Alexander—. Era amante de la amante de su padre. —La revelación me hacía hablar pausadamente, al mismo tiempo que mi cerebro iba hilvanando los descubrimientos—. ¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Qué? ¿Por qué se casó contigo?

—¿Por qué me enredaron en esta maloliente ciénaga?

—Tu futuro no habría sido mucho mejor sin nuestra intervención, necesitábamos una tonta e ignorante pueblerina que sirviera a nuestros propósitos y que nadie la recordase cuando todo acabara y tú eras la ideal. El viejo estaba feliz porque su hijo maricón se había decidido por una mujer que no iba a sospechar de los gustos poco ortodoxos de su esposo y además era bastante agraciada, algo que a Alexander tampoco le disgustaba. Eras la ideal para todos los planes. La única que estaba algo inquieta con la elección era yo y viendo los resultados no me equivoqué.

—¿Por qué no dejaste a Polenski?

—El viejo me rescató de un prostíbulo español al que fui llevada a la fuerza. Cuando tenía dieciocho años un funcionario de Santa Fe eligió a las seis muchachas más bellas del pueblo en un burdo concurso de belleza para elegir a la reina de la primavera y nos envió a disfrutar del supuesto premio: un viaje a la ciudad de Buenos Aires. Llegamos a la ciudad y un día después, junto con otras chicas de distintos lugares del interior, fuimos embarcadas en uno de los barcos Polenski hacia Europa. Cinco de nosotras terminamos en un burdel de primera categoría en Barcelona, a las demás jamás las volví a ver. Al viejo Polenski lo conocí allí. Quiso intimar conmigo durante el viaje, pero mi ingenuidad no dejaba que viera la realidad que se me presentaba delante. Hasta que no puse un pie en el prostíbulo y me obligaron a atender al primer cliente seguía con la ilusión de que el viaje era parte del premio. Qué ilusa, ¿no?

—Inocente.

—Inocente, sí. La inocencia no me duró mucho. El viejo conocía mi destino y apareció por allí seis meses después, pagó la noche entera. Se quedó muy conforme, porque dos meses después regresó, y de nuevo un mes más tarde. Después de eso, un buen día se presentó y pagó una fuerte suma para sacarme de aquel lugar. Regresé con él a Buenos Aires y me alojó en un pequeño apartamento en la ciudad, era su puta privada y su prisionera, no podía salir a ningún lado. Solo lo veía a él y a los dos guardias que se turnaban para cuidar mi puerta. A los veintiún años tuve a mi hijo Antonio, me dejó criarlo hasta los cuatro años y después lo envió a

un orfanato en Francia. Más tarde lo internó en una escuela en ese mismo país, allí se encuentra actualmente, cursando quinto.

Acabé con las mandarinas y comencé con las naranjas, escuchando atentamente el relato de Paula:

—A Alexander lo conocí cuando se enteró de que su padre mantenía a una amante y de que se estaba llevando un hijo a Europa. Se presentó en el apartamento cuando su padre estaba de viaje. Los dos teníamos la misma edad y desde el comienzo supimos lo que iba a pasar, sin decirnos nada. Parece que mi apariencia impacta a los hombres Polenski. Nuestro romance comenzó un año después de conocernos, tanto ir y venir, Alexander me confesó que estaba enamorado de mí, que era capaz de cualquier cosa por mí. —Se regodeó sonriendo perversamente—. Era muy peligroso abandonar a su padre, el viejo amenazaba con matarme si descubría que lo engañaba, además me aseguraba que jamás volvería a ver a mi hijo. Portándome bien, conseguí un poco de libertad controlada. Tenía hombres siguiéndome, pero encontré la forma de burlarme de ellos. Entraba a algún lugar exclusivo para mujeres, me disfrazaba de hombre y salía a hurtadillas del lugar para disfrutar la libertad por unas horas. Años de práctica mejoraron la artimaña del escapismo, del disfraz y la habilidad de introducirme donde quisiera como una sombra.

—Fue contigo con quien Lucas encontró a Alexander.

—Sí, también nos vio su padre, que no logró reconocerme, y Stella. La hermanastra está loca, pero es muy perspicaz y fue la única que logró reconocerme. Ella fue quien divulgó los rumores sobre la homosexualidad de Alexander. Cuando estos llegaron a oídos de su padre, desesperado porque la noticia no se extendiera por toda la ciudad, le dio solo unas semanas para que encontrase candidata y contrajera matrimonio. Visitaron varios pueblos y tú fuiste la elegida. Para esposa y madre. Stella quería que su hermano le diera el hijo que ella nunca podría tener y su madre había dado el puntapié inicial afirmando que tu pueblerina educación no sería suficiente para criar a un Polenski.

—Pero hubiese sido hijo de Alexander también. ¿Cómo podía estar él de acuerdo con tan espeluznante propósito?

—Alexander quería lo que yo quería, y yo no hubiese permitido que viviera con un hijo que no fuese nuestro.

—Tú ibas con ellos, en esa selección.

—Mi perfección con el disfraz de hombre me estaba permitiendo llegar a lugares antes inalcanzables. Alexander me presentó como un nuevo secretario y el viejo no me reconoció. Tampoco sabía que supuestamente era el amante hombre de su hijo. Lo único que tenía que hacer era mantener la boca cerrada en su presencia.

—¿Cómo es que viajaban tanto, si Polenski te mantenía encerrada?

—Viajo una sola vez al año a visitar a mi hijo. Cuando nos encontramos en Londres estaba realizando una de mis visitas y pude hacer esa escapada.

Tenía la impresión de que me estaba perdiendo algo, me resultaba muy difícil creer la sarta de ridiculeces que relataba Paula. Lo único que tenía claro era que ella era Juan Pablo. Cuando me miró a los ojos reconocí el odio con el que siempre me miraba, eso no podía disfrazarlo con nada.

—Alexander y yo nos encerrábamos durante días en el apartamento, él te decía que viajaba. Cuando os casasteis yo estaba realmente enamorada de Alexander, era mi vida y lo único que me importaba. Sufría ataques de celos cuando lo imaginaba acostado contigo. Le hacía jurar mil veces que no te tocaría y él juraba. Me amaba. Me enfermé por los celos, no me dejaban dormir, ni comer, ni estar un minuto tranquila. Eso alejó al viejo de mi cama y me dio mayor libertad —admitió, haciendo un gesto de satisfacción con las cejas levantadas—. Se asustó, creyó que estaba enloqueciendo por el encierro. Me dejó viajar a Europa a ver a mi hijo, ya solo me visitaba de vez en cuando, y yo no dejaba a Alexander ni a sol ni a sombra.

—¿Qué ibais a hacer con el viejo cuando yo no fuera un estorbo? Él continuaría siendo tu dueño.

—A pesar de todo, había gente que sabía de mi existencia. No podíamos hacer desaparecer al viejo y presentarnos como pareja en la sociedad.

—Ni que fuera tan fácil matar a alguien.

—Todo es fácil cuando tienes dinero.

—Y Alexander tenía mucho.

—Lo que le faltaba a Alexander eran agallas. Al poco tiempo de casado comenzó a flaquear, decía que me amaba tanto que no podía mantener relaciones contigo, que no funcionaba, no podía dejarte embarazada.

—Era cierto —acoté—. No podía hacerlo.

—Lo malo era que tampoco podía conmigo. Su hermana había dejado de acosarlo con lo del embarazo, ella tenía otros problemas con su esposo, y el viejo estaba muy angustiado por una difícil situación financiera que estaba atravesando la empresa. Enfurecí tanto que viajé, quería dejarlo todo, pero no pude. Amaba desesperadamente a Alexander, ese mes que estuve fuera me sirvió para renovar fuerzas y volví decidida a hacer que Alexander cumpliera con lo que me había prometido.

—Me perdí. ¿Qué te había prometido?

—Juliana, no me crees, piensas que esto es una broma.

—No.

—Dentro de un día estarás muerta. Stella fue a buscar a la partera que te hará parir a la fuerza.

—¡Estáis enfermas! Las dos —grité y me levanté—. ¡Todos en esta maldita familia son enfermos!

—Siéntate —me ordenó.

—No lo haré, si piensas matarme hazlo ahora, no permitiré que me saquen a mi bebé. Si yo muero, me lo llevo conmigo y vosotras dos os pudriréis en la cárcel.

—Los asesinos no van a la cárcel, si fuera así tú no estarías libre.

—Yo no maté a Alexander, él se voló la cara, seguramente cansado de tratar con tanta gente loca.

—Él no se mató, tú lo hiciste —dijo y se abalanzó sobre mí.

Con dos cachetazos y un fuerte tirón de pelo me arrastró a la habitación donde me encerró. Por suerte, había una cama, me tendí y descansé mi maltratado cuerpo. Comencé a temblar y a llorar, abrazándome a mi bebé. Todo terminaría en poco tiempo. Dos mujeres despechadas e insanas iban a conseguir que todas mis ilusiones y el futuro de mi hijo se esfumaran.

Unas horas después despertaba oyendo gritos, las dos locas estaban peleando afuera. Me levanté para escuchar mejor lo que decían, Paula le reprochaba a Stella que no consiguiera traer a la partera.

—Te digo que está atendiendo a una parturienta en otro pueblo. La esperé pero no llegaba. No conozco a otra que pueda ayudarnos —se excusó Stella.

—No podemos esperar más, esa pacata ha desatado toda una movilización en su búsqueda. Antes de abandonar la ciudad escuché que la radio pedía información a la gente que supiera algo. Y no habían pasado más de tres horas desde que te la habías llevado. ¿Por qué crees que te encontré tan rápido?

—Tendremos que hacerlo nosotras.

—Yo no lo haré.

—Tú eres quien la quiere muerta. ¿O quieres vengarte sin mancharte las manos?

—Podría matarla, lo he intentado en varias ocasiones, pero no podría asistir a un parto.

—Podrás verla sufrir como has soñado desde la muerte de Alexander. Ve a darle de beber el té. Eso le provocará contracciones.

Me alejé de la puerta, ni loca bebería eso que estaba trayéndome. Escuché los pasos y me senté en la cama.

—Te he traído un té.

—¿Envenenado?

—No, todavía no. La partera no ha podido venir —dijo Paula, dejando la taza en la mesilla—. El parto se ha pospuesto para mañana.

—Dime algo, ¿el parto será natural o me abrirán como a una rana?

—¿No tienes miedo, Juliana? Debo decirte que mi concepto de ti ha cambiado mucho en las últimas horas. Si antes dudaba que tuvieras el valor para matar a Alexander, tu revelada personalidad suma a mi favor.

—Ya te dije que yo no maté a Alexander.

—El jamás se habría alejado de mi lado. Me amaba —me gritó histérica y volvió a abalanzarse sobre mí, pero se detuvo antes de

golpearme—. Tómame el maldito té antes de que deje sin hijo a Stella.

—Yo creo que Alexander comenzaba a amarme y eso provocó que te dejara unos meses antes morir.

—Cállate.

—Lo que lo tenía mal era la disfunción sexual que lo aquejaba, tu acoso y la amenaza de contarle todo a su padre... —La cara de Paula se iba transformando a medida que mis palabras, disparatadas en un primer momento, iban dando en el blanco—. El no quería saber nada más contigo. Nada de lo que me dijiste sobre lo que pensaba hacer con un supuesto hijo nuestro es verdad. Te había dejado para poder formar una verdadera familia conmigo, ya no te amaba, si es que alguna vez te amó. Tu enferma cabeza te llevó a inventar esa historia para descargar tu culpa. Tú lo mataste y me culpaste tantas veces a mí por lo que hiciste, que terminaste creyéndolo.

—Cállate —gritó.

En ese momento entró Stella:

—¿Has hecho que bebiera?

—No.

Stella tomó la taza con irritación y se acercó a mí para hacerme beber a la fuerza. Antes de que llegara hasta mí, le golpeé los brazos con un almohadón duro que había en la cama y la taza salió volando.

—Maldita perra —bramó Stella—. Vamos a atarla —propuso.

Me ataron las manos y los pies a los extremos de la cama, pero antes que nada me pusieron un trapo en la boca y lo sujetaron con otro trapo viejo, quedé extendida como un cuero al sol. Stella me sacó el trapo cuando terminaron con las extremidades, me tapaba la nariz y me obligaba a tomar un nauseabundo té de hierbas. Me obligó a beber dos tazas enteras. Después me colocó el trapo otra vez en la boca y se alejó.

Dos horas más tarde comenzaban las contracciones de parto.

CAPÍTULO 27

Paula había matado a Alexander, el padre había tenido razón en cuanto a que no se trató de un suicidio, y estaba segura de que quien le atormentaba con esa idea era la propia Paula. Si se descubría que una mujer lo había asesinado, todos pondrían los ojos sobre mí, era su coartada. Después, todo quedó resuelto como suicidio. Se quedó tranquila. Todo cambió el día que entré en la casa de Polenski y lo vi con su amante, ella se quedó con la duda de si la había descubierto, por eso volvió a vestirse de Juan Pablo y fue a enfrentarme. Los dolores se hacían más agudos y ya no tenía ganas de seguir discurrendo. Me concentré en respirar por la nariz e intentar no hacerlo por la boca, el trapo ya me estaba llegando a la garganta con las inspiraciones compulsivas que intentaba por la boca y solo conseguía ahogarme. Stella entró en el momento en que mi cuerpo se tensaba y la panza se volvía de piedra. Apoyó una mano para comprobar la contracción y me sacó el trapo de la boca.

—Controlaré que las contracciones estén dilatando el canal —dijo—. ¡Paula! —gritó, llamándola—. Zorra escurridiza —dijo por lo bajo—. ¡Paula! —volvió a gritar, pero nadie acudió a la llamada. Me levantó las piernas y sacó la ropa interior. Cuando terminó, volvió a controlar la tripa, pero la contracción había terminado y esta volvía a ablandarse—. Maldita sea. Tendré que esperar la próxima. —Me miró y dijo—: Más te vale que avises cuando tienes una contracción o te abriré en canal. ¿Oíste?

Asentí con la cabeza, ya no tenía fuerzas para pelear, y estaba realmente asustada, no sabía qué iba a pasar conmigo. Mi confianza en que Lucas me encontraría se diluía con cada dolorosa contracción y solo podía rezar.

—¡Paula! ¡Paula! —Salió gritando de la habitación, sus gritos se perdían en la lejanía. Imaginaba que había salido, porque no podía escucharla más.

Sin la mordaza, la siguiente contracción hizo que gritara de dolor, era más dolorosa y más larga que las anteriores. Imaginé que Stella entraría en el momento del grito, pero la contracción pasó y nadie apareció. Otras contracciones la sucedieron cada vez más seguidas.

No podía controlar los temblores de mi cuerpo y el llanto desesperado entre contracción y contracción. Llamaba a Stella y a Paula, mi bebé estaba por nacer y nadie lo recibiría. Nada más me importaba en ese momento. No importaba lo que hicieran conmigo, solo quería que vinieran a atender a mi bebé, que cuidaran de que no cayera de la cama. Me habían atado muy cerca del borde. Las manos estranguladas comenzaron a ponerse moradas por la fuerza que hacía en cada contracción, lo que provocaba que el nudo se ajustara más. No había esperanzas de soltar las manos. Mucho tiempo después Stella entró.

—¡La zorra se ha ido! —gritó—. ¡Me abandonó!

—Paula mató a Alexander —dije jadeando—. La descubrí, por eso se fue antes de que lo contara.

—Putra zorra del diablo —gritó más fuerte—. Me las pagará, juro que me las pagará. Nadie me traiciona.

Una nueva contracción estremeció mi cuerpo y Stella comprobó la dilatación.

—Falta poco. Tendré que hacerlo sola. Voy a buscar el agua caliente —dijo y volvió a dejarme.

Ya no estaba sola, aunque la persona que me acompañaba era una criminal en potencia, al menos mi bebé estaba a salvo. Él viviría y estaba segura de que su padre sabría hallarlo. Lucas encontraría a su hijo. A los pocos minutos Stella volvió, traía sábanas y toallas blancas, tenía un guante de enfermera puesto y pulcramente preparó un recipiente de acero inoxidable para bañar al bebé después de nacer. En un sillón amplio que había en la habitación, preparó una especie de cunita con sábanas limpias para apoyar a mi hijo. Todos sus movimientos se desarrollaban al son de mis gemidos y mi llanto, pero no había palabras, la veía preparar todo con diligencia y lloraba pensando que no alzarían en brazos a mi hijo después de nacer. No veía ropita de bebé por ningún lado, seguramente lo envolvería en sábanas y se iría. Pasó otra fuerte contracción y me relajé por unos segundos.

—Quiero sostenerlo un momento después de que nazca —manifesté con la firmeza que me era posible, la cual se limitaba a gruñir entre jadeos.

—No habrá tiempo para eso —farfulló sin dejar de hacer los preparativos—. No molestes más y respira como debes, quiero irme de aquí antes de que anochezca.

Mis sospechas se confirmaban, al parir tomaría a mi hijo y se marcharía.

—¿Qué harás conmigo?

—No lo sé, cállate —me gritó—. Tú eras encargo de Paula —dijo por lo bajo.

Cuando estuvo todo dispuesto y preparado, se sentó en una silla que puso al pie de la cama y esperó.

—Necesito ir al baño, no aguanto más.

Se perdió nuevamente y volvió con un orinal, lo colocó con eficiencia y comentó:

—Tienes suerte de que el abuelo hubiese usado una.

—Creí que tu padre había venido de Bélgica él solo.

—Al principio sí, pero la guerra hizo cambiar de idea a mucha gente —explicó—. ¡Ese viejo no es mi padre! —exclamó colérica.

—Alexander nunca me contó que su abuelo vivió en el campo y... —quise agregar algo más, pero la contracción siguiente lo impidió.

—Alexander te ocultaba muchas cosas, Juliana, no me extraña que no te lo hubiera dicho.

—¿Paula te habló de su hijo?

—Sí. Todos conocen la historia del mocoso.

—¿Sabes cómo la conoció tu padre? —pregunté, sin darle importancia a la exaltada negativa de Stella de que Polenski fuera su padre.

—Era una prostituta que trabajaba en España, se pegó al viejo y lo aseguró con un crío, pero el viejo jamás iba a permitir que una ramera criase a un hijo suyo y se lo llevó. Esa perra lo único que siempre quiso fue dinero.

—Ella me dijo que la encerraba.

—Cuando la dejó libre se fue con el primer idiota que pasó, que justamente fue Alexander. El viejo no quería que lo contagiase de ninguna peste, por eso la cuidaba pero sabes cómo es esto, no se puede contra los instintos.

—¡Dios mío! —grité—. Me he hecho encima —dije asombrada y avergonzada por la repentina liberación de un líquido caliente que

mojó la cama y se escurría desde mi entrepierna hasta el suelo en una cascada caliente e impetuosa.

—Debe ser la bolsa, déjame mirar.

Me revisó y confirmó que había roto la bolsa. De la cocina trajo otra taza del mismo té que me diera a beber horas antes.

—Tómatalo todo.

—No lo haré.

—Solo puede ayudarte, te hará expulsar a la criatura sin problemas. Si no lo bebes puede ser que no tengas la fuerza suficiente y el bebé se asfixiará sin poder salir.

Asustada, tomé la taza y bebí de la asquerosa infusión hasta agotarla. Una hora más de agonía pasó en silencio. Las contracciones se mantenían en su frecuencia, duración y dolor. Sentía moverse a mi bebé dentro de mí y podía sentirlo con mayor nitidez sin la bolsa. Estaba más tranquila, el té no me había acelerado nada, pero sí me había relajado, los temblores habían cesado y una niebla de apacibilidad me envolvió. Me concentré solo en mi hijo y en mi cuerpo, nada más importaba en ese momento, solo nosotros dos. Respiraba profundamente, inspiraba y exhalaba, mirándome el estómago y reconociendo todos los movimientos. Sentía a mi bebé moverse y patear para abrirse camino hacia la vida. Stella observaba mis movimientos y sabía que el parto era inminente.

—Cuando tengas ganas de hacer fuerza me avisas.

—¿Cómo es que sabes tanto de nacimientos?

—Estuve leyendo mucho desde que supe que estabas embarazada.

—¿Por qué yo? ¿Por qué mi bebé?

—Porque tú mataste a mi hermano, es justo: una vida por otra.

—¡Yo no maté a tu hermano! ¿No escuchaste cuando te dije que Paula admitió que había matado a Alexander? Por eso se fue.

—Paula nos dijo que fuiste tú, dio detalles de las cosas que hacías.

—Todo era mentira, nada de lo que dijo es cierto. ¡Tú tienes que saberlo! ¡Esa mujer es una mitómana!

—Cállate Juliana.

—¡No vuelvas a decirme que me calle, maldita! —reaccioné con violencia a causa del dolor y de la situación angustiante que vivía—. ¡Quiero que me dejes en paz! —grité desesperada—. ¡Sal de aquí! ¡Desátame las manos! ¡Quiero abrazar a mi hijo! —Lloraba enloquecida—. ¡Por favor Stella! ¡Por favor, no aguanto más!

—Todo terminará dentro de muy poco —afirmó con calma.

—¡No quiero que termine! ¡Quiero a mi hijo, maldita loca!

—Tu futuro ya está escrito Juliana, no puedes cambiarlo.

CAPÍTULO 28

El cuerpo ya no me respondía y comenzaron las contracciones que venían acompañadas de una fuerza involuntaria pero poderosa que me llevaba a enfocar la energía en las caderas y en los músculos que intervienen en las excreciones. Stella se acomodó frente al canal y me masajeaba el vientre, no quería que me tocara pero, la verdad, los movimientos circulares que realizaba me daban una satisfacción impagable. Escuchamos unos ruidos en la cocina y ella se irguió para reconocerlos.

—Paula ha regresado, sabía que la perra no perdería la oportunidad de vengarse.

—Malditas las dos —grité con todas mis fuerzas al momento de recibir un dolor que quería partirme en dos.

—¡Paula! ¡Ven a ayudar! ¡Está naciendo! —gritó Stella.

Me sentía morir y los espasmos musculares que ayudaban a mi bebé a abandonar mi cuerpo se sucedían uno tras otro.

—¡Veó la cabeza! —gritó con alegría—. ¡Paula! Ya casi nace.

Paula entró en la habitación y con determinación dijo:

—Yo me haré cargo.

—¿Tú? No podrás hacerlo.

—Ve a descansar un rato, tendrás mucho trabajo en unos minutos.

—Te dejo con mi hijo porque necesito ir al baño, pero volveré y lo recibiré yo.

Todo estaba perdido, mis minutos estaban contados, ni siquiera conocería a mi hijo. Otra contracción, otro grito y me sentí vaciar. Una explosión caliente y liberadora estalló en mi entrepierna. El alivio me hizo cerrar los ojos y esperar el final. No tenía fuerza ni para respirar. Ni siquiera podía abrir los ojos para presenciar mi ejecución. Caí en un ligero desmayo.

* * *

—Muñeca, conoce a tu hijo.

—Lucas —lo nombré, despidiéndome de mi amor sin abrir los ojos—. Encuentra a nuestro hijo, por favor —le rogué en voz alta, como si de esa manera el mensaje pudiera llegar más rápido y con mayor claridad. Como a mí me llegó su voz, como en un pensamiento.

—Muñeca, ya os encontré, abre los ojos Juliana, conoce a tu bebé.

Lentamente, las palabras se introducían en mi pulverizado cerebro y abrí los ojos. Lucas estaba de pie a mi lado, con un niño en los brazos.

—Lucas, Lucas, Lucas —iba nombrándolo con desesperación creciente—. Mi bebé, Lucas, quieren llevarse a mi bebé. Tienes que detenerlas. Juan Pablo. Juan Pablo es Paula. Busca a Juan Pablo, él no quiere que viva. Le entregó mi bebé a Stella.

—Tranquila muñeca, cálmate —dijo dejando al bebé en brazos de una mujer que estaba con él y me abrazó—. Ya todo ha terminado, linda, estás conmigo. —Me reconfortó con las palabras y con un intenso abrazo que renovó las energías de mi cuerpo y pude llorar—. Cálmate, ya todo ha terminado —repitió abrazándome más fuerte.

—Quería llevarse a mi bebé, no iba a dejar que lo abrazara —le conté cuando pude recomponer el habla—. Tráemelo, quiero a mi hijo.

—Por supuesto cariño. —Se alejó unos pasos de mí y unos instantes después me acercaba una criaturita que comenzaba a llorar.

Reí, lloré y volví a reír, besando aquella pequeña cabecita cubierta de un suave y mojado cabello oscuro. El bebé, con el instinto fortalecido, buscaba la succión. Miré a Lucas buscando silenciosamente su apreciación sobre el bebé más perfecto y bello de la Tierra.

—Es muy bien parecido... Como su padre —se congració—. Gracias Juliana, me has dado un hijo maravilloso —susurró, besándome en la frente y dándole otro beso a nuestro hijo—. Te ayudaré con esto —dijo y desabrochó los pequeños botones de la pechera del vestido, para que pudiera dar la primera comida a mi bebé, que no paraba de buscar su alimento—. Juliana, ella es

María, es partera, terminará de lavarte y controlará que todo siga bien contigo y con el bebé. Yo tengo que hablar con la policía —manifestó cuando su hijo comenzaba a tomar de la teta—. Tú tienes que estar tranquila y hacer lo que María te indique. ¿De acuerdo?

—Querían sacarme a mi bebé.

—No pienses más en ello amor, tienes que estar tranquila por el bebé, muñeca. Deja que yo me ocupe.

—Paula es Juan Pablo, ella mató a Alexander.

—¿Cómo lo sabes?

—Mírala a los ojos y lo sabrás.

—La policía está allá afuera, todo se resolverá y volveré contigo. Te amo.

—Quiero que las encierren y no las dejen salir jamás.

—Déjalo en mis manos muñeca.

Me besó nuevamente y salió. La mujer que se quedó conmigo arregló el cuarto después de revisarme, sacó las prendas sucias y lo acondicionó. Desapareció un momento y volvió con camisetas blancas y una tijera y preparó varios pañales para el bebé.

—¿Eres de por aquí?

—Sí señora, soy del pueblo de Lobos.

—¿Tú eras la partera que tenía que venir con Stella?

—Sí señora, pero le juro que yo no sabía nada. —Negó su participación con vehemencia—. Una mujer vino al pueblo buscándome dos semanas atrás para decirme que su cuñada daría a luz en una estancia cercana y quería que la atendiese cuando llegara el momento. Me pidió algunos consejos para tratar a la parturienta si es que comenzaba el parto y tardaban en ir a buscarme. Unos días después llegó la propia embarazada, que no era usted, y me dijo que tenía miedo de no tener dilatación porque tenía más de treinta años de edad. Le di unas hierbas que ayudan a las contracciones y a la dilatación y otras para calmar los nervios del momento.

—¿Esas hierbas adelantan el parto?

—Son solo para ayudarlo.

—Ayer cuando la mujer embarazada fue a buscarme yo estaba en el pueblo de Navarro desde el día anterior, ayudando a alumbrar a una parturienta que lamentablemente murió. Esta tarde cuando su

esposo llegó desesperado con la mujer que contactó conmigo la primera vez, imaginé que todo seguía igual, imagine mi sorpresa cuando vi tres coches de policía en la puerta. —Se aproximó a un costado de la cama y se arrodilló ante mi cara—. Señora, le juro por mis hijos que no tengo nada que ver. No sabía lo que esas mujeres querían hacer. Ni siquiera las conocía.

—Lucas debe haberte creído o no te hubiese dejado a solas conmigo, quédate tranquila —la calmé.

Desde afuera llegaban los gritos de las locas mujeres y el arrancar de los motores. María me lavó la cara con un paño húmedo y esa caricia fría hizo que cerrara los ojos. Sentía el succionar de mi bebé, que parecía dormido pero chupaba del seno. Me acurruqué mejor sobre su cuerpo, con movimientos lentos y dolorosos y los sonidos se fueron diluyendo poco a poco, hasta desaparecer.

CAPÍTULO 29

Lucio Montalbán vino al mundo el 19 de junio de 1939, en un lugar que no correspondía, en un momento que no correspondía pero era un bebé grande, fuerte y hermoso. Era mi hijo y el hijo del hombre que amaba más allá de la razón. Nos quedamos tres días en la estancia del viejo Polenski, donde di a luz. La partera venía todos los días a revisarme y Lucas rondaba enloquecido detrás de mí cuando decidí levantarme después de dormir doce horas seguidas.

—Juliana por favor, quédate acostada, no debes levantarte todavía.

—Acostada tendría que haber estado tres días atrás y andaba paseando con dos maniáticas.

—Muñeca, siento tanto lo que ocurrió, no tendría que haberte dejado sola.

—Lucas, ya te he dicho que no menciono lo que ocurrió con intención de que sientas culpa, solo me lo saco de adentro. —Me acerqué a él y le acaricié la mejilla—. Tú no tienes la culpa. Tú eres mi salvador, ¿recuerdas?

—Si no nos hubiésemos encontrado de casualidad con Paula Frenkel jamás te hubiese encontrado, el camino que desvía hacia esta estancia está muy escondido, solo los que la conocen saben encontrarlo. Pasamos dos veces por la ruta de tierra que pasa frente a la plantación y no descubrimos la tranquera de entrada, el oscuro portón de madera estaba abierto y es imposible distinguirlo entre la maleza que crece y tapa el angosto camino de acceso. Si los hombres de Teo no hubieran detenido a la mujer cuando salía a la ruta asfaltada...

—No pienses más en eso Lucas, todo ha salido bien, los hombres pudieron atrapar a Paula y ella os trajo hasta aquí en el momento justo.

—Cuando llegamos, me arrojé del coche desesperado por entrar, Paula había confesado que ya estabas en trabajo de parto. —Me acarició los cabellos hacia atrás—. Teo me siguió y me detuvo intentando introducir un poco de su cordura en mi desquiciada cabeza.

—¿Qué hizo para detenerte?

—Amenazó con esposarme y luego me explicó, aferrándome de las solapas de la chaqueta, que la otra mujer podía cargar al bebé o estar muy cerca de ti y realizar algún movimiento peligroso si se veía acorralada.

—¿Por qué enviasteis a Paula?

—Hasta ese momento no sabíamos que Paula era Juan Pablo y que había asesinado a Alexander, y Teo prometió que su pena sería menor si colaboraba con nosotros. En la incertidumbre sobre tu situación, decidimos que sería conveniente que Paula entrara y te sacara de la habitación, si tú estabas todavía en condiciones de poder hacerlo. Yo entré en la habitación detrás de Paula, en cuanto ella consiguió alejar a Stella de tu lado.

—¿Cuál era la pena que le correspondía hasta ese momento?

—No lo sé, pero Teo le advirtió que si no colaboraba la dejaría conmigo a solas en el coche.

—Habrá estado atemorizada.

—Creo que confiaba que a esa hora Stella ya hubiese terminado y que no llegaríamos a tiempo. —Se sentó y me sentó sobre su regazo con sumo cuidado—. En el momento que entramos a la casa había tanto silencio que parecía que en verdad todo estaba acabado, y un terrible escalofrío recorrió mi cuerpo y me paralizó, hasta que te oí gritar, y luego los gritos de Stella.

—Cuando vi a Paula entrar nuevamente cerré los ojos. Pensé que ya todo estaba perdido.

—Por eso no me viste entrar y recibir al bebé. En cuanto salió Stella, Teo la apresó y yo saqué a Paula de un tirón del cuarto. La cabeza del bebé asomaba y en tu siguiente grito se lanzaba a mis brazos. Fue milagroso. En ese momento la partera entraba. Los oficiales de Teo habían ido en busca de la partera cuando nosotros tomamos el camino a la estancia nuevamente y llegaron solo unos minutos después con la mujer.

—Ella no sabía nada.

—De eso me di cuenta en cuanto la vi.

—No entiendo por qué Polenski te dijo de la existencia de esta estancia, te podría haber enviado a cualquier sitio o podría haberse negado a colaborar.

—El viejo está cansado, abatido. Después de la muerte de Alexander ya nada le importa. Sabe que su hijastra volvió a desvariar, su esposa está cada vez más perdida con el alcohol y la droga y su amante retornó con sus antiguas acusaciones por la muerte de Alexander, lo que al viejo le hizo recapacitar sobre la situación y descubrió que tanto empeño en culparte, después de tanto tiempo, era producto del rencor o del miedo. No tuvo dudas de que era ella quien estaba detrás de tu desaparición. No entendía la causa. Para el viejo, su hijo homosexual no tenía ninguna relación con su amante, pero conociendo la verdad todo tiene sentido.

—Paula se descontroló ese día que la encontré con Polenski y temía que la reconociera como Juan Pablo. Es paradójico, si ella no se hubiese sentido tan perseguida, jamás la habría reconocido. Ella misma provocó que la atraparan.

—Y arrastró en su caída a Stella.

—¿Será cierto lo que me contó Paula sobre su historia?

—De eso se encargarán Teo y sus hombres, si Polenski está metido en el tráfico de personas además de todas las otras actividades oscuras que tiene, esta vez no podrá escapar de la cárcel.

—Stella estaba convencida de que maté a su hermano, por eso se iba a quedar con mi hijo —murmuré, en un lamentable sollozo, al recordar la angustia que sentí, cuando suponía que nada podría evitar ese momento.

—Esa mujer está desequilibrada, amor, cualquiera podría convencerla de cualquier cosa. Pero lo que me contaste sobre la entrega que Alexander haría de un supuesto hijo suyo a su hermana, no lo creo.

—Es lo que me contó Paula, pero jamás sabremos lo que realmente planearon. De lo que estoy segura es de que Alexander intentó dejar a Paula y ella lo mató por despecho.

—Cuando volvamos a la ciudad tendrás que declarar. Teodoro nos espera. Allí podremos saber qué confesó Paula. No tenía muchas alternativas para seguir mintiendo.

—Polenski se volverá loco cuando se entere de la verdad, su hijo no era homosexual, compartían amante y esta lo mató.

—No pienses más en eso Juliana, nada cambiará.

—Alexander había elegido vivir en familia conmigo y pagó cara su decisión.

—Tú no eres culpable de nada, ese matrimonio jamás hubiese funcionado. Tú estabas enamorada de mí, yo lo estaba de ti, Alexander tenía sus aventuras por ahí. Fuiste fiel y leal, como no admitía mi orgullo de galán, que nunca se encontró con una mujer como tú, que se resistiera. La mayoría se hacía la difícil solo en el primer encuentro, si es que lo hacía, y luego terminaba en mi cama.

—Te he dicho miles de veces que no quiero oír sobre tus historias amorosas.

—Tu eres mi única historia amorosa, muñeca —susurró con un suave beso asomando a mis labios—. El único momento que pude haber abusado de ti, no lo hice, una fuerza superior y desconocida me impidió hacerlo.

—En Londres.

—Sí. Si hubiese querido habría logrado que Alexander fuera padre antes del aniversario de matrimonio. Tenía tanto deseo de ti que ese mismo deseo me impidió corromperte. —Se apartó para seguir susurrándome pegado a mi boca y siguió besándome—. Me gustaba tu cara inocente y santurrona.

—No me llames santurrona.

—Ahora no podría hacerlo, te he pervertido bastaste.

Las palabras se perdieron en el beso. Mi cuerpo arrasado y todavía velado de dolores posparto no podía evitar desear a ese hombre.

—Será mejor que nos detengamos, linda, o tendré que bajar hasta el pozo del aljibe para refrescarme con agua helada.

Un llanto en la habitación contigua a la cocina, donde nos encontrábamos, hizo que Lucas me levantara con cuidado y los dos fuimos a consolar a la llorona y primorosa criatura que nos dejaba poco tiempo de descanso. Lucas alzó a su hijo y lo llevó junto a mí, que me acomodaba en la cama para amamantarlo.

—Tendremos que pasar por el pueblo antes de regresar —declaró Lucas—. Para despedirnos de María.

—Ha sido una bendición encontrarla. Pobre María, estuvo a punto de convertirse en cómplice inocente de esas dos locas. Una

nueva víctima que habría salido muy perjudicada si se hubiese encontrado en su casa cuando Stella fue a buscarla.

—Me alegro de que tú fueses una de las víctimas de los Polenski. Jamás habría ido a Junín. —Me besó y se alejó para preparar el viaje a casa—. Te amo —dijo desde la puerta, y me arrojó un beso.

CAPÍTULO 30

A fin de año se estrenó la película de Lucas, *Las sombras*, fue un éxito de taquilla. El trabajo de la Compañía de Teatro del Aire se había multiplicado por diez, aunque le pese a mi modestia, el éxito de los radioteatros que escribía era apabullante. Todo el mundo conocía mi nombre, el trabajo que realizaba y a la compañía con sus numerosas obras escritas, por todos los libretistas asociados, se la conocía en toda América Latina. Otras compañías de radioteatros se crearon a partir del éxito y la elevada demanda de las obras. A muchos empresarios radiales teníamos que desecharlos como clientes porque no dábamos abasto. Lo que benefició el desarrollo de la competencia.

Mi hijo crecía sano, grande, feliz. Lucas me apoyaba en todos los proyectos e innovaciones que introducía en la compañía. Mi vida era lo que deseaba que fuera. Ya nadie me decía lo que debía hacer. Tomaba mis propias decisiones y tenía éxito en mi vida laboral y sentimental. Las riendas de mi existencia estaban bien sujetas y no las soltaría jamás. La sombra del pasado, con todos sus sufrimientos, la guardaba en el rincón de las lecciones necesarias para el aprendizaje. No renegaba de mi vida pasada, la transformé en experiencia.

Unas semanas después de volver de la estancia donde nació Lucio, Teodoro Barcé, el oficial amigo de Lucas, se presentó en la casa para informarnos sobre los resultados de las investigaciones que se iniciaron después de apresar a las culpables de mi secuestro. Stella fue oficialmente declarada desequilibrada y la internaron en una clínica mental de máxima seguridad. Desde que la policía la atrapó aquella tarde en la estancia, había intentado quitarse la vida en varias ocasiones, siempre indicando como motivo la pérdida de su hijo. Lo que nadie pudo averiguar hasta el momento fue qué había ocurrido con su esposo, que continuaba desaparecido.

Paula Frenkel era culpable del asesinato de Alexander Polenski, de mi secuestro e intento de asesinato, más la suma de otros cargos como hostigamiento, incitación al delito a una persona mentalmente

perturbada, perjurio y apostasía, entre otros; no todo lo que dijo había sido mentira, aunque sí la mayor parte. Paula, definitivamente, había mentado en lo de su pasado, el padre de Alexander no la había introducido en la prostitución, en eso tenía razón Stella. Lo cierto era que Polenski la conoció en España, donde ejercía la prostitución en un exclusivo burdel, la trajo a Buenos Aires, donde meses después parió un hijo del viejo. Paula confesó que había matado accidentalmente a Alexander cuando este le informó de su decisión definitiva e irrevocable de seguir con su esposa y concluir con la relación amorosa que mantuvieron durante tres años.

El mismo día que anunció mi embarazo, Alexander también había cortado definitivamente con Paula. La noche de su muerte ella había entrado a hurtadillas a la casa, como lo había hecho tantas veces desde que nos mudáramos allí, y discutieron. Paula le reclamaba su falta de atención, ignorando el hecho de que ya habían roto su relación, y él, oprimido por su problema sexual y el nuevo sentimiento que había despertado hacia mí, le dijo que no conseguiría que volviera con ella. Le confesó también que el embarazo había sido una farsa para aplacar las presiones de su padre, que su intención era recomponer la relación conmigo y que en poco tiempo lograríamos tener descendencia. Le confesó que estaba enamorándose de mí y que tenía la intención de revelarle todo a su padre. Paula, fuera de sí, sacó un arma que guardaba en el bolsillo, le apuntó a la cara para amenazarle y hacerle desistir, y se le escapó el disparo, según sus palabras. Asustada, colocó el arma en la mano de Alexander y se escondió en el cuartito de servicio, donde generalmente se guardaban las escobas y los elementos de limpieza de la casa, y se escabulló cuando el alboroto y el desconcierto general propiciaron su fuga. Ante la duda sobre lo que ocurriría con la muerte de Alexander, me inculpó para que el padre de Alexander, loco por la pérdida de un segundo hijo, le siguiera la conspiración y ella quedara totalmente libre de una sospecha que a nadie se le hubiese ocurrido.

El padre de Alexander supo toda la verdad unas semanas después de conocer que su amante estaba presa y declaró que hacía meses que había terminado con ella. Nadie lo creyó, tampoco nadie lo culpó del comportamiento criminal de su amante y quedó

desligado de toda sospecha de complicidad con lo que habían llevado a cabo las dos mujeres de su entorno.

El viejo Polenski se acercó un día a mi casa y me pidió perdón por todo el sufrimiento que había causado al acusarme injustamente. Confesó que estaba tan seguro de que Alexander no se había quitado la vida, que los argumentos de Paula le parecieron válidos y coherentes. También me reveló que cuando Alexander le había contado lo del embarazo le pidió una licencia de tres meses para viajar a Europa a realizar un tratamiento en una clínica especializada en problemas de orden sexual. Su hijo le había pedido que no revelara a nadie el motivo del viaje, quería viajar para superar su padecimiento y recomponer la relación con su esposa, pero él no se lo permitió, la empresa pasaba por un momento difícil y además él estaba convencido de que si Alexander tenía algún tipo de disfuncionalidad sexual esta se debía a sus inaceptables gustos sexuales, él no iba a consentir que realizara ese tratamiento para poder vivir aquella vida más plenamente. Ahora se culpaba por no haberle permitido hacer el viaje. Abatido, el hombre se culpaba también por haber sido amante de Paula durante diez años.

Las pérdidas económicas, financieras y humanas estaban llevando a pique a la Compañía Polenski. El viejo estaba sumido en una profunda depresión, su esposa perdida por los vicios, y yo había renunciado a la participación que el padre de Alexander quiso darme como resarcimiento a su injusto comportamiento.

Alexander también fue exonerado por la sociedad, los rumores sobre sus apetencias sexuales quedaron infundados.

Una mañana de primavera, Lucas se encontraba trabajando en el estudio, dando los toques finales a su película, cuando apareció un hombre preguntando por mí. Lucas subió a buscarme y, sin decir una palabra, me llevó hasta él, que esperaba en la entrada de la casa. El hombre me miró por un minuto entero y luego se prendió a mí en un abrazo fraterno. Mi hermano Guillermo había llegado de Francia un mes atrás y no pudo encontrarme hasta ese día. Mi padre se había negado a darle cualquier información sobre mí. La gente del pueblo le había contado lo de mi matrimonio y la muerte de Alexander, pero en el pueblo la gente no lee las revistas de chismes y nadie supo darle mi paradero. Se presentó en la casa

Polenski y nadie lo recibió, la servidumbre se negó a darle información. Como no podía quedarse en la casa de Junín, pues mi padre cada vez estaba más huraño y había comenzado a beber después de perder la estancia, Guillermo alquiló un apartamento en Buenos Aires, decidido a encontrarme. Un día escuchó que la señora Montalbán había quedado totalmente desligada de toda sospecha sobre la muerte de su anterior marido, Alexander Polenski, pues a la verdadera asesina había sido encontrada. Después de eso, allí estaba, golpeando a la puerta de la familia Montalbán, sin tener la certeza de que se trataba de su hermana. Me reveló que, junto a Martín, mi hermano menor, se había licenciado en Ingeniería y tenían una compañía constructora en Toulouse. Reveló con añoranza que ambos hermanos siempre pensaban en mí. Él me había escrito varias cartas en los primeros años de exilio, pero obviamente nadie me había dado nada.

—Venía decidido a llevármela a Francia si es que mi padre no la hubiese casado todavía, aunque dudaba que ocurriese, mi hermano y yo sabemos cómo piensa mi padre —le confesó a Lucas—. Nosotros también lo padecemos.

—Mi mujer tuvo un mal padre, pero no se puede quejar del esposo que le dio el destino —se jactó Lucas, apretándome contra él en el sillón en el que estábamos sentados.

—Veo que has sabido tratar a mi hermanita.

—Soy muy feliz, Guillermo —le confirmé y me levanté para abrazarlo nuevamente. Era un hombre grande, alto como Lucas y tenía su misma complexión física. Era muy guapo con su pelo castaño igual al de mi madre y sus ojos color miel. No se había casado, me contó que había roto su compromiso con una francesa a pocos días de realizarse la boda tres años atrás y que desde ese momento no había vuelto a conocer a nadie. Mi hermano Martín, de veintisiete años, era un soltero empedernido y fanático de su condición, Guillermo dudaba de que algún día sentase cabeza. Dos semanas más se quedó en Buenos Aires y venía de visita todos los días. Le conté solo parte de mi historia. Éramos hermanos, pero teníamos muy poco en común, aunque era agradable descubrir que podía contar con ellos, que se acordaban, se preocupaban y tenían para mí buenos deseos desde un lugar tan lejano. Nos despedimos

prometiéndolo mantener a partir de ese momento un contacto frecuente, además estaba interesado en visitar asiduamente a su sobrino e hizo prometer a Lucas que llevaría a su familia a Toulouse.

Veintidós años tardaron la felicidad, la plenitud y la alegría en entrar a mi vida, pero lo hicieron al fin. Mi hijo, mi esposo, mis hermanos y mi hermana del corazón llenaban mi vida. No sé si lo merecía o no, pero soporté lo que me impusieron, sobreviví a ello, trabajé para tener y disfrutar lo que tenía y no estaba dispuesta a perderlo jamás.

* * *

—¿Juliana estás lista? —me preguntó Lucas, acercándose a la puerta de mi estudio.

—Ya termino amor, estoy cerrando.

—¿Pudiste terminarlo?

—Sí, terminé el relato. Solo falta darle la forma, pero creo que no podré hacerlo, estoy muy involucrada en ello.

—Lo importante es que pudiste terminarlo, algún día te atreverás a convertirlo en radioteatro. Tu vida es novelesca, amor, y muy interesante —alabó.

—¿Tú crees?

—Claro que sí y si me has descrito tal y como soy: gigante, de cabellos largos y renegridos, de bellos ojos verdes, espalda ancha cual Hércules en sus mejores momentos, y el mejor amante sobre la Tierra, seguro que será un éxito.

—Eres más bello y más grande que Hércules.

—Muñeca, ¿te he dicho que te amo?

—Desde el día que dijiste que no lo dirías a menudo, me lo repites a cada rato.

—No escribas ese detalle en el diario, quitarás encanto al protagonista.

—Lucas, nunca podría restarte encanto. Te amo.

Cerré la carpeta con el manuscrito de mi vida y acaricié su enternecedora portada. Le había contado a Eve, meses atrás, las ganas que tenía de escribir un compendio con mi vida. Entusiasmada, me alentó a hacerlo, y días después vino a casa con

una carpeta de regalo, con el dibujo de dos pequeñas liebres grises en su portada, para que guardase allí la historia.

EPÍLOGO

Los años venideros fueron de continuo crecimiento y felicidad para dos amigas que desde su más tierna infancia compartieron sueños, esperanzas, sufrimientos y soledad. Buscaron incansablemente su misión en esta vida y cuando la hallaron pudieron vivir con plenitud y dar felicidad a aquellos que las rodeaban.

Se alentaban la una a la otra con determinación, con persistencia, con perseverancia. Nada resultó fácil, las dos venían de situaciones y niveles sociales distintos, pero compartían la misma dificultad para abrirse camino en la vida. Lo lograron. Ambas brillaban en aquello que las apasionaba.

Juliana escribía los radioteatros más exitosos de la época y se había lanzado a escribir novelas románticas convencionales, que alcanzaron un éxito rotundo. Sacaba adelante una familia feliz, su esposo y sus dos hijos estaban muy orgullosos y ella devolvía con sobrado entusiasmo ese sentimiento. Su esposo, uno de los productores independientes más reconocidos de América, cosechó varios premios nuevamente. Su hermano Martín finalmente viajó a Buenos Aires en 1942 para el nacimiento de su segundo sobrino, que resultó ser un bella y morena niña de ojos verdes llamada Anabella. Las relaciones entre Juliana y sus hermanos pudieron afianzarse cuando ellos volvieron definitivamente al país. Su hermano Martín los visitó y no quiso volver a viajar, envió al hermano mayor su renuncia como socio de la firma constructora que tenían en Europa y emprendió su proyecto nacional. Solo tres meses hicieron falta para que el mayor de los hermanos lo imitara, escapando por poco de la garra nazi.

El padre de Juliana, solo, enfermo por la bebida y en ruinas, no aceptó ayuda de ninguno de sus hijos. Murió a finales de 1942 en un rancho que tenía en las afueras de la ciudad de Junín. Ninguno de sus hijos lloró su pérdida y no permitieron que lo enterrasen junto a su madre.

Eve, la insistente Eve. La única Eve. Evita. Consiguió triunfar en el mundo de los radioteatros, filmó varias películas y alcanzó la

estabilidad económica que tanto añoraba. También encontró un nuevo amor en 1944, que sería definitivamente su amor. Pero eso, eso ya es historia.

Fin...

Autora: Andrea C. Pereira

Título original: Inocencia

Año de primera edición: 2012

Género: Novela Romántica, Contemporánea

Andrea Pereira nació en la Ciudad de Buenos Aires el 6 de agosto de 1973. De pequeña vivió en un barrio periférico de la Capital Argentina, en la localidad de Virrey del Pino. Con una familia ya formada, esposo y dos hijas sigue viviendo en su viejo barrio "La Esperanza".

Es Licenciada en Administración, graduada de la Universidad Nacional de La Matanza. La idea de escribir novelas surgió después de leer muchísimas y de buscar autoras latinas que escriban esas novelas pasionales y absorbentes, como las que escriben las autoras anglosajonas (maravillosas), pero que tengan como marco referencial la historia y los personajes históricos latinos.

{1} El ombú o bella sombra es una planta arborescente nativa de la pampa argentina y uruguaya.

{2} Expresión que se usa en las zonas rurales de Argentina para referirse a las niñas.

{3} Bretel: en América, tirante de las prendas femeninas.

{4} Anafe: hornillo, generalmente portátil.